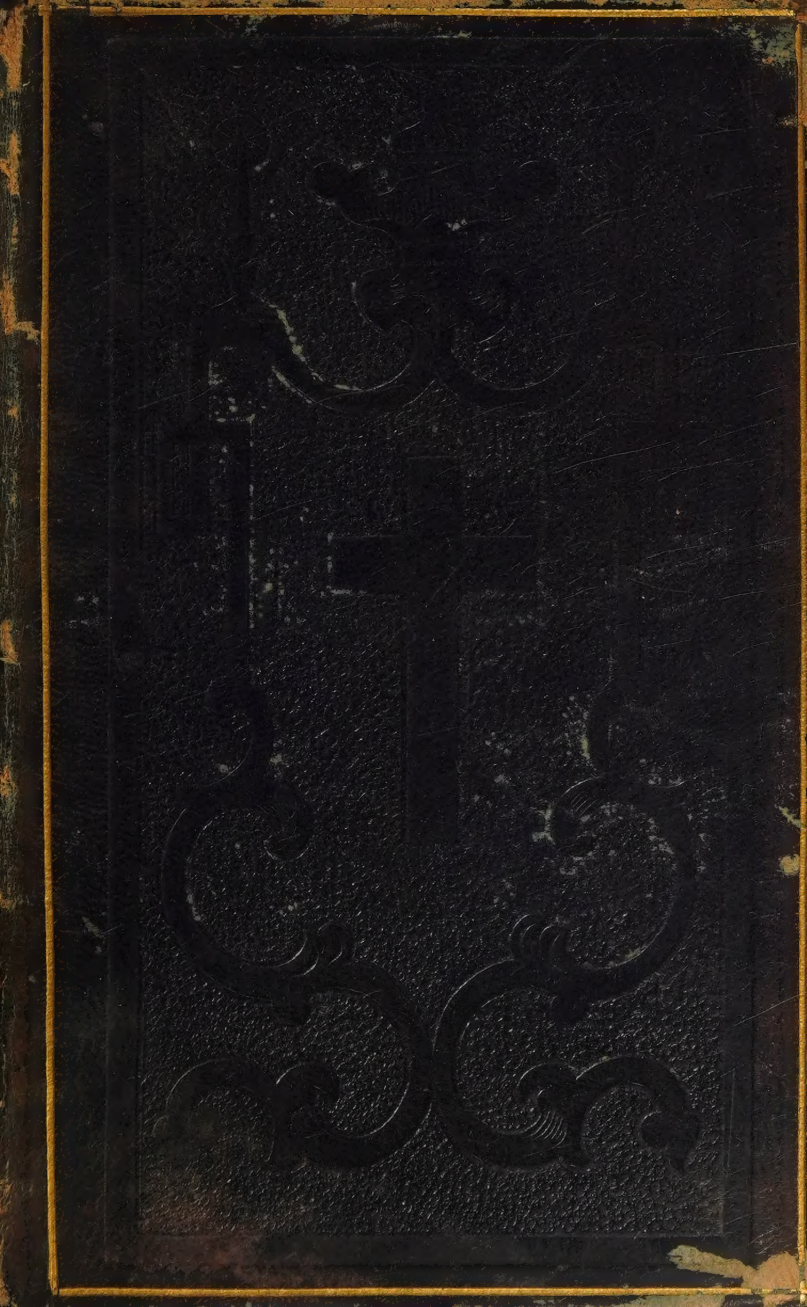

BIBLIOTHECA
FF. PRÆDICATORUM,
BENITIÆ.
No.

h – t.

DEFENSA
DEL CRISTIANISMO
Ó
CONFERENCIAS
SOBRE LA RELIGION,

POR

EL ESCMO SR CONDE DE FRAYSSINOUS,

OBISPO DE HERMÓPOLIS, INDIVIDUO DE LA ACADEMIA FRANCESA,
PAR DE FRANCIA, ETC., ETC.

NUEVA EDICION,

Cotejada con la ultima del original francés,
corregida con la mayor exactitud, y aumentada con capitulos
que estaban sin traducir,

POR EL PRESBITERO

DON JUSTO BARBAGERO,

Doctor y Catedratico de la Real Universidad de Alcala de Henares.

TOMO I

PARIS

LIBRERIA DE LECOINTE Y LASSERRE,

CALLE DE L'ÉPERON, 6.

1842

AL EXC^mo. SEÑOR

DON SANTIAGO GIUSTINIANI,

DE LOS PRÍNCIPES DE BASANO Y DUQUES DE CORBARA,
CABALLERO GRAN-CRUZ DE REAL
Y DISTINGUIDA ÓRDEN ESPAÑOLA DE CARLOS III:
POR LA GRACIA
DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA,
ARZOBISPO, OBISPO DE IMOLA,
PRELADO DOMÉSTICO Y ASISTENTE
AL SOLIO PONTIFICIO
DE NUESTRO SANTÍSIMO PADRE Y SEÑOR LEON,
POR LA DIVINA PROVIDENCIA PAPA XII,
Y NUNCIO DE LA MISMA SANTA SEDE
EN ESTOS REINOS DE ESPAÑA,
CON FACULTAD DE LEGADO A LATERE,
ETC. ETC. ETC.

EXC^mo. SEÑOR:

Al publicar traducida al español la grande obras en que un Prelado virtuoso, el mas célebre de los apologistas modernos

Acc. 1102

de nuestra santa Religion, y digno Ministro de S. M. Cristianísima, combate victoriosamente y destruye en una série de elocuentes discursos todas las objeciones suscitadas y tantas veces repetidas con un estùpido encarnizamiento por la falsa filosofía del último siglo, aterrando así la hidra de la impiedad; trabajo á que me dediqué, no menos excitado por el deseo de ser útil á la Religion y á la España, que animado por los consejos de V. E.; ¿á quién podia dedicarle mejor que al digno representante en estos reinos del Vicario de Jesucristo en la tierra, Jefe supremo de toda la Cristiandad? ¿á quién mejor que al noble descendiente de aquel famoso Giustiniani, último general que combatió en el oriente por la fe cristiana y por el último de los Césares, y que, fiel á ambos, acompañó á Constantino Dragoses en aquel momento sublime en que, con la cruz en una mano y la espada en la otra, se arrojaron juntos desde los muros de Constantinopla entre las victoriosas

huestes musulmanas, en donde hallaron una muerte no menos que santa gloriosas? ¿á quién mejor que á aquel cuya familia, vinculando en ella el heroismo, tuvo, ménos de un siglo despues, la gloria de dar en un solo dia diez y ocho mártires á la Iglesia en la persona de otros tantos jóvenes que, presos en la isla de Scio, y, héroes ántes que hombres, prefirieron dar el cuello á la cuchilla mahometana mas bien que abjurar la religion de sus mayores y disfrutar á este precio los honores y riquezas que debian ser recompensa de su abjuracion: esfuerzo magnánimo, cuya memoria ha merecido conservarse en los cuadros de la sala del consejo de Génova? ¿á quién, por último, mejor que al ilustre Prelado cuyos trabajos apostólicos han sido tan útiles á la iglesia de España, la cual no le verá sin dolor apartarse de su seno, y cuyo conocimiento fué acaso el favor mas apreciable de cuantos me dispensó uno de los mas dignos hijos del *primer Baron cristiano*, aquel noble Duque Mateo de Mont-

morency, cuya inesperada y reciente muerte lloran la Religion y la Francia, y que no ménos que V. E. y que yo amaba á la España y profesaba la mas inviolable adhesion á su augusto actual Soberano y á toda la Real Familia de los Borbones.

Impelido de estos motivos, pongo bajo la proteccion de V. E. mi version de la *Defensa del Cristianismo*. En España lo mismo que en Francia todo lo que es útil á la Religion es útil al Rey; y estas dos consideraciones me dan la seguridad de que V. E. se dignará acoger, con la benevolencia que me dispensa, esta ligera prueba del respeto con que soy,

Excmo. Señor,

DE V. E.

El mas atento y reconocido servidor

F. C. A. Ch. DE VERNEUIL.

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR.

. . . . . .
. . . . . .
La Vérité venge sa gloire,
Et pour assurer sa victoire
Prend les traits du grand Frayssinous:
Par lui l'erreur est abattue,
Et l'impiété confondue
Court se prosterner à genoux.

Et toi mortel apostolique,
Chéri de la Divinité,
Prête encore ta voix prophétique
Aux accens de la vérité!
Contre l'impiété coupable
D'un bouclier impénétrable
Tu n'es pas en vain revêtu:
Achève de venger l'injure
Que fit une race parjure
Au nom sacré de la Vertu!
(M. Laurentie, *Ode à la Vérité.*)

En medio de mi continua asistencia á las inmortales Conferencias del célebre y virtuoso Abate Frayssinous, y entre la inmensa muchedumbre que se reunia para oir al orador sagrado á cuya voz elocuente levantaba ya la opinion pública los altares de Cristo abatidos por el ateismo revolucionario; y cuando participaba de la emocion general que la santidad del

lugar apénas nos permitia contener en nuestros corazones, mil veces me asaltó la idea y sentí nacer en mí el deseo de hacer partícipe de estas Conferencias á la católica España, cuya antigua gloria aprendí á respetar desde la infancia, y cuya bella y rica literatura admiraba, no ménos que amaba á sus habitantes y hasta su mismo suelo, mirándola por inclinacion como una segunda patria, si el autor se decidia á darlas á luz, cediendo á las incesantes instancias de los que, habiéndolas oido, deseaban leerlas y meditarlas continuamente, ó, no habiendo tenido esta fortuna, esperaban y anhelaban su publicacion como un beneficio. Pero, siendo individuo de la Universidad de Francia, de la que el autor de las Conferencias habia de llegar á ser ministro, estaba muy léjos de pensar que podria algun dia dedicarme á su traduccion en el seno mismo de la España; y ménos que, habiendo llegado á este reino, disfrutaria en él de la benevolencia de aquel grande hombre, y deberia á su bondad el poder entregarme con mas desahogo á las investigaciones científicas y á las ocupaciones literarias que me retienen en este hermoso pais, y por último la satisfaccion de publicar mi traduccion al español de su *Defensa del Cristianismo* á la sombra misma del trono de S. Fernando, y en la patria de santa Teresa, de Granada y del piadoso Rector de Monterey (1). ¿Y qué desahogo mas dulce podia dar á mi corazon en medio de otros trabajos mas áridos y fatigosos, que el de rendir un justo homenaje al ilustre jefe del cuerpo á que tengo el honor

(1) Alfonso Rodriguez, de la Compañía de Jesus, autor del *Tratado de la perfeccion cristiana*, nacido en Valladolid en 1526, muerto en Sevilla en olor de santidad en 1616.

de pertenecer; ni en qué podia emplear mas útilmente mis ocios, que en ofrecer á la España, traducida en su armoniosa lengua, esta obra, que, como ha dicho recientemente uno de nuestros mejores publicistas (1), *es uno de los mas felices acontecimientos de este siglo, porque es el mas adaptado á sus necesidades?* Pero ántes de entrar en los pormenores relativos á esta importante obra de que creo indispensable dar alguna noticia, permítaseme trazar un ligero bosquejo de la vida de su autor.

Dionisio Frayssinous nació de una familia distinguida en Cuvieres, diócesis de Rhodez, en 9 de mayo de 1765, y sobresalió muy luego por sus progresos extraordinarios en el estudio de las lenguas antiguas, de las ciencias exactas y de la filosofía. Arrastrado despues por una vocacion decidida al estado eclesiástico, se entregó con ardor al estudio de la teología, en cuya ciencia hizo los mas rápidos progresos, como debia esperarse de la penetracion de su entendimiento y de la rectitud de su juicio. Recibió los órdenes sagrados en el mismo año que estalló la revolucion francesa, y pasó los primeros años de su carrera sacerdotal dedicado exclusivamente á las funciones de su ministerio y á la enseñanza eclesiástica. A proporcion que los progresos cada dia mas espantosos de aquella revolucion sangrienta preparaban la ruina de los altares de Cristo y la destruccion de la mas antigua monarquía de Europa, propagando aquellas funestas doctrinas que por último la trastornaron del todo y le hicieron un daño mas lastimoso aun que las guerras que causaron, y mas irreparable

(1) El Sr. Conde de Beauregard.

que los arroyos de sangre que hicieron correr en ella, el Senor Abate Frayssinous observaba el orígen del mal, su principio, su aumento y sus progresos; estudiaba las causas de la decadencia del respeto y despues, del desprecio de la autoridad Real y de las leyes, las de la desmoralizacion de los pueblos y las de la diminucion de la fe, á la que se siguió casi su total destruccion. Se dedicaba á conocer los deplorables efectos de la impiedad, calculaba todos sus estragos, y formaba ya en su corazon el noble y generoso designio de atajarlos, de reparar algun dia tantos males y preservar de ellos á la generacion siguiente, ahogando aquellos en su orígen y obligando á esta con las armas poderosas del raciocinio y de la conviccion á detestar las horribles máximas que precipitaban á la generacion presente en un abismo tan profundo de desgracias y desolacion, y la cubrian por todas partes de crímenes, de sangre y de sepulcros. Penetrado de esta idea, y tan pronto como el horizonte político pareció aclararse algun tanto, empezó el señor Abate Frayssinous la ejecucion del vasto plan meditado por espacio de diez años, y predicó en Paris, en 1803, en la iglesia de los carmelitas, tan tristemente célebre, la primera de sus Conferencias sobre las pruebas del Cristianismo, continuándolas despues en la iglesia de S. Sulpicio. La fluidez de su elocucion, la fuerza de sus raciocinios, el método, la eleccion y el juicio que resaltan en su composicion, el tono á que sabe elevarse cuando lo exije la naturaleza de la materia que trata, el arte de acomodar su estilo á sus pensamientos y á todos los aspectos de su asunto, la energía y pureza de su diccion, y por último su irresistible elocuencia, no tardaron en atraer

una multitud numerosa de oyentes al rededor de la cátedra del Evangelio y en darle una gran reputacion. Entónces se descubrió un nuevo género de elocuencia cristiana, y se vió á un orador sagrado atreverse por primera vez á referir en la cátedra del Espíritu Santo, y sin debilitarlas en nada, todas las objeciones de la filosofía moderna, para examinarlas cada una en particular y refutarlas victoriosamente. Su predicacion se dirigia con especialidad á la juventud, á la que queria fortalecer contra las objeciones de la incredulidad, disipando las preocupaciones con que se ha procurado con tanto empeño facinarla de un siglo á esta parte. No tardó un gobierno que se decia amigo de la Religion en adivinar su objeto, y á la tercera Conferencia se mandó al orador comparecer ante la policía de Bonaparte, por la que se le interrogó con la mayor severidad. Se le intimó que no podia continuar predicando, á ménos que no consintiese en recomendar á sus oyentes la obediencia á las leyes de la conscripcion; á lo que contestó que esta era una materia enteramente extraña á su asunto, y que creia servir bastante al gobierno establecido formando buenos cristianos. Por último consiguió con la mayor dificultad que se le permitiese continuar la predicacion de sus Conferencias, en las que, obligado á hablar del gobierno imperial, se limitó á dar gracias á Dios porque empezaban á restablecerse los altares. Y aun así, aquella tenebrosa policía le mandó interrumpirlas en 1809. En esta época le ofreció el clero de la metrópoli un canonicato de la Iglesia de Nuestra Señora; pero el jefe del gobierno no consintió en que se le diese. Sin embargo, algun tiempo despues fué nombrado inspector de la Uni-

versidad de Paris por el Conde de Fontanes, Gran Maestre ó Cancelario de la Universidad Imperial de Francia. Mantenido en este destino por el Rey Luis XVIII á su primer regreso á Francia, en 1814, se apresuró á continuar sus Conferencias; pero á la invasion de Napoleon, en 20 de marzo de 1815, se retiró á las montañas del Aveiron, de donde no volvió hasta la segunda entrada de Luis XVIII, quien le nombró, al momento, uno de los cinco individuos del Consejo Real de Instruccion pública. No pudiendo hacer oir en él su voz con bastante eficacia, y viendo siempre contrariadas sus miras por el bien público, prefirió un noble retiro á contestaciones siempre inútiles, é hizo dimision. Entónces le concedió el Rey una pension de seis mil francos en recompensa de su zelo y de sus tareas, y volvió á dedicarse á combatir con ardor en la Cátedra de la verdad los dogmas del filosofismo, que las prensas francesas esparcian con mas profusion que nunca por la Francia y la Europa toda. Respetado y aplaudido siempre por una multitud de admiradores, disfrutaba ya por solo su carácter de Ministro de Jesucristo, por la gloria de un talento superior, y sin mas títulos que los de hombre virtuoso y de predicador de la verdad, los mismos homenajes de que es objeto desde que la justicia y la estimacion de su Rey le revistieron de la mitra episcopal y le elevaron á los primeros honores y cargos del Estado, poniendo en sus manos el poder : y entónces le dió ya la admiracion de sus conciudadanos el glorioso renombre de *moderno Bossuet.* Precedido de este título, fué escogido, en 1817, por la Academia francesa para pronunciar en ella, el 25 de agosto, el discurso de costumbre en honor de San

Luis, el cual, considerado como una obra maestra, puso el colmo á su reputacion y preparó su acceso á la silla académica, condecorándole además S. M. Cristianísima con la órden de la Legion de Honor. Así continuó sus Conferencias en S. Sulpicio hasta el año de 1822 en que cesó en ellas. Excitado todavía por su zelo y animado por el gran número de conversiones, fruto de su predicacion, hubiera proseguido aun en el año de 1823, á pesar de la debilidad de su salud, esta série de instrucciones; pero una nueva carrera le estaba ya abierta, y el grande orador iba ya á convertirse en grande Estadista. Su alta reputacion en toda la Europa, el reconocimiento público, la admiracion y aprecio de la Francia entera y de su Rey, le elevaron sucesivamente, en 1823, á los cargos y dignidades de Obispo de Hermópolis, de primer Capellan del Rey, de Conde y Par de Francia, de Gran-Maestro ó Cancelario de la Universidad Real, y de individuo de la Academia francesa. En fin, en el año siguiente, queriendo el Rey reconcentrar en Francia la administracion del culto católico, perfeccionar la disciplina de sus establecimientos y asegurar la distribucion de los empleos y dignidades eclesiásticas en hombres virtuosos, erigió en ministerio independiente la administracion de los negocios eclesiásticos reunida á la de la instruccion pública, y confió este nuevo ministerio al hombre hábil y justo que gobernaba su Universidad con tanta prudencia, y cuyo nombre no era ménos glorioso en los fastos de la virtud que en los de la ciencia y de la literatura : y este es el ministerio que desempeña en el dia el Excmo. Sr. Conde de Frayssinous para bien y gloria de la Religion, de la Francia y de su Rey.

Tal es el ilustre orador de cuya vida acabo de delinear los principales rasgos en este ligero bosquejo, y cuya mas importante obra presento á la España. Podrá acaso ser en el reino católico de una necesidad menos imperiosa que en el reino cristianísimo, porque las falsas doctrinas, enemigas atrevidas del órden y de la verdad, hayan circulado ménos en uno que en otro. ¡De cuánta utilidad sin embargo pueden ser estas Conferencias á los pueblos de España! Corrompidas y alteradas las antiguas y austeras costumbres de los españoles por la guerra de seis años, introducida la relajacion en su creencia y la licencia en su conducta, circularon los malos libros con profusion en toda clase de personas, y se esparció por todas partes el veneno de las malas doctrinas. Revoluciones posteriores y discordias civiles, no solo no permitieron á la España reponerse de las crueles agitaciones de una guerra no menos desastrosa que llena de gloria para ella, sino que, rompiendo el freno de las leyes, dieron mas impulso á las pasiones y proporcionaron mas y mas la circulacion de las máximas introducidas ya en ella, fomentaron las divisiones, suscitaron los odios y desmoralizaron por último á una gran parte de la nacion, introduciéndose la corrupcion no menos en los pensamientos que en el corazon de los hombres. Por desgracia las malas máximas tienen siempre en el corazon del hombre cierto apoyo secreto que las leyes humanas no pueden destruir, y de que sola la Religion puede triunfar. Los gobiernos pueden muy bien enfrenar á los hombres, sujetarlos, arreglar exteriormente su conducta y hacerlos contribuir al sosiego público por el miedo ó por el interes; pero solo las doctrinas religiosas arreglan al

hombre interior, le hacen buen vasallo, buen padre de familia, buen esposo y buen amigo. Ellas solas destierran del corazon los odios, las venganzas y las pasiones enemigas de la sociedad, y arrojan del entendimiento los errores y la preocupacion : ellas abren el corazon del culpable al sentimiento penoso pero en cierto modo consolador del remordimiento, que le franquea otra vez el camino del aprecio de sus semejantes; ellas predisponen el corazon al olvido de las injurias , y ellas por fin inspiran las virtudes, á lo que no alcanzan las leyes humanas. ¿Y qué obra podrá ser mas útil á esta nacion que la que ilustra los entendimientos con tanta eficacia, é introduce en el corazon de los hombres estos dulces sentimientos? ¿Cuál podrá contribuir mas directamente á las miras paternales de S. M. C., dirigidas á formar de todos los españoles una familia de hermanos, á extinguir el gérmen de las revoluciones y desterrar de entre sus vasallos esas máximas fatales que autorizan la desobediencia y el ultraje al Príncipe, al mismo tiempo que la indiferencia y el desprecio á la Religion y á sus ministros; esas máximas subversivas, á las cuales, desde que Lutero y Calvino han enseñado al mundo á dudar, debe atribuir únicamente la Europa todas sus desgracias pasadas y las que acaso la esperan si no se aniquila su funesto influjo? Sí, en este momento sobre todo es cuando reclama la España la publicacion de estas célebres Conferencias, porque en el siglo en que vivimos es preciso, sirviéndome de las expresiones del distinguido publicista ya citado, hablar al corazon de los hombres mas bien que á su imaginacion y á sus sentidos, si se quiere conseguir impresiones duraderas. Un conjunto de pruebas fuerte-

mente enlazadas; el órden natural y progresivo de las verdades morales y dogmáticas presentado de un modo sólido y brillante, y sacando toda su autoridad de la naturaleza de las cosas y del hombre y de la evidencia misma de los hechos; la filosofía unida al cristianismo; la moral, las letras, las costumbres, las leyes y los gobiernos recibiendo de él su pureza y su autoridad; destruidas todas las objeciones de los incrédulos con una lógica irresistible; aclaradas y disipadas todas las dudas de los hombres de buena fe por la exposicion franca y la solucion clara y metódica de todas las dificultades: he aquí la naturaleza de esta grande obra, que forma un curso completo de instruccion religiosa, y que, siguiendo en la distribucion y composicion de los discursos que contiene el órden cronológico de la historia de la Religion, es para nuestro siglo un beneficio tanto mayor cuanto mas viva es la luz que esparce sobre todas las verdades que mas le importa conocer, y cuanto jamas fué mas urgente oponer un dique insuperable al torrente devastador que, desbordándose por todas partes, amenaza inundar la Europa y el mundo.

En una época de confusion en los principios y de licencia en las acciones, cuando la conciencia y la fe parecen casi desquiciadas por un trastorno inconcebible de máximas, de ideas y de hechos, ¿no es una fortuna encontrar en un cuerpo de doctrinas como el que hoy presento al pueblo español, traducido en su idioma, los motivos mas ciertos de consuelo, de esperanza y de firmeza indestructible en la fe, y una regla infalible de conducta en todas las circunstancias de la vida? Las Conferencias del Excmo. Sr. Obispo de Hermópolis, al paso que satisfacen el entendi-

miento y el corazon, derraman un bálsamo reparador y vivificante sobre las llagas numerosas que afligen á la sociedad, y forman la refutacion mas admirable y mas completa de todos los libros perniciosos que tanto daño han hecho y hacen á todas las naciones de Europa.

Réstame ahora solicitar para mi traduccion la indulgencia del público que debe ser su juez. La he emprendido lleno de desconfianza en mis propias fuerzas y con el único objeto de ser útil á la Religion y á la España, y solo estos poderosos motivos, unidos á las insinuaciones del eminente prelado cuyo ilustre nombre se ve al frente de esta obra, han podido sostener mi valor y animar mis esfuerzos. Aunque anteriormente he redactado y comentado en una obra de alguna extension las reglas de la hermosa lengua española, la mas majestuosa de todas las de Europa, en nada ha podido este trabajo preliminar disminuir el conocimiento de mi debilidad, pues no por eso deja de ser esta, por decirlo así, la primera vez que escribo en español; pero, por otra parte, mi deseo de corresponder con todo el esfuerzo que estuviese á mi alcance á la recompensa brillante, y tan superior á solos los estímulos que acaso hubiera podido merecer, con que la Real Academia Española se dignó premiar mis primeras tareas; y la benevolencia, los consejos y las instrucciones que me han dispensado los diferentes sabios que la componen, juntamente con la esperanza del bien que podria proporcionar, han reanimado mi confianza. Séame pues permitido en esta ocasion dirigir á todos un testimonio público de mi reconocimiento, y citar como acreedores á mi particular gratitud á los Señores Don Martin Fernandez

de Navarrete, Don Francisco Antonio Gonzalez, Don Tomas Gonzalez Carvajal, Don José Duaso y Don Juan Bautista de Arriaza. Estos ilustres sabios, que tanto contribuyen á la gloria de la España literaria, se han servido concederme su apreciable amistad despues de haberme elevado á la clase de su colega, cuando me hubiera creido suficientemente honrado con que me permitiesen llamarme su discípulo.

A. C. DE V.

AL REY CRISTIANÍSIMO.

Señor,

Si el cristiano no puede menos de concebir temores por lo venidero cuando ha sido testigo de los estragos de la impiedad, tambien se reanima su esperanza cuando fija su vista en ese trono de San Luis, en que, despues de tantos siglos, estan sentadas las mismas virtudes; y no puede creer que la fe de sus abuelos esté destinada á perecer en una nacion á la que el cielo ha concedido tales Príncipes.

¡Dichosos, Señor, aquellos pueblos en que la Religion, que es su primera necesidad, se ve sostenida mas por el ejemplo que por la política de los que gobiernan!

Como ministro de esta santa Religion nos corresponde defenderla en la cátedra de la verdad: hemos

podido continuar en tiempos mas felices la apología que habíamos empezado en otros mas desgraciados; pero ¡de cuánto consuelo no nos es el poderla publicar bajo los auspicios de un Príncipe en quien brilla una piedad tan noble y sincera, y que pueden los discípulos del Evangelio mostrar con confianza tanto á los enemigos como á los amigos del nombre cristiano!

Dígnese el *Padre de las luces* y el *Dios de las virtudes* hacer que mis Discursos sirvan al triunfo de las sagradas doctrinas que son la mas sólida garantía de la sumision de los pueblos y de la justicia de los Reyes.

Soy con el mas profundo respeto,

SEÑOR,

DE V. M.

Muy humilde, muy obediente
y muy fiel súbdito,

† DIONISIO, OBISPO DE HERMÓPOLIS.

ADVERTENCIA.

Los Discursos que se dan al público en esta obra han sido pronunciados en la iglesia de S. Sulpicio, delante de un auditorio compuesto, por la mayor parte, de jóvenes de las clases mas ilustradas de la sociedad. Comenzaron en 1803, se suspendieron en 1809, volvieron á continuarse en 1814 y se concluyeron en 1822.

DISCURSO DE INTRODUCCION.

Al fijar mi vista en este auditorio tan diferente del que por lo general se ve en nuestros templos, no puede menos, Señores, de occurrirseme la idea de que entre mis jóvenes oyentes habrá sin duda algunos que, obcecados por un filosofismo engañoso, tengan solo ideas vagas ó falsas acerca de la Religion, y otros que tal vez solo vean preocupaciones vulgares en las verdades mas importantes y mas sagradas. ¡Cuánto han cambiado los tiempos y los hombres! ¡Cuán léjos estamos de los afectos de nuestros mayores y de su piadosa docilidad! En otro tiempo el francés, lleno de honor y de fe, y cristiano fiel, tenia la noble franqueza de con-

fesar sus faltas; y, aun cuando tuviese la debilidad de quebrantar los preceptos de su Religion, nunca dejaba de respetarla: si, lo que era demasiado comun, sus costumbres no eran tan puras como su fe, y si queria conciliar el cristianismo con los placeres y la devocion con los deleites, jamás á lo menos intentaba justificar sus desórdenes con la blasfemia; podia tener seducido su corazon, pero su entendimiento era dócil, y reverenciaba la Religion tan sinceramente como amaba á su Rey y á su patria. Entónces se podian corregir sus vicios por medio de su fe, oponer con fruto á la depravacion de sus costumbres la pureza de sus principios religiosos, y para volverle á su deber bastaba recordarle su creencia.

En nuestros dias el entendimiento está tan corrompido como el corazon, los pensamientos se han desarreglado como las costumbres, y, mas instruidos en lo malo, hemos aprendido á justificarlo; mas argumentadores, pero menos juiciosos, seguimos deliberadamente las inclinaciones de la naturaleza corrompida, y miramos como cosas permitidas el olvido de la divinidad, la licencia en los discursos y el desarreglo en las acciones. En la actualidad, ántes de combatir el vicio nos vemos reducidos á la deplorable necesidad de probar que la virtud no es una quimera, y ántes de predicar la doctrina cristiana nos es preciso hacer su apología,

y defender la causa de la Religion ante sus hijos del mismo modo que lo hacian antiguamente los Origenes y los Tertulianos delante de los Judios y de los Paganos, sus enemigos. Sí, en nuestros dias la Religion ha sido combatida, ultrajada y hollada mas que nunca; las cosas santas han caido en el envilecimiento; la piedad de nuestros padres ha llegado á ser un objeto de mofa para su descendencia; la impiedad ha descendido hasta en el pueblo y ha inficionado las aldeas como las ciudades. Aun aquellos que por su falta de instruccion deberian ser los mas dóciles, se manifiestan algunas veces los mas tenaces en su grosera rebelion contra el Cielo: la ignorancia tiene entre ellos todo el orgullo de la ciencia, y el ministro del Evangelio tiene el dolor de encontrar, aun entre el vulgo, almas no solamente extraviadas, sino tambien endurecidas contra la verdad.

Estas reflexiones tienen no sé qué de triste y capaz de desanimar á los oradores cristianos. ¿Qué esperanza podemos en efecto tener de atraer á las banderas de la fe á un pueblo de desertores? ni qué podrán nuestros esfuerzos contra el desenfreno de la impiedad? El mal, Señores, es grande, muy grande sin duda: ¿pero deberemos por eso creerle incurable? y acaso la mano de Dios que ha libertado á la Francia del mas profundo de los abismos, no podrá completar su obra maravillosa?

Aquí, Señores, entre vosotros mismos es donde principalmente debo yo concebir las mas dulces esperanzas. ¿Qué se presenta en efecto á mi vista en este recinto? Una juventud numerosa y brillante, que, arrancándose de la disipacion del siglo, se reune á la voz de la Religion en el lugar santo, y que, dedicada un tiempo á los estudios profanos, se agolpa hoy al rededor de la cátedra del Evangelio para alimentar su entendimiento y su corazon con las verdades religiosas y morales: espectáculo singular y al mismo tiempo consolador, que nos permite creer que la causa de la fe no se ha perdido del todo en nuestra patria, que su fuego sagrado no se ha extinguido y puede aun volver á arder en ella con nueva actividad. Si, por lo general, la juventud es la época de las pasiones tempestuosas y de los mas tristes naufragios, es no menos el tiempo de la franqueza y de los sentimientos generosos, y el periodo de la vida en que los corazones, mucho mas sensibles á la verdad, deben considerarse mas como desertores que como enemigos de la virtud. ¡Feliz yo si, cumpliendo con mi ministerio, pudiese fomentar tan favorables disposiciones, atraer á la sana doctrina á una juventud extraviada por las pasiones y la mentira, salvar á unos de entre los escollos y la tempestad, é impedir á otros precipitarse en ellos!

Hoy, Señores, no trataremos en particular

ninguno de los asuntos que hacen la materia de nuestras instrucciones; creemos de nuestro deber dar á conocer en un discurso preliminar su motivo, su objeto y su forma.

En todos los siglos han aparecido espíritus impíos y renitentes, enemigos de la Religion y de la autoridad; por todas partes, en todos tiempos y en todos lugares se encuentra el mismo orgullo; este gérmen de rebelion contra Dios y los hombres, que, á manera de levadura de corrupcion original, y por la influencia de causas particulares, fermenta en algunas épocas con mayor actividad y causa mayores estragos. Yo no dejo de conocer que al fin del reinado de Luis el Grande habia mayor inclinacion que ántes á las novedades atrevidas y funestas, y que en cierto modo la fomentaba el estado mismo de la civilizacion. Generalizada en efecto la cultura del entendimiento, se multiplicaron aquellos imperfectos conocimientos que dan á conocer las dificultades, pero no los medios de resolverlas, y exaltando la vanidad de una nacion naturalmente vana, contribuyó á hacerla mas indócil. Los progresos de las ciencias, de las artes y de la industria, imprimieron cierta molicie en los ánimos y cierta sensualidad en los usos de la vida, que hicieron á los hombres mas indóciles al yugo de las verdades saludables; y de este modo el epicurismo de las costumbres preparó el de las opiniones. Ya algunos escritores

extrangeros ó nacionales habian empezado á lisonjear los corazones con el amor secreto de la independencia; y así es que Fenelon nos dice en uno de sus discursos que llegaba ya á sus oidos cierto ruido confuso de incredulidad; y Leibnitz, dotado de una prevision tan larga, estaba igualmente sobresaltado al notar que empezaba á esparcirse cierto espíritu funesto que, si no se contenia, produciria muchas catástrofes.

Es cierto no obstante que en esta época las malas doctrinas no formaban la opinion dominante de las clases superiores é ilustradas de la sociedad; es muy sabido que las ideas y sentimientos de una nacion y de un siglo se encuentran en sus escritores contemporáneos; y por esto ha dicho un grande escritor de nuestros dias, que la literatura es la expresion de la sociedad. Bajo el reinado pues de Luis XIV todos los sabios, todos los filósofos, los moralistas, los oradores, y en fin los escritores ilustres profesaban en general á la Religion el mas profundo respeto; sus obras apreciadas del público alimentaban por todas partes y fortificaban el amor de lo honesto y de lo bello, y toda la Francia se encontraba sana y fuerte en sus principios y en su creencia. Aun las mas sólidas producciones del entendimiento tenian cierto atractivo para el sexo mas frivolo; y nadie ignora con cuanta ansia iba á escuchar al grave Bourdaloue aquella mujer inmortalizada por sus cartas. Sí, Seño-

res, cuando los que estan destinados á dirigir los entendimientos y á dominar la opinion de un pueblo, son sinceramente religiosos, es imposible que este sea impío; entónces los manantiales públicos son puros y las aguas que de ellos corren llevan á larga distancia la vida y la fecundidad.

Otro tiempo trajo otras costumbres. Luis XIV bajó al sepulcro, y parece que arrastró consigo el genio de su siglo; y la muerte prematura del Duque de Borgoña produjo la regencia. Tocamos, Señores, la época del desprecio de todo decoro, del descaro en la irreligion y en el vicio, de la manifestacion atrevida de las mas perversas ideas y de la mas notoria indiferencia hácia el culto, las instituciones y las leyes de la patria. Bajo el gobierno de un príncipe, que, con sus principios y sus ejemplos demasiado conocidos, acreditó la licencia mas desenfrenada, se desarrollaron por todas partes los gérmenes perniciosos que encierra el cuerpo social, y hasta el talento, destinado únicamente á dar armas á la verdad y encantos á la virtud, lisonjeó bajamente esta fatal disposicion de los entendimientos en lugar de combatirla, y se prostituyó indignamente al vicio y á la mentira. ¡Que espectáculo tan doloroso presentan en esta ocasion los escritores que debieron ejercer sobre su siglo el mayor ascendiente!

Montesquieu, en medio de los extravíos de

una juventud inconsiderada, publicó cartas bellas, digámoslo así, con un talento original, pero manchadas por todas partes con aquel desenfreno del talento que no conoce límites, que censura todo cuanto el sabio respeta; y entre las gracias de un lenguaje florido, vertió en el alma del lector el veneno de doctrinas temerarias y funestas.

Voltaire, dotado de un talento extraordinario, ridiculizó con el mayor exceso cuanto hay mas sagrado, sazonó la obscenidad con la blasfemia y la blasfemia con la obscenidad; disfrazó el cristianismo, sus libros santos y su historia con una malicia refinada, y propagó en la nacion entera aquel espíritu de escepticismo, de frivolidad y de sátira, que nada cree y de todo se burla, que se entretiene con los vicios de los hombres como con sus extravagancias, que debilita el horror al crímen, y, relajando los lazos de la sociedad, prepara alegremente la disolucion general de las costumbres y el desprecio de las leyes.

Presentóse Juan Santiago Rousseau, y, por desgracia de sus contemporáneos, fué uno de los hombres mas elocuentes de su siglo. Si por una parte defiende con calor algunas verdades de que se aprovecharon muy poco, divulgó por otra con profusion brillantes y seductoras mentiras; subyugó los entendimientos con la audacia de sus paradojas y con el fuego de su imaginacion;

y el siglo que se llamó á sí mismo *siglo de las luces*, se postró delante del sofista extrangero, que publicó con gravedad las mas bárbaras teorías acerca de las ciencias y de las letras, de la educacion y de la sociedad.

Me seria fácil nombrar aquí un sinnúmero de escritores de una clase inferior, que, bajo las banderas de sus jefes, formaron una liga poderosa contra lo que llamaban *las preocupaciones*, es decir, contra la Religion y la autoridad. Parece que creyeron de buena fe ser unos hombres grandes por haberse dado el nombre de filósofos; pero el tiempo, este enemigo mortal de cuanto es solo mediano, los ha puesto ya en su lugar.

No seremos tan injustos que desconozcamos el mérito literario que tienen los escritos de algunos de ellos; pero nadie ignora que el ingenio no es una cosa comun, y no seremos tan simples que nos enajenemos de admiracion por autores que han tenido mas talento que juicio, que han sido mas sofistas que filósofos, y mas declamadores que elocuentes.

De este modo se vió aparecer en el discurso del siglo XVIII una multitud de escritores ateos, materialistas, fatalistas, deistas, indiferentes y novadores, que desnaturalizaron las ideas así como el lenguaje, y dieron á los objetos de la veneracion pública denominaciones extrañas que les hicieron odiosos: de modo que la Reli-

gion solo se llamó ya *fanatismo* y la autoridad *tiranía*. Su pluma fecunda multiplicó las producciones en que la corrupcion del entendimiento compite con la del corazon, é innumerables prensas las arrojaron por los diferentes paises de la Europa. Desde esta época ya no estuvo la impiedad relegada en solo algunos libros científicos, conocidos de pocos lectores, sino que se presentó al contrario bajo mil formas las mas atractivas y mas á propósito para andar en manos de todas las clases de la sociedad; y circuló su veneno por todas partes, desde las ciudades hasta las mas ínfimas aldeas. Es verdad que en todos tiempos ha sido combatida la Religion; pero en ninguno fueron los ataques tan repetidos ni tan pérfidos como en este siglo. No solamente se puso en práctica contra ella cuanto tiene de mas sutil el raciocinio, sino que cuanto tienen de encantador la elocuencia y la poesía; cuanto de interesante y raro la historia de los hombres y la de la naturaleza, de chistoso y amargo el epigrama y la sátira, y de ingenioso y halagüeno el cuento y la novela: todo, todo se empleó para atraer sobre ella y sus ministros el odio y el desprecio; y al considerar ese diluvio de producciones impías y licenciosas que han inundado la Francia en estos últimos tiempos, nos admiramos, no de que en el dia haya menos fe que en el siglo de Luis XIV, sino de que, despues de tantos esfuerzos para apa-

garla, aun haya quedado alguna chispa de su fuego.

El desarreglo de los entendimientos llegó á tal grado, que nada hubo ya para ellos verdadero, útil ni necesario en la Religion, y nada fundamental ni venerable en las instituciones, las leyes y los usos. Ya no se trató de reformar, sino de destruir; no de limpiar el árbol, sino de arrancarle: todo se conmovió hasta en los cimientos, y una monarquía de catorce siglos se desplomó con un estruendo, que, despues de treinta años, aun retumba en todo el universo. En medio, Señores, de nuestras conmociones religiosas y políticas se halló colocada, en cierto modo, la cuna de muchos de vosotros. Sí, generaciones enteras criadas y educadas en el seno de la confusion y del desórden, y trasladadas despues en la edad de las pasiones al centro de la corrupcion de nuestras ciudades y del desenfreno de los campos, solo han podido recibir una educacion imperfecta: para ellas la Religion de sus abuelos es casi una ciencia desconocida. ¡Y cuántos vivirán casi sin Religion y sin Dios, que no siendo impíos por sistema, solo esperan acaso la antorcha de la verdad para seguir fielmente su luz! Otros habrá sin duda que han sido mas felices en su primera educacion, pero que han perdido en esta capital los sentimientos que les habian inspirado en sus familias, y que viniendo á beber la ciencia en su orígen, han tra-

gado en ella el veneno de una espantosa incredulidad. Las malas doctrinas se encuentran mezcladas con tantas producciones literarias y sabias, y cuentan tantos partidarios, que la fe de la juventud corre el mayor riesgo si no se la ilustra y se la fortalece con instrucciones mas sólidas y mas claras que antiguamente. En el dia no es ya suficiente lo que bastaba hace cien años, y el que se lanza en los peligros de un mundo impío y pervertido, sin conocer ni la Religion ni los fundamentos indestructibles sobre que descansa, es parecido á un soldado que se arroja sin armas y con una loca temeridad enmedio de los batallones enemigos.

En fuerza de estas consideraciones hemos formado el proyecto de facilitar á la juventud el conocimiento de los verdaderos fundamentos de la Religion y de la moral, y con este fin darle una série de instrucciones en que las materias sean suficientemente discutidas para ilustrar los entendimientos dóciles, defenderlos y libertarlos de las asechanzas del error. ¿Y porqué no formariamos aquí una especie de academia cristiana, á la que la juventud francesa viniese á ilustrarse con nosotros sobre un asunto de mayor excelencia que lo que hace al hombre hábil, es decir, las augustas verdades que hacen al hombre virtuoso? Hubo en la antigüedad una ciudad famosa, tanto por el nombre de su fundador y sus riquezas como por su comercio y

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

poblacion: célebre aun en las primeras edades del cristianismo, veia florecer en su seno las letras y las ciencias, y los cristianos vivian mezclados en ella con los judíos y paganos, enemigos tan peligrosos y encarnizados de la Religion: hablo, Señores, de Alejandría. En ella se formó una escuela de filosofía cristiana, en donde brillaron tantos doctos personajes, y en donde, despues de haber sido discípulos, llegaron por su turno á ser maestros los Clementes de Alejandria y los Orígenes, aquel Orígenes que por la inocencia de sus costumbres, la inmensa variedad de sus conocimientos y las gracias de su talento, atraia y ganaba á los paganos y á los mismos filósofos. ¿No tiene pues la Religion en nuestros dias enemigos tan sútiles y tan peligrosos como los sofistas de la gentilidad? ¿Qué digo, Señores? los antiguos apologistas, mas felices que nosotros, casi solo tenian que rebatir una grosera idolatria; pero nosotros tenemos que luchar con hombres que, introduciendo la corrupcion hasta en la ciencia misma, han venido á parar en un refinamiento de pensamientos mas funesto aun y mas incurable que la mas bárbara ignorancia.

Estúdiense enhorabuena las letras humanas, cultívense las artes, y procúrese penetrar los secretos de las ciencias mas elevadas, todo esto es laudable sin duda, y la Religion, léjos de condenarlo, consagra y santifica todo aquello que

perfecciona ó hermosea la sociedad sin corromperla, y cuanto contribuye á la pública prosperidad: solo teme la ignorancia y la preocupacion; y al mismo tiempo que exige de sus discípulos la docilidad de entendimiento y la pureza de corazon, abre ante ellos todos los tesoros de los conocimientos humanos. La historia misma atestigua que se debe principalmente á los primeros pontífices de la iglesia cristiana la gloria de haber luchado con la barbarie, de haber reanimado el gusto de las letras y las artes, alentado los ingenios, y hecho nacer los mas hermosos siglos de la Europa moderna. Pero todo tiene sus justos límites; y si puede haber un zelo legítimo en favor de las ciencias, pueden ser tambien objeto de una especie de fanatismo. Sepamos libertarnos de todo exceso, y no presumamos que nada queda que saber al hombre porque conozca la historia de las plantas y de los animales, ó las reglas del buen gusto. El conocimiento de las maravillas de la naturaleza y de las reglas de hablar bien no es de absoluta necesidad, pues que la mayor parte del género humano carece de él. Los errores en que han caido y en que caen aun en el dia muchos sabios sobre el verdadero sistema del mundo físico y las causas de los fenómenos que presenta, no comprometen los destinos del género humano, ni impiden que el mundo político y moral siga el curso de las leyes ordinarias. Pero nadie

puede eximirse de ser hombre de bien, de conocer sus deberes y cumplirlos; y sin incurrir en la nota de preocupados, nos es lícito pensar que el estudio mas digno del hombre es el hombre mismo. ¿Qué uso mas noble podemos hacer de nuestra razon, de que tanto nos envanecemos, y de esta inteligencia, que es el dote y el mas hermoso privilegio de nuestra naturaleza, que emplearla en conocer y sentir profundamente las grandes verdades morales y religiosas que sujetan poderosamente el vicio, llenan el alma de los sentimientos mas generosos, y, ofreciendo á la desgracia sólidos consuelos, no tienen mas objeto que hacernos mejores para que seamos mas felices? ¿Cómo dejaremos de llorar el extravío del hombre que de todo se ocupa con un ardor infatigable, menos de lo que mas debe interesarle? Es indudable, decia en otro tiempo con este motivo un doctor de la iglesia cristiana (1) cuyo lenguaje vamos á tomar, que la razon que nos ilumina es una emanacion de la luz eterna. Por ella el hombre está como marcado con un sello divino; por ella se eleva sobre cuanto respira, y es verdaderamente el rey de la naturaleza; por ella, á pesar de la debilidad de su cuerpo, se burla de la fuerza de los animales mas vigorosos, haciendo encorvar al toro debajo del yugo, y

(1) S. Gregorio de Nisa.

obedecer al freno al caballo mas fogoso; por ella osa arrojarse en un frágil esquife al vasto océano, mide la altura de los cielos y calcula el curso de los astros. ¿Y en qué consiste que este ser tan docto y tan inteligente no se dedique á conocer su verdadero bien, ni examine las reglas de la verdadera sabiduría? ¡Y vosotros, prosigue el santo doctor, vosotros, dotados de inteligencia y de razon, no investigais lo que conviene á vuestra naturaleza y puede conducirla á su verdadero fin! ¡Despreciais así vuestros futuros destinos, y ni una sola vez entrais dentro de vosotros mismos para preguntaros en el silencio de las pasiones: ¿quién soy yo, y qué será de mí? ¡En qué desprecio, Señores, en qué olvido y en qué ignorancia de cuanto concierne á la religion de nuestros padres se vive en nuestros dias! Si recordamos cuanto sus misterios tienen de mas augusto, de mas tierno y digno de la bondad de Dios, y de mas glorioso para el hombre, es como si solo tratásemos de una especie de mitología semejante á la de los Griegos ó de los Indios; y si traemos á la memoria la severidad de sus máximas, los deberes que impone y los sacrificios que exige, parece que solo se consideran como mandamientos arbitrarios, y mas bien como consejos que como preceptos; y al aclarar la grandeza de sus promesas y el terror de sus amenazas se conceptuan como quimeras ó invenciones tan fabulosas

como las del Eliseo y del Ténaro. Sí, Señores, la Religion se mira como una cosa anticuada, y aun causa admiracion que intentemos defenderla con seriedad.

Contra una preocupacion tan funesta como impía os dirigimos nuestras reclamaciones, y apelamos de los extravíos de una juventud deslumbrada por una filosofía engañosa, á otra juventud mas ilustrada, excitándola á fijar su atencion en una causa que, segura del triunfo ante el tribunal de una razon imparcial, provoca su exámen en lugar de temerle.

Nuestro único temor seria comprometerla por la debilidad de sus defensores: dignos de lástima seriamos á la verdad si desconociésemos nuestra insuficiencia para defender una causa tan hermosa de un modo digno de ella; y al traer á la memoria los grandes hombres que han escrito en favor de la Religion tan docta, tan elocuente y aun tan sublimemente, no podemos menos de confundirnos al conocer nuestra debilidad, sin que esta ingenua confesion sea ni aun una simple ostentacion de modestia. Solo una consideracion puede infundirnos seguridad, y es que fortalecidos en esta ocasion con la fuerza misma de la verdad y con el sentimiento de una conviccion profunda, que jamás tendrá el incrédulo, podemos todavía servirnos de los ricos despojos de tantos bellos ingenios que han profesado y defendido el cristianismo con tanta

gloria como fruto. Además, ¿qué ministro del Evangelio se olvidará del auxilio que para ilustrar los entendimientos y mover los corazones debe esperar de aquel *cuya voz conmueve el desierto y troncha los cedros,* segun el lenguaje de la Escritura, y que no en vano se llama *el Padre de las luces y el Dios de las virtudes?*

Provistos de todas estas armas, y con la esperanza de todos estos auxilios, podemos entrar con menos desconfianza en la carrera. Muy importante sin duda seria al triunfo de la verdad que fuese anunciada con todo el brillo y la fuerza que le corresponden; pero, aunque no lo sea mas que de un modo puramente razonable, siempre se sentirá su imperio, y la luz con que brilla llegará mas ó menos aun á aquellos que quisieran ocultarse á sus rayos. Podrán sublevarse contra ella las pasiones; pero su mismo sobresalto será un homenaje rendido á su presencia; y si con una nube de sutilezas y sofismas podemos alguna vez oscurecer su luz, jamás podremos apagarla ni impedir que se nos muestre por intervalos, así como el sol, penetrando por los densos vapores de la tierra, descubre á la vista deslumbrada su disco resplandeciente.

Os he manifestado, Señores, los motivos y el objeto de nuestras Conferencias: nos resta solo daros á conocer su forma y carácter particular.

La exposicion de los misterios de la fe, de los preceptos del Evangelio, y de los deberes y prácticas de la piedad, han sido las materias mas controvertidas en la cátedra cristiana, y nuestros primeros oradores las han tratado con tal elevacion de pensamiento, tal fuerza en sus raciocinios y tan hermosa locucion, que sus discursos son tenidos por las obras maestras de la elocuencia humana. Nosotros, Señores, seguiremos un camino diferente; nos limitaremos á considerar la Religion solamente en sus principios fundamentales, en las pruebas que fijan su verdad, y en las acriminaciones generales que le hacen sus enemigos, procurando, bajo de todos estos aspectos, vengarla de los ataques de la incredulidad. Mas de una vez tendreis ocasion de notar que nuestros discursos son puramente filosóficos, y tales que pudieran pronunciarse en una academia lo mismo que en esta cátedra. Yo confieso que al considerar la santidad del lugar en que estamos reunidos, nuestro carácter de ministro de la Religion y hasta el traje que nos cubre, deberíamos en algun modo avergonzarnos de usar en la cátedra del Evangelio un lenguaje profano que en general deberia serle extraño; pero podrá en todo caso justificarnos la necesidad del nuevo género de instruccion que parece exigen los tiempos en que nos hallamos, y la precision de apropiar, cual hábil médico, los remedios á las necesidades y al temperamento

del enfermo : tal es en efecto la enfermedad actual de los entendimientos, que es imposible conseguir su curacion sin adoptar un método nuevo. Si nuestras Conferencias no fuesen infructuosas, se nos perdonará fácilmente cuanto en ellas pueda haber de singular y ajeno del tono ordinario de la cátedra cristiana; y si producen alguna utilidad, quedaremos disculpados ante Dios y los hombres.

No penseis, Señores, que para defender la Religion nos entreguemos á vanas y pomposas declamaciones contra la llamada filosofia del siglo XVIII, aventurándolo todo sin probar nada, exagerando las pruebas mas ligeras y callando á propósito las dificultades mas graves. La causa que tenemos que defender no necesita de los rodeos ni de los ardides de una dialéctica artificiosa.

Nuestra marcha será recta y franca como la verdad, y nuestro método será subir al orígen de las cosas y deducir sus consecuencias exponiendo y resolviendo las objeciones. La Religion no teme la luz; desea manifestarse y mostrarse al descubierto. Ella misma excita á su exámen y aun le manda; y si alguna vez se siente ofendida por el orgullo del blasfemo, jamas se cree honrada por los homenajes de una estúpida credulidad. No, los discípulos del Evangelio no son los del alcoran.

Poseidos del designio de instruir y de ilustrar,

procuraremos convenceros, no arrebataros; ó por mejor decir, procuraremos arrebataros por medio de la conviccion. Despreciaremos las emociones fugaces; y nuestro objeto no será atraeros á una buena accion, ó á un esfuerzo generoso pero pasajero, sino uniros á la Religion por medio del convencimiento mas meditado y mas profundo. ¡Feliz yo si cada uno de mis discursos disipase en vosotros alguna preocupacion, y haciéndoos concebir temores por el descuido en que hasta ahora habeis vivido, fortificase en vosotros algun deseo de instruiros, de manera que, al salir de esta asamblea, llevaseis en vuestras almas el aguijon de la verdad!

Si en nuestro lenguaje procurásemos usar de energía, tened presente que nuestros discursos no se dirigen contra las personas, y sí solo contra sistemas que nos es permitido mirar como el azote de las costumbres y de la sociedad. Tampoco encontraréis en nuestras palabras una hiel que no se halla en nuestro corazon; pues el desgraciado que se extravia es aun mas digno de compasion que de enojo; y á la vista del incrédulo debemos recordar aquellas palabras del apóstol: *que el que está de pié tema caer*. Tendremos presente que si la Religion no transige con los errores, porque es la verdad pura, tambien está llena de condescendencia con las personas, porque es la misma caridad. No por esto olvidaremos que la caridad no debe ser débil; y que

si es indulgente, no por eso lisonjea las pasiones: que si se enternece al mirar la suerte de los extraviados, tiene tambien el valor necesario para turbar su fatal indiferencia; y que si, llena de generosidad, mira por los verdaderos intereses del hombre, dedicándose á conducirle á la verdadera felicidad y á separar los obstáculos que le desvian de ella, que no son otros que los errores y los vicios, esta misma caridad con que ama á las personas es cabalmente su mayor estímulo para declararse con fuerza contra la mentira y las pasiones que las seducen.

No ignoramos que en este siglo de indiferencia el zelo por la Religion se llama *fanatismo;* pero esto es solo un abuso deplorable del lenguaje y una denominacion tan injusta como odiosa. Mas si no empleamos otras armas que las del raciocinio y de la persuasion, si nos abstenemos de toda personalidad ofensiva y solo damos á nuestras palabras la fuerza que exigen las cosas mismas, ¿donde estará en tal caso el odio, el zelo violento y arrebatado, el fanatismo? Se llamará zelo justo y razonable vituperar con vehemencia el robo y el homicidio, el perjurio y la calumnia, ¡y no ha de ser sino fanatismo el combatir los mas funestos errores! ¡Qué inconsecuencia! Harto mas temibles son por cierto las malas doctrinas que las malas acciones. El ejemplo podrá arrastrar al vicio, pero no le justifica; podrá inspirar osa-

dia, pero no ahoga los remordimientos : al paso que los malos principios se dirigen á legitimar y santificar el crímen, haciendo á los hombres malos por sistema, y dando al vicio la calma de la virtud. La razon es indudablemente la regla de lo bueno y de lo bello entre los hombres; ella debe presidir al destino de los Estados como al de las familias y de los particulares; pero si se llega hasta á corromper la misma razon, si se oscurecen las luces del entendimiento, si se confunden todas las nociones de lo justo y de lo injusto, y si al mismo tiempo, por el silencio de los hombres de bien, se generalizan en todas las clases de la sociedad semejante desarreglo de ideas y ofuscacion de toda verdad, el mas espantoso desórden será el resultado de tan impia indiferencia : una generacion habrá sembrado tranquilamente la mentira, otra generacion recogerá delitos y desastres; de la levadura de los errores funestos, que habrá fermentado algun tiempo, se verá salir el doble monstruo del ateismo y de la anarquía : entónces se conocerá que el zelo contra los errores era prudencia, y no fanatismo.

Con la misma falta de fundamento se nos acusará acaso de atacar injustamente la filosofía, como si pretendiésemos que toda filosofía es indigna de nuestra estimacion y de nuestros elogios. Aquí es preciso que nos expliquemos para entendernos, pues seríamos muy poco filósofos

si nos dejásemos engañar por un vano equívoco de lenguaje. Hay sin duda una filosofía digna de nuestro respeto, porque se dirige á perfeccionar al hombre, así como hay otra digna de todo nuestro desprecio, porque se dirige á pervertirle. Hay una falsa filosofía que forma sofistas, así como una falsa elocuencia que forma declamadores; el filósofo hace buen uso de su razon, el sofista abusa de ella: segun la acepcion primitiva de la palabra, quien dice *filosofía*, dice *amor de la sabiduría*. En todos los siglos ha habido verdaderos y falsos sabios, opuestos entre sí en doctrinas, defensores y enemigos de las verdades morales y religiosas: es, en todos tiempos, el genio del mal luchando contra el genio del bien. Entre los antiguos, Sócrates y Platon, Ciceron y Marco Aurelio, fueron filósofos; y aunque sus doctrinas y su conducta no fuesen del todo irreprensibles, se manifiestan en sus escritos movidos del amor de lo honesto y de lo bello, y debe admirarnos como en medio de las tinieblas y de la corrupcion del paganismo pudieron elevarse á pensamientos tan altos y á sentimientos tan nobles. Entre los modernos, Bacon, Pascal, Descartes, Newton, Locke, Mallebranche, Bossuet y Leibnitz han sido filósofos; y aunque en algunos puntos no todos hayan profesado la verdad completa, se ve sin embargo cuanto aborrecian las doctrinas que se han hecho tan generales en nuestros dias, buenas úni-

camente para justificar el vicio y arruinar todas las virtudes; y no hay uno solo entre tan ilustres personajes que no haya reverenciado la Religion cristiana como obra de Dios mismo.

Hay pues una filosofía sabia y moderada que sola merece este nombre; ilustrada, pero no orgullosa, ella estudia las facultades y las operaciones del entendimiento humano, sin enseñar el absurdo y vil materialismo; las maravillas y las leyes de la naturaleza, sin blasfemar contra su autor; la política y sus resortes, sin conmover los fundamentos de la sociedad; la moral y sus principios, sin negar la distincion del bien y del mal: esta filosofía es digna de ser cultivada por todos los hombres de bien. Pero hay tambien otra pretendida filosofía que se desenfrena contra Dios y la Providencia, que asemeja el hombre á la bestia, y trata el cristianismo de invencion humana. Esta ha sido la filosofía de muchos escritores de nuestros dias; y una multitud de ateos, materialistas y deistas, que no solo lo han sido, sino que han vivido agitados de la manía de hacer prosélitos, enemigos de Dios, de la vida futura y de la Religion cristiana, se han dado á sí mismos el dictado de filósofos. Es indudable que su modo de filosofar no era del todo el mismo; cada uno tenia sus opiniones predilectas que procuraba hacer prevalecer, y en cierto modo se pueden contar tantos sistemas como doctores. Es bien sabido cuan

opuestas son entre sí sus teorías sobre la moral, la política, la educacion y las letras, y que en sus sistemas reina la mas extraña confusion; pero todos estaban conformes en un punto capital, que era combatir y ridiculizar toda religion en general, y en particular el cristianismo, insultando con una soberbia desdeñosa su doctrina y sus leyes; y aun por esto precisamente se consideraban como entendimientos privilegiados y como hombres exentos de toda preocupacion, como filósofos en fin. Dispensaban desde luego al siglo XVII la gracia de llamarle siglo de la imaginacion, de las letras y de las artes; pero el XVIII era el de la razon, el de las luces, y en una palabra, el de la filosofía. Yo solo veo en esto la profanacion de tan hermosa palabra empleada hasta entónces para expresar cuanto hay de mas juicioso en la conducta y mas elevado en el pensamiento; este título era en realidad una usurpacion, pero en fin le consagrara el uso, este grande árbitro del lenguaje. Seria preciso sin embargo ignorar completamente la historia literaria del último siglo, para no saber que la palabra *filosofía* se hallaba sin cesar en la boca y en la pluma de los escritores enemigos del cristianismo, y que entre ellos *filosofía* era casi siempre sinónimo de *incredulidad;* y es bien extraño que se pregunte algunas veces á los apologistas de la Religion lo que entienden por filosofía, y por filósofos del siglo XVIII.

Se quejan algunas veces de que se los procura deshonrar, y se complacen en recordar con este motivo sus conocimientos, su beneficencia y sus cualidades domésticas. Pero ¿desde cuando, Señores, está obligada la posteridad á respetar la memoria de un escritor cuando sus opiniones son perversas? Léjos, léjos de nosotros en este lugar toda injusticia, y aun cuanto pueda tener la apariencia de tal: siempre sabremos distinguir su talento del uso que han hecho de él, y sus producciones estimables de las que no lo son. Pero ¿será preciso que sacrifiquemos los intereses de la verdad preciándonos de una débil indulgencia? ¿y se exigirá de nosotros que honremos á unos hombres cuyos sistemas solo son buenos para justificar todos los vicios y engendrar mil desórdenes en las familias y en la sociedad, solo porque habrán escrito algunos trozos de prosa ó de poesía en que brilla el talento, por algunas páginas elocuentes, por algunos actos de una virtud fácil, ó por algunas cualidades agradables en el comercio de la vida? ¿No tendremos jamas el juicio necesario para estimar el talento por solo su buen uso? Estos apóstoles de novedades han sido tanto mas culpables, cuanto debian ser naturalmente mas ilustrados. En otro tiempo se vió á los filósofos célebres hacer nobles esfuerzos hácia la verdad, aun enmedio de los errores del paganismo; miéntras que los nuestros, aun en el centro de las luces del cristia-

nismo, se han atormentado por atraer las tinieblas. ¡Ah! ¡y demasiado han conseguido precipitarnos en el abismo!

¿Se dirá acaso para disculparlos que antes de que ellos existiesen se habian esparcido ya en la nacion las doctrinas atrevidas, y que léjos de haber sido sus inventores, se han visto dominados y arrastrados por el espíritu de su siglo? ¡Vana justificacion! Guardémonos de mirar como irresistible una influencia solamente peligrosa, y no introduzcamos entre los escritores una especie de fatalismo tan funesto como insensato. El deber de todo escritor de probidad es luchar contra el torrente de las malas doctrinas; y dejarse arrastrar por ellas es hacer un papel tan fácil como vergonzoso, que ni supone talento ni virtud. El escritor que ha recibido de Dios todos los dones del entendimiento, desconoce la dignidad de su vocacion, y vende cobardemente el destino á que está llamado, si en lugar de trabajar para retraer á sus contemporáneos de extravios, sigue débilmente sus huellas. Yo bien conozco que si ha tenido la desgracia de nacer en medio de una generacion pervertida, necesitará mucho mas valor para oponerse al espíritu general, y que si tiene la debilidad de ceder será acaso menos criminal; pero nunca dejará de serlo. Él debe penetrarse de que es defensor nato de la verdad y de la virtud; de que el talento asi como la autoridad solo se ha dado al hom-

bre para el bien de sus semejantes, y que es tan ilícito abusar del entendimiento para corromper, como del poder para oprimir. Si se admitiese á los apóstoles de las malas doctrinas la excusa de un influjo extraordinario, muy luego pretenderian disculparse todos los malhechores, ya con la fuerza del temperamento, ya con la necesidad ó ya con el imperio inevitable de las circunstancias: por esto yo deseo principalmente reconocer en el escritor al hombre de bien, pues no me hallo dispuesto á transigir con el vicio y la mentira por consideraciones al talento. ¿Que importa, si la bebida es mortal, que se presente en una copa de oro? ¡Desgraciado el siglo en que solo se aprecie mucho el talento, y nada la probidad! Cuando una nacion ha descendido á tal degradacion intelectual y moral, es preciso que perezca ó que vuelva por medio de un esfuerzo generoso á las sendas de la sabiduria y de la verdad.

Ahora es, Señores, cuando podeis conocer en que sentido tendremos nuestras Conferencias, y acaso conocereis ya que podrán seros de alguna utilidad. Venid pues á oirlas, no movidos de una vana curiosidad, sino del deseo sincero de aprender la verdad; el que la ama puede creer casi haberla encontrado: permitidme que con esta ocasion recuerde las palabras de san Pablo en el libro de los Hechos apostólicos. Llegó en uno de sus viajes evangélicos á aquella ciudad de la

Grecia, tan famosa por el estudio de las letras y de la filosofía, cuanto podia serlo Roma por sus conquistas y su poder. Al entrar en Atenas vió por todas partes las estatuas de los falsos dioses; pues era un verdadero templo de ídolos. A su vista se anima é inflama su zelo, se encamina á la plaza pública adonde se dirigen á escucharle los habitantes, movidos de la natural curiosidad y del ansia que los Atenienses tenian, no menos entónces que en los tiempos de Demóstenes, de aprender alguna cosa nueva: conversa con los filósofos de las diversas sectas, con los epicúreos que no creen en el dogma de la Providencia y de la vida futura; con los estóicos que, como los fatalistas de nuestros dias, solo ven por todas partes una irremediable necesidad: pregúntanse unos á otros, ¿qué intenta aquel extrangero con su nueva doctrina? y le conducen al areopago. No se intimida el apóstol en tan ilustre asamblea; pero usando de una justa moderacion no trató de proponer atropelladamente á los sabios paganos los altos misterios del cristianismo, sino que principió por recordarles las primeras verdades que abren el camino á la fe cristiana; y tomando la palabra en su griego medio bárbaro: «Señores Atenien-« ses, les dice, al pasar por vuestra ciudad me « ha parecido que sois con extremo religiosos; he « leido sobre uno de vuestros altares esta ins-« cripcion: *Al Dios desconocido;* pues bien, yo

« os anuncio ese Dios á quien no conoceis : él es « quien ha hecho el cielo y la tierra; él, quien « arregla el curso de las estaciones, y él, quien « ha criado al género humano; este gran Dios « quiere en fin disipar la ignorancia de los hom- « bres, y les advierte que reformen sus cos- « tumbres, porque ha señalado un dia en que « debe juzgarlos á todos. » ¿Qué sucedió con este discurso del apóstol? El escritor sagrado nos lo refiere con la mas ingenua sencillez ; algunos se burlaron de sus discursos : *Quidam, quidem irridebant;* otros le dijeron : otro dia os oiremos sobre esto : *Quidam autem dixerunt : audiemus te de hoc iterùm;* pero tambien los hubo que haciéndose instruir abrazaron el cristianismo, siendo uno de ellos Dionisio, individuo del areopago : *Quidam verò viri adhærentes ei, crediderunt; in quibus et Dionysius areopagita.*

La suerte, Señores, de san Pablo predicando ante el areopago será siempre la de los predicadores de la verdad. Diez y ocho siglos despues que él en Atenas anunciamos nosotros la misma doctrina en esta capital, que por sus inclinaciones, sus costumbres y sus ornatos, pasa por la Atenas de los tiempos modernos. ¿Pero que nos sucederá? Habrá espíritus satíricos que se burlarán de nuestra doctrina como de una vana fábula ; los habrá que, conmovidos, pero débiles y amantes de sus placeres, querrán dilatar hasta una época mas avanzada de la vida las reflexio-

nes serias : *Audiemus te de hoc iterùm;* pero nos atrevemos á esperar en el Dios de las misericordias que habrá tambien algunos que vuelvan al camino de la verdad y marchen fielmente por él hasta el fin. Y con que un jóven solo venga en esta inmensa ciudad á abjurar sus errores al pié de esta cátedra, quedarán pagados con usura nuestros trabajos y esfuerzos.

DE LA VERDAD.

Si quisiésemos recogernos por algunos momentos dentro de nosotros mismos para descifrar los gustos y las inclinaciones mas profundas de nuestra naturaleza, descubriríamos fácilmente que hemos sido formados para la verdad y que á pesar nuestro nos vemos impelidos á mirar como una extravagancia ese pirronismo universal, que nada reconoce falso ni verdadero y aparenta no ver mas que incertidumbres. Yo experimento dentro de mí mismo que mi ser me arrastra por su propia naturaleza hácia la verdad, como hácia el centro de mis deseos y de mis afecciones; que mi entendimiento solo vive para ella, y que solo tomando sus colores y sus rasgos puede agradarnos ó movernos la mentira. Mi entendimiento está tan sediento de verdad, como mi corazon de felicidad; y me es tan imposible desprenderme del amor de lo verdadero, como del amor de mí mismo: la inteligencia, pues, que es el dote de mi naturaleza, me ha sido dada para ver, para conocer y distinguir los objetos, para discernir lo que es de

lo que no es; á saber, la verdad del error : y esto, solo esto es lo que me constituye racional y me hace sentir una inquietud vaga que solo se fija en la posesion de la verdad ó de lo que me parece tal.

Ved como brilla el amor de lo verdadero en todas las edades y en todos los estados. ¿De donde proviene en los niños aquella curiosidad que les es tan natural, aquella ansia por saber, y aquella aficion viva y ardiente á aprender lo que ignoran? ¿De donde en los hombres tanto horror á los caracteres falsos y á los corazones dobles, en términos de ser tenidos el hipócrita y el embustero por los mas viles y despreciables de todos los viciosos? ¿Porque esa lucha tan esforzada del entendimiento contra las tinieblas de la ignorancia; tanto empeño en disiparlas y gozar de la luz en todo su brillo? ¿Que se propone el sabio en sus penosas vigilias, el viajero en sus lejanas correrías, el naturalista en sus observaciones, el político en sus meditaciones y el magistrado en la concordancia de las leyes y la discusion de los hechos? Todos aspiran á conocer lo que tiene una existencia real para afirmarlo y enseñarlo á sus semejantes, todos en fin buscan la verdad : aun los sofistas mas osados han querido pasar por amigos de ella, y hasta los mismos ateos se dicen propagadores de la verdadera luz, bien seguros de desacreditar sus sistemas si los anunciasen por lo que son en

la realidad, es decir, por el delirio de engañosas pasiones.

Y si hemos sido formados para la verdad, ¿será posible que carezcamos de algun medio para conocerla? Y al criarnos la naturaleza para un fin, ¿nos habrá reducido á la imposibilidad de conseguirle, señalándonos el término á que nos debemos dirigir, para poner entre él y nosotros obstáculos insuperables? En este caso su obra seria en efecto monstruosa. Y así como nadie creeria que la especie humana ha sido formada para ver la luz y para comunicar sus pensamientos por medio de la palabra si fuese ciega ó muda, del mismo modo se tendria por increible que la naturaleza humana esté como formada para la verdad, si careciese de los medios para conocerla.

Yo no necesito mas que esta sola observacion para persuadirme que á lo menos en muchas cosas el entendimiento no está condenado á vagar de conjetura en conjetura, ni á fluctuar en el vacío de las probabilidades y en la incertidumbre: y comienzo desde luego á sospechar que los raciocinios del escéptico sobre la absoluta nulidad de la razon humana, son tan solo declamaciones retóricas y sutilezas de sofistas.

Ignoro, Señores, si alguna vez os habreis preguntado á vosotros mismos que es la verdad, y si alguna vez habreis procurado conocerla. La verdad en general, considerada en sí

misma, es aquello que existe; como la mentira es aquello que no existe; por consiguiente, lo verdadero es cuanto tiene una existencia actual ó posible, y lo falso todo aquello que ni existe ni puede existir. Considerada la verdad en nosotros mismos, en cuanto que nos está presente y nuestro entendimiento la percibe, consiste en el conocimiento de aquello que existe; de modo que si afirmo lo que realmente existe y niego lo que no existe, indudablemente acierto con ella, y en el caso contrario caigo en el error: la verdad, pues, es una cosa efectiva, y la mentira una quimera; de modo que la luz y las tinieblas, la vida y la muerte, el ser y la nada, no son mas opuestos entre sí que la verdad y el error.

Pero todas las verdades no son de un mismo órden, ni brillan todas con el mismo grado de luz: y bajo el supuesto de que algunas nos sean menos perceptibles que otras, ¿por que medios podremos llegar á su conocimiento? De aquí nacen las dos cuestiones que vamos á discutir al mismo tiempo en esta Conferencia, á saber: la necesidad de admitir y reconocer verdades primeras y otras deducidas de estas, designando los caractéres de las unas y buscando los medios de conocer las otras. Procuraremos desterrar de nuestro lenguaje cuanto pudiera molestar sin ilustrar; pues además de ser la oscuridad perjudicial para todo, de ningun modo es permitida

en los discursos públicos: tambien creemos de nuestro deber evitar en esta discusion puramente filosófica los términos científicos, que sin ser la ciencia misma no son frecuentemente mas que charlatanismo.

Desde que el hombre principió á filosofar, es decir, á darse á sí mismo cuenta de sí mismo, aparecieron talentos dotados de tal penetracion y tal sagacidad, que se ocuparon en formar una teoría completa del alma y de sus facultades. Del orígen de nuestras ideas y de los principios mas recónditos del raciocinio, bajaron en cierto modo hasta los abismos de la inteligencia, para sorprenderla en sus operaciones mas secretas y llegar hasta la misma raiz de nuestros conocimientos, á la manera de los sabios que registran las entrañas de la tierra á fin de descubrir de que modo se forman en ellas los metales y como alimenta las plantas que brotan de su seno; pero la naturaleza inteligente, del mismo modo que la naturaleza material, ha ocultado sus misterios con un velo de bronce que jamás levantará enteramente la mano del hombre; mas si por desgracia la razon humana tiene ciertos límites, nuestra curiosidad carece de ellos; y de aquí provienen tantos y tan multiplicados esfuerzos para salvar barreras insuperables á nuestra debilidad, y los muchos extravíos que han sido con demasiada frecuencia el fruto de la audacia. La historia de la filosofía solo nos presenta una serie de sistemas

diversos, ó por mejor decir, opuestos entre sí, que han reinado sucesivamente en las escuelas; y el hombre ha recorrido una cadena de errores de la que un extremo termina en el materialismo, y el otro en el idealismo. El primero anonada el alma, y sin ver en el hombre mas que sus órganos, quiere que solo sea una máquina mas en el mecanismo inmenso del universo; y el segundo, no dando subsistencia mas que al alma, destruye el mundo material, haciendo de él un cuadro imaginario de fenómenos y de apariencias. Entre estos dos extremos se encuentran sistemas mas ó menos plausibles.

Mi deber en esta cátedra no es adoptar los unos ni combatir los otros: he creido mas útil exponer las doctrinas que parece deben reconocer todos los entendimientos y profesar todas las escuelas, para no engolfarnos en mil quimeras; estas doctrinas son las siguientes:

Cada uno de los seres que componen este universo tiene su naturaleza peculiar, y sus atributos constituyentes, por los cuales existe, y sin los que ni aun es posible concebirle.

Tan imaginaria es la existencia universal, como la virtud universal; aquella solo es efectiva en el individuo que existe, así como esta lo es únicamente en el hombre virtuoso; de modo que solo los individuos tienen una existencia real, que resulta de la reunion de sus cualidades esenciales. Sí, Señores, hay ciertamente alguna cosa

que constituye los seres tales como son, y hace que un hombre sea un hombre, que una planta sea una planta y que el mármol sea mármol : de modo que si solo tomásemos del hombre su cuerpo, nos resultaria cuando mas un animal; y si solo tomásemos su alma, tendríamos un espíritu puro, un ángel : para tener pues un hombre, es preciso suponer una criatura racional compuesta de un cuerpo y de una alma, unidos entre sí por medio de lazos misteriosos é inexplicables, pero no menos reales y efectivos.

No tratamos de considerarnos en un estado distinto del que tenemos, ni en un órden de cosas diferente del en que vivimos; tampoco intentamos indagar cuales serian nuestras afecciones si tuviésemos un sexto sentido ó si naciésemos mas perfectos : somos hombres y no podemos sentir, ver, ni raciocinar como si no lo fuésemos, pues los caracteres distintivos de nuestra naturaleza no dependen de nosotros. El hombre no ha creado su inteligencia ni su cuerpo ; podrá muy bien perfeccionar su entendimiento por medio del estudio, la reflexion y la experiencia, así como puede fortificar su cuerpo con el ejercicio y un régimen saludable; pero como él no ha formado su entendimiento, trazado ni ejecutado su plan como el de un edificio que fuese obra suya, tan imposible le es añadir á su alma una facultad mas, como aumentar un ojo mas á su cabeza : consideremos por consi-

guiente al hombre en su condicion de hombre, y veamos el resultado de este exámen.

Por él conoceremos que el hombre nace con ciertos gustos, inclinaciones y facultades análogas ya á su naturaleza inteligente, ya á su naturaleza corpórea; que tiene tendencia á lo verdadero, y aptitud para conocerlo y abrazarlo, y que estas disposiciones se desenvuelven y perfeccionan por medios imperceptibles, á lo menos en gran parte, á los mas hábiles observadores; de modo que tan indudable es que el entendimiento se ha hecho para conocer la verdad, como los ojos para ver la luz: esta es su naturaleza; pero no por esto creamos poder disponer de nuestra inteligencia como si fuese una máquina obra de nuestras manos, y manejarla como queramos, pudiéndola componer ó descomponer á nuestro albedrío: no, la inteligencia tiene sus principios, sus leyes que la constituyen y la gobiernan, y á las que no se puede faltar sin destruirla, así como el cuerpo tiene su propia organizacion, sin la cual no podria existir.

Se dice sin embargo que la costumbre es segunda naturaleza, y que el niño es una cera susceptible de todas las impresiones; pero guardémonos de creer absolutamente exacta esta comparacion. La cera blanda es indiferente á las formas que se la quiere dar; no exige ni rechaza ninguna, y conserva siempre pasiva la última que ha recibido. No sucede lo mismo con

nuestra alma, que, lejos de ser indiferente á la verdad y al error, tiene aficion á la primera y repugnancia al segundo, y, dotada de una actividad interior, se eleva infinitamente sobre todo lo que es meramente pasivo : podrán muy bien las sensaciones, la educacion y la experiencia excitar su actividad, poner en movimiento sus facultades y suministrarle materias para levantar el edificio de sus conocimientos; pero ella es siempre el arquitecto que compara, que aprecia, juzga, elige y dispone los materiales que tiene á la vista, segun las ideas primitivas de órden y de proporcion que ellos no le han podido suministrar.

Tomad una tabla de mármol ; en ella podreis grabar impunemente las proposiciones mas repugnantes, por ejemplo, *el círculo es una figura cuadrada ; dos y dos son cinco :* nada hay en el mármol que le haga conocer semejantes absurdos ni le obligue á rechazarlos, y presentará á los espectadores los caracteres que los expresan interin no los borre la mano del tiempo; pero en vano intentará el sofista grabarlos en las tablas de la inteligencia ó hacerlos prevalecer entre la especie humana : un sentimiento invencible nos advertirá siempre que un círculo es redondo, y que dos y dos son cuatro. El alma es rica, poderosa por sí misma, y encierra dentro de su seno un tesoro de sentimientos, de nociones y verdades ocultas que se manifiestan á su

tiempo; y siendo el principio de su inclinacion ó aversion á ciertas cosas, ilustran y arreglan sus juicios. Yo no diré cual sea su orígen, cual el momento en que comienzan á manifestarse, como se desenvuelven, ni como de sensaciones vagas pasan despues á ser principios luminosos; tampoco diré que sean innatos, en el sentido de que un niño empiece á percibirlos en el momento que nace; pero si digo que existen en el alma del hombre y solo esperan una ocasion para manifestarse, á manera de la chispa oculta en el centro del pedernal que solo espera un ligero golpe para saltar: mas claro aun, semejantes á los objetos cerrados en un lugar oscuro que son para nosotros como si no existiesen hasta que la luz nos los hace sensibles. ¿Pero de que modo se excitan en el alma y, digámoslo así, empiezan á vivir estos sentimientos primitivos como amortiguados antes en el fondo de ella misma? Misterio impenetrable.

Entre estos sentimientos primitivos, mas ó menos confusos y desenvueltos, pero de tal modo inherentes á nuestra naturaleza que se encuentran en cuantas partes existe el hombre, cuento yo el de su propia existencia, así como el de la existencia de otras cosas fuera de él, el del amor de sí mismo, el de la divinidad y de la vida futura, el del bien y del mal, el de la apariencia y de la realidad y el del tiempo y del espacio. En todas partes hallamos la creencia en un Dios y

la esperanza en una vida futura; por todas partes se reconoce el deber de amar un hijo á su madre; en todas se ha medido el tiempo y dividido el espacio, y las lenguas de todos los pueblos tienen términos para expresar estas nociones. Yo quiero suponer que un sofista quisiese convencernos de que no existimos; que nada hay fuera de nosotros; que el movimiento es imposible; que una casa se ha construido por sí misma, y que la ingratitud es una virtud: podria acaso ofuscarnos por un momento con sus sutilezas, pero muy pronto toda la naturaleza humana se sublevaria contra sus fútiles argumentos y permaneceria firme en la verdad por la fuerza de estas nociones primitivas que dominan su inteligencia y la atan á la verdad.

Aun añadiré, Señores, que uno de estos sentimientos es el de lo infinito, que domina la especie humana sin que ella misma lo advierta y se encuentra en el salvage lo mismo que en el hombre civilizado: así nos lo descubren una multitud de cosas. Poned á un hombre en una de las grandes escenas de la naturaleza; hacedle contemplar la vasta extension de los cielos estrellados, la inmensidad de los mares y la altura de las montañas cuyas cimas se pierden en las nubes, y le vereis penetrado de cierto asombro mezclado de ternura; le vereis tanto mas conmovido cuanto menos conoce las causas de lo que le sorprende; arrojarse enajenado fuera de

la esfera de lo que ve, y sumergirse en no sé que de vago ó indeterminado que no tiene límites ni medida; en una palabra, en lo infinito.

No por eso confundamos estas ideas fundamentales, comunes á todos los hombres, con las accesorias que pueden ser solo el patrimonio de algunos, y distingamos los instrumentos que la naturaleza misma nos ha concedido, del grado de perfeccion que el hombre puede darles. Aristóteles y Bacon, Descartes y Pascal, Mallebranche, Locke y Leibnitz han podido en efecto trazar las reglas del raciocinio, inducir á los hombres á la experiencia, hacerlos dudar metódicamente para excitarlos á darse á sí mismos cuenta de todo, subir hasta el orígen de las ideas y disertar sobre el modo con que vemos los objetos; han podido muy bien auxiliarnos y guiarnos en la investigacion de la verdad por medio de sus diversos métodos, sus clasificaciones y sus sistemas figurados de los conocimientos humanos; pero los principios existian sin ellos y antes que ellos. Se quiere investigar por medio del raciocinio si existen principios fijos y cuales son estos; pero como para raciocinar es preciso poseer los medios del raciocinio, el investigar si hay tales principios es suponer ya que existen; porque, observèmoslo bien, Señores, en todos los sistemas hay necesidad de partir de un principio fijo, de un hecho incontestable, y de idea en idea, y de raciocinio en raciocinio, llegar á una primera

verdad que se siente y se palpa sin necesidad de demostrarla; de otro modo y sin el apoyo de un principio ó de un hecho que no necesite pruebas, nos hallaríamos en la imposibilidad de probar nada.

Ahora ¿Será preciso que digamos de un modo exacto cuales son los caracteres de las ideas que llaman primarias? Por mi parte les asignaré cuatro, á saber: claridad, antigüedad, generalidad é inmutabilidad.

Luminosas, brillan con una luz propia, é hieren el entendimiento con su resplandor, como el sol hiere los ojos con sus rayos. ¿Cual es el hombre que puede resistir el sentimiento intimo de su propia existencia y no creer que existe realmente? Estas verdades se niegan á toda especie de pruebas; se exponen, pero no se demuestran, por la imposibilidad de partir de un principio mas luminoso que ellas mismas. Es tan imposible combatirlas con éxito como probarlas: la inclinacion misma de la naturaleza nos impele constantemente hácia ellas, y por eso dijo Pascal estas enérgicas palabras: *Existe una idea de verdad, invencible á todo el escepticismo; hay una imposibilidad de demostracion, invencible á todo el dogmatismo.* Es, pues, uno de los caracteres de las verdades primarias, tales como la de nuestra existencia individual, el ser tan evidentes que no puedan ser probadas por un principio que lo sea mas que ellas; y es

precisamente porque son la base de toda raciocinacion, que no se puede raciocinar sobre ellas.

Antiguas, ellas han nacido con el género humano; y por muy alto que subamos las encontraremos esparcidas por todas partes. Y, ¿como podriamos ponernos en comunicacion con la antigüedad si careciésemos de estas ideas primarias que nos son comunes con ella? Ciertamente que el hombre no las ha inventado; existen dentro de él mismo sin su noticia, ya las perciba en la actualidad ó bien aguarden una ocasion para descubrirse por sí solas. Se puede asegurar que toda verdad es antigua, no hay de nuevo mas que su manifestacion: ella existia en nosotros, á lo menos como en su gérmen. Solo nos agrada cualquiera verdad porque se conforma con los sentimientos que teniamos de antemano; y así como Cristóval Colon no ha inventado la América, tampoco nuestro entendimiento puede inventar la verdad; solo la descubre: está en armonia con ella, como los ojos estan en relacion con la luz; cuando la verdad se presenta, la ve y se la apropia como cosa suya. La inteligencia contiene dentro de sí misma el principio de todo aquello que adquiere por medio de la experiencia; y con exactitud decia Fontenelle que *la primera vez que una verdad se nos presenta creemos reconocerla.*

Universales, las verdades de que hablo se hallan en todos los pueblos y en todo lugar:

encuéntrese el hombre donde quiera, siempre sus ideas y sus sentimientos serán conformes en muchas cosas con las de sus semejantes, de tal suerte que podrán comunicarse mutuamente cuanto pase en sus almas, sin que la diferencia ú oposicion de leyes, de usos ó de costumbres les impida entenderse desde el uno al otro extremo del mundo. ¿En que consiste que un sabio puede conversar con un ignorante? y porque los elementos de la geometría son los mismos en los confines del Oriente que en nuestra Europa? Es que en todo lugar y en todas condiciones los hombres son hombres, y beben los mismos sentimientos en la naturaleza comun á todos. Todo raciocinio supone un principio; y si este no fuese comun, los hombres no podrian entenderse en ninguna cosa : y he aqui el *sentido comun*, llamado así por componerse de ideas universales.

En fin son inmutables, porque ni está en la mano del hombre el destruirlas, ni tampoco el crearlas; son la vida de la inteligencia, resisten la accion del tiempo; ni la ignorancia, ni las preocupaciones ni las pasiones pueden alterarlas. El género humano no puede existir sin ellas; y le es tan imposible disponer que en adelante habrá efectos sin causas, como disponer que en adelante los hombres vivirán sin tomar alimento ni bebida.

Tales son las señales características de estos

sentimientos inherentes á la naturaleza humana, que si bien pueden estar como adormecidos, jamás llegan á extinguirse; estan prontos, al contrario, á despertarse y á corresponder al primer llamamiento para servirnos de guia y de antorcha; y son una especie de reserva que tiene nuestra alma para hacer de ellos el uso que necesite, viendo, juzgando y raciocinando por su medio. Tal es, pues, este *yo humano* que tiene un conocimiento de si mismo, de sus sentimientos, de sus ideas y de sus operaciones; que posee principios fijos de raciocinio con que procede al descubrimiento de verdades que ignora; que se modifica de mil maneras diferentes, pero que, en medio de un perpetuo flujo y reflujo de modificaciones rápidas y pasajeras, se acuerda de lo pasado y lo compara con lo presente; y es como un espejo inmóvil en que vienen á representarse sucesivamente los objetos movibles, y al mismo tiempo un espejo animado que ve los objetos que él mismo produce, los aparta, los vuelve á aproximar y los juzga, viéndose al mismo tiempo á si mismo; maravilla siempre antigua y siempre nueva, en que apenas reparamos, porque se repite á cada momento. Si, Señores, por poco que se quiera reflexionar sobre las operaciones de su entendimiento, sus facultades ó su memoria, uno exclama, del mismo modo que al meditar los mas altos misterios del cristianismo: ¡Oh misterios profundos é inexplicables! *ô altitudo!*

Asi pues, como hay leyes generales del movimiento que gobiernan el mundo material, hay tambien ciertas verdades primarias que rigen el mundo intelectual y moral, y establecen para los entendimientos leyes que no les es dado traspasar. Es cierto que algunas veces parece que los desórdenes, los vicios y los errores van á trastornar el mundo de las inteligencias, al modo que en otras, respecto de la naturaleza corpórea, se creeria que confundidos los elementos va á sepultarse el universo en un caos eterno; pero los principios fundamentales subsisten invariables, y siempre predominan y restablecen el órden, como puntos cardinales sobre que gira el mundo moral. Digamos pues, como un escritor extranjero (1), « que el último esfuerzo de la razon es « conocer la inevitable necesidad de unirse es« trechamente á ciertas verdades primarias, que « son como otros tantos puntos fijos que no se « prueban por el raciocinio, pero que se perciben « por una especie de vista interior, y que cons« tituyen en cierto modo la inteligencia. »

No hemos tratado hasta ahora de explicar estas nociones primitivas, hemos creido preciso probar antes su existencia y señalar sus caracteres; creemos haberlo realizado, y solo haremos una reflexion sobre su origen.

Dios existe, se ve á sí mismo, y ve cuanto está

(1) Ancillon, *Mélanges de Philosophie et de Littérature.*

en la esfera de la posibilidad. Ahora bien, al crearnos nos comunicó alguna cosa de los tesoros de su ciencia infinita; nuestra razon es como un rayo de la razon divina, y la luz de nuestro entendimiento es como un reflejo de la luz increada. Las nociones de verdad y de órden que existen en nosotros se hallan desde la eternidad, aunque de un modo infinitamente mas perfecto, en aquel que es la misma verdad : y asi es como pueden entenderse las ideas eternas de que habló Platon, y despues de él Fenelon, en uno de sus diálogos. Esto mismo es lo que nos han revelado los libros santos al decirnos : *Dios hizo al hombre á su imágen;* palabra que define al hombre mucho mejor de lo que han podido hacerlo todos los sabios antiguos y modernos. Admiremos, Señores, de paso, esta religion cuya doctrina está en tanta armonía con lo mas elevado de la metafísica, como su moral con los sentimientos mas puros; esto es lo que pudo hacer decir á un sabio aleman, que *no hay mas filosofía que la Religion cristiana.*

Pero ¿además de estas verdades primarias ó de oda evidencia, no hay otras que podemos llamar de discusion, de deduccion ó consecuencia? ¿y cuales son los medios que tenemos para conocerlas? Es lo que nos queda que discutir.

Acabo de sentar, Señores, la necesidad de admitir ciertas verdades primarias que se sienten

y perciben tan pronto como se enuncian, y que no se pueden probar, porque son ellas mismas la prueba de todo : primarias por su existencia, pues preceden al uso reflexivo de la razon, como el gérmen precede el desarrollo de la planta que debe salir de él ; primarias por su importancia, pues que sirven de fundamento á todos los trabajos del entendimiento, á todas sus investigaciones y descubrimientos; primarias por su ascendiente y su imperio, pues tienen la misma antigüedad, extension y duracion que el género humano. Tan prudente es adherirse á ellas como locura el separarse. Estos principios son un áncora de salud para la inteligencia, que sin ellos estaria siempre fluctuando en un océano de incertidumbres.

Es preciso, sin embargo, convenir en que si no tuviésemos mas que estas nociones primitivas estarian reducidos nuestros conocimientos á límites bien estrechos; serian igualmente instruidos los hombres, pues ellas son comunes á todos, y el género humano hubiera permanecido en una infancia eterna. Las verdades primarias son como las raices del árbol de la ciencia, que el cultivo hace crecer, y del que sale gran número de ramas que producen flores y frutos. ¡Cuantas verdades hay en el vasto imperio del talento humano, ya sea en las ciencias naturales, ya en la geometría, en la política y hasta en las materias religiosas y morales, que no se presentan

por sí mismas al entendimiento, cuya simple exposicion no lleva consigo la evidencia y á las que solo se llega por medio de la meditacion! Pero, antes de pasar adelante y de indicar los medios de descubrirlas, debemos hacer una observacion importante respecto de toda clase de conocimientos sin excepcion; y es que toda verdad, cualquiera que sea, considerada en nuestra alma, luego que la percibimos, que la conocemos, se reduce al sentimiento interior que nos anuncia su existencia. La verdad es tan independiente de la comprension de mi entendimiento, como la luz del sol lo es del órgano de la vista; pero así como la luz solo existe para mí por el efecto de la impresion que hace en mis ojos, así conozco la verdad por el sentimiento de ella que se despierta en mi alma. Háblememe un filósofo de Dios y de sus atributos, del alma y de sus facultades, de la moral y de sus preceptos, de la Religion y de sus fundamentos; explíqueme un sabio las leyes de la naturaleza, sus fenómenos, los descubrimientos, fruto de sus observaciones; desenvuélvame el geómetra sus teorías con sus corolarios; que el literato me trace las reglas de hablar bien y de persuadir á los demás cuanto uno mismo cree, y que el crítico ponga á mi vista los monumentos de los hechos que me refiere, y procure hacerme conocer toda su fuerza: desde luego los escucharé atentamente y procuraré seguir la serie de sus raciocinios; pero estos mis-

mos excitarán en mi entendimiento una multitud de ideas y reflexiones, y experimentaré forzosamente un sentimiento de resistencia ó de adhesion, y, solo me decidiré á prestar á sus teorias entero crédito cuando un sentimiento interior me obligue á decir: *esto es cierto.*

Se está buscando una regla infalible de nuestros juicios, un principio inmutable de certidumbre, lo que se llama el *criterio* de la verdad: ¿donde le fijaremos? ¿En la perfecta conformidad de la consecuencia con la primera verdad en que está contenida, es decir, en la identidad? ó bien en la experencia? ó bien en la autoridad? Elíjase lo que se quiera, siempre será preciso que mi entendimiento conozca y aprecie por sí mismo el principio que se me designe como tal, y que un sentimiento interior me advierta la exactitud de esta regla de verdad y la precision de sus aplicaciones. Y aun, si se quiere subyugar mi entendimiento por medio de la revelacion divina ó por la fe universal del género humano, es indispensable que yo conozca antes esta revelacion y esta creencia, y que sienta su fuerza é irrefragable autoridad; y es de absoluta necesidad que alguna cosa me diga interiormente: *Esta revelacion viene de Dios; esta es la fe del género humano, y es una locura no pensar como él.* Si se me hace subir hasta Dios, orígen de toda verdad, será no menos necesario que yo conozca á este Dios y que experimente dentro

de mí mismo la persuasion íntima de su existencia; y como no puedo estar cierto de esta sin estarlo antes de la mia, para lo que es preciso que yo mismo sienta que existo, resulta que siempre venimos á parar al sentimiento interior. Para sentir y conocer es preciso existir: así es que la nada no siente ni conoce; y como es indudable que si no hubiese Dios yo no existiria, resulta que no puedo explicar mi existencia sino por la del Ser de los seres que me la ha dado. No tratamos aquí de prioridad de existencia, sino de aquella prioridad de conocimiento con que es preciso que yo reconozca mi propia existencia para venir á penetrarme de la de Dios; de tal modo que aun la duda sobre mi existencia seria una prueba de ella, porque quien no existe no puede dudar.

Ciertamente, Señores, que, si queremos desprendernos de las ilusiones de los sistemas formados muy inútilmente y á veces con grande trabajo, hallaremos que todo se refiere al sentimiento íntimo del *yo* y de lo que pasa dentro de mí, y que, despues de haber agotado todas las reflexiones y todos los raciocinios, la última razon para creer una proposicion, sea la que se quiera, es siempre el sentimiento interior de su verdad. Yo no necesito saber como estas impresiones y estos pensamientos nacen en mi alma; dejo á cada uno, por el momento, la libertad de adoptar el sistema que le parezca, y

nada me importa que empiecen por la sensacion, por la palabra ó por cualquier otro medio, siempre será imposible que una idea, una verdad ó cualquier otra cosa exista para mí de otro modo que por el sentimiento que tengo de ella. En este sentido es bien claro que el principio de mi asenso está dentro y no fuera de mí; que cuanto viene de fuera debe ser sentido y juzgado por mí, y que solo cuando la impresion de verdad que yo experimento es tan luminosa, tan profunda é irresistible que me obliga á acceder á ella, es cuando llego á la conviccion y á la certidumbre, que no es mas que la adhesion imperturbable del entendimiento á la cosa que se le presenta.

Pero, este sentimiento intimo de luz que causan en nosotros las verdades primarias, ¿está á nuestro alcance el hacerle nacer en las cosas menos luminosas por sí mismas? Sí, Señores. Si se trata de cosas intelectuales fundadas en relaciones invariables, como la geometria, puede el entendimiento conocer sus primeros principios y deducir de ellos consecuencias por via del raciocinio. Si se trata de cosas materiales y sensibles, como los fenómenos de la naturaleza corpórea, las conocemos por la relacion de los sentidos; y si de cosas de hecho, como la existencia y la muerte de César, las conocemos por los testimonios. Veamos ahora si el raciocinio, los sentidos y los testimonios pueden servirnos, en circunstancias

determinadas, de guias seguras y fieles que nos conduzcan á la verdad.

No ignoro que se abusa del raciocinio aun contra la misma razon y que hay raciocinios falsos, como pesos y medidas falsas; que el entendimiento humano se extravia y se precipita mas de una vez, y está expuesto á tomar por verdadera luz ciertos vanos resplandores; por tanto procuraremos en un discurso particular descubrir las causas mas comunes de nuestros errores. Pero, así como la moneda falsa no destruye la verdadera, ni impide que esta esté marcada con sellos por los que al fin se la reconoce y distingue de lo que ella no es; lo mismo es de una multitud de cosas que la razon procura penetrar. En muchas circunstancias se puede remontar á ciertos principios fijos é incontestables con que todo lo demás está ligado, y llegar á aquellas nociones primitivas y luminosas por sí mismas, de que ya hemos hablado. Ahora bien, ya contemple estos primeros principios en su luz ó ya medite en las consecuencias que de ellos reciben la luz como por reflejo, me hallo igualmente herido de una claridad que subyuga y arrebata mi entendimiento : la consecuencia no es otra cosa que el principio desarrollado. Veo, por ejemplo, que la esencia del círculo es ser redondo, que el diámetro le divide en dos partes iguales, que el radio es la mitad de este y que todos los puntos de la circunferencia están á igual distancia del

centro; pues si de estas nociones evidentes por si mismas deducen los geómetras consecuencias que sean su resultado infalible, tendré las unas por tan ciertas como las otras. Por mas que se multipliquen los sofismas y se intente hacer vacilar mi certeza jamás dudaré de que el círculo es redondo; sentiré cierta impresion de verdad irresistible, y, sin poderlo evitar, me hallaré penetrado del convencimiento mas íntimo y mas profundo, no solo de las cualidades esenciales del círculo que yo veo sin necesidad de meditacion, sino aun de las que se me haya manifestado estar contenidas en aquellas. De modo que si la serie de nuestros raciocinios empieza por uno de estos primeros é inmutables principios, si aquellos están unidos entre si como los eslabones de una cadena, de los cuales el último lo está al que le precede, y así sucesivamente hasta llegar al punto que los sostiene todos, entónces la última consecuencia estará inseparablemente unida á su principio.

Hay sin duda gran distancia desde las primeras nociones de la álgebra hasta los mas altos problemas de la análisis, así como desde las proposiciones *yo existo, yo siento, yo pienso* hasta la especulativa mas sublime: hay entre unas y otras una multitud de raciocinios intermedios; pero así como si en un camino desconocido que hay que andar durante la noche encontramos de trecho en trecho antorchas encendidas, la pri-

mera conduciendonos á la segunda, esta hasta la tercera, y así progresivamente llegamos á la última que nos manifiesta el término de nuestro viaje; así tambien en los raciocinios bien deducidos cada proposicion deja en el entendimiento cierto rastro de luz, y, haciéndonos pasar por una cadena no interrumpida de impresiones interiores de verdad, nos conduce á la que es el objeto de nuestras investigaciones.

Pasemos á hablar de la relacion de los sentidos: yo confieso que los sentidos, la vista, el oido, pueden ocasionar preocupaciones en un entendimiento ligero é inconsiderado. ¡Cuantas veces nuevos descubrimientos han dado á las cosas diferente punto de vista, y se han hallado defectuosas experiencias que habian inspirado demasiada confianza! ¿Pero que debemos inferir de esto? Que es preciso precaverse de los juicios precipitados, y no decidirse sino despues de un exámen muy escrupuloso. Pero cuando la relacion de los sentidos es constante y uniforme; cuando las experiencias repetidas mil veces ofrecen los mismos resultados; cuando, considerado bajo todas las formas, se reproduce siempre el mismo fenómeno, y cuando los objetos son tan perceptibles, que basta tener ojos para ver y oidos para oir, ¿podremos negarnos á dar asenso al testimonio de los sentidos? ¿Como será posible dejar de creer por la experiencia misma que el agua es mas pesada que el aire, que este es mas

elástico que aquella, que los flúidos buscan el nivel, que el astrónomo conoce el secreto de calcular con precision la repeticion de los eclipses y que las artes tienen operaciones perfectamente adaptadas al fin á que se destinan? ¿Como es posible no creer que el dia no es la noche, y que hay movimiento en la naturaleza? En esto no cabe duda, y si notase en mí la menor perplejidad me avergonzaria de mi mismo; pues aunque vengan todos los Zenones antiguos y modernos á ofuscarme con sutilezas contra el movimiento, y aunque no pudiese responder á ellas, me tendria por el hombre mas insensato en negarlo; echaria á andar, y diria : he aquí que el movimiento es posible.

Tratemos ahora de los testimonios. Es cierto que mas de una vez testimonios sospechosos han pasado por irrecusables, y que en materia de hechos históricos la impostura por una parte y la credulidad por otra, han acreditado las relaciones mas falsas; pero tambien es cosa sabida que la sana crítica tiene reglas para el exámen de los testimonios, y que son frecuentemente de tal autoridad que es imposible recusarlos. Sin analizar aquí esta materia, lo que exigirá un discurso á parte, recurro por ahora solo á vuestra conciencia, y os pregunto : ¿Si se le antojase á un sofista aseverar que Alejandro el Grande es un héroe fabuloso, que Carlo-Magno solamente ha existido en la imaginacion de nuestros nove-

listas, ó que la ciudad de Roma está solo en el mapa, hallaria en toda la Europa un partidario, ni podria hacer dudar á nadie de estos hechos? ¿no seria tenido por un loco? Sin embargo, solo los conocemos por los testimonios de los hombres; y por ellos creo tan firmemente en la existencia de Roma sin haberla visto, como creo la igualdad de los cuatro lados que componen un cuadrado. Que se enuncien estas dos proposiciones : *En Italia hay una ciudad que se llama Roma ; Los cuatro lados de un cuadrado son iguales*, ¿no os causan ambas la misma impresion de verdad sin que vuestro entendimiento conciba la menor duda sobre ellas? ¿Si titubeaseis no creeriais resistir á la evidencia y al grito imperioso de vuestra conciencia, aunque no hayais visto Roma? Con todo eso vemos que esta es cosa de hecho, que no está sujeta á cálculos ni operaciones geométricas. Lo mismo que de Roma diré de Constantinopla, de Filadelfia y de Pequin; lo diré de la existencia de Francisco I, de Clodoveo, de Teodosio, de Marco Aurelio, de César, y de hechos aun mas particulares, como las batallas de Fontenoy, de Ivry, de Pavia, de Farsalia y de Accium, y seria renunciar al sentido comun negarse á prestar asenso á estos hechos. Oid lo que dice sobre el particular uno de los mas brillantes ingenios que hayan honrado á la magistratura de Francia : « Yo conozco, ha dicho

« D'Aguesseau en sus Meditaciones metafísi-
« cas (1), que hay hechos que, aunque solo me
« son conocidos por el testimonio de los hom-
« bres, me son tan evidentes como las verdades
« de la geometria. ¿Podré yo dudar, por ejem-
« plo, de la existencia de Roma, aunque no haya
« estado en ella? ¿Me será posible ni aun sospe-
« char que me engañe ó se engaña el historiador
« que me anunció que Augusto fué el primer
« Emperador Romano, y que Cristóval Colon
« descubrió lo que llamamos Nuevo-Mundo? Si
« las verdades geométricas son mas claras para
« mí, porque yo descubro su principio, aquellas
« tienen la ventaja de estar al alcance hasta de
« los hombres mas comunes, y de causar en su
« alma una impresion mas profunda y mas du-
« rable. Continuamente se ven disputas sobre
« los métodos geométricos y sobre la misma evi-
« dencia; pero nunca se ha puesto en duda la
« existencia de Roma; y si algun hombre ha
« querido dudar de hechos de esta naturaleza,
« ha sido tenido por un loco, ó á lo menos, por
« un sofista despreciable que abusa de la sutileza
« de su ingenio. »

Ved aquí, Señores, como el raciocinio, los sentidos y los testimonios, ya esten reunidos ó ya separados, pueden ser para nosotros fundamento de diversos géneros de conocimientos. No se

(1) *Médit.* IV, t. II, p. 144.

trata de hacer al hombre infalible, ni tampoco impecable; pues ni le es dado poseer en este mundo toda verdad, ni llegar á una virtud perfecta. Si bien el hombre está dotado de entendimiento, es libre tambien; y tanto en la investigacion de la verdad como en su conducta, puede hacer buen ó mal uso de su libre albedrío. Vanamente tendria en manos los medios seguros para encontrar la verdad, si no queria servirse de ellos, ó dejas su direccion á las pasiones y al orgullo. Seria tambien grande y funesta ilusion creer que nada queda que hacer para el triunfo de la verdad, porque se haya ilustrado nuestro entendimiento; es necesario entender que las pasiones son sus mayores enemigos, y que por consiguiente miéntras haya hombres habrá errores y vicios. Pero ¿podrémos por esto decir que el hombre nada sabe, porque no lo sabe todo? y que no hay verdad alguna, porque hay muchos errores? Esto fuera lo mismo que decir que no hay virtud, porque la tierra está manchada con muchos vicios, ó que la luz no existe, porque nos hallamos frecuentemente en las tinieblas. Si queremos conseguir el justo medio en que está la sabiduría, digamos con uno de nuestros antiguos apologistas, que fué uno de los mas grandes ingenios de su siglo, digamos con Lactancio (1): «Entre los filó-

(1) *De falsa sapientia*, lib. III, cap. VI.

« sofos, unos han sostenido que todo se podia « saber, y estos han sido unos insensatos ; otros « que nada se podia saber, y estos no eran mas « sabios que aquellos; pues si los primeros han « concedido demasiado al hombre, los segun- « dos le han dado poco, y unos y otros han caido « en el extremo. ¿En dónde pues está la sabidu- « ria? En no creer que lo sabeis todo, porque « este es un atributo exclusivo de Dios, y en no « sostener que nada sabeis, lo que es propio de « los brutos. Entre estos dos extremos hay un « medio que conviene al hombre, á saber : una « ciencia mezclada de tinieblas, y como tem- « plada por la ignorancia. »

DE LAS CAUSAS

DE NUESTROS ERRORES.

La primera necesidad, así como el primer bien del hombre, es la verdad. Sí, Señores, verdad en la Religion, que, al mismo tiempo que nos da ideas sublimes y puras de la divinidad, nos enseña á rendirle homenajes dignos de ella; verdad en la moral, que prescribe á todas las clases sus deberes sin rigor ni debilidad; verdad en la política, que, haciendo á las autoridades mas justas y á los súbditos mas sumisos, liberta á los gobiernos de las pasiones de la multitud, y á la multitud de la tiranía de los gobiernos; verdad en los tribunales, que hace temblar el vicio, da seguridad á la inocencia, y saca triunfante la justicia; verdad en la educacion, que, hermanando los preceptos con la conducta, hace que los maestros sean al mismo tiempo los modelos y los directores de la infancia y de la juventud; verdad en las letras y en las artes, que las preserva del contagio del mal gusto, del falso ornato y de los falsos pensamien-

tos; verdad en el comercio de la vida, que, desterrando de él la impostura y el fraude, afianza la seguridad general; verdad en todo, verdad ante todo: hé aquí lo que busca, con los deseos secretos de su corazon, el género humano todo entero: en tanta manera han comprendido los pueblos que la verdad es útil y el error nocivo. En efecto, cuando las verdaderas doctrinas se enseñan por todas partes y penetran los corazones influyendo en todas las clases de la sociedad, si no contienen todos los desórdenes, atajan á lo menos una gran parte; y, siendo un gérmen fecundo de sentimientos generosos y acciones virtuosas, dan á conocer que la verdad es para el cuerpo social un principio de vida; pero si, al contrario, llega el error á dominar en puntos esenciales á los entendimientos, y principalmente á los de aquellos que por su posicion sirven de guias y modelos á los demás, los extravia y los arroja por derrumbaderos; y, corrompiendo los pensamientos, los sentimientos y las acciones, llega á ser un principio de disolucion y de muerte.

¡Qué choque de opiniones opuestas, particularmente desde un siglo á esta parte! ¡qué multitud de sistemas destruidos por otros sistemas! ¡qué infinidad de paradojas escandalosas! Sin embargo, al paso que la historia religiosa, política y literaria de la Francia no presenta, hace cien años, mas que la guerra de todos los

errores contra todas las verdades, sostenida primero con la pluma y despues con la espada, de que resultó la destruccion aparente de la Religion y de la monarquía por algun tiempo, es digno de observarse que todos los combatientes, así el sectario como el ortodoxo, el sofista como el filósofo, el impío como el cristiano, y el demagogo como el defensor del trono, todos hacian alarde de seguir las banderas de la verdad; de modo que aun los que peleaban contra ella se hubieran considerado como vencidos, si hubieran llegado á confesar que seguian las del error.

Pero ¿en qué consiste que á pesar de este amor secreto á la verdad que se encuentra en el corazon de todos, esté tan extendido el error, y extravie tan frecuentemente al sabio lo mismo que al vulgo? ¿No podremos ascender hasta las causas de nuestros errores, y llegarlas á conocer para libertarnos de su influencia? Yo no diré que, señalando los escollos en que se estrella la razon humana, podrán prevenirse todos sus naufragios; pero acaso se evitarán muchos; y este pensamiento y esta esperanza me han inspirado el designio de hablaros hoy de las causas comunes de nuestros errores.

Estas causas son la debilidad de la razon, la ignorancia, los conocimientos imperfectos, la ciencia misma, la aplicacion falsa de los diversos principios de verdad, la preocupacion, la curiosidad excesiva, las pasiones.

Hablemos primeramente de la debilidad de la razon. Colocado, digámoslo así, el hombre entre el ser y la nada, presenta por las facultades de su alma algunos rasgos de semejanza con su divino autor; pero al mismo tiempo se resiente de las imperfecciones y de la miseria de todo lo criado. Está dotado de entendimiento, pero su inteligencia es limitada; y, aunque no le sea imposible conocer la verdad, no le es concedido verlo y conocerlo todo; en vano murmura su orgullo contra los límites de la razon, jamás podrá salvarlos; y tan imposible le es formarse un entendimiento infinito, como hacer que su cuerpo sea inmortal. ¿Y qué extraño es que, no siendo infinito, esté sujeto á errores? Así es que algunos son tan solo una consecuencia natural de la debilidad del entendimiento; mas no por esto nos abandonemos á un cobarde abatimiento, y sirva solamente esta confesion para inspirarnos una justa desconfianza de nosotros mismos.

Sí, Señores, por mas que supongamos reunidos en una misma persona el talento mas perspicaz, el corazon mas recto y la mas vasta instruccion, nunca será mas que un hombre, un ser de facultades limitadas; tendrá sí el poder de combinar los objetos, de compararlos y darles un verdadero valor para evitar el error en sus juicios; pero esta misma facultad, que constituye su mas noble prerogativa, descubre al mismo tiempo

su debilidad. Si se exceptuan algunas verdades primarias, que ilustran el entendimiento con su propia luz, como el sol hiere los ojos con el brillo de sus rayos, jamas ve el hombre los objetos de una sola ojeada, y en la mayor parte de sus conocimientos solo puede llegar á la verdad por medio de multiplicadas combinaciones, de esfuerzos penosos y de un largo círculo de raciocinios. En este trabajo, basta un solo descuido y un solo momento de olvido ó de letargo de su razon, para que, aun sin que él lo advierta, se introduzca el error en los resultados: ni el ingenio ni la buena fe bastan para precaverle de toda ilusion, y tan imposible es al hombre ponerse á cubierto de todo error, como vivir exento de toda falta. ¿Cuál es en efecto el sabio crítico que no se haya engañado algunas veces en los pormenores de sus narraciones históricas, por exacto y escrupuloso que haya sido? ¿Cuál el magistrado, por mas ilustrado y recto que se le suponga, que, al llegar al término de una honrosa carrera, pueda estar seguro de haber seguido siempre en sus fallos la rigurosa verdad? En todo está condenado el hombre á pagar tributo á la debilidad de su naturaleza: es un mal imposible de curar del todo, y cuyo único remedio es procurar ilustrarse mas y mas sobre cuanto está obligado á saber, fortificar la razon por medio de la reflexion y la experiencia, y precaverse siempre contra toda ilusion: por lo demás digamos, para con-

suelo de la débil humanidad, que los errores verdaderamente involuntarios no son criminales á los ojos de la soberana justicia.

No solo es limitado el entendimiento del hombre en aquello que conoce, y está expuesto á concebir ideas inexactas, incompletas y aun falsas, sino que hay una multitud de cosas que ignora enteramente. La ciencia es como un campo inmenso que el cielo confia á nuestros cuidados y á nuestro trabajo; en algunos parajes produce frutos sin cultura, pero en la mayor parte el hombre le fecunda únicamente con el sudor de su rostro, y jamás uno solo podrá desmontarle todo. ¿Y cómo podremos juzgar con acierto de lo que no conocemos? Fijemos la vista en el vulgo, y advertiremos que, ignorando los secretos resortes de la naturaleza, las leyes físicas que mantienen la armonía en el mundo, la causa de los fenómenos celestes y de las maravillas que asombran sus ojos, y falto del estudio necesario para ilustrarse en estas materias, puede por lo mismo ser en ellas el juguete de los sentidos y de la imaginacion, y atribuir lo que ve al influjo de causas extravagantes, de que nacen las opiniones ridículas y aun supersticiosas: ¡y cuántos hay que, tenidos por ingenios brillantes, son como el vulgo en su modo de juzgar, y hablan decididamente sobre lo que ignoran! Los hombres universales son muy raros; un gran poeta puede ignorar los

secretos de las ciencias sublimes, y puede ser enteramente extraño á un geómetra el conocimiento del corazon humano; y ¿qué maravilla será que caiga el hombre en mil extravíos si se lanzá fuera de la esfera de sus conocimientos? Juzgue cada uno solamente de lo que conoce; tengamos la prudencia de suspender nuestro juicio sobre lo incierto, y desaparecerán la mayor parte de opiniones falsas. Esta reflexion nos conduce á la tercera causa de nuestros errores, á saber, lo incompleto de nuestros conocimientos.

Nada hay mas general que ciertos talentos que, contentándose con un estudio superficial y vago, todo lo tocan ligeramente sin profundizar nada; y, cuando deberian ser muy reservados y modestos, deciden de todo con un tono magistral y resuelto. Una de las mas incurables manías de los que se tienen por sabios y de brillante ingenio, es querer saberlo todo, y erigirse en doctores, aun en lo que solo conocen á medias; y de aquí ha procedido de un siglo á esta parte ese diluvio de sistemas en materias de moral, de política y de educacion, capaces de trastornar al mundo entero: de estos mismos, dice Pascal en el título XIX de sus *Pensamientos*: «que tienen «alguna tintura de la ciencia, hacen los en- «tendidos, turban al mundo, y juzgan de todo «peor que los demás.» Una ignorancia juiciosa vale mas que un saber presuntuoso: el hombre

cuerdo conoce su debilidad, se la confiesa á sí mismo y desconfia; al paso que un sabio á medias se envanece por lo que sabe, se arroga una instruccion de que carece; y, sin tener aquella prudente detencion que inspira el buen juicio, ni las luces que da una ciencia profunda, se entrega á los falsos brillos de su imaginacion, y se extravia. No es ciertamente el mas ignorante aquel que nada sabe, sino aquel que sin saber cree saber, de lo que provienen las mas funestas y ridículas pretensiones. ¿Cómo podré yo, Señores, con una ligera tintura de las humanidades arrogarme el derecho de juzgar de los antiguos y de los modernos, como podria hacerlo el mas profundo literato; y con solo un ligero estudio de las leyes creerme jurisconsulto tan consumado como Domat y D'Aguesseau? ¿Cabe esto en un hombre juicioso? ¿Y no me pareceria yo á aquel que estando al pié de la montaña creyese disfrutar de un horizonte tan dilatado como el que se halla en su cumbre? Juzgad ahora vosotros mismos del concepto que merecen esos entendimientos temerarios, que, sin conocer la Religion mas que por pinturas falsas, y vanamente confiados en algunos antiguos documentos que tienen por descubrimientos nuevos, se toman la libertad de combatir el cristianismo, y se exponen á calumniarle sin conocerlo. ¿Cómo se atreven á decidir á favor de la incredulidad y contra la Religion, con solo un escaso conoci-

miento de ella, de sus fundamentos, de su doctrina y de su historia? ¿Querria nadie conducirse con tan lastimosa ligereza en los negocios en que se interesasen el honor, la vida y la fortuna?

Una cuarta causa de nuestros errores, es á veces la ciencia misma. ¡Felices por lo general aquellos cuya memoria enriquecida por un largo estudio es como una mina inagotable de que pueden sacar tesoros siempre nuevos! Cuando un juicio sólido y un talento de temple superior dirijan la erudicion, producirá obras apreciables; pero la misma erudicion podrá ser para el talento débil una carga que, digámoslo asi, le abrume. No basta poseer un caudal de conocimientos, es preciso que el entendimiento tenga la fuerza necesaria para soportarlos, y bastante penetracion para discernirlos todos, y saber darles su justo valor. Sin esto existirán si los materiales, pero no el arquitecto capaz de formar de ellos la obra. La ciencia sin el juicio solamente servirá para extraviar al que la posea, para ofuscarle y deslumbrarle con mil resplandores opuestos, de modo que no acierte á discernir la verdadera. Asi, como ha habido excelentes gramáticos que no han pasado de escritores medianos, hemos visto tambien grandes eruditos que han sido críticos muy débiles, y han caido en errores pueriles, porque su juicio no estaba al nivel de su memoria; y, engolfan-

dose en un laberinto sin fin, no han tenido el hilo conductor que los dirigiese. Solo de este modo puede concebirse como, el famoso Padre Hardouin, uno de los hombres mas sabios que se han conocido, ha caido en extravíos que han excitado lástima y risa; y como, á su imitacion, y aun excediéndole, han caido otros eruditos de nuestros dias, en órden al divino Fundador del cristianismo, en errores todavía mas ridículos, y por desgracia mas funestos.

Paso á la quinta causa de nuestros errores, que es la mala aplicacion de los principios de verdad. El entendimiento humano se ejercita en diversas clases de conocimientos, y extiende su dominio no menos al mundo intelectual que al físico; por todas partes busca la verdad, y solo cree poseerla cuando se siente herido de una luz tan viva y tan penetrante, que no puede resistirla: es en esta conviccion profunda é íntima del entendimiento que encuentro para él la certeza; pero es preciso que observemos que cada clase de conocimientos tiene tambien su clase particular de prueba; me explicaré. Que un niño, por ejemplo, debe amar á su madre, que en Italia existe una ciudad que se llama Roma, y que la circunferencia de un círculo es tres veces el diámetro, son tres cosas igualmente ciertas para nosotros; de modo que seria una proposicion irritante y contraria al sentido comun, decir que es *cierto* que la circunferen-

cia es tres veces el diámetro, pero que es solo *verosímil* que exista Roma, y nada mas que *probable* que un hijo deba amar á su madre. Nuestra conviccion es la misma, é igual nuestra certeza sobre estos tres puntos; pero los medios de producirla en nuestra alma son del todo diferentes: pues no probamos el deber de la piedad filial por el cálculo, la existencia de la ciudad de Roma por el sentimiento, ni las proporciones del diámetro á la circunferencia por el testimonio humano. Cuidemos de no aplicar á una clase de conocimientos la clase de pruebas que no le sean propias, y no busquemos las operaciones geométricas en objetos que no sean susceptibles de ellas. Todo el mundo cree en la existencia de Enrique IV, en la de Carlo-Magno y de César tan firmemente como se puede creer en una proposicion de Euclides, y sin embargo no se adquiere el convencimiento de estos hechos históricos por demostraciones geométricas. Pascal ha observado que la geometría se funda en principios de una evidencia palpable; pero que hay cosas mas sutiles y mas delicadas, que se sienten mas que se ven, y que seria una ridiculez tratar geométricamente. Cuantas veces quiera un algebrista aplicar su ciencia á las cosas de puro sentimiento, de gusto y de autoridad, á la moral ó á la historia, el literato y verdadero crítico se burlará de sus vanas teorías, como él mismo tendria derecho de burlarse del que

quisiese resolver sus problemas por las reglas de la moral : y aun, para indicarlo de paso, todas las ciencias humanas se refieren á una ciencia primitiva, á saber, la de los principios, ó la metafísica. Solo se llega á las verdades geométricas pasando por otras verdades anteriores, cuyo sentimiento existe en todos los entendimientos; de modo que la certeza de aquellas supone ya la certeza de estas : por lo cual los que han asegurado que nada hay cierto mas que las matemáticas, no han sabido lo que se decian.

Estamos, Señores, en la sexta causa de nuestros errores, la preocupacion. Hay personas de tal modo dominadas por ciertas ideas que les son peculiares y que miran como un descubrimiento propio, que llegan á ser como inaccesibles á cualquier otro pensamiento, absorviéndose en ellas de tal modo sus facultades, que parece que no les queda para las demás sentimiento ni inteligencia : esta es una especie de obcecacion del entendimiento. Si alguna vez se ocupan de materias diferentes de aquellas que son el objeto exclusivo de sus afecciones, siempre es con distraccion, sin aplicarse, y sin capacidad para penetrar otras relaciones mas recónditas, y ciertos visos mas delicados que importa mucho percibir : de aquí provienen las nociones imperfectas que son el orígen de los juicios errados. ¿Y hasta qué punto no puede extraviarse la ra-

zon, si se une á esta preocupacion el espíritu de sistema? Generalmente se inclina el hombre sabio á la formacion de teorías generales en la investigacion de las causas segundas que rigen el mundo físico y moral, y muy frecuentemente suele crearlas ántes de haber reunido y comprobado el suficiente número de observaciones. Dispuesto ya de este modo el entendimiento, se obstina en su opinion; la hace objeto de su gloria hasta infatuarse con ella; ve solamente lo que la favorece sin hacer caso de cuanto haya en contrario, y acomoda los hechos á su sistema, no su sistema á los hechos. De este modo quiere que la experiencia, los monumentos y hasta el raciocinio sirvan á sus ideas favoritas; y hé aquí lo que ha producido tantos sueños políticos, que debian hacer la felicidad del género humano, y no han sido mas que su espanto y su azote, como igualmente todas esas novelas acerca de la naturaleza, que se ha intentado hacer pasar por su historia.

Es preciso observar, Señores, que los objetos en que se fija nuestra vista se nos presentan bajo diferentes aspectos; y que una de las mayores faltas que se pueden cometer es no examinarlos bajo de todos ellos con la mas detenida atencion, como que de su conjunto depende la exactitud del juicio que hemos de formar de ellos.

En las cosas humanas, en lo relativo á las formas de gobierno, á las instituciones, á las

leyes y á los negocios de la vida civil, todo tiene sus ventajas y sus inconvenientes : el que solo mira las primeras, se expone á tomar el partido mas funesto; y tal vez abandona el mas útil aquel que no considera mas que los segundos. ¿Que hace, pues, en este caso el hombre prudente para escoger con acierto? Pesa en la balanza de la equidad los inconvenientes y las ventajas; no se deja deslumbrar de estas, ni intimidar de aquellos, y así puede decidirse con alguna seguridad.

Pongamos algunos ejemplos de las diversas preocupaciones del entendimiento. Observa un publicista la influencia de los climas en el temperamento, en la organizacion, en los hábitos físicos, y por consecuencia en el carácter, las costumbres y las leyes : impresionado de esta idea procura profundizarla, y por último forma de ella un sistema. Desde este instante ya está preocupado, y no advierte ó no quiere advertir hasta que punto pueden la religion y la educacion, la política, el comercio y las conquistas modificar, alterar ó borrar del todo aquellas primeras disposiciones; queriendo explicarlo todo, tanto las virtudes como los vicios de los pueblos, por la influencia de los climas, cae en un extremo; y la observacion que contenida en límites justos hubiera sido una verdad muy útil, se convierte en paradoja, por llevarla demasiado adelante.

Tal moralista atiende solo á la letra y rigor de la ley, mira las cosas en teoría y no prácticamente; y sin haber en cuenta la fragilidad humana, sin atender á las circunstancias de la edad, del temperamento y del engaño, que pueden templar la regla en su aplicacion, cae en un rigorismo que, desanimando al culpable, será mas funesto acaso que las opiniones mas laxas.

No de otra causa procede la extravagante opinion de algunos hombres acerca del reinado de Luis XIV, el mas hermoso sin duda de la monarquía, y que si no sobrepuja, iguala á lo menos las mas bellas épocas del talento humano. Despues de las disensiones de una minoridad borrascosa, Luis por último llega á ser Rey, y no cesa de serlo hasta el sepulcro. ¡Que série de maravillas no presenta su reinado! Para el bien de sus pueblos proteje la religion, perfecciona las leyes, arregla los principales ramos de administracion pública por medio de reglamentos que aun admiramos hoy, hace florecer las ciencias, las letras y las artes; da extension al comercio; mantiene en todas partes la justicia, el órden y la paz, y durante su reinado brillan los mejores oradores, poetas, sabios, filósofos, magistrados y capitanes, y los mas ilustres ministros de la Iglesia que cuenta la Francia. Añade Luis seis provincias á su reino, cubre sus fronteras de plazas fuertes, sienta á su nieto

en el trono de España, y resiste en su vejez con una magnanimidad extraordinaria los esfuerzos de la Europa conjurada. Por este Príncipe llegó la gloria del nombre frances hasta los confines del mundo, y por él la Francia ejerció una especie de supremacia de entendimiento y de ingenio sobre la Europa, que aun se deja percibir despues de un siglo, y despues de tantos desastres. ¡Que reinado, y cuantos derechos á la pública admiracion! No han sido por cierto desconocidos estos títulos por hombres, cuyos homenajes estan exentos de sospecha, y que tenian demasiado talento para insultar al siglo del ingenio; hablo de Montesquieu, de Voltaire y Federico. ¿Pero como piensan hoy los entendimientos preocupados por nuestras ideas modernas? Acusan á Luis XIV por no haber reinado segun ciertas formas y miras que no eran las de su siglo, y declaman violentamente contra algunos errores de política, extravios de ambicion y faltas personales que tuvo bastante valor para reprenderse á sí mismo. Mas cuando ni un simple particular está exento de tachas en el manejo de sus negocios domésticos, ¿porque se exige que no haya una siquiera en un reinado de sesenta años de gloria y de prosperidad? ¿Es esto justo? Por lo demás ¿que pueden contra él los clamores de ingenios adocenados? La vana detraccion pasa, y la gloria permanece. Luis dió por siempre su nombre al siglo en que vivió,

y la posteridad seguirá llamándole *el siglo de Luis XIV*, como dice despues de dos mil años *el siglo de Augusto*. Yo me felicito de haber tenido esta ocasion solemne de vengar la memoria de Luis XIV; y por el modo con que mis palabras han sido acogidas, veo que vuestros corazones son franceses como el mio.

Debo, Señores, en sétimo lugar prevenir los ánimos contra el espíritu de curiosidad. Es tan grande defecto en el raciocinio llevarle adelante en demasía, que la señal de un buen juicio es saber contenerse y poner freno á aquella curiosidad soberbia que quisiera siempre traspasar sus límites. Ansioso de ciencia el entendimiento se irrita contra los obstáculos que se oponen á su debilidad y quiere vencerlos; pero si alguna vez es feliz su audacia, se precipita otras muchas en las regiones de la mentira; pues no es dado al hombre en la tierra gozar de una luz perfecta, y nuestros conocimientos van siempre mezclados con alguna obscuridad. Por tanto, cuando el entendimiento ha llegado á recibir la impresion de pruebas convincentes y luminosas, debe contentarse; y aunque no pueda verlo todo con la misma claridad, no debe desconocer la verdad, porque se le presente envuelta en algunas nubes: es una regla fondamental de todo raciocinio no abandonar una proposicion bien sentada, porque se presenten aun algunas dificultades que no se puedan resolver con toda clari-

dad. La razon tiene cierta intemperancia, así como la tiene el corazon; y el hombre juicioso debe precaverse á un tiempo contra entrambas. Algunos ejemplos aclararán mas mi pensamiento. La recta razon y la fe de todo el género humano nos dicen que existe la materia, ó un mundo corpóreo fuera de nosotros: una inclinacion irresistible nos obliga á creerlo; de modo que el asegurar que este universo puede ser tan solo una perpétua fantasmagoría, es opinion loca, contra la cual reclamará siempre un sentimiento mas fuerte que todos los sofismas. ¿Pero que ha sucedido á pesar de esto? Vino Malebranche y nos aseguró que Dios tiene suficiente poder para afectar nuestras almas, aun cuando no hubiese cuerpos, como si realmente existiesen, y para hacernos experimentar sin ellos las mismas sensaciones que sentimos por su medio; de donde infirió que la existencia de la materia no está demostrada por sola la razon. Barcley, yendo aun mas adelante, observó que las cualidades mas esenciales de la materia no son fijas, y que la extension de un mismo cuerpo parece unas veces mayor, y otras menor; é infiriendo de aquí que esta es una cualidad que solo existe en nuestra imaginacion, así como las visiones de un sueño, aseguró que la materia es una cosa imposible. ¿Y de que provienen estas doctas locuras? De que arrastrados estos dos metafísicos por la sutileza de su entendimiento, fe-

cundo en argumentos, desecharon las reglas del sentido comun, que no lo es tanto como parece, y abandonando el terreno de la verdad, divagaron por la region de las quimeras.

Otro ejemplo: la razon, el sentimiento y la ley del género humano, el universo entero, nos hablan de una suprema inteligencia; pero queriéndose indagar de que modo existe, cual es su naturaleza y como se combinan las perfecciones divinas, se intentó penetrar lo impenetrable, comprender lo incomprensible; y el resultado es sofocar el buen criterio á fuerza de sutilezas, y aparentar luego no creer en Dios. Goza un hombre tranquilamente de la claridad del sol y bendice su dulce influjo; pero de repente se empeña en mirar de hito en hito su brillante disco; sus ojos demasiado débiles para sufrir tan claro resplandor se ofuscan y queda ciego; y entónces en su impotente rabia no tiene mas venganza, que maldecir la luz que le vivifica. Tal es la imágen del ateo que blasfema de la Majestad divina, cuyo inmenso peso abruma su debilidad.

Mas no basta esto, Señores; pues inútil seria el estar alerta contra las ilusiones de los sentidos y de la imaginacion, contra el abuso de las palabras y los equívocos del lenguaje; inútil el haber estudiado las operaciones de la análisis y de la síntesis, y aprendido á ordenar y eslabonar las ideas, á ligar las consecuencias con los principios y á descubrir los vicios de que suele

adolecer el raciocinio; inútil en fin el meditar las obras de Aristóteles, de Descartes, de Locke y de Condillac, si por otra parte extraviados por las pasiones diésemos cabida en el lugar de la razon. Las pasiones, Señores, tienen una lógica insidiosa que inutiliza todas las reglas de la lógica comun. El último siglo ha sido la época de la análisis, y tambien la de los errores mas monstruosos: que la verdad para dejarse sentir requiere no menos un corazon recto que un entendimiento ilustrado; pues las luces sin buena fe de nada sirven. Se ha dicho que el orador es el hombre de bien que posee el don de la palabra; y del mismo modo pudiera añadirse que el lógico es el hombre de bien que posee el arte de raciocinar con exactitud.

Y en efecto, las pasiones son á manera de una nube que oscurece la inteligencia, y se pone entre la razon y la verdad: asi es como perturban y agitan el alma, haciéndole perder aquella atencion fija, aquella rectitud é imparcialidad severa, que nos preservan de la ilusion y del error; pues sabida cosa es, que la codicia, el orgullo y el deleite son los tres manantiales de la mayor parte de las extravagancias de los hombres en las cosas mas importantes de la vida.

Digo la codicia, porque es la mas ciega de todas las pasiones, y la mas fecunda tanto en opiniones erróneas, como en acciones injustas: la experiencia lo comprueba. Supóngase que nos

consultan sobre un negocio en que no tenemos parte, y que en nada toca á nuestros intereses: desde luego veremos las cosas como son en sí, sin preocupacion ni apasionamiento, y el dictámen que demos será, si non infalible, á lo menos dictado por el amor sincero de la verdad. Pero trátese de una cosa que nos interese, y ya estamos naturalmente propensos á inclinar la balanza á nuestro favor; nos hacemos ingeniosos para hallar pretextos y sutilezas que nuestra imaginacion nos pinta como razones; y de aquí trae su orígen la máxima popular de que *nadie debe ser juez en su propia causa.* Entónces se nos figuran fácilmente realidades las simples apariencias, y al cabo nos dejamos llevar de ilusiones, que podrian pasar por sinceras si tuviesen un orígen mas noble que el interés personal.

Además, ¿de donde nacen tantas disputas ruidosas en los tribunales, tantos pleitos entablados ó sostenidos por la mala fe? Yo bien sé que hay cuestiones delicadas sobre las cuales pueden estar discordes los hombres mas íntegros y doctos; pero confesemos tambien que si la codicia no pusiese una venda en los ojos de los interesados, desapareceria la mayor parte de las desavenencias que desconciertan ó arruinan las familias. No sirve fijar el mejor derecho por medio de una discusion exacta, sólida y luminosa: todos se convencerán, excepto aquel á quien se intenta persuadir, y para quien la evi-

dencia ha perdido toda su fuerza y claridad; pues el interés personal es como un espejo engañoso que aumenta nuestros derechos al paso que disminuye los de nuestros semejantes. Es tal el apego con que se identifica el hombre en cierta manera con lo que posee, y de tal modo cree existir en los objetos de que goza, que para apartarle de ellos es menester casi arrancárselos; por esto se vale de mil pretextos para conservarlos, y así el interés falsifica en algun modo la regla de equidad y de verdad que nos ha dado la naturaleza.

No es el orgullo un enemigo menos peligroso de la verdad: naturalmente se ama el hombre á sí mismo; pero este sentimiento legítimo, ó por mejor decir necesario, degenera fácilmente en exceso; y de aquí provienen aquella aficion ciega á las opiniones y producciones de su entendimiento, aquellas ilusiones que le hacen ver bellezas en donde todo el mundo ve defectos, y le inducen á considerar como efecto de la envidia ó del odio la censura mas benigna y juiciosa. El orgullo nos excita á querer dominar los ánimos y mandar hasta en los pensamientos: por él despreciamos los conocimientos ajenos, la autoridad de los sabios y de la experiencia, y preferimos extraviarnos, yendo solos, á seguir el camino trazado por la sabiduría: por el orgullo queremos con preferencia á todo formarnos una reputacion y distinguirnos de la multitud; de

modo que movidos mas por el deseo de fama que por el amor á la verdad, nos apasionamos de brillantes mentiras con tal que puedan conducirnos á la celebridad. El orgullo inventa las paradojas, las propaga y defiende con una terquedad irreducible; y así produce el espíritu de secta y de partido, que tantas veces ha plagado el mundo de discordias y disputas sangrientas. A veces principia el error por una opinion aventurada, ó un temerario desvario; y si entónces no procuramos vindicar la verdad, se aumenta con el triunfo la osadia del novador; si la verdad encuentra defensores, se irrita la audacia de este con los obstáculos, teme confesar sus faltas, y se obstina en el mal, creyendo fuerza de carácter lo que no es mas que debilidad. Un error produce otro error, y un abismo precipita en otro abismo, como dicen los libros santos; y lo que al principio solo era en el cielo un punto oscuro, llega luego á ser una nube densa que despide rayos y centellas. No hay que esperar atraer á estos espíritus atrevidos por las máximas de una razon sana y moderada, ni hacerlos ceder á la fuerza de la autoridad, ni contenerlos por el temor de un trastorno general en el mundo religioso y político: nada se adelantaria contra su orgullo indomable, y por cada Fenelon dócil se encontrarán cien rebeldes. Hay con efecto entendimientos poseidos de un orgullo diabólico que abrasarian el mundo entero

porque prevalecieran sus opiniones. Leibnitz nos dice en cierto pasaje que ha conocido algunos de este carácter, y nosotros experimentamos la verdad que dijo.

Debo en fin, Señores, exponer la última fuente de los extravios del corazon, y por consiguiente del entendimiento. Hay una pasion dulce en la apariencia, y aciaga en la realidad, que se insinua en el alma por todos los sentidos, y la lisonjea para tiranizarla; que embriaga á sus adoradores sin contentarlos, y hace pagar con grandes amarguras los cortos placeres que proporciona; una pasion celebrada en los teatros y en las novelas, objeto de los poemas mas serios, como de los mas frívolos, y que representan contínuamente el mármol y el lienzo : pasion que para seducir toma todas las formas, mostrándose algunas veces bajo del exterior mas descarado, y adornándose otras hasta con el velo de la modestia. Hablo, Señores, de aquella inclinacion tan viva á cuanto lisonjea los sentidos, del amor del deleite y de los placeres sensuales. Su imperio es de tal naturaleza, que el mas bello triunfo del Evangelio es abatir sus altares; por ella principalmente reina la idolatría en las costumbres, y por ella parece que consentirian los hombres en la destruccion de sus demás idolos, con tal que se les permitiese quemar incienso en honor de este. Ella es el escollo de nuestro ministerio, y muchas veces

cuando la censuramos hace la juventud como que no nos oye, porque nuestras palabras le parecen duras y bárbaras. ¿Pero dejarémos por eso de combatirla, de manifestar sus peligros, y señalarla como una de las causas de nuestros errores?

Los Paganos mismos se han lamentado de sus funestos frutos : dígalo Ciceron, que respondiendo á la reconvencion que se podia hacer á la vejez de ser inhábil para los placeres, exclama (1) : « ¡Oh feliz privilegio de nuestra « edad, que nos liberta de lo mas vicioso que « hay en la juventud. Escuchad, jóvenes sen- « cillos, un antiguo discurso de Architas de Ta- « rento, uno de los primeros y mas grandes « varones de su tiempo : no hay en la natura- « leza, decia, pasion mas funesta al hombre que « la sensualidad; no hay placer á que se arroje « con mayor ímpetu y frenesí; él es quien oca- « siona las traiciones á la patria, el trastorno de « los estados, las inteligencias criminales con el « enemigo; no hay delito á que no excite tan « funesta pasion que, en continua lucha con la « sensatez, corrompe el juicio, ofusca los ojos « del entendimiento, y no acierta á hermanarse « con la virtud. »

¿Y una pasion que desordena de tal modo todas las facultades del alma, dejará de ser un

(1) *De Senectute*, cap. XII.

grande obstáculo para conocer la verdad, para tomar aficion á ella y confesar altamente sus severas máximas? La voz de la sabiduría difícilmente se deja oir en la embriaguez y en el tumulto de los placeres; la imaginacion del voluptuoso pinta y hermosea hasta lo mas criminal, todo lo desnaturaliza, y altera hasta los nombres: el libertinaje se llama inclinacion, chanza el discurso licencioso, y la perseverancia en una pasion loca, heróica fidelidad. El entendimiento en fin justifica cuanto agrada al corazon; y cuanto ama es á sus ojos santo y legítimo, como dice San Agustin, *Quodcumque placet, sanctum est.*

Acabo, Señores, de hablar de una multitud de cosas en el discurso de esta discusion, de las que cada cual podrá aplicarse lo que le convenga. Acaso mas de una persona salga de aquí dispuesta á dejar ciertas opiniones de independencia cómoda, cuyas causas no habia llegado á descifrar hasta ahora, á ser mas detenida en sus investigaciones, y menos precipitada en sus juicios. ¿Y quien sabe si la Providencia, que oculta sus vias misteriosas bajo el velo de los medios humanos, se servirá de este discurso para con algun jóven cuya alma luche todavía entre la verdad que le ilumina y el placer que le atrae? Agustin solo tenia diez y nueve años cuando leyó por primera vez una obra de Ciceron que no existe ya, y cuyo título era *Hortensius*, y se reducia á una exhortacion á favor de la sabiduría.

El mismo nos dice (1) que esta lectura cambió sus afecciones, le inspiró otros pensamientos y un vehemente deseo de conocer esta sabiduría inmortal; y esto fué como depositar en un corazon lleno de rectitud un gérmen que, desenvuelto despues por el auxilio divino, debia producir algun dia frutos tan preciosos y tan abundantes. ¿Y porque no tendrá sobre nosotros la verdad el mismo imperio? Es antigua, pero non vieja, y es eterna como el mismo Dios de quien procede. Si brilla ante vosotros, no desvieis de ella vuestros ojos, no huyais si os busca; si quiere triunfar es para vuestra felicidad; es vergonzoso resistirle, y glorioso ser vencido por ella: maestros hábiles os dirijirán en la carrera de las letras y de las ciencias, y si en esta materia no se entibia vuestro ardor para conocer la verdad, ¿no le tendreis igualmente para buscarla en las cosas morales y religiosas que son el fundamento de todas las virtudes? Decirla es mi deber, y el vuestro es escucharla. Escrito está *que los labios del sacerdote serán depositarios de la ciencia, y que en sus discursos se han de buscar la regla y la ley.* Desgraciado de mi si la revistiese de un rigor que no tiene; pero tampoco tendré la débil condescendencia de disimular sus derechos y su severidad. Es fácil, Señores, amar la verdad cuando nos lisonjea ó nos instruye sin im-

(1) *Conf.* lib. III, cap. IV.

ponernos deberes; pero sepamos amarla tambien aun cuando nos condene, y no esten de acuerdo con ella nuestras inclinaciones. Venid, pues, á oirme con un amor sincero de la verdad, con el deseo de rendiros á sus impresiones, con valor para seguirla y llevar su yugo, aunque parezca menos dulce á la naturaleza; venid pues aquí con tan felices disposiciones de entendimiento y de corazon; así os ilustrareis y os hareis mejores, y tendré el consuelo de experimentar por mí mismo que no en vano se ha llamado esta cátedra la cátedra de la verdad.

LA EXISTENCIA DE DIOS

PROBADA

POR LA FE DEL GÉNERO HUMANO.

Es ciertamente una cosa muy notable para los verdaderos filósofos el ver que todo el género humano está de acuerdo en confesar la existencia de la Divinidad, en darle un culto y en rendirle homenajes de adoracion y de dependencia; conformidad tan universal y tan antigua como el mundo, que se extiende á los sabios lo mismo que al vulgo, y á las naciones cultas como á las mas bárbaras. Efectivamente, los ingenios mas grandes que han producido los siglos, los hombres mas eminentes por su ciencia y sus virtudes han pensado sobre esto como el pueblo, excepto algunos ridículos personajes que han aparecido de cuando en cuando para perturbar con su voz fatal la armonía del mundo, y son parecidos en el órden moral á aquellas producciones extravagantes que en el mundo físico salen fuera de las leyes ordinarias de la naturaleza. El ateo ingenioso en sustraerse á la luz, ó en ofuscarla

con sus sofismas, se gloría de rechazar la creencia del mondo entero, y mira como una especie de triunfo el luchar él solo contra el género humano. Si se le habla de la universalidad de esta creencia religiosa, pronto trata de buscar en algun ignorado rincon del orbe un punto en que la civilizacion esté tan atrasada quo no se halle, si es posible, rastro alguno de esta doctrina. Si se le señala esta unánime creencia del género humano como la voz de la naturaleza, de la razon y de la verdad, solo encuentra en ella un efecto de credulidad y de ignorancia; prefiriendo no ver en la razon natural mas que una preocupacion popular, ántes que pensar en esta materia como el pueblo: en fin, si obligándole á explicarse se le pregunta de donde ha podido venir á los hombres una creencia tan universal, tan antigua y tan arraigada como la de la existencia de Dios, contesta que es un efecto de la imaginacion engañada por el miedo, ó de la política de los legisladores. Examinemos pues todos los subterfugios del ateismo, para lo cual sentaremos tres verdades que llenen el objeto de esta conferencia: 1ª la fe del género humano atestigua que hay un Dios; 2ª esta creencia viene de la naturaleza y de la mas pura razon; 3ª nada hay mas frívolo que cuanto el ateo imagina para explicar esta fe.

La creencia del mundo entero es un hecho, y como tal no se prueba por conjeturas, sino por

testimonios. Consultemos pues los anales del mundo, todos los monumentos históricos, las relaciones de todos los viajeros, y hallaremos demostrado que todas las naciones, y todos los siglos, el antiguo y el nuevo mundo, estan unánimes en la creencia de la divinidad. Podríamos desde luego interpelar á los impios para que nos citasen una sola comarca de la que sea posible, no digo conjeturar, sino demostrar, que haya sido ó que sea atea; esto es, que haya estado privada hasta de la mas grosera idea de alguna divinidad, sea la que fuere. Hasta ahora sus esfuerzos en esta materia han sido vanos, y todas sus pretensiones desmentidas; de manera que su impotencia misma de citar un solo pueblo enteramente sumergido en el ateismo, probaria ya bastante que no le hay. Pero aclaremos esto mas, y para ello veamos cual ha sido la creencia de la antigüedad.

Remontemos hasta las épocas mas remotas; recorramos todos los pueblos, tanto los mas ilustrados como los mas salvajes que han habitado el globo: ¿hallaremos acaso uno siquiera que no haya estado imbuido de un conocimiento mas ó menos perfecto de la Divinidad? Fenicios, Caldeos, Egipcios, Persas, Judíos, Griegos, Romanos; todos en fin estan acordes en este punto. Los tiempos fabulosos estan llenos de las historias de dioses y semidioses: ¿y que vemos en los filósofos, en los historiadores, en los poetas

y en los oradores de la Grecia y de Roma, que manejamos desde nuestra mas tierna infancia, mas que señales bien patentes de la fe de todas las naciones? ¿ Que significan los altares, los templos, los sacrificios, las fiestas religiosas, las estátuas de los dioses, los himnos sagrados, los apotéosis, el Elíseo y el Ténaro? ¿ No tiene todo ello una conexion palpable con el dogma de la Divinidad? Echad una mirada sobre la faz de la tierra, decia Plutarco (1), hallareis ciudades sin fortificaciones, sin ciencias, sin magistratura regular; vereis pueblos sin habitaciones separadas, sin propiedad de bienes, sin ningun conocimiento del uso de la moneda, y en una total ignorancia de las bellas artes; pero en ninguna parte encontrareis una ciudad que no tenga alguna idea de la Divinidad. Ciceron (2) y Séneca (3) han usado del mismo lenguaje.

Vemos pues aquí testimonios bien positivos de los hombres mas sabios y mas graves de la antigüedad, contra los cuales de nada sirven los pasajes oscuros y equívocos de ciertos escritores sobre el supuesto ateismo de algunos pueblos, cuyo nombre es casi desconocido. Hay que observar, Señores, que sin poder acusar á un pueblo de ateismo propiamente tal, pueden concebirse de él ciertas sospechas, ya porque te-

(1) *Cont. Colot. Epicur.*
(2) Cicer., *Tuscul. Quæst.* lib. I, cap. XIII.
(3) Senec., *Epist.* CXII.

niendo costumbres impias y feroces viole todas las leyes divinas y humanas que los otros reverencian, ya porque no presente vestigios bien claros de culto y religion pública á causa de su vida errante y grosera independencia, ya porque desprecie el culto de alguna deidad que adoren sus vecinos, ó ya en fin porque aun cuando reconozca á una Divinidad suprema, no la adore, y venere tan solo á dioses subalternos, cual se ha observado en algunos pueblos salvajes. Asi es que Plinio no veia en los Judios, que se distinguian por su religion del mundo idólatra, otra cosa mas que unos insolentes despreciadores de los dioses (1); y Ciceron en su oracion á favor de Fonteyo (2), arrebatado por el interés de su causa, trata á los Galos de impios, sin fe ni probidad, y se complace en recordar su expedicion contra Delfos. Sin embargo vemos que César, que ciertamente los conocia mejor, los pinta como una nacion religiosa en extremo: *natio est omnis admodùm dedita religionibus* (3). Asi tambien se acusaba de ateos y sacrílegos á los primeros cristianos, porque aborrecian á los dioses del imperio. Guardémonos pues de acusar á un pueblo de ateismo por algunas citas vagas. La creencia en la Divinidad fué tan universal entre los antiguos, que Lucrecio felicitó á su maestro

(1) *Gens contumeliâ numinum insignis.* (*Hist. nat.* lib. XIII, cap. IV.)
(2) *Pro Fonteyo*, cap. XX et seq.
(3) *De Bello Gall.*, lib. VI, cap. XVI.

Epicuro por haber sido el primero que se atrevió á luchar contra el género humano, y á levantar la cabeza en medio de los pueblos sometidos, decia él, al yugo de la supersticion (1).

Además de esto, Señores, aunque los antiguos hayan estado sumergidos en supersticiones ridículas y monstruosas, y hayan poblado la tierra y los cielos de una multitud de divinidades quiméricas, sin embargo el conocimiento de un Ser supremo, de un Dios soberano, Señor de los otros dioses como de los hombres, era mas general entre los sabios, y aun entre el vulgo que lo que comunmente se cree.

Si observamos que los Judíos adoraban á un único Dios, Criador del cielo y de la tierra, y que sus libros santos han celebrado su grandeza y su gloria en una poesia enteramente divina, que oscurece la de los Griegos y Romanos, veremos que es imposible que su comercio con las demás naciones no extendiese mas ó menos en ellas el conocimiento del verdadero Dios, granjéandole adoradores. Cuando Salomon subió al trono, el rey de Tiro tributaba gracias al Señor Dios por haber dado á David un digno sucesor; Ciro veia en sus victorias un beneficio del Dios del cielo; Dario, Artajerjes y Asuero le rindieron homenaje. ¿Y cual será ese Dios por quien se reconocian vencidos los sabios de la corte

(1) *De Rerum nat.*, lib. I, vers. 63 et seq.

de Faraon, al decir : *La mano de Dios está aquí?*

Yo advierto además que los mas célebres filósofos de la antigüedad creian en este Dios supremo; y que aun cuando reverenciaban por miedo ó por política á los dioses populares y nacionales, reconocian la grandeza excelsa del que habia presidido á la formacion de este universo. Si algunos, como Demócrito y Epicuro, querian enseñar á explicarlo todo por medio de movimientos casuales y mecánicos, sin recurrir á una causa inteligente, otros como Platon y Ciceron la reconocian y probaban su necesidad; y la naturaleza de sus disputas da á conocer cuan universalmente reconocida estaba la creencia en un ser inteligente y sabio ordenador del mundo. Así Lactancio (1), tan versado en estas materias, no dudaba decir, hace catorce siglos, que esta doctrina habia sido la de todas las escuelas, y de todos aquellos que ántes de Epicuro fueron considerados como príncipes de la filosofía. El apóstol S. Pablo les reprende menos el haber desconocido la Divinidad, que el no haberla glorificado como debian. Es cierto tambien que el Dios criador que ha sacado el universo de la nada, que tiene un dominio soberano sobre la materia; este espíritu puro, cuya providencia se extiende á la menor de nuestras

(1) *Divin. Instit.* lib. II, cap. I.

acciones, y que las juzgará despues de haber sido testigo de ellas; que reserva en una vida futura castigos al vicio y premios á la virtud; este Dios, el único verdadero, y que es el de los cristianos, no fué conocido en las escuelas de Roma y de Atenas con aquella perfeccion que lo es en el dia, por lo cual es una asercion falsísima decir que los cristianos han tomado de los paganos su conocimiento de Dios: ¿pero porque en alguna parte no se encuentre toda la pureza de la doctrina cristiana hemos de asegurar que existe allí el ateismo? Segun San Agustin (1) la opinion mas comun entre los sabios del paganismo era que Dios es el alma del mundo: pues bien, por esta idea grosera, y de que era fácil abusar, entendian ellos el ser inteligente, que por su poder y por los consejos de su sabiduría y prevision, anima y gobierna el mundo, á la manera que el alma gobierna al cuerpo. Varron, el mas docto de los Romanos, decia que habian comprendido perfectamente la naturaleza de Dios los que le definian como alma que gobierna el mundo por medio del movimiento y de la razon (2). Y á la verdad que poner inconsideradamente á Séneca y á Ciceron en el número de los ateos, porque su doctrina no fuera bastante pura, ó bastante exacto su lenguaje, seria un modo de raciocinar tan absurdo en

(1) *De Civit. Dei*, lib. IV, cap. XII.
(2) *De Civit. Dei*, lib. IV, cap. XXI.

lógica, como injusto hácia aquellos varones ilustres.

Observemos en fin que los poetas y los oradores han celebrado en sus obras el poder de este Dios, supremo director del universo y de las cosas humanas : tal es el lenguaje de Homero, de Hesiodo, de Horacio, de Ovidio, de Virgilio y de otros muchos. Se sabe cuan sublime es Homero cuando hace decir à Júpiter hablando á los habitantes del Olimpo (1) : « Col-« gad una cadena de la bóveda celeste; suspén-« danse de ella todos los dioses y diosas, y que « reunan todos sus esfuerzos; jamás podrán ar-« rastrar hácia la tierra al soberano Júpiter : al « contrario, yo levantaria si quisiese la cadena, « los dioses y aun la tierra y los mares; en se-« guida amarraria la cadena á la cima del « Olimpo, y todo quedaria en el aire : tanto ex-« cede mi poder al poder de los hombres y de « los dioses. »

Esto es ya suficiente, en un discurso de la naturaleza de los nuestros, para probar que si el conocimiento del verdadero Dios estaba alterado, no habia llegado á apagarse el entendimiento de los hombres mas sabios y mas hábiles de la antigüedad pagana, como tampoco entre el pueblo. El crimen de los idólatras consistia en no rendir al verdadero Dios un culto santo y

(1) *Iliad.* lib. VIII.

puro; en prostituir los honores divinos dirigiéndolos á genios maléficos y á divinidades subalternas y supuestas, y en imaginarse que la piedra y el leño labrados por el cincel, que un animal ó una planta encerraban en sí una divinidad oculta; pero tambien el pueblo se elevaba de tiempo en tiempo de este cúmulo de supersticiones y del mismo fango de los vicios hasta la idea de la suprema Majestad de un Dios, no diré único, pero sí superior á todos los otros dioses; así lo han observado anteriormente los apologistas de la religion, y citaré solo á San Cipriano. En su tratado *acerca de la vanidad de los ídolos*, observa que el vulgo confiesa algunas veces el verdadero Dios cuando por un movimiento natural exclama: ¡*Oh Dios! Dios lo ve; yo lo encomiendo á Dios; ô Deus! Deus videt; Deo commendo.* Nótese tambien que al hablar de la divinidad se excluia la pluralidad; y así es que se la llamaba lisamente Dios; y esto es lo que Tertuliano en su Apologético llama enérgicamente el testimonio de una alma naturalmente cristiana.

Pasemos de los pueblos de la antigüedad pagana á los de la edad moderna. Supongo que no se pondrá en duda la creencia de las naciones europeas que se han formado hace mil y cuatrocientos años de las ruinas del imperio romano; y que no se negará que los pueblos judíos, cristianos, musulmanes, é idólatras, esparcidos por

la superficie de la tierra, profesan alguna religion; y que toda religion envuelve en sí un sentimiento mas ó menos puro de la Divinidad. ¿Y que diremos de los pueblos descubiertos en los tres últimos siglos? ¿Hasta donde no ha penetrado la audacia de los navegantes; y qué montañas, qué bosques no ha visitado el zelo de los misioneros, por inaccessibles é impenetrables que sean? ¿Sin embargo han descubierto por ventura los Europeos alguna nueva region en que ya no se hallase algun conocimiento de la Divinidad? No; no fué Colon el que le llevó á América, ni Magallanes á las islas de los Ladrones.

Yo no ignoro que algunos viajeros demasiado atrevidos en afirmar lo que no habian observado por falta de tiempo y de medios, hicieron recaer sospechas de ateismo sobre los habitantes de las Antillas, del Brasil, del Canadá, sobre los Hurones, los Iroqueses y los Hotentotes : de esto se prevalecen con complacencia Bayle y Helvecio, y nuestros escépticos y ateos lo consideran como un triunfo. Triunfo ignominioso, como pronto diré, aunque no fuese imaginario. ¿Pero que es lo que ha sucedido? Que aquellas primeras relaciones demasiado ligeras han sido formalmente desmentidas por otras posteriores, mas fieles y mas circunstanciadas, de que resulta que aun cuando solo se descubran entre aquellos pueblos lineamientos

informes de religion y de una creencia grosera, esta á lo menos ya no es un problema. Citaré por ejemplo entre muchos á los habitantes de Otaiti, de cuya religion se habia dudado algun tiempo, hasta que Cook, y despues de él Vancouver, reconocieron sus dogmas y ceremonias religiosas.

Así pues los ateos no tienen el triste consuelo de haber podido descubrir un solo pueblo tan desnaturalizado que no tenga su Divinidad. Por lo demás no hay inconveniente en abandonarles esos aduares de salvajes que no tienen de hombres mas que la figura; y en verdad que es muy digno de tal causa tener por apoyos los habitantes de las selvas, que es lo mas vil y mas degradado de nuestra especie. Pero ¿desde cuando se debe juzgar de los sentimientos de los hombres por los seres que solo han conservado el nombre de tales? ¿Quien medirá su inteligencia por la de los dementes que la policia encierra en las casas de locos? ¿Con que razon cuando hacia Buffon una pintura tan sublime del hombre, de la hermosura de sus formas y facciones, se le hubiera podido oponer la configuracion extravagante y disforme de algunos individuos? Si he invocado el testimonio de los salvajes, es lo primero porque se ha puesto en duda, y lo segundo para hacer ver que la creencia en un Dios es tan conforme á la naturaleza racional, que ha penetrado hasta en el seno de

la mas profunda ignorancia, y aun de la misma ferocidad.

Nuestros impíos de Europa han ido á buscar compañeros en las extremidades del Oriente, en la China, y han asentado que los literatos chinos eran una sociedad de ateos. Aunque esta autoridad no sea de mucho peso, discutamos sin embargo este hecho. Es posible que entre los sabios de Pekin haya, como entre los nuestros de Europa, algunos que profesen el ateismo; pero para creer que el cuerpo de literatos es ateo, necesito que se me citen pruebas irrefragables. Si algunos misioneros lo han asegurado, no es esta tampoco la opinion de la mayor parte de los que han llegado á saber perfectamente la lengua china por medio de un estudio constante, y por su trato con los principales literatos. Véase lo que dice en esta materia un misionero muy sabio, el Padre Parennin, en una carta á Mr. de Mairan, director de la academia de las ciencias (1) : « Siempre he pensado « que los que acusaron de ateismo á los literatos « chinos no tuvieron mas razon para asegurarlo « en público, que el interés de la causa que te- « nian que sostener... Yo no he visto á un solo « Chino, que sea ateo práctico.... Puedo añadir « aun, que el número de los que han querido « parecer ateos es muy pequeño, y que los po-

(1) De Pekin, fecha 11 de agosto de 1730. *Lettres édifiantes et curieuses*, édit. de 1781, t. XXI, p. 493.

« cos que han tratado de explicarlo todo en sus « libros físicamente, sin recurrir á un Ser su- « premo, autor de todas las cosas, se quejan de « que sus opiniones han sido abandonadas, en « lugar de ser seguidas por los sabios. »

Observemos además, Señores, que estos literatos ofrecen sacrificios á lo que ellos llaman el espíritu del cielo; y siendo un absurdo dirigir votos y homenaje á la nada, á un ser sin vida y sin inteligencia, ya se descubre á lo ménos una nocion confusa de la Divinidad.

Permítaseme decir algo, aunque de paso, sobre cierto *Diccionario* de los Ateos y de sus *Suplementos*, en los cuales se encuentra inscrito el nombre de los mayores ingenios de nuestro siglo, empezando por San Agustin y acabando por Bossuet ¿Se quiere saber, Señores, á que se reducen tales rapsodias? Nosotros decimos todos los dias que Dios está en todas partes, que su presencia abarca el cielo y la tierra, que todo vive y respira por él, que es la luz de los entendimientos; hablamos ademas de su palabra fecunda, de su brazo que arroja el rayo, y de sus miradas que hacen estremecer la tierra. Pero estas expresiones no son otra cosa sinó unas imágenes de que queremos revestir las perfecciones divinas; y estamos muy léjos de las ideas groseras del Espinosismo, y de hacer de la Divinidad un ser corpóreo con dimensiones divisibles, como la materia, identificándole con este

universo físico. Esto es sin embargo lo que suponen el autor del *Diccionario* y su continuador; y así no sera extraño que inscriban en sus tablas ignominiosas á San Juan Evangelista, porque dice que Dios es la luz que ilumina al hombre; á San Pablo, porque refiere que nosotros tenemos en Dios el ser y la vida, y á Newton, porque desenvuelve este mismo pensamiento. Por otra parte sabido es que no hay escritor alguno, por sincero adorador que sea de la Divinidad, á quien no se pueda caracterizar de ateo, desmembrando los pasajes de sus escritos, mudando la acepcion comun de las palabras, recogiendo rumores vagos, anécdotas inciertas, y hasta expresiones poco comedidas; este pues es precisamente el indigno artificio con que se han hecho recaer sospechas de ateismo sobre San Gregorio Nacianceno, San Juan Crisóstomo, Descartes, Pascal, Bossuet, Fenelon y otros muchos. Es muy curioso oir acerca de esto la confesion del autor de los *Suplementos;* hé aquí sus propias palabras (1): «Se nos echa en cara haber «nombrado muchas personas con demasiada «ligereza, fundados en testimonios vagos, en pa«sajes poco convincentes, y en una reputacion «incierta. Sin duda seriamos reprensibles si hu«biésemos tratado de acusarlos; pero inten«tando hacer su elogio, no nos juzgábamos obli-

(1) *Premier Supplément*, p. 13.

«gados á guardar tanta circunspeccion.» Esta confesion es muy sencilla, como se vé desde luego y es decir ingénuamente que el *Diccionario* ha sido compuesto sin exactitud, y como por solo tener el placer de aumentar la lista de los ateos. Todo esto, Señores, es muy digno de compasion y de risa; pero al mismo tiempo ¿como puede dejar de indignarse el corazon de un hombre de bien? ¿Como dejar de entregarse á algunas reflexiones dolorosas sobre los extravios de un siglo, en que hay escritores que han creido poder adquirir gloria dando al público semejantes extravagancias? ¡Que indignidad mayor que perturbar de este modo las cenizas de los hombres mas ilustres, y creer honrar á los mas sinceros adoradores de la Divinidad, atribuyéndoles una opinion que desechaban con horror! Es evidente que espantándose de sí mismo el ateo, y creyendo levantar contra si la voz del universo, desea hacerse sordo á los gritos de una conciencia agitada; dijérase que poseido del temor los demás llama á su socorro, queriendo asociar á sus monstruosas ideas los nombres mas grandes de los siglos pasados; y no parece sinó que su razon perturbada se eclipsa y desatina. Tan solo de este modo hubiera podido sin pruebas, contra la evidencia y el testimonio de la historia, transformar en ateos á los mas zelosos adoradores de la Divinidad, á pesar de sus virtudes apoyadas en su fe. Nosotros estábamos destinados por desgracia á

ser testigos de tanto exceso junto ¡tanto es el cúmulo de males que puede producir el espíritu de impiedad sobre la tierra! Era preciso que fuese ultrajada la memoria de los hombres grandes, al mismo tiempo que se violaban sus tumbas; y á la verdad, yo no sé quienes deben escandalizarnos mas, si los que violando sacrílegamente los sepulcros exhumaban augustas reliquias para entregarlas á los insultos de un populacho desenfrenado, ó estos profanadores del ingenio y de la virtud, que en cierta manera parece que llaman á la vida á un Bossuet y á un Fénelon para cubrirlos con el oprobio de su execrable ateismo.

Asentada ya la creencia universal del género humano por lo respectivo á la existencia de Dios, pregunto yo ahora ¿cual es el orígen de aquella? ¿Procede acaso de las preocupaciones y de las pasiones, ó viene de la naturaleza y de la razon? Tal es la cuestion que vamos á ilustrar.

¿Que doctrina es esta, me digo yo á mi mismo, que ha precedido á todas las edades conocidas por la historia, que ha subyugado al sabio como al pueblo, y triunfado de todas las revoluciones que han trastornado la faz de la tierra, que se encuentra entre los aduares de los salvajes como en las naciones civilizadas, y brilla en los siglos de la barbárie como en los de la ilustracion. Sí, Señores, cambien en hora buena las costumbres; destrúyanse las leyes; perezcan los imperios;

la creencia sin embargo de la Divinidad permanece inmóvil en medio de las ruinas y vicisitudes de las cosas humanas. Sublévense contra ella las pasiones, obscurézcala la ignorancia, y combátala con sofismas el impío, nada llegará á destruir su imperio, que ejercerá con tanta mas fuerza cuanto mas se la ultraje. ¡Desgraciada la nacion que la pierda de vista! Todos los males caerán á un tiempo sobre ella. Los pueblos pueden muy bien estar discordes en las costumbres y en el lenguaje, separados por mares inmensos, y divididos por rivalidades sangrientas; pero todos estan conformes en un punto, que es la creencia en un Dios. Discordarán sobre la idea que se formen de él, sobre la adoracion que le rindan, y sobre los ritos sagrados del culto que le tributen; pero la doctrina es en el fondo la misma aunque bajo diversas formas. ¿Y de donde procede esta unidad, esta antigüedad, esta universalidad é inmutabilidad de doctrina entre tantos pueblos, divididos sobre todo lo demás? ¿Qué poder ha sido capaz de sujetar de este modo las naciones y los siglos á una misma creencia? ¿De qué procede este concierto unánime de alabanzas á la Divinidad? ¿Y porqué en todas partes es el hombre religioso tan naturalmente como racional? Si un efecto perenne y unánime supone una causa universal y consstante, ¿porqué no hemos de reconocer como tal la voz de la naturaleza y de la verdad,

que ha resonado en el universo, y se ha hecho oir en todos los corazones?

Yo no tengo necesidad de discutir los motivos que han arrastrado al género humano á esta creencia. Importa poco saber si ha sido el sentimiento ó la razon, el espectáculo de la naturaleza, ó todo esto reunido y fortificado por la educacion: ¿ pero no es indispensable que para subyugar de este modo á todos los hombres, esten pegados estos motivos por sus raices al fondo mismo de nuestro ser, y que sean inseparables de nuestra naturaleza? No tratamos aquí de una opinion especulativa, indiferente y abandonada á las disputas de los ociosos; sino de una doctrina comun á todos, ligada á la conducta del hombre, que no puede mirarse sin el mas vivo interés, continuamente discutida, y combatida mas de una vez, pero siempre triunfante. Su origen debe pues estar ó en las preocupaciones y pasiones comunes á todos los hombres, ó en en una razon igualmente comun á todos: por aquellas podrán explicarse los errores que han desfigurado el fondo de esta doctrina; pero la doctrina en sí no se puede explicar sino por la razon.

Así pues se alcanza con facilidad que es un error de los sentidos el haber imaginado el hombre falsamente dioses corpóreos: pues estando rodeados de objetos materiales, nuestra imaginacion no acierta á comprender la naturaleza de

los espíritus. ¿Y si nosotros los cristianos, que tenemos ideas mas claras acerca de este espíritu inmortal, no podemos menos de pintárnosle bajo imágenes sensibles, nos admiraremos de que los paganos hayan trasladado á sus dioses las formas y el aparato de las potestades de la tierra?

Que el hombre haya multiplicado falsamente las deidades, se conoce que es un error de su debilidad, ya sea porque se figurase que el autor de todos los seres estaria como abrumado con el peso del gobierno de este universo, si le llevase solo; ó que se le representase como un gran monarca que para descansar necesita repartir entre muchos la dignidad de su imperio; ó que viéndole á una distancia inmensa se haya complacido en forjar divinidades mas inmediatas, y en cierto modo mas familiares: así vemos que cada nacion, cada ciudad y cada familia tuvo sus dioses; y que el mundo no fué mas que un templo de ídolos.

Que el hombre haya ideado dioses corrompidos, comprendo tambien que este error sea un efecto del interés de sus pasiones. Pues le iba tanto en justificar su destemplanza con el ejemplo de los inmortales; en encontrar la apología de los excesos de la tierra, en los de los habitantes del Olimpo; era tan dulce á la naturaleza humana abrazar una religion que lisonjease los placeres y los deseos de su corazon, que cada pasion se con-

virtió en un Dios; y por esto el politeismo se explica fácilmente por la debilidad y corrupcion del hombre. ¿ Pero de donde vino esa idea primitiva que se abre paso al traves de la superstícion, cual rayo de brillante luz por entre las nubes ? La mezcla impura que la envilece y degrada es efecto de la perversidad del corazon humano ; pero el fondo de ella no puede proceder mas que de la razon y de la naturaleza.

Se nos citará acaso algun salvaje que no haya tenido ninguna idea de la divinidad, para inferir de aquí que la idea de Dios no es natural al hombre ¿ Pero de que un salvaje no hable como nosotros, se seguirá que no sea natural al hombre el comunicar sus pensamientos por medio de la palabra , ó que el hombre que habla es un ser contra lo natural? De que un salvaje no sepa discutir ni raciocinar como nosotros, ¿se infiere quel el hombre no sea naturalmente racional? Siempre que hablamos de razon y de naturaleza, se nos citan algun individuo, cuyas facultades morales é intelectuales estan como en un estado de estupor y de muerte. ¡ Que lógica ! Esto es lo mismo que decir que el hombre por su naturaleza no está hecho para andar, porque en su primera ñinez se ve obligado á arrastrarse con las manos. Está ciertamente en el órden actual de cosas que el entendimiento no se forme ni desenvuelva , sino por la educacion , el ejercicio y la experiencia : es un campo que puede ser fértil;

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

pero que por falta de cultivo queda condenado á perpétua esterilidad. La cuestion de si la idea de Dios es ó no innata, no corresponde á mi asunto; mas es cierto sin embargo que parece tan conforme á nuestra razon y naturaleza, que se la halla donde hay hombres, y que debe colocarse entre aquellos sentimientos primitivos, universales é invariables que caracterizan á la especie humana, de tal suerte que el hombre no puede renunciar á Dios, sin renunciar al mismo tiempo á su propia naturaleza. Efectivamente es tan natural en el hombre el creer en Dios, como en un niño el mantener sentimientos de gratitud y amor hácia los autores de su vida. Trátese de persuadirle que no está obligado á amar á su madre; la naturaleza se resiste, y su primer movimiento será huir despavorido: su sensibilidad podrá apagarse un instante en fuerza de los discursos de un sofista; pero jamás llegará á extinguirse, y horrorizado de haber escuchado semejante conversacion, irá en seguida á arrojarse á los brazos de su madre para darle un nuevo testimonio de su amor. Del mismo modo repugna á la recta razon la doctrina que predica el ateo; y aunque al escuchar sus argumentos pueda su tenebrosa metafísica oscurecer mis ideas, tan pronto como me separe de él miraré al Cielo; y descendiendo en seguida al fondo de mi corazon, hallaré en él á ese Dios que el impío habia querido arrebatarme.

Finalmente, Señores, lo que prueba aun mas evidentemente que la creencia del género humano procede de la razon, es la frivolidad de las causas imaginadas por los ateos para explicarla; y estamos ya en la tercera y última asercion.

Hé aqui lo mas especioso que presenta la novela inventada por los ateos para explicar la fe del género humano en la existencia de Dios. Los hombres, dicen ellos, vivian al principio sin religion y sin Dios; cuando de repente se llenaron de asombro al ver los fenómenos extraordinarios que presenta la naturaleza. Los terremotos, las inundaciones y otras catástrofes llenaron de terror su corazon; é ignorando la fuerza de la naturaleza y las causas de estos sucesos, supusieron en los cielos seres enemigos del género humano, agentes secretos de los males de la tierra: de este modo el sentimiento de la Divinidad nació en medio de los sobresaltos, y la credulidad perpetuó despues lo que inventó el miedo. Segunda causa de esta creencia fué la política: conociendo los reyes de la tierra cuan poderoso freno seria para los revoltosos el temor de la Divinidad, la invocaron en su socorro, y se inventó la religion para subyugar mas fácilmente á los hombres: de este modo contribuyeron tambien la política y el interés de la sociedad á la invencion de Dios y de la religion.

Podriamos, Señores, desde luego pedir á los

ateos pruebas positivas de este estado primitivo de ateismo en que suponen que los hombres estaban sepultados. ¿ Donde estan los monumento incontestables de aquel antiguo estado de absoluta incredulidad, y del tránsito á esta creencia, la mas intima que jamás ha existido? Son bien conocidos, á lo menos hasta cierto punto, el origen de muchos pueblos, los fundadores de los imperios, los legisladores de las naciones y los inventores de las artes; mas yo quisiera saber del mismo modo si en los anales de los pueblos mas antiguos, como los Fenicios, los Egipcios, ó los Chinos, existe algun fragmento histórico, escapado de las ruinas del tiempo, que nos hable del género humano aun ateo, del género humano recibiendo por primera vez lecciones sobre la existencia de un Dios ignorado hasta entónces: en ninguna parte existen semejantes noticias. Pasemos sin embargo á los pormenores de las dificultades que se oponen.

Si se nos dijera que el miedo puede contribuir á excitar la atencion del hombre, á moverle al recogimiento para escuchar mejor en el silencio la voz de la verdad, y que este ha sido uno de los medios que le han mantenido en la idea de la Divinidad, yo podria convenir en ello: en muchas cosas el miedo, así como la desgracia, puede ser el principio de algunos conocimientos, aunque imperfectos; pero es una irrision suponerle motivo determinante, y causa primera y fun-

damental de la creencia del género humano; y para asentir á tal absurdo, es preciso ser tan crédulo como un ateo. Dicen que el miedo ha inventado los dioses, *Primus in orbe deos fecit timor:* este pensamiento era bien digno del poeta mas infame de la antigüedad pagana; pero si esto fuese cierto, solo se hubieran debido inventar dioses maléficos y crueles; y al contrario vemos que se adoraban dioses tutelares y genios buenos; que se invocaba á Júpiter bajo el nombre del dios muy grande y muy bueno, y se creia una cosa tan natural atribuir á Dios la bondad, que no sabiendo como conciliar con ella los males que nos aflijen, se ideó un principio malo. Si el miedo hubiera inventado los dioses, los hombres no se hubieran acordado de ellos mas que con un sentimiento de tristeza y de terror; y sin embargo vemos entre los antiguos una multitud de fiestas, en que no se respiraba mas que placer, y que solo consistian en regocijos; y aun en el dia los viajeros refieren que los salvajes de América manifiestan su alegria en sus fiestas religiosas con danzas y conciertos de música. ¡Es por cierto un fenómeno muy extraño ese sentimiento de temor que tanto domina á la especie humana, á pesar de todos los esfuerzos de los apóstoles del ateismo para libertarnos de él! ¿Será posible que habiendo estos intrépidos ateos empleado constantemente, desde Demócrito hasta el autor del *Sistema de la naturaleza*, todos sus esfuerzos

para reanimar el valor de los tímidos humanos, no hayan sin embargo cesado de temblar, de tener miedo y de creer en Dios los talentos mas sublimes, los hombres mas virtuosos de todas las naciones y de todos los siglos, las almas mas elevadas y mas capaces de sacudir el yugo de las preocupaciones populares? ¿Y serán los ateos los únicos valientes sobre la tierra? ¿No seria esto demasiado singular? Dicen que el miedo hace los creyentes: mejor diremos que hace los impíos; pues cuando violamos la ley quisieramos libertarnos hasta de la idea de un legislador: para ser virtuosos es preciso tener valor; y solo somos viciosos porque no tenemos la fortaleza necesaria para ser buenos: somos malvados porque somos cobardes; y á fin de serlo sin remordimiento, desconocemos á Dios que es la justicia y al mismo tiempo la bondad por esencia, y como ha dicho perfectamente el poeta del buen gusto y de la razon: *Á Dios insulta asi solo el cobarde.*

No negaremos tampoco que los legisladores hayan apoyado en la religion sus leyes é instituciones; que se hayan aprovechado hábilmente de los sentimientos religiosos difundidos en el pueblo, para imprimir á su obra un carácter sagrado, suavizar el yugo de la obediencia, y hacer su imperio mas durable. ¿Pero es la política la que ha inventado esta doctrina? ¿Es ella la que ha revelado al género humano la existen-

cia de Dios que ántes ignoraba? ¿Donde estan las pruebas? Citensenos los legisladores que la han enseñado por primera vez : toda la historia atestigua contra tal supcsicion. En Roma vemos á Numa, en Aténas á Solon, en Esparta á Licurgo, en Creta á Minos, en Locris á Zaleuco levantando ciudades, civilizando los hombres, dándoles leyes y una forma de gobierno; ¿pero no hallaron ya todos, sin excepcion, á estos pueblos en la posesion de la creencia de la Divinidad? En hora buena que la política haya podido servirse de los sentimientos religiosos, como se ha servido de los sentimientos de humanidad y del uso de la palabra que une á los hombres entre sí; pero así como no ha sido la inventora de la humanidad ni de la palabra, tampoco lo ha sido de la religion.

Es cosa muy extraña en este particular la conducta de los ateos : por un lado pretenden que el interés social ha hecho inventar á Dios y la religion; y por otro han empleado toda su ciencia y todo su talento en desarraigar esta creencia. ¿Han podido creer en medio de su arrogancia que las sociedades humanas podian excusarse para subsistir de lo que todos los sabios y los legisladores de todos los siglos y pueblos habian creido necesario? ¡Que impudencia! ¿Y si creen esta doctrina á lo menos útil, habrá mayor extravagancia que la de fatigarse en destruirla?

Es pues cierto que el género humano ha creido siempre, y cree todavía en Dios, y que esta creencia se halla en el fondo mismo de la naturaleza racional; que todas las explicaciones que los ateos tratan de darle son insignificantes; que sus sistemas pasarán, y que la fe en un Dios, árbitro supremo de todas las cosas, no dejará de perpetuarse entre los hombres. ¿Y que seria de nosotros sin esta doctrina, no solo útil sino necesaria?

Necesaria á la moral, porque sus preceptos no tienen un imperio sólido en el corazon del hombre, sino en cuanto en ellos se ve la voluntad de un Dios legislador supremo.

Necesaria á la sociedad, pues si destruimos los sentimientos religiosos, destruimos la barrera mas fuerte que se puede oponer á las pasiones; las armamos contra todo lo bueno, y establecemos en el corazon una anarquía que pasa de las familias á la sociedad.

Necesaria á los desgraciados, que, abandonados con harta frecuencia sobre la tierra, no tienen otro asilo que su esperanza en la Providencia.

Necesaria á los favorecidos de la fortuna porque los hace mas compasivos y mas generosos, y los preserva del abuso de la prosperidad.

Necesaria para satisfacer nuestro corazon, que nada puede llenar sino Dios, este Ser infinito. Arrancar de él este sentimiento, es dejarle

en un vacío inmenso, abandonarle á las mas vagas inquietudes, y hacerle débil, crédulo y fácil á entregarse á todas las imposturas : ved aquí pues como el ateismo desechando toda creencia conduce á la supersticion, que todo lo cree.

Necesaria en fin á las letras y á las artes : en efecto todo cuanto el ingenio humano ha producido mas patético y sublime, cuanto hay grande y hermoso, está tan naturalmente hermanado con los sentimientos religiosos, que en el lenguaje universalmente recibido decimos : *esto es divino*. ¿Ha habido acaso algun gran poeta ó algun grande orador que haya sido ateo? El ateismo es el sepulcro del talento, así como el de la virtud. ¿Quien mejor que la Divinidad, modelo de toda perfeccion, podrá inflamarnos, arrebatarnos y enajenarnos? Al Cielo es preciso ir á buscar las grandes impresiones y los grandes pensamientos; y á la manera (me serviré de una comparacion de Bossuet) que un gran rio, aun corriendo por un llano, conserva todavía aquella fuerza violenta é impetuosa que adquirió en las montañas en donde nace, así el pensamiento del hombre, despues de su comercio con la Divinidad, conserva y comunica aquel vigor y hermosura que trajo del cielo de donde procede.

Son pues los predicadores del ateismo enemigos de todo bien, de todo lo bello : la creencia

en la Divinidad es el vigor y la luz de los entendimientos; y afortunadamente tan imposible es al hombre el apagarla, como aniquilar el sol visible que alumbra el universo.

LA EXISTENCIA DE DIOS

PROBADA

POR EL ORDEN Y LAS BELLEZAS DE LA NATURALEZA.

¡Cuan grande y cuan hermoso es, Señores, el espectáculo que presenta la naturaleza! ¿Y quien de nosotros podrá mirar con indiferencia este conjunto de maravillas, con que no cesa de admirarse nuestra vista? ¿Habrá uno solo entre los ateos que no se sienta alguna vez profundamente conmovido por ellas, y que en aquellos momentos en que las pasiones estan mas en calma, y en que parece brilla la razon con una luz mas pura, no se horrorice de sus propios sistemas, y por un sentimiento mas fuerte que todos los sofismas, no se convierta, á pesar suyo, al Ser soberano, á quien nos es tan imposible desterrar de nuestra memoria, como del universo? Limitándonos aqui á hablar de las cosas, que por sernos sensibles no exijen ciencia ni penosos esfuerzos, y que por desgracia nos hacen tanta menos impresion cuanto mas familiares nos son, ¡que encadenamiento de fe-

nómenos capaces de elevarnos hasta la Divinidad no vemos en el mundo planetario á que pertenecemos! Esos globos luminosos que hace tantos siglos ruedan majestuosamente en el espacio sin separarse jamás de sus órbitas ni tropezarse en sus revoluciones; ese sol que á manera de una lámpara de fuego vivifica toda la naturaleza, colocado á una distancia conveniente para alumbrar y dar calor á la tierra sin abrasarla con su fuego; ese astro que preside á la noche con su apacible claridad, sus fases y su curso de que el genio del hombre ha sacado tantas ventajas; esta tierra tan fecunda, sobre la cual vemos perpetuarse por leyes constantes una multitud de seres vivientes, con la admirable proporcion de dos sexos, de muertos y de nacidos, que hace que jamás esté ni desierta ni recargada de habitantes; esos mares inmensos con sus agitaciones periódicas y tan misteriosas; esos elementos que se mezclan, se modifican y combinan de manera que sirvan suficientemente á las necesidades y á la vida de una prodigiosa multitud de seres, tan diferentes en su estructura y tamaño; en fin este curso tan regular de las estaciones, que reproduce sin cesar la tierra bajo formas nuevas; que despues del reposo del invierno la representa sucesivamente engalanada con todas las flores de la primavera, enriquecida con las mieses del verano, y coronada de los frutos del otoño, haciendo así

pasar el año en un círculo de escenas variadas sin confusion, y semejantes sin monotonía, ¿no forma todo esto un conjunto y concierto de partes de que no se puede desprender una sola sin romper la armonía universal? ¿Y como será posible no remontarse hasta un principio, autor y conservador de este todo admirable, hasta un espíritu inmortal que abrazándole en su inmensa providencia hace que cada cosa marche á su objeto con tanta fuerza como sabiduría?

Sin embargo el ateismo ha embotado con sus frios y tenebrosos sistemas las sensaciones, y ha oscurecido de tal modo la razon, que sin haber aniquilado en ella la creencia de la Divinidad, la ha debilitado sensiblemente. En efecto, si la impiedad de nuestros dias no lo ha destruido todo, ha logrado alterarlo, á manera de una enfermedad contagiosa que aja á aquellos á quienes no da la muerte. No será pues fuera de propósito recordar las pruebas de la primera de las verdades para hacérnosla mas perceptible, y desembarazarla no del velo que la cubrirá siempre, sino de las tinieblas en que la impiedad procura envolverla. No intento hablar tan solo á la imaginacion con estudiadas pinturas de las bellezas de la naturaleza: quiero si hablar á la razon; y para seguir en esta materia el plan mas metódico, sentaré, primeramente, que hay nociones de órden y de hermosura esparcidas en todos los entendimientos, aun los mas vulgares; en

segundo lugar, que segun estas nociones es fácil á todos conocer que hay un órden en este mundo visible; y en tercero, que este órden no puede explicarse sin la accion de una causa inteligente, que es Dios. ¿Puede exigirse un plan mas exacto y rigoroso?

Ciertamente que el hombre tiene en el fondo de su corazon un sentimiento íntimo del órden y de lo hermoso, como de la honradez y de la verdad. El mismo pueblo, sin haber nunca analizado las facultades y operaciones del entendimiento, siente, piensa, compara, juzga; y su lenguaje, sus acciones, sus designios descubren en él nociones primitivas del órden y de la sabiduría. Experiméntese la sagacidad del aldeano mas grosero excitando en él aquellas ideas confusas que le dirijen sin que él lo perciba; y se verá que no le es del todo extraño el conocimiento del órden y de lo hermoso: algunos ejemplos van á hacer mas obvia esta verdad.

Supongamos á un hombre vulgar, de ingenio muy escaso, introducido en el seno de una familia honrada y desconocida; lo primero que hace es observarla durante algunos dias: la docilidad de los hijos, la sumision de los criados, el contento de los amos; todo en ella le anuncia la armonía y la paz; cada cosa tiene su tiempo; comidas, trabajo, descanso; todo está arreglado y se ejecuta sin desórden y sin confusion. Preguntémosle si hay órden en esta familia, y aun-

que ignorante, no dudará declararse por la afirmativa.

Supongo que un soldado sea individuo de un cuerpo en que la disciplina haga guardar á cada uno su puesto; en donde la obediencia sea tan pronta, como firme el mando, y en el que todo se ejecute con una perfecta exactitud y regularidad; que en seguida este mismo soldado pase á un cuerpo en que todos quieran mandar, y en que el espíritu de insubordinacion é inobediencia agite todas las cabezas: pregúntesele de que parte está el órden, y de cual el desórden, y verémos que no se equivoca.

En este caso el sentimiento precede á la razon. Donde quiera que vemos armonía y correspondencia, union y enlace de diversas partes dirigidas todas á un fin comun, conveniencia y proporcion de los medios con el mismo; allí encontramos órden y hermosura: por consiguiente el órden consiste en el concierto y la union de las partes que componen un todo único; por estas señales distinguimos un edificio bien ideado del que no lo está, y un discurso ó un poema arreglado de aquel en que reina el desórden; de modo que el plan y bosquejo de una obra, la mas vasta y complicada, debe siempre referirse á un solo y único fin; y esta es la regla trazada hace dos mil años por el Poeta latino. San Agustin, que en todo era un águila, tiene un dicho célebre, que aclarado por un escritor

francés en una de las producciones mas singulares de nuestra lengua dice así, en la unidad está el fondo y el principio de toda belleza: *Omnis pulchritudinis forma unitas est* (1).

No por eso pensemos que estas nociones del órden y de lo bello son arbitrarias, y fundadas únicamente en convenciones. Si solo fuesen cosa de moda y de capricho, podrian los hombres mudar sobre ellas de ideas y de lenguaje; establecer que el órden y el desórden, el arreglo y la confusion son cosas indiferentes, y determinar que en adelante ni lo uno agrade al alma, ni le repugne lo otro. ¿Y quien se atreverá á sostener una paradoja tan chocante? Para mí seria lo mismo decir que los hombres pueden convenirse en que no haya en adelante diferencia entre la locura y el juicio, entre el ingenio y la estupidez, la verdad y la mentira. En efecto, en todos tiempos y lugares habrá cosas que á todos parezcan repugnantes, y sobre las que sea imposible alterar las ideas y el sentimiento del género humano. Que en una familia, por ejemplo, mande el hijo con dureza, y el padre obedezca temblando; que en un ejército, en lugar de marchar el soldado á las órdenes de su jefe las infrinja con audacia; que una madre desconsolada hable en un poema como una mujer dominada de la risa y la alegría, y que en él se pinte al anciano pru-

(1) Epistola XVIII, n. 2.

dente con la ligereza y fogosidad de un jóven. todas estas cosas nos chocarán siempre y nos parecerán desordenadas. Y este desórden que de tal modo nos repugna, ¿no supone en nosotros ideas de un órden que nos agrada?

Yo bien sé que todos los hombres no estan conformes sobre los defectos y la hermosura de los objetos; sobre la preeminencia de los colores y la regularidad de las formas exteriores; que mas de una vez admira el uno lo que reprueba el otro, y que no suele agradar al sabio lo que gusta al pueblo; tambien sé que hay bellezas de puro convenio, relativas á las costumbres, y á los usos adoptados; sé por último que las nociones del órden y de lo bello son mas ó menos perfectas, y mas ó menos claras á proporcion del grado de inteligencia é instruccion del que las posee: en esta parte el hombre civilizado puede muy bien aventajar al que no lo es; y asi la idea de lo bello no es tan luminosa ni tan profunda en la cabeza de un salvaje como podria serlo en la de Bossuet, ni tan pura y delicada su impresion en un Bardo de las Galias como en Fenelon; pero sin embargo la idea primitiva siempre se deja ver por todas partes, y se mira como una cosa constante, entre todos los hombres, que en donde se advierte una disposicion ó concurrencia de partes á un mismo fin, allí se encuentra el órden.

Veamos como este conocimiento mas ó menos confuso del órden, y esta inclinacion que tienen

á él todos los hombres, se manifiesta en todas ocasiones y de todas maneras. Si un grupo de niños quiere imitar las evoluciones militares, al momento conocen que necesitan un jefe que los dirija; y que si cada uno no está en su puesto, y no observa una marcha uniforme, se altera el órden; si se entregan á aquellos juegos inocentes que los hacen saltar de alegria, conocen que necesitan reglas, y que deben observarlas, sin lo cual todo seria confusion; hasta las cuadrillas de malhechores conocen que su execrable asociacion no puede subsistir sin la union y subordinacion de todos sus miembros; y aun cuando su fin sea criminal, los medios de que se valen son siempre adaptados á su consecucion. Ved aquí como hasta en el mismo desórden brillan la idea y el gusto del órden. He creido deber remontar hasta estas primeras ideas, porque los sofistas modernos, corruptores de la sana metafísica, nada han omitido para oscurecerlas. Queda pues probado que las nociones del órden y de lo bello se hallan esculpidas en todos los entendimientos, que era mi primera proposicion.

Paso á la segunda, á saber, que en virtud de estas nociones primitivas nos es fácil á cada uno de nosotros conocer este órden y esta belleza en el mundo visible.

Es bien público que algunos bellos ingenios, tanto entre los antiguos como entre los modernos, se han complacido en celebrar las maravillas de

la naturaleza; dejemos las descripciones y los pormenores á los naturalistas profundos, que reuniendo la imaginacion del poeta á la sagacidad del observador, sean capaces de pintarlas; bástenos observar en general este enlace maravilloso de causas y efectos que sostienen la armonia del mundo; el concurso de las diversas partes al fin y á la conservacion del todo, y la influencia del conjunto en la reproduccion y conservacion de las partes. Si, Señores, todo se encadena en la naturaleza; es ella una máquina inmensa en que tanto mas brilla por dó quiera el órden, cuanto que cada rueda tiene un destino particular, y otro en relacion con el conjunto. Examinemos al hombre con particularidad: ¿que soy yo considerado como un ser corporal? Nada mas que un átomo respecto de la tierra, y esta otro átomo respecto del mundo planetario, de que forma parte. ¿Y que es este mismo mundo con relacion á la vasta extension de los cielos estrellados? ¿No es lo mismo que un punto en la inmensidad de los espacios? ¡Cuanta es pues nuestra pequeñez, y cuan cerca estamos de la nada en nuestra parte perecedera! Sin embargo nuestra existencia tiene relaciones y conexion con toda la naturaleza; y la tierra, los mares, el aire, la luz y el sol, todo contribuye á nuestra conservacion. El pan que me alimenta proviene del grano confiado á la tierra; esta es fecundizada por las lluvias que la riegan, las cuales

caen de las regiones del aire; este sostiene los vapores que las producen, los que se levantan de la superficie de los mares y de los rios, y esta evaporacion supone la accion del calor y del sol: de este modo todo contribuye á proveerme de la subsistencia; y aunque solo sea yo un átomo apénas perceptible en el todo, vengo á ser como un centro en el que todo termina. Lo mismo que del hombre, diré de cada uno de los seres de la naturaleza, y hasta de los animales imperceptibles á la vista. De este modo está todo enlazado, desde lo infinitamente pequeño hasta lo infinitamente grande, y el gusanillo que se arrastra sobre la tierra está unido á la constelacion que brilla en lo mas elevado de los cielos.

¿Se quiere admirar este mismo órden y belleza en un objeto particular? Para ello no hay mas que examinar el ojo del hombre, y desde luego descubrimos que está formado para ver, y que entre él y los fenómenos de la vision hay una proporcion admirable; de modo que en esto solo reconocemos ya un fin, y los medios que se dirigen á él. Os engañais, dirá aquí un ateo heredero de un pensamiento de Lucrecio: el ojo no está hecho para ver; pero como era preciso que la materia de que se compone coexistiese en cierto modo con los demás objetos de la naturaleza, se ha descubierto que estaba en proporcion con la luz; y hé aquí por que el hombre se sirve de él para ver los objetos. Es lo

mismo, Señores, que si dijésemos que la puerta de una casa no se ha hecho para entrar y salir por ella, sino que hallándola hecha se la ha destinado á este uso; mas claro: que los diferentes instrumentos de que se sirve un artífice para desbastar, pulimentar, arreglar y concluir su obra, no se han hecho para esto, sino que viéndolos el obrero á propósito para este uso, los aplica á él. Pero hé aquí como podemos poner en un apuro la sutileza del ateo mas obstinado. Prescindiendo de lo que el hombre sería en cualquier otro sistema, es indudable que en el órden actual de cosas ha nacido para ver los objetos exteriores; pues la especie humana pereceria si fuese del todo ciega. Bajo de este supuesto, ¿por medio de que órgano ve el hombre? ¿no es por los ojos? Pues ahora bien; pregúntese al mas hábil óptico si el ojo del hombre no está construido maravillosamente para este uso; si por el lugar que ocupa, por los párpados que le cubren, por su órbita movible, su pupila y su nervio óptico, no tiene las mayores proporciones con la vision; y si esto es así, siendo el fin ver los objetos, y el ojo el medio de conseguirle, claro es, que semejante medio está perfectamente adaptado al fin. ¿Que mas se necesita para conocer un designio, un objeto, un plan meditado, y por último un órden? Lo mismo que se dice del ojo puede decirse de todos los demás órganos, y del maravilloso mecanismo del cuerpo

humano, del de los animales y del de las plantas. Preguntemos al sabio mas profundo y mas versado en el conocimiento de la naturaleza; y nos dirá que en la cadena inmensa de los seres no hay uno solo que no esté bien ordenado en sí mismo, y con referencia á los demás. Y á la verdad ¿donde hallaremos órden y belleza, si no la encontramos en esta série y enlace de maravillas? La naturaleza, Señores, es tan hermosa, y tal la impresion de su belleza en los hombres, que todos sus esfuerzos se dirigen á reproducirla, y el mayor triunfo del ingenio humano es imitarla. Las bellas artes solo son una imitacion de ella; y el pintor, el estatuario y el poeta son tanto mas perfectos, cuanto mas fielmente copian su imágen; las bellezas naturales tienen en efecto para nuestros corazones cierto encanto secreto que nos acompaña en todas partes; y así está observado, hace muchos siglos, que el hombre se complace en reconocerla en sus juegos, en sus fiestas y espectáculos mas pomposos, en los pórticos y palacios que construye, y por fin en todas las obras maestras de su industria. Anhela por ver reproducidos los cielos estrellados, los paisajes, las flores, los frutos y las aves; pero en el momento mismo en que se fija su vista en las bellezas del arte, conoce que está aun mas unido por la parte mas pura de sí mismo á las bellezas originales, cuya lozanía puede decirse que es siempre antigua y siempre nueva.

Es cierto que no conocemos completamente este universo; pero repugnaria á la recta razon buscar en lo que ignoramos argumentos contra lo que conocemos; pues seria lo mismo que buscar la luz en las tinieblas. Tomemos por regla y norte la analogía y la experiencia, y juzguemos de las partes que nos son desconocidas por las que hemos podido penetrar, despues de haberlas ignorado mucho tiempo. En los tres últimos siglos han hecho progresos inmensos las ciencias naturales enriqueciéndose con una multitud asombrosa de observaciones y fenómenos nuevos; cada descubrimiento ha sido una maravilla, y solo Cristóval Colon descubriendo la América, ha duplicado, digámoslo así, para nosotros el globo que habitamos. ¿Pero se ha encontrado en los rios, en las montañas, en los bosques y producciones de este segundo hemisferio alguna cosa que le haga indigno de compararse con el antiguo? Los instrumentos inventados por el hombre le han proporcionado extender mas sus conocimientos en todas las partes que componen las diversas producciones de la naturaleza, y han creado en cierto modo para nosotros un mundo nuevo, poblado de millares de seres imperceptibles á la vista, presentándonos en ellos nuevos objetos de admiracion, y milagros nuevos de órden y de sabiduría. ¿Pero se ha visto acaso en los cielos algun desórden chocante desde que el telescopio de Herschel nos

ha proporcionado visitarlos, ó tienen algo contrario á la armonía universal los cuatro nuevos planetas descubiertos en nuestros dias? Ese astro errante, cuya aparicion inesperada sorprende á nuestros sabios (1), ¿ ha suministrado acaso algun argumento contra la sabiduría del ordenador de los mundos? No, no sucede con las obras de la naturaleza lo que con las del hombre; no se descubren con nuevas luces viejos errores, como en las teorías físicas modernas, que son en muchos puntos la refutacion de las antiguas. Desde que el siglo de Luis XIV ha fijado el gusto y perfeccionado la lengua francesa, ¿cuantas obras que ántes pasaban por maestras han caido en el olvido? No así en las ciencias, que cuantos mas progresos hacen, mas dan á conocer la utilidad de cosas que parecian inútiles, y descubren mas y mas la hermosura de las que ántes casi se tenian por defectuosas. La nada del hombre se manifiesta hasta en el ingenio mas brillante; pero en la naturaleza todo es perfecto, y cuanto mas se la estudia mas hermosa parece : su juventud es inmortal y sus bellezas nunca envejecen.

Acabo, Señores, de demostrar que hay órden y belleza en este mundo visible; ahora añado en tercer lugar, que es imposible explicar uno ni otro sin la accion de una causa inteligente.

Convencidos, pues, de la existencia del órden

(1) Cometa del mes de julio de 1819.

en este mundo visible, veamos cual puede ser su causa; y si es obra de una inteligencia y razon infinita, ó el resultado imprevisto de un acaso. Los sabios de nuestros dias han insistido en el principio de la necesidad de desconfiar del espíritu de partido y consultar los hechos, las observaciones y la experiencia; advirtiéndonos que no nos entreguemos á todas esas hipótesis brillantes que, si pueden tal vez dar honor á la imaginacion del escritor, son sin embargo muy poco honrosas al naturalista. Sea pues, Señores, la experiencia el juez que decida entre los ateos y nosotros. Yo los desafio desde luego á citar una sola obra digna de atencion por su órden y su belleza, que no sea fruto de una inteligencia. ¿Nos ofrecen acaso la historia antigua ó la moderna obras en que brille la sabiduría y el ingenio, sin suponer lo uno y lo otro en su autor? Ha compuesto acaso algun idiota una Iliada ó un poema como Atalia? Digan si alguna vez han podido los ciegos, por mas que manejen el pincel y tracen líneas sobre un lienzo, dar, como por acaso, con una Transfiguracion como la de Rafael; ó si un torbellino de viento, agitando un conjunto de piedras y de arena, ha podido labrar, pulimentar y disponer las partes de un palacio como el de los Médicis. Si me probasen que una turba de insensatos, hablando todos á un tiempo y en la mayor confusion, habian articulado sin

interrupcion todas las palabras de que se compone el *Discurso sobre la historia universal*, acaso pudiera ocurrirme el pensamiento de que este mundo con todas sus maravillas no anuncia un arquitecto inteligente; pero si donde quiera que veo establecido un órden, si á la vista de una familia bien dirigida, de una ciudad bien gobernada, de un ejército bien disciplinado, ó de un edificio bien dispuesto en todas sus partes, se excita en mi entendimiento, aun sin poderlo evitar, la idea de un agente dotado de inteligencia y razon; es indispensable, Señores, que siguiendo las reglas de la analogia y de la experiencia mas constante, me eleve al considerar el órden admirable de la naturaleza, hasta una inteligencia suprema, y que le crea obra suya. Se nos cita, es cierto, un pintor de la antigüedad, que no pudiendo retratar el espumajo de un caballo de los juegos olímpicos, tiró despechado su pincel sobre el lienzo, y lo consiguió aun mejor de lo que podia esperar; pero un poco de espuma no es una cosa que exija reglas, y un acaso puede tener esta fortuna; mas aun asi siempre se necesitaba un lienzo preparado al efecto, una mezcla estudiada de colores, un pincel á propósito, y una mano que le arrojase sobre el lienzo.

Nosotros solo podemos juzgar de las cosas por nuestro modo de concebirlas, y con arreglo á las primeras ideas que constituyen en cierto

modo nuestro entendimiento y son la base necesaria de nuestros raciocinios. Así es que el hombre siempre ha raciocinado por el principio de que el órden en un efecto supone inteligencia en su causa; y conforme á esta regla luminosa, invariable y universal, ningun hombre sensato se ha persuadido nunca, que tomando al acaso y sin eleccion letras de imprenta pueda resultar un poema como Atalía, por mas que esta operacion maquinal, hecha sin discernimiento, se repita sin cesar millones de siglos. El órden y el desórden se distinguen en nuestra inteligencia tanto como la sabiduría y la locura, la luz y las tinieblas. Un intervalo inmenso separa al agente dotado de inteligencia del agente ciego y estúpido, sin que nuestra razon nos permita confundirlos en sus efectos ni en su naturaleza; y si se necesita inteligencia para componer una esfera artificial que represente los movimientos celestes, ¿como puede concebirse que no haya sido necesaria tambien para disponer las esferas reales que ruedan por los cielos?

Parece que persuadidos los ateos de nuestros dias, de que en la realidad el acaso no es nada, se han avergonzado de atribuirle la formacion del universo. En efecto, tanto en el mundo físico como en la vida humana, todo tiene su verdadera causa aunque oculta; y solo para expresar una ocurrencia inesperada ó un resultado imprevisto, que no por esto deja de tener una

causa, ha sido preciso adoptar esta palabra *acaso,* voz que de ningun modo puede ser agente ni causa. Pero nuestros ateos al dejar de invocarle han alborotado el mundo con lo que ellos llaman la *naturaleza,* la *necesidad* : hé aquí sus dioses, que no son menos quiméricos que los del paganismo. Tan crédulos y tan desatinados se muestran los ateos en su modo de explicar el universo, que bajo de este punto de vista son los hombres mas supersticiosos; y sinó, que nos digan lo que entienden por naturaleza. Si entienden una naturaleza sabia, dotada de prevision y que todo lo dispone conforme á un plan concertado de antemano, es mudar las palabras y conservar las cosas; pues esa misma naturaleza es la causa inteligente que nosotros buscamos: es Dios. Pero no; para ser consiguientes deben designar por la palabra *naturaleza* la universalidad de los seres, el conjunto de cuanto existe, el gran todo del universo, y en una palabra, el mundo; que es lo mismo que no decir nada, y que el mundo es el autor del órden del mundo. Ellos nos hablarán de la energía de la naturaleza, de atraccion, de impulsion, de repulsion, de afinidades; pero yo en esto solo veo reglas, y siempre preguntaré quien es el regulador; veo medios para la conservacion del órden que suponen un ordenador, en lugar de excluirle.

No menos inoportunamente invocan la nece-

sidad; y así para entendernos procuremos no tomar meras palabras por cosas efectivas. Si se quiere que el órden actual del mundo exista necesariamente y por sí mismo desde la eternidad, la voz del mundo entero se levantará contra semejante aserto; pues tanto los antiguos como los modernos, los filósofos como los ignorantes, y los ateos como los creyentes, todos estan conformes en que el mundo no ha existido siempre cual hoy es, y entre todos los pueblos se ha conservado la tradicion del caos primitivo, de donde al fin salió el universo con todas sus maravillas. Si se pretende empero que el órden actual de las cosas es á lo menos un resultado necesario de las leyes mecánicas de este mundo visible, preguntaré yo entonces, ¿quien ha establecido estas leyes primordiales, tan fecundas en resultados maravillosos? quien ha dirigido sus combinaciones? y de donde proceden esos principios de órden, cuyo desarrollo ha formado y conserva el universo? Cuando veo el minutero de un relox dar la vuelta á una esfera y marcar exactamente las horas que dividen el dia y pregunto cual es la causa de un movimiento tan ordenado, se me responde que es el resultado de un mecanismo oculto á mi vista. Convengo en ello; ¿pero no formaré inmediatamente la idea de un artífice inteligente, que hace jugar y moverse los diferentes resortes de esta máquina? Cuando veo á un ejército ejecutar con

exactitud las evoluciones mas diestras y difíciles : inquiero la causa, y se me contesta que lo que me admira tanto es el resultado de las reglas de la táctica y del largo ejercicio del soldado. Estoy conforme; ¿pero me exime esta respuesta de recurrir á un ordenador que manda y arregla todos estos movimientos? Así es que por mas que supongamos en la naturaleza movimientos y combinaciones sucesivas que produzcan los fenómenos que vemos y que tanto nos admiran, siempre será preciso llegar á una causa primera y eficiente de este bello órden que tanto nos asombra. Lo repito, Señores, donde quiera que se encuentre unidad, es indispensable reconocer un principio que sea su autor y su conservador.

No faltará quien quiera explicar el mundo presente por medio de mudanzas y trasformaciones, independientes de la accion primitiva de una causa inteligente; sin embargo para hacer reconocer aun mas la nulidad de este sistema, hagamos su aplicacion al mundo social. Supongamos que se nos pregunte formalmente: ¿sabeis porque subsiste la Francia en cuerpo de nacion, y de donde le ha venido el régimen político que tiene en el dia? Yo lo diré; subiendo de edad en edad encontramos leyes y usos ;familias que se suceden unas á otras ; generaciones que pasan y generaciones que empiezan; el tiempo ha producido diversas muta-

ciones en las costumbres y en las leyes; el gobierno ha experimentado muchas variaciones, y por fin hemos llegado al órden actual de cosas. ¿Ahora bien esta teoría seria una contestacion satisfactoria, que se nos diria con razon: nos hablais de leyes, de usos, de mudanzas y de revoluciones para explicarnos el estado actual de la Francia; pero subiendo de edad en edad y de generacion en generacion, no vendrémos á parar á la cuna de la nacion francesa, á individuos y á seres inteligentes dotados de prevision que hayan fundado, civilizado y gobernado la nacion? No tiene duda, Señores. Lo mismo pues sucede en el mundo físico. Supónganse cuantos soles se quieran que se apaguen y enciendan sucesivamente; inventense choques y trastornos en la naturaleza, y mundos nuevos que salgan de las ruinas de los antiguos á nuestro albedrío; imaginense sistemas fundados en el enlace y progresos de trasformaciones sucesivas, siempre será preciso que, ascendiendo de efecto en efecto y de fenómeno en fenómeno, lleguemos á un regulador anterior á todas estas combinaciones; por mas que se prolongue la cadena de los seres, siempre vendrémos á parar en el punto fijo de que está pendiente: en la naturaleza, así como en la sociedad civil, existen, es cierto, leyes en fuerza de las cuales todo camina y se mantiene; pero tanto en la naturaleza como

en la sociedad, la legislacion supone un legislador.

¿Querrán acaso, para no recurrir á la intervencion de la causa inteligente, valerse de aquel dicho célebre de Descartes : « Dadme materia y « movimiento, y yo haré un mundo. » ¿Pero desde cuando debe la hipérbole de un ánimo exaltado tenerse por una verdad rigurosa? Aun así Descartes no decia que el mundo se haria á sí mismo, sino : « Yo haré un mundo; » se proponia por regulador del movimiento y de la materia, y de esta suerte declaraba la intervencion de un ser inteligente. Es indudable tambien que Descartes era un adorador sincerísimo de la Divinidad; y si se entretuvo en idear un mundo, saben todos el resultado de su sistema, que ya no tiene ni un solo partidario : sus torbellinos se disiparon como un ligero vapor; y, á pesar de todo su ingenio, ha tenido la suerte de todos los fabricadores de mundos, antiguos y modernos : evaporarse en sus pensamientos.

Por consecuencia nada nos puede dispensar de recurrir á una causa inteligente.

Que esta causa inteligente sea Dios, no requiere discusion. El punto controvertido actualmente entre los ateos y nosotros es saber si existe un ser distinto de este mundo, que sea su ordenador; si existe realmente, los ateos convendrán sin dificultad en que para haber dispuesto tan maravillosamente todas las partes de este in-

menso universo, necesitaba tener una inteligencia, un poder, una sabiduría y una prevision muy superiores á todos nuestros alcances; que debian de ser sus perfecciones ilimitadas y él un ser perfectísimo; en una palabra, Dios.

Queda pues probado que hay nociones de órden y de belleza comunes á todos los entendimientos; que en virtud de estas nociones cada uno percibe que hay órden en el mundo visible; y que este no puede explicarse sino por la accion de una causa inteligente, que es Dios: luego existe Dios. Esta es una cadena de la cual no puede romperse ni un solo eslabon. Yo bien sé que todavía pueden proponerse argumentos, aun que fútiles, contra estas verdades, como se proponen contra la existencia de la materia, de la extension y del movimiento; pero felizmente para la tranquilidad del mundo las pruebas de la existencia de Dios son evidentes para todos, miéntras que los sofismas de los ateos estan tomados de una metafísica tenebrosa é incomprensible al vulgo, de suerte que á despecho de los ateos el género humano continuará gozando del sentido comun, y creyendo en Dios.

Ya he hablado bastante, Señores, á la razon; permitaseme hablar un momento á los corazones. La mayor parte de las personas que me escuchan son jóvenes aun y sus almas todavía nuevas no estan ajadas por la ponzoña de un ateismo arraigado, ni áridas por los cálculos del sórdido

interés, ni endurecidas por el largo uso de los placeres; hállanse en aquella edad brillante en que una imaginacion mas ardiente, un corazon mas sensible y mas leal predisponen al hombre á dejarse penetrar del estímulo del sentimiento y de la verdad. Ahora bien, cualquiera que, cerrando los libros y olvidando todos los discursos, se haya puesto á contemplar alguna de las grandes escenas de la naturaleza, ¿ha podido libertarse de una profunda emocion? ¿No se ha sentido como enajenado por una especie de encanto, y no se ha escapado del fondo de su corazon esta exclamacion de la verdad: ¡Qué bellas y magníficas son tus obras, ó Dios omnipotente! *quàm magnificata sunt opera tua, Domine!* En efecto si queremos sentir y gozar aquellas dulces y profundas emociones que nos elevan hasta la Divinidad, salgamos del centro de nuestras ciudades, de nuestros palacios, de los depósitos de nuestras riquezas literarias y de todas las obras de nuestra industria; no busquemos la naturaleza ni en el laboratorio del sabio, ni en los gabinetes de los curiosos, ni en cuanto ostenta el poder é ingenio del hombre; tampoco entremos en ese recinto que encierra animales del Africa y del Asia, ó de nuestros bosques, que hemos privado de su agreste libertad. El águila cautiva podrá si fijar mi vista, pero no interesarme en semejante estado de degradacion; al paso que quizá me llenaria de asombro si viera esta reina de los

aires elevarse libre con un vuelo rápido y majestuoso hácia la mansion del trueno. Tampoco diré que se tome en la mano aquel instrumento que tanto auxilio presta al ojo del observador, y se le dirija hácia el firmamento : aun esto es una molestia : no me gusta limitarme á un solo punto de los inmensos espacios, cuando necesitamos abrazar toda la bóveda de los cielos, y gozar de una libertad perfecta que deje al entendimiento toda su fuerza y al corazon todas sus afecciones. ¿En donde hallaremos pues esa naturaleza que habla á nuestras almas mucho mejor que toda la elocuencia humana? ¿En donde, Señores? En esos bosques soberbios y majestuosos, cuya soledad, cuyo silencio, al par que la densidad de sus sombras, inclinan el ánimo á un santo recogimiento y le penetran de un religioso pavor; en las orillas de un mar á veces apacible, y á veces agitado, cuyas ondas parece que juguetean bajo de la mano poderosa de un Dios, que las irrita ó las calma á su arbitrio ; en la cumbre de esas altas montañas, desde donde la vista se extiende á lo léjos, y se pierde en un inmenso horizonte. Allí es donde el hombre parece señorearse en su imperio, como rey de la naturaleza; desde allí contemplando con enajenamiento el vasto conjunto de valles y colinas, de montes y llanuras, de campos y praderas, se eleva naturalmente hácia el autor de tantas maravillas. Aun mas todavia debe estu-

diarse en los cielos la naturaleza en aquellas noches tranquilas y serenas en que reina el si lencio en la tierra y en los aires, y la luna parece derramar con su apacible resplandor la calma y la frescura sobre el universo. ¿Podrá entónces ocurrirle á nadie la idea de que no hay un Dios? ¡Ah! mas bien halagarán su alma sentimientos tiernos y consoladores, y saltarán de sus ojos lágrimas de admiracion y de enternecimiento, y exclamará, doblando sus rodillas: « ¡Qué her- « mosas son tus obras, ó Dios del universo, y « cuan dulce es creer en tí, ó Dios de mi corazon! « ¿Como podré desconocerte, cuando tu presen- « cia brilla por todas partes con tanta gloria y « magnificencia? Perdona, Dios de bondad, los « errores de mi juventud; acoje á un hijo extra- « viado que se arroja en tu seno paternal; y si « manifestaste tu poder arreglando el curso de « los astros, muéstrate aun mas poderoso orde- « nando mi corazon y sometiéndole para siem- « pre á las leyes de tu adorable y suprema Ma- « jestad! »

EXAMEN

DE LOS

PRINCIPALES ARGUMENTOS DEL ATEISMO

Cuando concebí el designio de vengar de los embates de la impiedad el primero de todos los dogmas, la existencia de Dios, no pude menos de preguntarme á mi mismo, si seria mas conveniente dejar en el olvido esos tenebrosos argumentos, que sacarlos á la luz pública; y si revelándolos me expondria á oscurecer una verdad palpable que brilla con su luz propia, cual el sol con sus rayos, haciendo acaso vacilar la conviccion por los mismos medios con que quisiera afirmarla. Pero esta consideracion debia ceder á la necesidad de que la Divinidad tenga tambien sus defensores, ya que ha tenido tantos enemigos cuya voz ha resonado, á manera de una trompeta, por toda la Europa. Me parece ademas, que despues de una época en que el ateismo ha sido como el tono dominante del mundo sabio y literario; en que la ciencia y el talento han hecho esfuerzos increibles para explicarlo todo

sin la intervencion de la causa suprema é inteligente, y en la que mil producciones diversas, marcadas todas con el sello de la impiedad mas escandalosa, han circulado por todas las clases de la sociedad; es imposible que no hayan quedado impresiones funestas, aun en los entendimientos que no se hayan pervertido del todo con estas perniciosas doctrinas. Por consiguiente no será inoportuno ni supérfluo el combatirlas. El ateismo ha dejado entre nosotros rastros profundos de sus estragos; y lo que en otro tiempo era raro y horroroso, ha llegado ya á ser comun y familiar á nuestro pensamiento. Si Bossuet volviera entre nosotros, no podria decir lo que decia de su tiempo en uno de sus discursos: «La « tierra sostiene corto número de esos insensatos, « que bajo del imperio de Dios, entre sus obras « y en medio de sus beneficios, se atreven á « decir que no existe; y cuando á la luz del « cristianismo llega á descubrirse alguno, debe « considerarse su encuentro como desgraciado « y abominable (1).» Puede sin duda ser útil discutir los argumentos de los ateistas, ya sea para borrar las impresiones fatales que han dejado, ya para precaverlas: tal será, Señores, el único objeto de esta conferencia.

Si escuchamos á los ateos de nuestros dias nos dirán, así en sus discursos como en sus libros:

(1) Primer sermon de Adviento.

« ¡Cual es pues ese ser diferente de este uni-
« verso, que llamais Dios? ¿donde le colocais?
« ¿os le figurais un espíritu que ha creado la
« materia y el movimiento? ¿Pero como puede
« concebirse esta produccion del seno mismo de
« la nada? ¿Puede salir de la nada cosa alguna?
« ¿Quien nos explicará su naturaleza? ¿Como
« podreis darnos una idea de ella? Si nuestra
« doctrina es oscura, ¿es la vuestra mas lumi-
« nosa? ¿Y es acaso mas incomprensible el
« ateismo, que ese Dios en que vosotros creeis?
« os le figurais un Ser infinitamente bueno, sa-
« bio y justo; pero lo seria en verdad mucho
« mas, si se hiciera mas visible al género hu-
« mano : así se atraeria la admiracion y los ho-
« menajes de todos, miéntras que existen por
« el contrario tantos que no creen en él, y son
« acaso los mas ilustrados y mas deseosos de co-
« nocer la verdad. ¿Porque está tan oculto y se
« esconde á nuestras investigaciones? Vosotros
« recurrís á Dios para explicar este mundo vi-
« sible: recurso inútil. Suponed el mundo eterno;
« el movimiento inherente á la materia; una
« sucesion siempre contínua de seres variados
« en sus formas, en sus figuras y en sus pro-
« piedales naturales, con sus afinidades ó sus
« oposiciones, con cierta tendencia á unirse ó
« desunirse, y haciendo siempre esfuerzos para
« llegar á un sistema de cosas en que cada uno
« esté en su puesto; y tendreis este universo

« físico con todas sus bellezas, con los animales « que habitan la tierra, y hasta con el hombre « mismo. De este modo todo se explica sin Dios, « pues solo la ignorancia de las causas físicas ha « hecho inventar la causa inteligente. »

Tales son, Señores, en compendio los argumentos de los ateos, que, reasumiendolas en las mismas palabras de un sabio de nuestros dias, célebre por su ateismo durante el curso de su vida, reduciremos á las tres siguientes aserciones hablando de Dios (1) : *no se le comprende, no se le ve, todo se explica sin él.* Bien débil, á la verdad, y desesperada debe ser la causa del ateismo, cuando despues de cincuenta años de trabajo y de esfuerzos un sabio distinguido ha podido encontrar solamente estos frágiles apoyos.

La primera objecion es que *no se puede comprender á Dios.* Es indudable que el Dios á quien adoramos es un Dios incomprensible, y de ello nos gloriamos en lugar de avergonzarnos; y aun cuando podamos conocerle, como pronto diré, jamás llegariamos á comprenderle : sus perfecciones son de tal modo superiores á nuestros débiles pensamientos, que aun cuando tuviésemos toda la magnificencia del lenguaje de los antiguos profetas de Israel, todas las luces de los mas bellos ingenios que han ilustrado las

(1) Lalande, *Second Supplément au Dictionn. des athées*, p. 90.

naciones y los siglos, y toda la sutileza de las inteligencias que el cristianismo representa al rededor del trono del Eterno, como ministros de sus santas voluntades, jamás podriamos pintarlas; nuestros sentimientos y expresiones quedarian á una distancia infinita de su suprema Majestad; y despues de apurados todos nuestros esfuerzos nos veríamos precisados á confesar que no se le puede caracterizar mejor que llamándole incomprensible. Solo Dios se conoce á sí mismo con un conocimiento perfecto: el poder, la sabiduría y la bondad sin límites no pueden ser comprendidos mas que por una inteligencia ilimitada. De otro modo no seria verdadero Dios, sino un Dios imaginado por los hombres. Por mas que queramos penetrar en lo infinito, jamás hallaremos sus límites, porque no los tiene y es como un mar inmenso sin fondo y sin playa. La incomprensibilidad es de tal modo esencial á la naturaleza divina, que el no creer en Dios porque es incomprensible, es no creer en él porque es Dios, lo cual seria por cierto una bellísima razon.

Dios es incomprensible. Expliquémonos para no disputar inútilmente. Comprender á Dios es tener de él una idea completa; penetrar su naturaleza y sondear todos sus abismos, seria ver perfectamente la hermosura y armonía de sus perfecciones; y esto es precisamente lo que excede la capacidad de un entendimiento débil y

limitado, como el del hombre. Conocer á Dios es saber que existe, es tener de él ideas, si no completas bajo de todos aspectos, á lo menos bastante claras para ver suficientemente lo que él es con respecto á nosotros, y lo que nosotros somos con relacion á él; para hablar de él de un modo juicioso y razonable; y tener un convencimiento íntimo y profundo de su existencia, de su poder, de su sabiduría, de su bondad y su justicia, aunque no podamos conocerlas en toda su extension. Tal es nuestra situacion sobre la tierra. Y qué, Señores, cuando el nombre de Dios resuena en nuestros oidos, ¿es acaso solo un sonido vago que se lleva el aire, y no sentimos excitarse en nuestras almas ninguna idea, ningun sentimiento? Cuando hablo aquí del Ser eterno, sin principio y sin fin, cuya naturaleza es existir, y á quien el ser es tan esencial como la redondez al círculo; que, independiente de toda causa extraña, nada ha recibido y nada puede perder; que permanece siempre inalterable y siempre el mismo, al paso que en este mundo todo pasa y todo se gasta como un vestido; que solo existe verdaderamente, porque todo el resto de los seres recibe de él una existencia precaria; ante quien el universo es como la nada, y todas las naciones como si no existiesen, y que puede decir de sí aquella palabra de nuestros libros santos: *Yo soy el que soy;* de un Ser todo poderoso, que ha comunicado

la existencia, el movimiento y la vida á cuanto compone este universo; que puede crear los soles con la misma facilidad que los insectos; que ha diseminado las estrellas en el firmamento, como el polvo en nuestros campos; que puede producir cuanto quiera por sola su voluntad, y que dijo en el principio: *Hágase la luz, y la luz fué hecha;* de un Ser soberanamente sabio, que, por medio de leyes sencillas al par que fecundas, gobierna este mundo visible; cuya providencia se extiende sin el menor esfuerzo á los cielos estrellados y á la yerba del campo, á los mas vastos imperios como al mas oscuro individuo; que conduce las criaturas inteligentes á sus fines adorables fuerte, pero dulcemente, y jugueta, digámoslo así, con este inmenso universo; de este Dios justo en fin que en todo sigue las reglas de su infalible y soberana razon; de este Dios santo cuya infinita pureza aleja de sí todo lo malo á una distancia infinita; de este Dios bueno que feliz por sí mismo se complace en derramar sobre sus criaturas alguna parte de su suprema felicidad; ¿soy tan ininteligible como si hablase en una lengua extranjera y del todo desconocida? ¿No tienen estos pensamientos alguna proporcion con el modo de sentir y de juzgar de cuantos me estan oyendo? ¿ó es todo esto tan bárbaro y tan oscuro como si hablase de un círculo cuadrado, ó de un cuadrado circular? O por el contrario, ¿no es tan razonable

Idea de Dios que está al alcance de todos los entendimientos, y mas ó menos aclarada entre todos los pueblos de la tierra? ¿No se halla su nombre en todas las lenguas, y en las obras de los mas brillantes ingenios que ha producido el mundo; en las instituciones de los mas grandes legisladores, y en los cánticos religiosos de todas las edades y de todas las naciones? ¿No es indeleble su recuerdo, y bastante claro su conocimiento, aunque imperfecto, para ser una regla mas ó menos perceptible de las acciones humanas? Yo pregunto ahora: ¿es por ventura una misma doctrina la de una causa inteligente que la del acaso; la de un ser poderoso y sabio que obra con eleccion y discernimiento, que la de una ciega necesidad; la de un Dios, autor de las bellezas y del órden de este universo, ó la de este mismo universo, resultado tan solamente del concurso fortuito de las partes de la materia puestas en movimiento? ¿Produce las mismas ideas la exposicion de una ú otra doctrina? ó por mejor decir, ¿no se tienen nociones bastante exactas de ambas para conocer su mucha oposicion? ¿No puedo yo, al ver un cuadro de un efecto admirable, formar idea, á lo menos imperfecta, del talento del pintor, de su inteligencia y de su maravillosa industria, aunque no me sea posible graduar exactamente las cualidades de su entendimiento, ni el modo con que ha sabido animar el lienzo y hacer revivir, di-

gámoslo así, á mi vista objetos que ya no existen? Cuando veo una ciudad populosa en donde todo está en paz, en donde las personas y las propiedades disfrutan de seguridad bajo de la salvaguardia de las leyes, y en donde la libertad no degenera en licencia, ¿no podré acaso formar una idea razonable del agente invisible que dirige los resortes de esta sabia administracion, aunque ignore como los maneja y hace concurrir al bien general? Y si es cierto que este mundo no es mas que un encadenamiento de las causas segundas y de sus efectos, ¿no podré yo formar la idea de la causa primera, del Ser autor y ordenador supremo de todas las cosas, aunque mi pensamiento no pueda comprender su modo de existir y de obrar? Podemos pues tener una idea de Dios por incomprensible que sea; ¿y sobre todo no es ya tener alguna idea de él el saber que es incomprensible?

Dícese que Dios es incomprensible; es cierto: no se comprende su eternidad; pero la necesidad de un ser eterno está rigorosamente demostrada; pues por el hecho de que hay algo que existe en el dia, es necesario que haya existido siempre algo, porque si no existia cosa alguna ántes de todo lo que ha tenido principio, no habia mas que la nada. Ahora bien, si no hubiese habido mas que la nada, tampoco habria ahora otra cosa; pues la nada no puede producir cosa alguna. Por tanto es evidente que hay un ser

increado, eterno, existente ántes del tiempo, que no ha tenido principio ni tendrá fin, en quien la medida de su duracion pasada es la eternidad, y la misma eternidad la medida de su duracion futura. Esto hizo decir á Pascal que *el hombre es un punto colocado entre dos eternidades.* No examinaremos ahora si este ser eterno es Dios ó la materia; pero veamos ya á los ateos obligados á admitir la eternidad de un ser cualquiera. ¿Y hay sin embargo una cosa mas incomprensible? No comprendeis la creacion, ni como ha salido el universo de la nada; pero guardémonos de atribuir á los adoradores de la Divinidad ideas absurdas que no tienen. No se dice que la nada sea una causa productiva que haya hecho el mundo; que la nada haya suministrado la materia de que está compuesto, ni que esta se haya extraido de los abismos de la nada, como los metales de las minas que los encierran; pues entónces habria una implicacion en los términos y un absurdo manifiesto: se dice si, que Dios por su poder infinito ha dado la existencia á lo que no la tenia, y que ha realizado por la fuerza de su voluntad lo que era posible allá en las ideas de su entendimiento divino. No hay duda que no conocemos este modo de obrar: para comprender cual es la manera de querer del Ser supremo, y el poder de su voluntad, seria preciso hallarse en el seno de la Divinidad. Si no conociésemos por nuestra expe-

riencia personal y por nuestro sentimiento particular lo que es el querer del hombre, nos seria imposible formarnos idea de él, así como al sordo y al ciego de nacimiento les es imposible concebir el sonido y los colores. Seria un pensamiento muy bajo y terreno atribuir á la Divinidad lo que solo es propio del hombre, cuyo poder é ideas son limitadas. El hombre puede sin duda dar á los objetos preexistentes nuevas formas; puede modificar la materia, pero no crearla; y solo Dios con su poder infinito puede dar una existencia efectiva á lo que ántes solo la tenia posible: esto es lo que llamamos crear ó sacar de la nada. ¿Y no deberá haber una diferencia infinita entre el poder de Dios y el del hombre? Y si el poder limitado de este puede crear modificaciones, ¿porqué no podrá un poder ilimitado crear los seres? Dentro de nosotros mismos encontraremos una imágen, aunque imperfecta, de este poder creador: mi brazo por ejemplo está ahora inmóvil, y este estado de reposo es la ausencia ó la nada del movimiento; pero quiero, y sin mas que esto, al momento se mueve; y este movimiento que ántes era posible, se hace efectivo, y por un acto de mi voluntad sale de aquella especie de nada en que ántes estaba; hé aquí una como creacion imperfecta, imágen de la creacion perfecta de que solo Dios es capaz.

Dios, decis, es incomprensible; ¿pero com-

prendeis acaso el modo con que lo pasado está presente en vuestra memoria, cómo se lanza nuestro pensamiento simultáneamente á todos los mundos, y cómo vuestra alma anima todas las partes de vuestro cuerpo? Por do quiera, Señores, estamos rodeados de cosas incomprensibles, y nadie deberia hablar menos de la incomprensibilidad de Dios que los ateos, cuyos sistemas son solo un conjunto de palabras incoherentes, de proposiciones contradictorias y repugnantes, y cuya doctrina es tan increible que apénas la adoptan algunos entendimientos extravagantes, de suerte que solo por un exceso de credulidad es posible ser ateo. Pero esta observacion corresponde á otro lugar : paso ahora á la segunda dificultad que nos proponen.

No se ve á Dios. Es indudable que si el autor de la naturaleza no hubiera marcado su obra con su sello divino, y dado un testimonio de sí mismo, manifestando sus atributos de un modo capaz de convencer á todo entendimiento racional, nos veríamos reducidos á formar conjeturas vagas sobre su existencia, y á fluctuar entre la incertidumbre y el choque de los sistemas del entendimiento humano. Pero cuando todo nos representa su alta majestad, y cuando la razon del género humano y la naturaleza entera aclaman á un Dios, autor de todas las cosas, digno de nuestras adoraciones y de nuestro amor, ¿quiénes somos nosotros para atrevernos

á preguntarle porqué no se nos manifiesta aun mas, y para exigir mayores luces en lugar de recibir con agradecimiento las que nos ha dado? Quisierais que Dios se os descubriese aun mas; ¿pero hasta qué punto exigis que extienda esta manifestacion de sí mismo? No pretendereis ciertamente que el Ser infinito deba descubrirse á un ser tan débil como vosotros en el estado infinito de su grandeza y de su gloria. ¿Quisierais que su existencia fuese para vosotros tan perceptible, como la del sol ó la de vuestro cuerpo? Pero entónces ¿qué mérito tendriais en creer en él? ¿Teneis alguno en creer la existencia del sol que veis con vuestros propios ojos? Justo y bueno este Dios Todo-poderoso, pero al mismo tiempo independiente, Rey y Señor de las criaturas, celoso de los homenajes de un corazon recto y sincero, se presenta á nosotros con un resplandor suficiente para que le podamos descubrir, y bajo de un velo bastante denso para que nos quede el mérito de creer en su presencia. Pensais que el Dios bueno lo seria mucho mas si se os hiciese mas visible; pero asi como es la bondad misma, así tambien es la soberana sabiduria: ¿y quién sabe si en sus decretos eternos no ha obrado sabiamente en no manifestarse mas? Vosotros creeis que seria aun mejor si fuera mas visible; y otro le creeria mejor si le diera mas salud, mas talento y mas poder. Así la Divinidad estaria sujeta á los vanos ca-

prichos de los hombres, y seria preciso que sus ideas arbitrarias fuesen la regla del que es la suprema razon. Yo bien concibo como Dios es á un mismo tiempo visible é invisible : visible en sus obras, que son otros tantos espejos en que reflejan sus adorables perfecciones, é invisible á causa de las sombras que cubren su infinita majestad : es como el sol oculto detras de una nube. Si la divinidad estuviese mas léjos de nosotros, podria escaparse á nuestra vista ; y si mas cerca, nos arrebataria con tanta impetuosidad que quitaria al hombre toda su libertad, y caeria por tierra toda la economía del mundo actual. La rectitud del corazon, la buena fe, el deseo sincero de conocer la verdad es lo que nos hace estimables á los ojos del justo apreciador de las cosas, y el que le busque con intenciones puras le encontrará. San Agustin tuvo un pensamiento, frecuentemente repetido, pero que es preciso traer siempre á la memoria, porque siempre se olvida ; y vamos á repetirle en los mismos términos que Pascal : « Hay bastante luz « para aquellos que no desean mas que ver, y « bastante oscuridad para los que tienen una « disposicion contraria (1). »

En esto como en todo lo demás se muestra el cristianismo eminentemente arreglado á la razon, y aquí podemos observar como la revela-

(1) *Pensamientos*, cap. XVIII, n. 2.

cion, al tiempo que purifica y perfecciona, confirma todo lo que inspira una razon sana. Ella nos enseña que esta vida es el tiempo de las sombras y de la oscuridad, y no el de la luz plena y perfecta; que para merecer ver, es preciso comenzar por creer; que un dia se rasgará el velo que nos oculta la Divinidad, y que el tiempo presente, semejante al crepúsculo que anuncia el sol, no es mas que la aurora del dia de la eternidad. Vamos á la tercera dificultad, á saber: que para nada se necesita de Dios, y que todo se explica sin él.

Bien sabido es, Señores, con que jactancia han ponderado los ateos modernos su ciencia y sus luces. Al oirlos, les creeríamos unos entendimientos sublimes que, remontados en las alas del ingenio, dominan sobre las preocupaciones vulgares; y si alguna vez se dignan bajar de aquella altura para alargarnos una mano compasiva, es por un resto de piedad soberbia, de la cual consienten en no despojarse; y pronunciando contra nosotros las palabras enfáticas *superstición, preocupaciones, credulidad*, nos acusan de caminar por los senderos de la rutina, y nos convidan á romper, á su ejemplo, los grillos de una vergonzosa esclavitud. ¿No seria singular que la acusacion de credulidad que nos dirigen recayese enteramente sobre ellos; que la fortaleza de ánimo estuviese de nuestra parte, y solo hubiese por la sua fla-

queza y puerilidad? A la verdad que si con algo se les puede convencer de esto, es con su misma pretension de explicarlo todo sin recurrir á Dios.

Es en efecto fácil hacer ver que sin él es imposible explicar la existencia de la materia, la del movimiento, y en particular la del hombre.

Digo primeramente que no se puede explicar con el ateismo la existencia de la materia, de esos cuerpos de que está compuesto el universo sensible; y en efecto, si la materia no es la obra de un Dios criador, ¿á quién debe entónces su existencia? Ciertamente no la debe á la nada, porque esta no produce nada; y en este caso es preciso decir que la materia existe por sí misma, que es eterna, que por su naturaleza existe necesariamente, y que por lo tanto es lo que los metafísicos llaman *el ser necesario;* asercion no solamente arbitraria, sino contraria á la razon. Yo hago desde luego la observacion, de que no siendo la materia una ficcion de nuestro entendimiento, sino una cosa real, y un compuesto de una multitud de partes, unidas entre sí, cada una de estas partes, si la materia existiese necesariamente, tendria tambien una existencia necesaria; y de tal manera que seria imposible sin contradecirse suponerla no existente: así pues no habria un solo grano de arena, una molécula de aire, ó un átomo de materia á que

no fuese tan esencial la existencia como lo es la redondez al círculo: ideas inseparables que es imposible desunir sin contradecirse á sí mismo. Ahora pues, pregunto si sucede lo mismo con la idea de un átomo y la de su existencia, y en que se perjudicaria á la esencia de las cosas, porque yo supiese que tal átomo no existe. Es claro que en nada; y por consiguiente este átomo no existe necesariamente: lo mismo que digo del uno de ellos puedo decir de todos; la materia no existe por sí misma, sino que ha sido creada, y por consiguiente hay un Dios. Ademas quisiera tambien que se echase de ver que la Suprema perfeccion consiste en existir por sí mismo; en tenerlo todo de su propio fondo; y que el ser que existe por sí mismo es independiente, todo lo posee, sin que nadie pueda limitarle. Ademas, si alguna cosa hay demostrada en metafísica, es que el ser necesario tiene todas las perfecciones de inteligencia, sabiduría, bondad, libertad y justicia: por lo cual si la materia fuese este ser necesario, seria preciso atribuirle todas estas perfecciones. ¡Y qué extraña violencia no habria que hacer para esto á la razon! Aun hay mas: como cada particulilla de materia existiria necesariamente, seria tambien soberanamente perfecta, cada una seria Dios; y hé aquí como desechando el ateo al Dios verdadero, poblaria de dioses todo el universo. Observemos todavía que la materia no existe sino con los atributos

que le son naturales, á saber: cierta disposicion de partes, cierto modo de ser, y una forma cualquiera; de lo que se sigue que no ha podido existir eternamente sin forma determinada, eterna como ella, indestructible é inmutable; circunstancias que vemos todos los dias desmentidas por la variacion perpétua de sus formas. Yo conozco que todas estas razones son mejores para un libro que se puede meditar con toda detencion, que para un discurso público en que las palabras pasan rápidamente; por lo que me limito á lo que llevo manifestado, fundado todo en una metafísica incontrastable, y mas ilustrado por otros, especialmente por Clarke (1).

He dicho en segundo lugar que es imposible explicar el movimiento sin recurrir á Dios. Una de las propiedades de los cuerpos es la de poder trasladarse de un lugar á otro, y ser agitados; á esto llamamos movimiento: ahora pregunto, ¿de dónde procede el movimiento de la materia? Dejo que se diga, que le ha sido comunicado en el principio, ó que le es verdaderamente esencial. Si le ha sido comunicado, preguntaré por quien. Seguramente que no lo ha sido por ella misma, porque en la suposicion en que hablamos no le es verdaderamente esencial; por consiguiente lo ha recibido de una causa motriz, diferente de

(1) *Traité de l'Exist. de Dieu*, t. I, chap II et suiv.

ella misma; ya tenemos aquí el primer motor distinto de la materia, á saber, Dios. Dígase enhorabuena que el movimiento se ha comunicado por una á otra parte de la materia, sin ninguna causa original primitiva ó extrinseca á su existencia, y que es una sucesion interminable de movimientos que pasan de uno á otro cuerpo; pero esto es querer engañarse á sí mismo, pues siempre será preciso llegar á un átomo que ha sido puesto en movimiento el primero, y respecto del que repetiré la pregunta de cuál es la causa eficiente de su movimiento. Dígase tambien que el movimiento es esencial é inherente á la materia: esta respuesta sin embargo será tan embarazosa como la primera. Yo concibo desde luego la idea de un cuerpo y la de su movimiento, y conozco que puedo separar estas dos cosas, pues puedo suponer un cuerpo en quietud sin destruirle; y la misma experiencia me enseña que siempre está inmovil si otro no le impele; por consiguiente la idea de un cuerpo no lleva consigo la del movimiento; y aunque ninguno se le conceda, no por eso deja de tener toda su esencia, de donde se infiere que el movimiento no le es esencial, sino que le ha sido comunicado por una causa preexistente; de suerte que siempre venimos á parar á la causa primera, á Dios. Podria hacer otros muchos raciocinios, si no temiese molestar con una materia tan abstracta; y prefiero remitirme á Fenelon, en cuyo *Tratado*

de la existencia de Dios (1) se hallan capítulos muy sólidos y luminosos sobre esta materia.

Digo por último que es imposible explicar sin Dios la existencia del hombre. Si subimos de familia en familia, y de siglo en siglo, iremos á parar en un hombre que fué el primero sobre la tierra vivo, organizado y sensible como nosotros, sin haber nacido de un padre y una madre; pues por mas que queramos alargar por tiempos imaginarios la cadena de las generaciones, siempre terminaremos en su primer eslabon. Yo no espero oir á nadie decir que por sí mismos y necesariamente hayan existido algunos individuos de nuestra especie desde la eternidad, los cuales hayan sido el tronco de todos los demás; y por consiguiente que el género humano no tiene principio. Esto seria un absurdo: tales individuos existirian todavía, pues lo que existe por necesidad de su naturaleza no puede dejar de existir; y ¿hay acaso en nuestra especie semejantes individuos eternos? Es pues indudable, Señores, que la especie humana ha tenido principio; veamos cuál puede ser su origen y la causa de su existencia. Nosotros creemos y decimos una causa muy sencilla: un Dios criador dió al primer hombre el ser y la vida, y con su poder omnipotente formó su cuerpo con maravillosa industria, á la manera que un alfarero

(1) Véase la primera parte, cap. III, y la segunda, cap. III.

da al barro las formas que le agradan; y en seguida le animó con la inteligencia, rayo de su divina luz, por la que el hombre es imágen de su autor.

¿Qué dicen sobre esto los ateos?

No falta entre ellos quien diga sin rebozo, que la naturaleza ha plantado hombres en diferentes partes del globo; pero cuando no se reconoce á Dios, la naturaleza no es otra cosa que este universo, esta reunion de todos los seres; y sería preciso rogar al que dijese que la coleccion de los seres ha plantado hombres que hablase de un modo inteligible, y no expresase en un lenguaje bárbaro una idea todavia mas bárbara. Entre los antiguos Lucrecio decia, que en el orígen los gérmenes de los animales estaban pegados á la tierra por medio de raices, y vegetaban como las plantas; pero yo quisiera saber en dónde existen los monumentos históricos de esta vegetacion del hombre-planta. No pidamos testigos de este hecho que pasó allá en aquella época, y en aquellos lugares en que hablaban los árboles, y en que Anfion al son de su lira amansaba los tigres y atraia los peñascos; es decir, en el tiempo y pais de las quimeras. Si en otro tiempo han estado los hombres agarrados á la tierra por medio de raices, como las plantas, ¿porqué no lo estan todavia como ellas? ¿Porqué si la tierra ha producido los hombres por una especie de vegetacion, no sigue

produciéndolos del mismo modo? ¿Porqué semejante mudanza en la produccion del hombre, cuando vemos todas las producciones de la naturaleza, los minerales y las plantas, perpetuarse siempre del mismo modo? ¿Porqué ha dejado de ser hoy el hombre un resultado de cierta combinacion, habiéndolo sido antiguamente?

No hablemos de las metamórfosis por las cuales ha pasado el animal acuático que canta en nuestras lagunas, ni aleguemos las del gusano industrioso que hila su sepulcro, y despues de haberse arrastrado por la tierra despliega las alas de la mariposa; pues estas trasformaciones se han visto en todos tiempos del mismo modo que ahora, y todos los seres que resultan de ellas han sido producidos de esta misma manera, como lo acredita una experiencia constante y universal; de suerte que, siguiendo las leyes de la analogía, si antiguamente hubiera provenido el hombre de una metamórfosis semejante, tambien provendria hoy de la misma.

Pero ¿cuál fué el estado del primer hombre cuando apareció sobre la tierra? ¿Quieren los ateos que haya aparecido niño, hombre hecho, ó bien que haya ido formándose sucesivamente? Detengámonos un momento á examinar estas tres hipótesis. Si se dijese que el primer individuo de nuestra especie apareció en la

tierra débil, delicado y sujeto á las necesidades de la mas tierna infancia, sobresaltados entónces por el peligro de su vida, preguntariamos qué madre le alimentó con su leche, y qué mano bienhechora defendió su cuerpo débil de los peligros que le rodeaban; pero no hay que inquietarnos, que el ateista Lucrecio ha salido de todas esas dificultades en muy hermosos versos. Segun él, la tierra fué la nodriza del primer hombre; un vapor ligero su vestido, y su cuna el tierno césped.

> Terra cibum pueris, vestem vapor, herba cubile
> Præbebat multá et molli lanugine abundans (1).

Yo, Señores, no lo vi; pero diré que si esto no es cierto, es muy poético, y á lo menos el tal Lucrecio tiene gracia, miéntras que los ateistas modernos con su lóbrega metafísica son tristes como las tinieblas.

Si se dijese que el hombre salió de repente adulto y perfecto del fango de un pantano, calentado por los rayos del sol, se afirmaria una cosa evidentemente desmentida por los hechos; pues es contrario á todas las leyes de la analogía y á la experiencia de todos los siglos y de todos los climas, que un animal se forme con tanta rapidez, y que adquiera repentinamente, y

(1) *De Rer. nat.*, lib. V, vers. 814 y 815.

como por una creacion instantánea, toda su perfeccion.

Resta que decir que el hombre se ha formado sucesivamente por la incorporacion y union de diversas partes; mas esto es otro absurdo, porque el cuerpo organizado es un todo en el cual cada parte supone la existencia de las otras. Un animal no se forma, como por ejemplo la sal, por la agregacion de diferentes moléculas reunidas; es un sistema compuesto de un número infinito de máquinas que tienen correspondencia directa y relaciones íntimas entre sí, hechas las unas para las otras, y cuyas fuerzas concurren al bien general. Este todo se desenvuelve y toma mas volúmen, pero como máquina siempre es en pequeño lo que despues debe ser en su tamaño regular. Finalmente aun cuando el hombre hubiera podido formarse así, preguntaria yo siempre en que consiste que la tierra, despues de haber producido hombres de gérmenes preexistentes, no los produce ya de este modo.

¿Y qué responden á esto los ateos? Que la tierra es vieja, que está ya desvirtuada y ha perdido su fecundidad; ¡digna respuesta y tan absurda como sus sistemas! ¿Y en qué la fundan? Pues qué, ¿no hay ya limo, ni tierra blanda y cenagosa, ni sol para calentarla? Al contrario, siempre existen los mismos materiales, y la naturaleza deberia hoy tener mayor fa-

cilidad para esta clase de producciones, respecto á que por la muerte de una inmensa multitud de hombres se han esparcido por todas partes los gérmenes que habian servido para su formacion, y deben existir en gran cantidad tan preciosos átomos; de modo que los cuerpos muertos serian la semilla de los vivos, y los sepulcros almacenes en donde la naturaleza encontraria materiales ya dispuestos para formar hombres. Tales son en sustancia las reflexiones de Jaquelot (1) y de Fontenelle (2). En nuestros dias se ha renovado la doctrina de que ciertos animalejos, perceptibles solamente por medio del microscopio, nacen del seno mismo de la corrupcion; y se ha insinuado la posibilidad de que el hombre tenga un origen semejante; pero por decontado seria preciso probar que dichos animalillos no provienen de un gérmen preexistente, y que este no es el fruto de otro animalejo que haya existido antes del gérmen; lo que no está probado todavía. Pero ¿qué ganarian los amigos del ateismo con esta suposicion, aun cuando no fuese gratuita, siendo constante que hay especies que no se reproducen por este medio, como el leon, el elefante y el hombre? Siempre podré yo preguntar quién dió la vida al primer individuo de estas especies. A la verdad los ateos, con sus hombres-plantas y con sus

(1) Dissert. sur *l'Existence de Dieu*, II Dissert, t. II, chap. v, p. 242.
(2) *De l'Existence de Dieu*, OEuvres, t. III, p. 282.

metamórfosis para explicar el orígen de la especie humana, se muestran mas crédulos que los niños que creen en las trasformaciones causadas por la varita mágica de las hadas, y cuentos por cuentos yo prefiero esas historietas que al fin diviertan nuestra niñez, á esas novelas físicas que envilecen al hombre y marchitan el corazon con impresiones de tristeza y de muerte.

¿No será ya tiempo, Señores, de abjurar todos estos tenebrosos sistemas; de declararnos altamente á favor de las verdades sagradas que las naciones y los siglos han reverenciado como el verdadero fundamento del mundo moral, y de sustraernos enteramente y para siempre al dominio tiránico de esa falsa sabiduría, que ha usurpado el imperio á la verdadera para hacer de él un abuso tan funesto, que no ha reinado sino para destruir, ni hablado en nombre de la tolerancia y de la libertad sino para exterminar y para introducir la anarquía ó la servidumbre? Si el ateismo es la fuente de todo mal, la creencia en la Divinidad es el principio de todo bien: un Dios, una Providencia, una vida futura, una religion, regla del entendimiento y del corazon, que reprime todos los vicios y ordena todas las virtudes, son cosas unidas entre sí y bien enlazadas; y no se necesita mas que ser consiguiente, para llegar desde la creencia en un Dios, padre comun del género humano, á la fe en un Jesucristo, su reparador. Acaso me sea

concedido recorrer felizmente en este sitio el intervalo que los separa : yo solo exijo amor sincero á la verdad, y valor para abrazarla despues de conocida, aunque sea á costa del sacrificio de nuestras inclinaciones y de nuestros hábitos.

Agustin, jóven todavía, y esclavo del error y de los deleites, llega á Milan, en donde era entónces obispo el grande San Ambrosio. Asiste á las explicaciones de los libros santos y de la doctrina cristiana que este docto y celoso Prelado hacia á su pueblo; ve disiparse poco á poco las preocupaciones que ofuscaban su entendimiento; la Religion empieza á mostrársele con una luz nueva y mas favorable; y despues de haber conocido todos los sistemas filosóficos, así como todos los placeres, cree haber encontrado lo que hacia tanto tiempo buscaba en vano. Entretanto Mónica, su madre, no cesa de derramar lágrimas y de suplicar al cielo ilumine á un hijo tan amado, y le haga entrar en el seno de la iglesia católica. Sus gemidos y llantos no serán estériles. Agustin conoce luego la verdad, pero la desecha; se avergüenza de sus desórdenes, pero no puede libertarse de los halagos del deleite, y sufre violentos combates, hasta que agitado un dia su corazon por las angustias y el tumulto de sus pensamientos, se separa de sus amigos, y va á reclinarse contra un árbol solitario; una furiosa tempestad agita su alma y der-

rama un torrente de lágrimas; su entendimiento se ilumina, y se cambia su corazon. Su madre ve cumplidos sus deseos, y muere poco despues, llevando consigo al sepulcro el inefable consuelo de haber visto á su hijo entrar en el camino de la verdad y de la virtud. Aquí, Señores, no hay un Ambrosio; ¿mas no habrá en este auditorio algun jóven Agustin luchando contra los lazos de sus pasiones, avergonzado de las cadenas que arrastra, pero sin valor para romperlas; entreabriendo sus ojos á la luz para volverlos á cerrar al instante, como aquel á quien agobia un pesado sueño, que despierta un instante, hace algunos esfuerzos, y vuelve á aletargarse vencido por la molicie? ¿Y no habrá acaso en esta capital y en nuestras provincias mas de una Mónica desconsolada, llorando los extravios y la incredulidad de un hijo que tal vez se halla en este auditorio, que me oye y dice en su corazon: ¿seré yo de quien aquí se habla? ¡Cuán dichoso sería yo si se dignara el cielo servirse de mi ministerio para abrir su entendimiento á la verdad, y su corazon á la virtud! ¡Ojalá se penetre de que no son las pasiones las que han de darle la felicidad que busca, sino esta Religion celestial que ha descendido para remedio de todos los males de la humanidad, que aclara y fija las incertidumbres del entendimiento con la fe; consuela y fortifica el alma con la esperanza; perfecciona y sanctifica el co-

razon con la caridad, y dice á todos sin excepcion : « Vosotros los que estais aquejados de « los males de la vida y fatigados del choque « de vanas opiniones, venid á mi : yo os con- « solaré. »

LA PROVIDENCIA

EN EL

ORDEN MORAL.

Preguntar si hay una Providencia, es preguntar si Dios cuida de sus criaturas, si gobierna este mundo por las leyes que él mismo ha establecido, si arregla la suerte de los individuos como la de las naciones, y si, por una accion tan constante como universal, dirige todas las cosas á unos fines dignos de su sublime sabiduría. ¿Cómo podríamos dudarlo, Señores? ¿Cómo no reconocer la mano poderosa que tiene las riendas del imperio del universo, que hace que todo camine á un fin comun, y contribuya á la hermosura, á la armonía y duracion de sus obras? Sobre todo ¿cómo no creer particularmente que tien la vista fija en el hombre, en esa criatura inteligente, el mas noble de los seres del globo que habitamos, y que, lejos de abandonarle á los caprichos de un ignorado y ciego acaso, arregla y dirige sus destinos? Sí; todo anuncia una Providencia en el órden moral.

Si consultamos la historia del género humano, le vemos reconocer en todos tiempos y lugares una Providencia. Templos, altares, víctimas, himnos sagrados, un culto, en una palabra, una religion : hé aquí lo que se encuentra en el antiguo y en el nuevo mundo. Mas todo esto seria no solo inútil, sino insensato, si la Divinidad fuera indiferente á cuanto acontece sobre la tierra. En tiempo del paganismo los hombres extraviados habian dividido el mundo moral, así como el mundo físico, entre muchas divinidades tutelares : tenian dioses nacionales, dioses domésticos, dioses para el nacimiento y para los funerales; para la paz y para la guerra, así como los tenian tambien para los astros y los mares, para las cosechas y las flores, los frutos, los bosques y las fuentes. Esto no era ciertamente mas que un conjunto de errores groseros; pero del centro de aquellas supersticiones salia siempre la creencia de un Dios presente en todo, y que todo lo rige y gobierna por su suprema voluntad. Todos los legisladores, todos los verdaderos sabios, los mas ilustres filósofos de la antigüedad pagana, las escuelas mas célebres, como las de Pitagóras y Platon, han profesado el dogma de un Dios, regulador supremo de las cosas humanas; y Epicuro fue considerado generalmente como un impio, por haber desconocido la Providencia. « La primera verdad, « dijo Ciceron, dè que conviene que los pueblos

« esten convencidos (1) es, que los dioses son « los dueños, los rectores de todas las cosas; que « todo se dirige por ellos; que ven los pensa- « mientos y las acciones de los hombres, y que « distinguen los buenos de los malos. » Y Plinio el menor empieza su famoso panegírico de Trajano reconociendo « que solo á la Divinidad de- « bió el mundo tan excelente Príncipe : *Princi-* « *pem nostrum divinitùs constitutum.* »

Si atendemos á la recta razon nos dirá, que el Dios en extremo sabio debe haber criado al hombre para un fin, al que debe hacer que se dirija por medios dignos de él ; que el Dios justo, é infalible apreciador de las cosas, no podrá ver de un mismo modo al que infringe sus deberes con audacia, y al que los cumple con fidelidad ; que lleno de bondad no carece de amor hácia sus criaturas, sino que ama en ellas su imágen y los dones que se ha dignado concederlos; que infinitamente poderoso no es semejante al hombre, cuya accion es limitada asi como sus conocimientos, sino que todo lo abraza, lo ve y lo ejecuta con una sola ojeada, sin que haya que temer se halle como agobiado por el peso del gobierno del mundo, y como embarazado por la inmensa variedad de todos sus pormenores. Dijo, y todo se hizo; quiere, y todo se ejecuta. Así pues tener estas nociones de la Divinidad,

(1) *De Legib.*, lib. II, cap. VII.

de su sabiduría, de su justicia, de su bondad y poder, y no creer en su imperio y su accion sobre la especie humana, esto es, en su Providencia en el órden moral, seria el mas extraño é inconsecuente de todos los sistemas.

Pero ¿qué importa creer en Dios, si no hacemos de él mas que un ídolo arrinconado en el fondo del Olimpo, que, teniendo ojos para ver y oidos para oir, ni vea ni oiga; si le despojamos de las armas de su justicia, y nos le representamos como un Padre sin bondad, como un Monarca sin poder, y un juez sin rectitud? Esto es reconocer á Dios en el nombre, y ser en realidad ateo; pues un Dios indiferente á la conducta de los hombres, es para ellos como si no existiese. Digamos pues que un Dios sin providencia es un mónstruo forjado por el delirio de las pasiones cansadas de un yugo que las incomoda; un ateismo práctico en fin, menos consecuente, pero tan fecundo en funestos resultados como el de opinion.

La voz pues de la razon y el grito general de todo el orbe me dicen que hay una Providencia; y por tanto me parece que en el dia debo detenerme menos en desenvolver las pruebas de esta sublime doctrina, que en disipar las tinieblas con que los sofistas procuran ofuscarla. Mi intento no es pasar por alto las dificultades; antes por el contrario las expondré con ingenuidad. Muchas veces las falsas doctrinas contribuyen á

hacer resaltar mas la verdad, así como la oscuridad da mas brillo á la luz; por lo cual el objeto de esta conferencia será vindicar de los ataques de la incredulidad á la Providencia, considerada en el órden moral.

Me parece oir á un discípulo de Epicuro ó de Bayle decirme con voz esforzada: Por los efectos se debe juzgar de la causa; y si es permitido hablar vulgarmente, por la obra se conoce al artífice. ¿Y cuáles son en este mundo moral los rasgos de una bondad, de una sabiduría y de una justicia infinita que gobierne los destinos humanos? Si existe un Dios justo, ¿porqué entre los hombres esa distribucion tan desigual de cualidades de alma y de cuerpo, de clases y de condiciones, de bienes y de males? ¿No es parcialidad conceder á uno lo que se niega á otro? Y si es un Dios bueno, ¿para qué esas penas, esos padecimientos que convierten el mundo en una morada de lágrimas? Bajo del imperio de un Dios, que es la sabiduría y la santidad mismas, ¿porqué han de existir esos desórdenes, esos vicios, esos crímenes que manchan la faz de las naciones? ¿Porqué en fin el mal? Si Dios no ha querido evitarle, ¿de qué sirve su bondad? Y si queriendo no ha podido, dónde está su poder? Pasara en hora buena si el mal solo fuera un ligero accidente que no alterase la armonía del conjunto; pero la historia de los hombres es constantemente la de sus vicios y la de sus in-

fortunios; y aun muy frecuentemente se ve que la suerte del hombre de bien es peor que la del malvado. ¡Qué cosa mas ajena del ser soberanamente perfecto que gobernara el mundo! Adoradores de la Providencia, ¿qué teneis que responder? Tal es, Señores, el lenguaje de un espíritu superficial, extraviado por el orgullo y el libertinaje?

Así es que cuanto se presenta como incompatible con la Providencia se reduce 1° á la desigualdad, sea de los dones concedidos al hombre por el Criador, sea de las clases ó condiciones en el estado social; 2° á los males y trabajos que nos hacen infelices; 3° á los desórdenes y vicios que infaman á la especie humana. Todas estas quejas se desvanecen, si es verdad, como lo es, que esta vida es un tránsito para otra mejor, y que existe otro mundo en donde se compensará completamente cuanto con alguna apariencia de razon pueda chocarnos en el presente. Pero ántes de elevarnos á tan sublime idea, que es la última solucion de toda la difficultad, discutamos las quejas que se acaban de señalar contra la Providencia, y hagamos ver que son algunas veces del todo injustas, y siempre por lo menos exageradas.

En primer lugar, lo que choca á ciertos incrédulos tétricos ó irreflexivos es el ver con qué desigualdad estan repartidos entre los hombres los dones naturales, las clases y condiciones. Se qui-

siera pues que todos naciesen con el mismo grado de fuerza en su temperamento, de belleza en la forma del cuerpo, de luces en el entendimiento, y de goce en los bienes de fortuna. Pero ¿por qué la Divinidad, señora de estos dones, habria de sujetarse en su distribucion á esta rigurosa uniformidad? ¿Qué derecho tenemos para pretender que el Ser soberano é independiente de sus criaturas, tome por medida y regla de sus favores la extension de nuestros deseos? ¿No puede acaso distribuirlos con mas liberalidad á los unos, sin ser por eso injusto con los otros? Guardémonos de formar ideas falsas de la justicia. Nuestros derechos serian indudablemente violados y nuestras quejas serian legítimas, si Dios no nos concediese cuanto nos fuere debido; si se manifestase infiel á sus promesas, ó si no nos midiera por nuestros méritos; pero ¿debia el Criador sacarnos de la nada cuando aun existiamos en ella; se habia acaso comprometido á elevarnos á un grado fijo y determinado de perfeccion y felicidad al llamarnos á la vida; y acaso se habia obligado para con nosotros por medio de algun pacto, cuyo fiel cumplimiento tuviésemos derecho de reclamar? Léjos de nosotros tan descabellada idea. Reflexionémoslo detenidamente, Señores: Dios no necesitaba buscar la felicidad fuera de sí; y, soberanamente feliz en sí mismo, podia á su arbitrio darnos el ser, ó dejarnos en la nada. La existencia pues es para todos nosotros

un beneficio puramente gratuito que hemos recibido de la liberalidad del Criador y que nunca pudimos merecer; y si era árbitro para no dárnosla, lo era por lo mismo para concedernosla en un grado mas ó menos perfecto, y para hacer de nosotros unos seres mas ó menos limitados en las facultades del cuerpo y del alma; de modo que, en vez de murmurar por los dones que nos rehusa, debemos mas bien bendecirle por los que nos concede. Que un magistrado, que por su destino debe igualmente atender á todos, abandone los intereses del pobre por cuidar de los del poderoso exclusivamente, será una parcialidad y una odiosa predileccion de personas; que el rico rehuse pagar al jornalero el salario de su trabajo y sudores, será tambien una terrible iniquidad; pero ninguna comparacion cabe en este caso, porque el Criador no estaba obligado para con nosotros por contrato alguno, y nada nos debia, ni aun la existencia. ¿Dónde está pues la injusticia en tratar con desigualdad á unos seres á quienes nada se les debe? ¿No es una verdadera ingratitud desconocer el beneficio recibido, porque se desea otro mayor, para el cual no hay derecho alguno?

Aun podremos preguntar á esos partidarios de una rigurosa igualdad en el mundo moral: ¿Quisiérais que en el mundo material fuera todo igualmente bello; que en los tres reinos de la naturaleza fuesen uniformes todos los seres

de que se componen; que todos los peñascos fuesen mármol, todos los animales leones, y fuego todos los elementos? ¿Habria entónces esa admirable variedad, que es uno de los mas bellos adornos del universo, y en la que resplandecen de un modo tan visible la inteligencia, el poder y la inagotable fecundidad de su autor? ¿Y de dónde se deduce que no debe haber la misma diferencia en el mundo intelectual y moral? No, no exijais que todos los capitanes sean Turenas, Descartes todos los filósofos; todos los oradores Bossuet, y Newtones todos los sabios. Con vuestra rígida uniformidad induciriais á creer que Dios se habia visto estrechado en sus ideas, ó en el uso de su poder; que no tuvo libertad en sus operaciones, y que ha sido comprimido por una invencible necesidad. La variedad denota la libertad, y al mismo tiempo aquel poder sin límites que obra sin trabajo ni dificultad en el mundo de las inteligencias como en el de los seres corpóreos. Tampoco advertís mas que los inconvenientes de ese plan de desigualdad; pero notad cuales son sus ventajas, y cuan gloriosas para el Criador y el hombre sus consecuencias y efectos. ¡Que maravilla no es ver como la Divinidad sabe hacer concurrir á la armonía de sus obras la pobreza y la riqueza, la ignorancia y el saber, la debilidad y la fuerza; como por sus cuidados se conserva siempre entre nosotros esa asombrosa diversidad de gustos, de talentos y

profesiones que tienen relacion con todas las necesidades, y que por unos medios tan varios y aun opuestos contribuyen á un solo fin, que es la conservacion de las sociedades humanas! Admirais en el hombre la generosidad, el valor, la modestia: todas estas cualidades os parecen gloriosas para él; pero bajo del sistema de perfecta igualdad, veriais á estas virtudes perder todo su brillo. Hermoso es ver al rico desnudarse por socorrer al pobre; pero sin la riqueza de unos, y la indigencia de otros, ¿habria liberalidad? Complace ver al poderoso armarse en defensa del desvalido, y aun si es preciso sacrificarse por él; pero sin el poder por una parte, y sin la debilidad por otra, ¿existiria esta generosa proteccion? Las privaciones son las que hacen brillar la paciencia, así como la modestia resalta en la superioridad de los talentos; y ved aquí como las virtudes que mas honran á la humanidad consisten en ese plan de desigualdad que humilla el orgullo de los que no se hallan en la primera clase. Queda pues probada la falta de fundamento de las quejas deducidas de la desigualdad de las personas y de sus condiciones.

Bien sé que de esta desigualdad de condiciones parece resultar otra muy grande desdicha é infortunio. Se diria á primera vista, que todo es un bien para unos y un mal para otros; y hé aquí lo que mas nos incomoda. Huyamos en

esto, Señores, de toda exageracion, pues muchas veces nos engañan las apariencias. La imaginacion y los sentidos extravian la razon, y tomamos por realidades nuestras fantasias y caprichos. Desgarremos el velo que cubre las diferentes condiciones de la vida humana, y veremos que aquellos mismos á quienes envidiamos su brillante destino son á las veces menos felices que nosotros. Todo en nuestro estado nos parece áspero; y todo halaguëño en el ajeno; vemos en él las flores, pero no sentimos las espinas, y la imaginacion alucinada sueña en un cambio de estado, que tal vez, si se realizara, causaria nuestra desdicha. Una de las mas incurables enfermedades del espíritu humano es el estar disgustado con lo que posees, ansioso de aquello de que carece, y siempre ma atormentado aun por lo que desea que feliz por lo que posee. Mucho tiempo ha que el poeta romano en su primera sátira se lamentó de esta inconstancia. El cortesano envidia al solitario su quietud, y algunas veces el solitario echa de menos el ruido y bullicio del mundo; y cuando el labrador ve sus cosechas destruidas por la tempestad, suspira por la suerte de los moradores de nuestras ciudades: hé aquí como el hombre se agita siempre por ser lo que no es. Mas con todo, si caminásemos de buena fe, nos convenceríamos de que todo está dispuesto y acordado de tal modo, que hay en la felicidad

de los hombres menos desigualdad de la que se piensa. No se trata aquí de fascinarnos, ni consolarnos con supuestos arbitrarios; no diré yo que exista una rigurosa compensacion en los destinos humanos, y que para todos los individuos sea la medida de bienes y de males exactamente la misma; pero sí diré que la diferencia es menor de lo que desde luego pudiera creerse. El pobre, por ejemplo, está privado de los goces del rico, ¿pero no está tambien mas exento de las inquietudes y tormentos de la ambicion? No se sacia en una mesa suntuosa; pero el trabajo sazona los manjares groseros que le alimentan, y no conoce las enfermedades que asedian la molicie. ¡Cuántos hombres, condenados á las pomposas representaciones de la grandeza, suspiran por las dulzuras de la vida privada! ¿No se ve algunas veces á los poderosos de la tierra despojarse con alegría de la magnificencia para disfrutar de placeres mas sosegados? ¿Quién es aquel cuya alma no se esplaya con la pintura de una vida sencilla y frugal, léjos de la agitacion de las cortes y ciudades? No, la nombradía no es la felicidad. El deleite disgusta, la grandeza fastidia, la fama cansa: vanidad en los placeres, vanidad en las riquezas, vanidad en la ciencia: esto es lo que ha visto el sabio tres mil años hace, y esto lo que estamos viendo todavía. De este modo, y en medio de la desigualdad de sus condiciones,

los hombres son mas iguales que lo que parecen ser. Creo pues haber dicho con fundamento que la queja deducida de la desigualdad de los destinos ó suertes humanas es un extremo exagerado.

Pero se dirá sin embargo, y esta es la segunda dificultad, que, aunque la desigualdad de este mundo sea menor de lo que se cree, es tal el órden actual de cosas que el hombre resulta siempre infeliz, y por todas partes le abruman los trabajos, las enfermedades y los reveses de la fortuna : ¿y es posible que bajo de un Dios bueno que gobierna este mundo sea el hombre tan miserable?

Procuremos, Señores, reducir esta nueva queja á su justo valor. Yo convengo en que el hombre no goza en el mundo de una felicidad pura y sin mezcla; pero por lo mismo que es una criatura, es limitado en todo lo respectivo á su ser. No parece extraño que el hombre carezca de suficiencia para ver de una ojeada todo el conjunto de las verdades conocidas; que no sea bastante poderoso para dirigir á su gusto toda la naturaleza; que no sea tan virtuoso que posea todas las virtudes en el mas alto grado, sin sombra de imperfeccion; en una palabra, se mira como una cosa natural que el hombre no sea perfecto ni en talento, ni en fuerza ni en virtud. ¿Y porqué se quiere pues que sean completos sus placeres, su salud y su felicidad? Supongo que un hombre despues de una pros-

peridad continua de cien años, experimentase un ligero dolor: ¿desconoceria por un solo instante de pena la bondad divina, y querria asemejarse á aquel hombre ridículo de que habla la fábula, que picado por un insecto se admiraba de que Júpiter no aniquilase con sus rayos semejante mónstruo? Luego si Dios, sin dejar de ser bueno, puede permitir algunos momentos de padecer, ¿porqué no una hora; porqué no un dia? ¿y quiénes somos nosotros para oponer nuestros cálculos á lo insondable de su infinita sabiduría?

Pondérense cuanto se quiera todas las miserias del hombre: es cierto sin embargo que hay muy pocos tan desgraciados que deseen la muerte, ó prefieran la nada á su existencia. En el curso ordinario de la vida experimentamos muy frecuentemente sensaciones de placer y de alegría; y aun los males que padecemos estan casi siempre templados por algun consuelo, ó á lo menos por la esperanza. El hombre, se dice, es infeliz; pero si la desdicha puede servir para purificar y perfeccionar su virtud, para desplegar en él todas las cualidades del entendimiento y del corazon, y elevarle al mas alto grado de heroismo; entónces yo no veré en sus desgracias mas que un feliz incidente, que en los designios paternales de la divina bondad se convierte en utilidad del conjunto de las cosas. El hombre es infeliz; pero si sus infortunios y disgustos son

obra suya, ¿á qué imputarlos á la Divinidad? Demasiadas veces el hombre debe atribuirse solo á sí mismo sus desdichas. Seamos mas moderados en nuestros deseos, mas reservados en nuestros discursos, mas racionales en nuestros proyectos, mas sóbrios, mas templados, y mas abstraidos de los deleites y vicios que debilitan al mismo tiempo el alma y el cuerpo; y veremos desaparecer el mayor número de los males que padecemos. El hombre, se dice, es infeliz; pero procuremos no engañarnos buscando la felicidad. No consiste esta en la fortuna, ni en las dignidades, ni en el saber; tampoco se halla en los placeres del mundo, ni en los de la soledad; solo existe en el testimonio de una conciencia libre de remordimientos, y en ella sola se hallan la paz y el placer sólido del alma, la felicidad en fin. En este punto nuestros escritores sagrados se han manifestado mucho mas ilustrados que todos los sabios de la antigüedad. Esta dicha está al alcance de todos; nadie puede arrebatarnosla; é, independiente de todos los accidentes de la vida humana, permanece con nosotros aunque perezca cuanto nos rodea. Podrá padecer el hombre virtuoso; pero en medio del reposo de su alma pura no cambiará su destino por el de los malvados que parecen ser los mortales mas felices; y las cadenas con que podrá ser agobiado le serán mas halagüeñas que todas las coronas del vicio triunfante.

Hasta aquí me he ceñido á manifestar la injusticia y exageracion de las quejas que se forjan contra la Providencia, ya sea con motivo de la desigualdad de los destinos humanos, ya á causa de los padecimientos y desdichas del hombre; paso ahora á responder á lo que puedan tener de legítimo, resolviendo la tercera dificultad. ¿Porqué, se dice, bajo de un Dios santo, bueno, sabio y justo, ha de haber esos desórdenes y esos crímenes que tan fácilmente podia evitar, que son el azote del mundo, y hacen con frecuencia peor la suerte de la virtud que la del vicio; en una palabra, porqué el mal moral? Hé aquí lo que vamos á discutir.

Es notorio que la cuestion de la existencia y origen del mal es una de las que mas han ocupado á los filósofos y teólogos tanto antiguos como modernos, y que en ella, como en un escollo, se ha estrellado la razon humana, cuando ha querido apurarlo y saberlo todo. No titubeamos en decir, que es imposible disipar enteramente las tieniblas que envuelven este punto. Si en el estudio de los fenómenos del mundo visible se encuentran tan á menudo cosas que confunden el talento de los sabios mas grandes, y de las que con toda su sagacidad no se puede dar razon, ¿cómo en el órden de unas cosas mucho mas sublimes en el mundo intelectual y moral no han de hallarse puntos superiores al alcance humano? Entónces ¿qué debe hacerse?

Admirar la Providencia en todos los rasgos de poder y sabiduría en que se manifiesta, y creerla igualmente admirable en las cosas que nos oculta. Si os precipitais en el ateismo, ¡qué delirio! ¡Qué contradiccion, si admitis un Dios, pero sin Providencia; y qué ceguedad arrojarse á decir que no hay ni bien ni mal! Una Providencia gobierna este mundo, y existe el mal sin embargo; son dos verdades innegables; pero ¿cómo se concilian? Yo pudiera reducirme á decir que en esta parte nada sé, y recordar con los ingenios mas sublimes, como Descartes, Clarke y Bossuet, que nunca se deben abandonar las verdades bien aclaradas, por las dificultades que parecen indisolubles; pues de otro modo todo seria incierto, hasta la misma geometría. El primer geómetra del último siglo Euler confiesa que se han propuesto contra esta ciencia «unas dificultades «tan capciosas, que se necesita no poco trabajo «y sutileza para refutarlas perfectamente.» Así pues aun cuando yo no pudiese ilustrar suficientemente la cuestion del permiso y existencia del mal en el mundo, no por eso desmayaria mi fe en la Providencia. Por una parte me mantendria firme en la verdad, así como por otra confesaria sin rodeos mi ignorancia, y obedeceria á los impulsos de una razon ilustrada, humillándome ante la sublime ciencia de Dios. En todo, Señores, es preciso saberse

contener; y en el raciocinio, así como en las acciones, la verdadera fuerza se halla en una medida justa.

Pero no temo entablar la discusion, y sin la pretension de disipar todas las nubes presentaré á los ingenios ilustrados y dóciles suficiente luz para ver que el mal nada tiene de incompatible con la santidad, la sabiduría y la justicia de un Dios que dirige la suerte de los mortales.

Es verdad que el Dios tres veces santo, como le llaman nuestros sagrados libros, aborrece en extremo toda mancha que empañara su Ser divino, y que tiene la inalterable voluntad de no hacer cosa indigna de su perfeccion; pero el mal solo mancha á las criaturas que le cometen, y en medio de los desórdenes de estas la santidad de Dios permanece inalterable. No imaginemos que deba ser Dios considerado como autor del mal que permite. No puede decirse lo mismo del mundo moral que del mundo material: en este todo camina y se ejecuta por movimientos mecánicos, y los fenómenos que nos presenta la naturaleza pueden ser considerados como obra de Dios, siempre que son resultado preciso de las leyes de que solo Dios es el autor. Pero no es así como se gobiernan los espíritus inteligentes y libres: el hombre es capaz de obrar por razon y por eleccion; está dotado de la sublime facultad de comparar, de reflexionar,

y de decidirse; y por este motivo es lo que es, es decir, racional. Se le ha concedido la libertad para que abrace el bien por eleccion, y que tenga el merito de practicarle; es verdad que libre en escoger ó el vicio ó la virtud, puede dirigirse hácia objetos indignos de su afecto, y apasionarse por lo que está prohibido; en una palabra, hacer el mal. Pero no le ha hecho Dios libre para eso. La libertad procede de Dios, el abuso viene del hombre, y su determinacion por el mal es tan solo obra suya. Tan léjos está el Criador de haberse propuesto el mal, que ha dado al hombre el conocimiento del bien, la conciencia, los remordimientos y la razon para distinguir la virtud del vicio, para evitar el uno y practicar la otra; y la Religion nos da á conocer los socorros divinos con que su misericordiosa Providencia auxilia á la naturaleza para iluminar nuestros entendimientos, y mover nuestros corazones. ¿Quién no ve ademas que permitir el mal no es lo mismo que quererle y hacerle? ¿Es acaso el maestro que enseña la dialéctica y la elocuencia autor del abuso que se podrá hacer de sus lecciones, defendiendo el vicio y la mentira?

Pero se dira aun: ¿porqué no impide la bondad omnipotente de Dios todos esos abusos del libre albedrio, siéndole tan fácil evitarlos? Es cierto, Señores, que el Dios bueno debe manifestarse en sus beneficios; y todas sus obras de-

ben llevar el sello de su munificencia; pero aquí se presenta una reflexion convincente que quisiera penetrasen bien cuantos me escuchan; á saber, que en Dios la bondad no es una especie de inclinacion ó instinto ciego, sin luces ni reglas, que se dirija al bien de las criaturas sin ninguna consideracion á los demás atributos divinos. La conducta de Dios en sus obras no solo debe presentar el carácter de su bondad, sino tambien el de su sabiduria, de su justicia, de su independencia y de su imperio soberano sobre todo lo que vive y alienta. ¿No es natural que sus obras sean la manifestacion de todo su ser divino, y que Dios obre como Dios? Luego no es solo la cualidad de Padre la que deberemos considerar en él, sino tambien la de soberano y Señor del universo. Como Padre comun de todos los hombres, á todos debe muestras de su amor; pero como Rey y legislador supremo ¿porqué no ha de poder imponernos leyes, exigir de nosotros toda suerte de homenajes de sumision y gratitud, y hacer depender nuestra dicha de nuestra fidelidad? Son ciertamente deplorables los abusos del libre albedrío, orígen del mal, así como es humillante para nosotros la debilidad de nuestra inteligencia, orígen de tantos errores; pero si Dios no está obligado á hacernos infalibles en nuestros juicios, ¿porqué ha de estarlo á hacernos impecables en nuestras acciones? Se querrá que para evitar el mal en-

cadene nuestra libertad, ó que nos hubiese hecho unos autómatos que caminaran al bien por necesidad? ¿dónde estaria entónces el mérito de la virtud? La libertad para obrar el mal es la que da valor á nuestra fidelidad, y hace la práctica de la virtud tan meritoria para nosotros y tan gloriosa para la Divinidad. Deseamos solo ver en Dios su bondad, porque ella nos infunde confianza aun enmedio de nuestros desórdenes; y olvidamos su soberanía porque intimida nuestras pasiones; pero si no queremos engañarnos á nosotros mismos dando á los deberes de la bondad divina una extension imaginaria, no separemos jamás en Dios los títulos de infinitamente bueno, y de infinitamente grande.

Si insistiendo aun en lo mismo se pregunta, cómo el Dios sabio ha podido ser autor de un mundo lleno de desórdenes, responderemos que ese Dios es bastante poderoso para convertir el mal en bien! que el permiso del mal, que parece á primera vista como opuesto á su sabiduría, sirve para hacerla resaltar mas, y que bajo de varios aspectos el mal contribuye por si mismo á la belleza y á la perfeccion del mundo moral. En efecto, Señores, ¿no es digno de admiracion el ver como Dios sabe gobernar esta multitud de voluntades libres y encontradas; arreglar hasta su mismo desarreglo; hacer entrar sus desórdenes en el órden universal, y conservar las sociedades humanas á pesar del desenfreno y

choque de las pasiones opuestas que trabajan en confundirlo y destruirlo todo? Considerais siempre en sí mismos esos vicios y desórdenes que son la vergüenza y azote de la humanidad; y no quereis reflexionar que lo que desgraciadamente es un mal muy verdadero, se convierte sin embargo en cierta especie de bien. Si no hubiese mal en el mundo, el bien tendria menos valor, menos mérito, y seria menos apreciado. El vicio es lo que mas hace resaltar la virtud, así como la tempestad hace brillar el esplendor de un hermoso dia. La generosidad resplandece mas al lado de la avaricia; la pureza de las costumbres al lado del libertinaje; la clemencia aparece mas magnánima enmedio del furor de las venganzas, y la paz doméstica es mas interesante enmedio de las discordias que por lo comun afligen á las familias. Así es que puede decirse sin exageracion que hay en el mundo moral, así como en el mundo físico, una clase de belleza que nace de las oposiciones y del contraste.

Colocaré aquí una observacion importante para hacer conocer cuan cautos debemos ser en fallar sobre los designios de Dios, y la sabiduría de los medios que emplea para llegar á sus fines pasajeros sobre la tierra. Situados en un solo punto del tiempo y del espacio, estamos muy acostumbrados á considerar solamente el instante y el sitio en que estamos, cuando de-

beria nuestro pensamiento extenderse á toda la cadena de los siglos. Sorprendidos del mal presente, vivimos poco para poder ver su enlace con el bien general; y porque la Providencia no camina en sus designios tan veloz como nuestros deseos, tomamos ocasion de blasfemar contra ella. Los designios de Dios son inmensos, y nuestras miras limitadas. ¿Distinguimos acaso bien las relaciones de lo que es con las de lo que ha sido, y con las de lo que será? ¿Conocemos la conexion con la plenitud y fines ulteriores de todas las obras del Eterno, para someterlas á nuestra censura? Muchas veces el tiempo descubre el objeto de los acontecimientos; y lo que era inconcebible á los contemporáneos que los vieron es palpable para la posteridad. Así es que nos confundimos al ver al inocente hijo de Jacob, cuya interesante historia han conservado nuestros libros sagrados, vendido por sus hermanos, esclavo en Egipto, arrojado á un calabozo; pero si recordamos que sus infortunios fueron como otros tantos escalones que le condujeron á la cumbre del poder, en la que fue el salvador de Egipto y de su familia, y que sus desgracias pasajeras fueron como el eje sobre que rodaron los destinos de un pueblo entero, ¿no deberá su suerte excitar mas bien nuestra admiracion que nuestra crítica? Frecuentemente nuestras quejas son tan injustas y tan infundadas como comunes.

Cuando en otro tiempo los pueblos bárbaros del Norte cayeron sobre las provincias del imperio romano, y causaron tantos desastres en el centro de las naciones católicas de España, Francia é Italia, sucedió que los cristianos débiles en su fe se atrevieron á preguntar, en qué consistia que el pueblo fiel fuese de aquel modo presa del error y de la infidelidad. Salviano, elocuente sacerdote de Marsella, creyó de su deber tomar la pluma para contener tales quejas, y vengar á la Providencia en una obra que aun conservamos. Señores, en nuestros dias, en medio de nuestras convulsiones así políticas como religiosas, y de todos nuestros horribles desórdenes, ¡cuántos franceses vacilantes extraviados y escandalizados han tenido la osadía de decir que Dios no cuidaba de lo que sucedia en el mundo! ¿Quién de nosotros no habrá oido tal vez lo mismo? Y sin embargo, ¿qué es todo esto á los ojos de aquel que reina en la eternidad? Con nuestras quejas y blasfemias respecto á nuestros males, nos parecemos al insecto que creyese que el globo se habia desquiciado enteramente, porque una gota de agua hubiera penetrado en su mansion. Sí; siempre hay algun designio oculto en estos choques y trastornos que de tiempo en tiempo cambian la faz de las naciones. Si el cielo se dignase revelarnos sus secretos veríamos cuan profunda es esta sabiduría. Y nosotros mismos, á pesar de ser tan

limitados, ¿no podremos entrever algunos motivos de esas extrañas revoluciones que agitan á los pueblos? ¿Para qué hay revoluciones? Suceden, Señores, para castigo de las naciones criminales. La Justicia divina se ejerce en la vida futura únicamente sobre los individuos, y principalmente en este mundo sobre la masa de las naciones. Tan luego como la medida de los vicios, de los desórdenes y de la irreligion de los príncipes, de los grandes y del pueblo llega á su colmo, estalla la venganza, y Dios, celoso de los homenajes públicos de una nacion, la castiga visiblemente por su ingratitud y sedicion. Hace conocer á los poderosos que no queda sin castigo el ejemplo de licencia é impiedad que dieron á los pueblos, y á estos que no pueden seguir impunemente aquellos funestos ejemplos. ¿Para qué hay revoluciones? Precisamente para enseñar á los que afectan ignorarlo, Dios, Señor supremo, hace morir cuando quiere á los reines, como á los particulares : así nos enseña á dirigir nuestras esperanzas mas allá de este mundo, en el que todo es convulsion é incertidumbre; así regenera á los pueblos degradados y envilecidos por todos los vicios, y los saca de su letargo; pues los hay tan profundamente sepultados en el sueño de la indiferencia, que solo podrian despertar al ruido de estas horribles tempestades. ¿Para qué hay revoluciones? Para atraer á los pueblos extraviados por el

error á las doctrinas necesarias, y largo tiempo desconocidas. Cuando las malas doctrinas han tomado ascendiente, cuando se han hollado todos los principios conservadores de la moral y del órden público; cuando se ha contraido el hábito de llamar mal al bien, y bien al mal, ¿por qué medios se desimpresionarán los ánimos? ¿Será acaso por la razon? No, esta no es oida en el tumulto de todas las pasiones desenfrenadas y furiosas. ¿Será por la autoridad de la experiencia? Tampoco, solo se ven en ella entónces preocupaciones, hijas de la ignorancia y de la credulidad. ¿Será en fin por la autoridad de los sabios? menos aun pues que se los mira como unas almas apocadas, y como esclavos de rancias máximas. ¿Dónde pues hallaremos el remedio á este grave mal de los ánimos? Es preciso para curarlos una experiencia pronta, estrepitosa y sensible á todos: ¿y qué hace en este caso la Providencia? Retira su mano, abandona á los hombres á su inmoderada sabiduría; permite que arrebatados por la fogosidad de su delirante razon se precipiten fuera de los límites sagrados de la Religion y de la virtud; y de repente el mundo moral y político se desconcierta, saltan sus resortes, flaquean sus apoyos, el edificio social se aplana y cae sobre sus cimientos conmovidos; y ya no queda mas que un caos de desenfreno y de impiedad. Sin embargo el mal se curará á impulsos de los mismos excesos: en

el seno de la anarquía, en el conjunto de todas las calamidades, el hombre conoce la necesidad de un freno, y de una autoridad tutelar; todas las miradas se dirigen entónces hácia aquel que manda los vientos y las tempestades; la tierra se ilustra con sus desgracias, y aun se renueva por la enormidad de los males que sufre; y del centro de las ruinas del mundo destruido sale una voz poderosa que grita a lo léjos, como el eco penetrante de la trompeta: y ahora entended, ó reyes; instruios vosotros, los que sois llamados para gobernar el mundo: *Et nunc reges, intelligite; erudimini, qui judicatis terram* (1).

Acabamos pues, Señores, de dar á conocer con cuanta ligereza se cree algunas veces el permiso del mal como incompatible con la bondad, la santidad y la sabiduría de Dios. Puede aun decirse, y esta es la última parte de la dificultad, que no solo permite Dios el mal, sino que le tolera, de tal modo que la suerte de la virtud es peor que la del vicio; y que esto es un desórden que clama contra su justicia. La respuesta á esta última queja va á completar la que hemos dado á las precedentes, y destruirlas en todo aquello en que parecen mas legítimas y fundadas.

Os admiran, y con razon, el abatimiento y las penas de la virtud, y las prosperidades y triunfos del vicio; ¿pero os atrevereis á ase-

(1) Salmo II, vers. 10.

gurar que Dios no hallará en los tesoros de su poder y de su sabiduría algunos medios de reparar un mal tan chocante? Si le creeis infinitamente sabio, creed igualmente que en esos desórdenes que os ofuscan hay cierto órden encubierto. Por mas que trabajeis, jamás podrán sofocar los sofismas en vuestra alma el grito con que la naturaleza, la conciencia y todo el género humano anuncia una Providencia. Si no distinguís claramente cómo puede conciliarse con su justicia la suerte del vicio y de la virtud en este mundo, será mas prudente confesar vuestra insuficiencia, que prevaleros de algunos vanos argumentos. Desconocer una verdad tan luminosa como la de una Providencia porque está envuelta en algunas oscuridades, es lo mismo que negar la existencia del sol cuando está oculto detras de una nube; y con tal que haya un solo medio de justificar plenamente á la Providencia, deberiais adoptarle con ansia, mas bien que entregaros á vanas quejas. ¿No será acaso posible que todo lo que vemos esté ligado con otro órden de cosas que aun no vemos, y que este mundo imperfecto sea el bosquejo de un mundo mucho mas arreglado, en que todo ocupe el puesto que le corresponde? ¿Porqué no hemos de pensar que el Ser infinito tiene tambien designios infinitos? ¿No es natural que el Ser eterno lo dirija todo á la eternidad? Considerad las cosas bajo de este punto de vista, y se

disiparán todas vuestras dudas. ¿Cuál podria ser en efecto el motivo de vuestras quejas? ¿Es la prosperidad del vicio? Pero esta es muy pasajera, y debe confundirse ante el tribunal inevitable del supremo juez. ¿Son acaso los combates de la virtud, y los padecimientos del justo? Aquellos le aseguran una corona inmortal, y estos se convertirán algun dia en un goce inmenso de gloria y felicidad.

Lo diré como de paso y anticipadamente: no es posible dejar de admirar esta Religion cristiana, la cual, descubriéndonos en la degradacion primitiva el orígen de todos nuestros males (1), nos manifiesta su remedio; que, añadiendo nuevas luces á la de la razon, convierte en certidumbre las opiniones dudosas de la filosofía humana, fija todos los entendimientos en la creencia de la vida futura, y, explicando de este modo el mundo presente por el mundo venidero, nos enseña que aun los mas pequeños desórdenes que pueden notarse en la tierra serán completamente reparados en el reino de la eterna justicia.

Dejamos, Señores, suficientemente vindicada la Providencia, y no nos queda en este punto mas oscuridad que la que es inseparable de todas las cuestiones intrincadas en que puede ocuparse el entendimiento humano. Hagamos callar para

(1) De esto trataremos algo en la Conferencia *sobre los misterios*.

siempre nuestras quejas y murmuraciones: si somos felices, ofrezcamos á la Providencia el homenaje de nuestra dicha; y si desgraciados, lloremos enhorabuena nuestros males; pero creamos al mismo tiempo que Dios no hiere sino para salvar; no hablemos mas de los juguetes de la fortuna, y solo veamos en todo los designios ya manifiestos, ya ocultos de la suprema sabiduría. Sí; el que reina en lo alto de los cielos se entretiene con este mundo, y extiende su providencia al insecto que se arrastra entre la yerba, del mismo modo que al sol que nos alumbra; al pastor en su cabaña, bien así como al monarca en su trono; grande en su justicia cuando destruye á las naciones; grande en su misericordia cuando las repone; grande en este mundo que solo es una sombra de sus eternos designios; grande sobre todo en el siglo futuro, en que debe dar complemento á sus obras; siempre y en todo digno de nuestras adoraciones y de nuestro amor, él solo permanece, miéntras que todo lo ve pasar, y que las obras mas sólidas de la mano del hombre rinden tarde ó temprano con su caida un homenaje estrepitoso á su inmutabilidad.

ESPIRITUALIDAD

DEL ALMA.

Cuando vemos á una multitud de sabios dedicarse con un ardor infatigable, unos al estudio de la estructura del cuerpo humano, de sus órganos y de su mecanismo para conocer mejor los medios de conservar y reparar sus fuerzas, precaver ó aliviar los males de la humanidad, y ciñéndose otros á miras menos útiles poner todo su conato en observar en el hombre la variedad de sus colores, de sus formas y hábitos físicos para hacer su descripcion, así como se hace la de las plantas y la de los animales, ¿será posible que carezca para nosotros de atractivo é interés el estudio de lo mas noble y elevado que tiene el hombre, que son las cualidades de su alma y de su corazon? ¿Nos hemos de entregar de tal modo á las causas materiales, que no nos parezca mas que una quimera cuanto está fuera del alcance de nuestros sentidos; y de tal suerte nos hemos de engolfar en cálculos áridos y de una evidencia grosera, que solo nos inspiren tedio y aun menosprecio las cosas morales y espiri-

tuales, que nada pierden de su verdad porque sean menos palpables? Sí, parece que en nuestros dias particularmente se han agotado todas nuestras facultades en componer y descomponer los cuerpos, en manejar en cierto modo sus resortes físicos, y en perdernos en el inmenso pormenor de los elementos y de las partes de este mundo visible, sumiéndonos en cálculos sin fin ni conexion alguna con nuestros deberes. Parece en efecto que el entendimiento no puede ya pensar, ni el corazon sentir otros deseos; y que la imaginacion carece ya de vigor para elevarnos al Autor de todas las cosas, penetrándonos de su grandeza, poder y beneficios, ó excitarnos al conocimiento de nosotros mismos, de nuestra alma, y de sus facultades y destino. Sin embargo ¡qué cosa mas digna de nuestros pensamientos y meditaciones! Dejemos, Señores, dejemos una filosofía puramente animal, que no estima ni aprecia mas que al hombre animal, y como verdaderos filósofos sepamos considerarle en esa inteligencia que le constituye Rey de la naturaleza; en sus relaciones con la divinidad que ennoblecen su ser, y de las que nacen sus deberes religiosos; y en su conexion con sus semejantes que le liga con toda la especie; de donde se derivan todas sus obligaciones domésticas y civiles. No nos detengamos en los adornos que decoran el exterior del templo, y entremos en el santuario para admirar su riqueza y ma-

jestad. La grandeza del hombre no está en esa parte de sí mismo, que pasa y muere; bajo de este punto de vista se asemeja demasiado á las bestias, pues vive y perece como ellas : su verdadera grandeza consiste en su inteligencia. Y qué ¿esta alma que vive y piensa dentro de mí, mas activa que la llama, mas veloz que el relámpago, mas grande que el universo que abraza y mide con su comprension; esta alma que multiplicándose de cierto modo en todos lugares y épocas, vive en lo presente por el conocimiento actual, en lo pasado por la memoria, en lo futuro por la prevision, y que traspasando los límites del tiempo y del espacio se engolfa en lo infinito; esta alma no merece fijar nuestra atencion mas bien que este cuerpo, que al fin no es mas que una masa de vil polvo?

Si se me obligase á decir francamente mi opinion en cuanto á este espíritu que anima al hombre, responderia sin titubear, que le creo una sustancia inteligente, exenta de toda materia, y un ser real pero incorpóreo : esto es lo que se llama espíritu; ¿y seremos tan poco filósofos que tengamos por cosa quimérica todo lo que no es corpóreo, y que juzguemos de las ideas del entendimiento por los fantasmas de la imaginacion? ¿Deberemos ser ateos porque no podamos aplicar á la Divinidad las dimensiones y propiedades de la materia? ¿No es el pensamiento una cosa efectiva? ¿Y podemos

sin embargo representárnosle por imágenes palpables, concederle una figura cúbica ó cuadrada, ó pintarle en el lienzo con colores? Léjos pues de nosotros esa opinion grosera de que nada hay real ni efectivo mas que aquello que se puede imaginar; es cierto que no concebimos perfectamente la naturaleza de los seres incorpóreos; ¿pero en realidad conocemos bien la naturaleza de los cuerpos? Vemos, sí, sus propiedades como la divisibilidad, la solidez, la movilidad; ¿pero cuál es el fondo y la esencia íntima de la sustancia dotada de estas cualidades? ¿Ha habido hasta ahora algun físico que pueda gloriarse de haber penetrado este misterio? Si examinamos la sustancia, sea material ó inmaterial, nunca podremos descubrir mas que las cualidades que le pertenezcan, y en uno y otro caso lo que llamamos sustancia, esto es, el sujeto de aquellas cualidades, nos es igualmente desconocido (1). Mi objeto, Señores, en este dia es dejar probado que el alma es una sustancia diferente del cuerpo, y que es espiritual; nada hay mas claro que las pruebas de esta doctrina, así como nada mas falso que los argumentos que se le oponen.

Hay en cada uno de nosotros cierta cosa que conoce, piensa y juzga: esta es nuestra alma; y por poco que se quiera reflexionar sobre esta triple capacidad de experimentar sensaciones,

(1) Condillac, *Cours d'Etudes*, t. I, lecc. prélim., p. 60.

engendrar ideas y formar juicios, hallaremos en ella una triple demostracion de su simplicidad, de su inmaterialidad y espiritualidad : tres términos que serán sinónimos en mi modo de hablar.

Es verdad que por medio de los sentidos, de la vista, oido, olfato, gusto y tacto, se comunica el hombre con los objetos exteriores materiales de que se compone el universo; pero aquí es donde conviene aclarar bien las cosas para no confundir lo que es puramente físico con lo que es puramente intelectual. Cuando un cuerpo luminoso hiere mi vista, ó un cuerpo sonoro hiere mi oido, estas dos impresiones se trasmiten, si así se quiere, hasta el celebro, en donde convengo en que se conmueve no sé qué fibra, pero entre esta impresion y conmocion, mas ó menos rápida, mas ó menos fuerte, y la sensacion que experimenta el alma, hay un intervalo inmenso. Procuremos comprender bien que una impresion en los órganos no llega á ser sensacion sino cuando llega á ser percibida por el principio sensitivo; de este modo cuando un cuerpo extraño me toca, aunque sea ligeramente, y yo lo advierto, se afecta mi alma y experimenta una sensacion; pero si otro me hiere, aunque sea con mas fuerza, hallándome sumergido en el sueño, ó de tal modo distraido que no lo sienta, habrá ciertamente impresion, pero no habrá sensacion. La sangre, por ejemplo, segun la

opinion general, circula por nuestras venas; y para esto es preciso que tenga movimiento; pero como no le notamos ni sentimos, nadie se atreverá á decir que causa sensacion, y por lo mismo no veo la luz del sol, no oigo el sonido de una trompeta, ni huelo el perfume de una rosa hasta que noto que veo, oigo y huelo; de tal manera que si no experimento este íntimo convincimiento de una sensacion, no será esta mas que una impresion semejante á la que causa un sello en la cera.

Pero guardémonos de caer en un error grosero: no creamos que residan en nosotros tantos puntos de sensacion cuantos son nuestros órganos. Los sentidos exteriores, como el oido, la vista y el olfato, reciben las impresiones físicas de los objetos, pero no las conocen; así es que el ojo recibe la impresion de los rayos luminosos, pero no es él quien experimenta la sensacion de la luz; el oido se conmueve con el cuerpo sonoro, pero no tiene la idea del sonido; el ojo ignora lo que sucede en el oido, y el oido no sabe lo que pasa en el ojo, sino que todas las impresiones recibidas por los diferentes órganos se trasmiten á un principio único, que es donde reside la sensacion, y el que las compara y les da valor. Esto nos va á conducir á una demostracion rigurosa de la espiritualidad del alma.

« No solo conocemos nuestras sensaciones, no « solo reflexionamos sobre lo que ellas nos pre-

« sentan, sino que comparamos frecuentemente « las unas con las otras. Así es que á un mismo « tiempo experimento diversas sensaciones, ex- « citadas unas veces por un mismo objeto, como « cuando veo, gusto y sirvo un manjar, ú oigo « y toco un instrumento; y otras excitadas por « muchos, como cuando oigo una música, y veo « algunas personas, ó cuando siento el calor del « fuego, percibo un olor, y como una fruta. Yo « distingo perfectamente todas estas sensaciones, « las comparo y juzgo cuál de ellas me agrada y « conmueve mas; prefiero la una á la otra, y la « elijo : de aquí se infiere que este *yo* que com- « para las diferentes sensaciones, es sin duda « alguna un ser simple, porque si fuera com- « puesto recibiria en diversas partes las varias « impresiones que cada sentido le trasmitiese : « los nervios del ojo, por ejemplo, llevarian á « una parte las impresiones de la vista, los de la « oreja á otra parte las impresiones del oido; y « así los demás. Pero si fuesen las distintas par- « tes del órgano físico del celebro, por ejemplo, « las que recibiesen cada una por su lado las « sensaciones, ¿cómo se verificaria su reunion « y comparacion? Toda comparacion pide un « *comparador,* así como todo juicio supone un « juez único; y estas operaciones no pueden ve- « rificarse sin que las diversas sensaciones vayan « todas á parar á un ser simple. Un escritor que « no puede ser sospechoso á los incrédulos, re-

« lacionando esto mismo, se expresa así : *se puede* « *decir sin hipérbole, que esta es una demostra-* « *cion tan cierta como las de geometria* (1). »

Pero ¡ qué nuevos rayos de luz van á ilustrar la discusion, si consideramos en el alma la facultad de pensar!

Para subir á los principios mas elementales, diremos que no podemos juzgar de las cosas sino por las ideas, y que solamente por las nociones puras y exactas de los objetos podemos distinguirlos, y juzgar de su semejanza ó disparidad. No hay nada mas sencillo y luminoso que el principio siguiente : cuando dos cosas tienen definiciones, propiedades y efectos opuestos, de modo que lo que se asegura de la una se niegue de la otra, decimos que se diferencian en especie y naturaleza. Esta es la única regla por la cual se distinguen los objetos, de modo que si pregunto porqué una piedra no es un árbol, y porqué el agua no es fuego, no se me puede dar otra razon, sino que sus ideas, sus definiciones, sus propiedades y sus efectos son diversos. Recorramos pues las cualidades mas constantes y conocidas de la materia, y veamos si no estan en sentido opuesto con el pensamiento; en cuyo caso, fuerza será convenir en que lo que piensa no es materia. Pasemos á este exámen.

(1) Véase á Mr de la Luzerne, *Dissertation sur la spiritualité de l'âme*, p. 83 y sig., y la nota en que cita á Bayle.

La materia tiene extension, y está formada de partes, colocadas unas fuera de otras; y ¿quién ignora que el pensamiento es por sí simple y sin division de partes? Los objetos corpóreos del pensamiento pueden muy bien ser de un volúmen ó de una magnitud desigual; pero la percepcion que yo tengo de ellos no se mide por sus dimensiones, y la idea que me formo del sol no es mas ancha ni mas larga que la de una flor. ¿A quién no repugnaria oir hablar de ideas de una línea de largo y de una pulgada de grueso? Si alguna vez hablamos de vastas y profundas meditaciones, esto no es mas que una metáfora para hacer como palpables las operaciones del entendimiento.

La materia tiene figura, forma y color; y ¿qué figura daremos al pensamiento? Es redondo, cuadrado, cúbico ó triangular? ¿Es azul celeste, ó encarnado como la escarlata? Pregúntese al aldeano mas sencillo si sus pensamientos son verdes como sus prados, ó cuadrados como su casa, y no solo le parecerá ridícula é impertinente esta pregunta, sino que creerá que quieren mofarse de su ignorancia: tanto es lo que repugna esta pregunta al sentido comun.

La materia es divisible; puede separarse en partes distintas unas de otras; el pensamiento por el contrario es indivisible, y ó no existe ó existe entero; y es una cosa inaudita que se tome una mitad, un tercio ó una cuarta parte

de él. Véase pues como las propiedades mas constantes y generalmente reconocidas de la materia estan en oposicion manifiesta con las del pensamiento. En vano se querrá suponer en la materia alguna cualidad oculta que la haga capaz de pensar; pues sobre ser la tal cualidad secreta y maravillosa una suposicion del todo arbitraria, será siempre un proceder extraño y reprobado por la sana lógica el combatir una cosa bien conocida por otra ignorada enteramente. Por otra parte todo cuanto pueda tener la materia mas recóndito y oculto no evitará que sea materia extensa, configurada y divisible: cualidades incompatibles con la inteligencia. Tampoco se me digais que no se sabe si Dios por su omnipotencia podria dotar de pensamiento á la sustancia material. No es poner límites á la omnipotencia suponer que no puede hacer lo que implica contradiccion; y ántes bien seria insultar á su sabiduría creerla capaz de formar el plan de una cosa absurda. Así pues, el Todopoderoso no puede hacer que lo que ha sido no haya sido, que un cuadrado sea circular, y un círculo cuadrado. El pensamiento y la extension son de una clase opuesta, como el sonido y los colores; y así como no se puede dar color al sonido de un clarin, ni hacer sonora la fragrancia de una flor, tampoco pueden identificarse en un mismo sugeto lo material y lo inmaterial, lo extenso y lo inextenso. Un ser no existe sin sus

cualidades esenciales, como tampoco puede existir con las que se excluyen necesariamente; por consiguiente, si tiene extension, es preciso que carezca de pensamiento; y si adquiere el pensamiento, tiene que perder la extension. Estas son las nociones que nos da la recta razon; y si nos fuera permitido abandonarlas por hipótesis quiméricas, el partido mas juicioso seria dudar de todo, á pesar de que semejante recurso es el colmo de la locura humana.

Por último la materia es susceptible de movimiento; pero este nada tiene de comun con el pensamiento. Yo tengo una idea muy exacta y clara del primero; conozco tambien mi pensamiento, las operaciones de mi inteligencia, su querer y sus juicios, y veo que todas son cosas de diferente naturaleza. Y cuando digo movimiento es lo mismo que decir agitacion, mudanza de partes, traslacion de un sitio á otro; bajo cuyo supuesto, dígame todo el que proceda de buena fe, si su pensamiento es un cuerpo que se mueve. Es preciso no confundir los movimientos exteriores con la idea ó con el conocimiento que tenemos de ellos. Luego que nos representamos un movimiento, el entendimiento concibe la idea de un cuerpo que ya está en un sitio, ya en otro; pero cuando yo considero los actos interiores, por los cuales queremos ó no queremos, pensamos, reflexionamos ó juzgamos, ¿me siento acaso inclinado á figurarme

una materia en movimiento? Si alguno me dijese que las bellezas poéticas de Virgilio, la filosofía de Descartes, los descubrimientos de Newton y la sublime elocuencia de Bossuet no han sido en sus celebros mas que particulas de la materia agitada y el resultado de la magnitud, volúmen, velocidad y choque de estas, confieso que semejante lenguaje me pareceria en extremo ridiculo, y me inclinaria á creer que el género humano no ha sido creado ni para hablarle ni para oirle: ¿no es un absurdo el decir que el conocimiento de sí mismo es una mudanza, y que los sentimientos de reconocimiento y de amistad son tránsitos de un sitio á otro? Pues en verdad que no serian otra cosa si el pensamiento fuese un movimiento.

El gran recurso de los materialistas de nuestros dias es decir, que es necesario no confundir la materia inerte ó pasiva con la materia organizada; que en este último estado puede tener nuevas cualidades que no tenia ántes, así como por la mezcla de muchas sustancias se obtienen resultados que no hubiera dado cada una de ellas aisladamente; pero esta es tambien una ilusion grosera. En efecto ¿cual puede ser esa organizacion que hace pensar á la materia? No es ciertamente la de las plantas; pues no creo que la violeta mas bien organizada y odorífera sea por esto un ser pensador. Tampoco es la de los animales; pues aun no se ha probado que

estos raciocinen. Se trata pues de la organizacion del cuerpo humano; pero ¿qué hace esta aun siendo mas perfecta? Pone partes materiales en relaciones de simetría y de concordancia, y en una cierta proporcion con ciertos efectos y movimientos; pero aunque de aquí resulten nuevas combinaciones de las sustancias materiales, nunca es mas que materia extensa, divisible y con figura determinada, en la cual es inútil buscar el pensamiento. Es un principio bien sencillo y claro, que no hay efecto sin causa, y que por lo mismo, lo que se halla en un efecto debe hallarse tambien en su causa. Reúnase una multitud de ciegos, déseles todas las combinaciones posibles, y jamás resultará un hombre con vista, porque en ninguno de ellos se halla aptitud para recibir por combinacion con los otros las impresiones de la luz; del mismo modo es imposible que de la combinacion de partes que no piensan resulte nunca un ser pensador. ¿Qué sucede en las composiciones químicas? Se combinan las fuerzas particulares de tal modo que la una da impulso á la otra; y auxiliándose mútuamente concurren todas al bien comun, sin que esta composicion de sustancias haga otra cosa mas que desarrollar lo que ya preexistia, y solo necesitaba ponerse en accion. De este modo el azufre encendido desprende el aire condensado en el salitre, y aquel ya dilatado sigue las leyes naturales de su elas-

ticidad, de donde resulta la explosion. Por consiguiente, si el pensamiento resultase de las combinaciones de la materia organizada, seria necesario que hubiese anteriormente en ella cierta aptitud de pensar, que esperase solamente una ocasion para desarrollarse : luego esta aptitud de pensar no puede hallarse en lo que es extenso, divisible, y con figura, pues son cosas incompatibles, y seria lo mismo que decir que en el color de una flor se puede hallar cierta aptitud para llegar á ser sonora.

Es muy curioso ver lo que han inventado los ideólogos modernos para explicar mecánicamente el pensamiento. Voy á citar literalmente ciertos trozos que serian intempestivos en un sermon, pero no en nuestras Conferencias. Oigamos á esos doctores del materialismo, y nos dirán en obras llenas del aparato mas científico, « que el celebro es el órgano particular desti- « nado á producir el pensamiento, así como el « estómago é intestinos á hacer la digestion. Los « alimentos caen en el estómago con sus cuali- « dades propias, y salen de él con otras nuevas « por medio de la digestion; del mismo modo las « impresiones llegan por el conducto de los ner- « vios al celebro : esta viscera ejerce su accion « sobre ellas, y muy en breve salen ya trasfor- « madas en ideas, de donde podemos concluir « con la misma certeza, que el celebro digiere « en cierto modo las impresiones, y hace orgá-

« nicamente la secrecion del pensamiento (1). » Hay, Señores, en este lenguaje tantos equívocos y errores como palabras, y en él se descubre toda la debilidad de la mentira que, perseguida en todas direcciones, se acoge á las anfibologías y á las mas vagas oscuridades.

Si nos dijesen que despues de la union del alma y del cuerpo necesita aquella del órgano del celebro para sus operaciones, podria entenderse este lenguaje; mas adelante tocaremos este punto; ¿pero qué cosa mas rara que hacer del celebro una máquina de pensar? Me decís que el celebro digiere las impresiones que le han sido trasmitidas; pero las impresiones ocasionadas en los órganos no pueden ser mas que impresiones, dilataciones, vibraciones, mudanza de partes materiales, y en una palabra, movimientos: así, pues, decir que el celebro digiere las impresiones, es decir que digiere los movimientos: ¿y se ha visto nunca un modo mas bárbaro de pensar y de explicarse? Añadís que sucede con el celebro con respecto á las impresiones lo mismo que con el estómago con respecto á las sustancias alimenticias; pero sed consiguientes, y llevad la comparacion hasta el cabo. ¿Qué hace la accion del estómago? Trasforma los alimentos que recibe; pero las nuevas cualidades que les da no son incompatibles con

(1) Cabanis, *Rapports du Physique et du Moral de l'homme*, t. I, p. 132.

un ser material, ni impide que conserven la naturaleza de sustancias materiales : luego es necesario decir que la accion del celebro cambiando y modificando los movimientos que le llegan, los deja siempre en su estado de movimiento, y que, por consiguiente, no pueden resultar de su accion mas que movimientos, que hemos demostrado suficientemente no ser el pensamiento. Decís aun que el celebro despide las impresiones trasformadas en ideas; pero yo pregunto adónde se reciben estas ideas; pues es preciso que paren en alguna parte : y así como el movimiento no existe sino en lo movible, tampoco el pensamiento existe sino en el sugeto que piensa, y nos hallamos siempre con la misma pregunta : ¿de qué naturaleza es esta sustancia que tiene todas estas ideas? Si la haceis material, os opongo mis pruebas, que siempre estan en pié, de la incompatibilidad del pensamiento con la materia. Ved aquí como analizando vuestra mecánica explicacion del pensamiento, no se hallan en ella mas que palabras insignificantes y absurdos palpables. Para resumir pues esta segunda prueba de la espiritualidad del alma, sacada de la naturaleza del pensamiento, diré: lo que no tiene extension, figura ni divisibilidad, como el pensamiento, no puede identificarse con lo que tiene figura, extension y divisibilidad como la materia; luego lo que piensa no es materia.

Si las sensaciones y las ideas pasasen sin dejar en nosotros ningun vestigio, y si nuestra alma no conservase la memoria de ellas, no podria hacer uso alguno de estos conocimientos pasajeros que se borrarian tan pronto como se adquiriesen, y seria incapaz de comparar, juzgar y raciocinar; pero por el contrario está dotada del sublime poder de hacer revivir las nociones que ha concebido sucesivamente, de volvérselas á representar, reunirlas, combinarlas, establecer principios y sacar consecuencias; en una palabra, de juzgar y raciocinar: nueva capacidad de nuestra alma, y nueva prueba de su simplicidad.

Yo os quiero suponer con un gran caudal de conocimientos en historia, en ciencias, en artes, en política; pero un solo principio es el depositario de todo ese cúmulo de sensaciones que hayais experimentado, de ideas que hayais concebido, y de reflexiones que hayais hecho. No hay en vosotros un principio para las sensaciones, otro para las ideas y otro para los juicios; no hay en vosotros muchos *yo*: solamente hay uno, y el *yo* que ve este mundo es el mismo que conoce su belleza y juzga que su autor es un ser inteligente. Este último acto de vuestro entendimiento, por el que se eleva hasta Dios, hasta sus infinitas perfecciones y hasta los deberes que dimanan de ellas, supone una multitud de sensaciones, de ideas preliminares y

juicios particulares; y en este sentido puede decirse que vuestro juicio interior es compuesto; pero el acto en si mismo, por el que el entendimiento juzga y decide, es uno solo, esta operacion intelectual es indivisible; y hé aquí como todas las mas intimas funciones de nuestra inteligencia nos persuaden de su inmaterialidad.

No trato ahora de disputar á los doctores del materialismo la ciencia y el ingenio; abandono sus obras bajo de estos conceptos á los que tienen el derecho de juzgarlas. Conozco que con una detestable metafísica acerca del alma y de sus facultades se pueden poseer excelentes conocimientos del cuerpo humano y de los males que le afligen; siempre respetaré la ciencia, el talento y los servicios, donde quiera que se hállen; pero negaré altamente á todos estos apóstoles del materialismo la primera de todas las cualidades en las obras polémicas, quiero decir, la lógica, la sana metafísica, y el talento de raciocinar, de enlazar las ideas, y de encadenar consecuencias exactas con unos principios bien demostrados. Parece extrano que sistemas tan absurdos en metafísica, y tan funestos por otra parte á la moral, hayan podido tener tantos sectarios; mas esto no debe causarnos admiracion. Esta monstruosa doctrina no es nueva, y debe su origen á pasiones mucho mas antiguas que ella; pero á lo menos, en otro tiempo, solo se hallaba en ciertos libros que no eran general-

mente conocidos, al paso que hoy está diseminada en tantas producciones sabias y literarias, que infesta con la mayor facilidad á una juventud siempre ansiosa de cuanto lisonjea sus inclinaciones y embota el aguijon de los remordimientos, liberta al alma de todo temor, y con la esperanza de la impunidad le da absoluta licencia para hablar y obrar á su antojo. Mas adelante tendré ocasion de exponer las funestas consecuencias de esta doctrina; veamos ahora los argumentos mas especiosos que nos oponen los materialistas.

Nada han despreciado estos para apoyar sus sistemas, intentando alegar á su favor la autoridad, la experiencia y la analogía.

Dicen, apoyándose en la autoridad, que el dogma de la espiritualidad del alma es demasiado nuevo; que no le conocieron ni aun los padres de la iglesia cristiana, y citan por testigos á Tertuliano, á San Ambrosio y á San Hilario que tuvieron al alma por corpórea y á San Agustin que escribió un libro de *Quantitate animæ;* y añaden que es sabido que Locke pone en problema, « si Dios es bastante poderoso para « comunicar el pensamiento á la materia. »

Dicen tambien, apoyándose en la experiencia : « Advertid como el alma experimenta las mu- « danzas y vicisitudes del cuerpo; parece que « ella nace, crece y envejece con él, y la razon « se desarrolla y se debilita con los órganos.

« ¡Qué influencia no ejercen sobre las sensa-
« ciones y pensamientos del alma el tempera-
mento, la edad, el clima, la educacion, las
« costumbres y el régimen! ¿No habeis obser-
« vado las relaciones perpetuas entre lo moral
« y lo físico del hombre? ¿No deberemos inferir
« de todo esto que son una misma y única cosa,
« aunque variamente modificada? »

Apoyándose en la analogía, nos dicen : « Ad-
« vertid como los animales os dan todas las se-
« ñales de seres que sienten, piensan y raciocí-
« nan; y sin embargo ¿son mas que unas máquinas
« bien organizadas? ¿Os atreveriais á suponer-
« les una alma? La teología cristiana se opone á
« ello; por consiguiente no es inverosímil que
« el hombre lo deba todo á su organizacion fí-
« sica. » Señores, visto está que nada oculto; pero volvamos al asunto.

Asegurais por de contado que el dogma de la espiritualidad del alma fué desconocido á los doctores de la Iglesia cristiana; pero ¿dónde está la prueba de esta asercion? Unicamente existe en algunas palabras equívocas. Confieso que se sirvieron algunas veces, hablando del alma humana, de términos que no tienen todo aquel rigor metafísico que buscamos en la presente discusion; pero ¡cuán léjos estaban de los tenebrosos sistemas que se les suponen! En efecto, unos han pensado que ademas de estar el alma unida á este cuerpo visible que ella anima, lo

estaba tambien á cierta especie de túnica aérea que le servia de comunicacion con los órganos mas groseros del cuerpo; y en este sentido decian que el alma tenia un cuerpo, lo que no impedia que en su sustancia inteligente fuese espiritual. Otros para significar que el alma era cierta cosa real y subsistente, y no una simple cualidad, decian que era un cuerpo, en el mismo sentido que nosotros decimos que es una sustancia; y aun de las diferentes facultades de que está adornada, el entendimiento, la voluntad y la memoria, tomaban ocasion para considerarla como un compuesto de diferentes partes. Todo esto puede verse discutido en el *Diccionario* de Bergier y en el de las *Herejías* por Pluquet.

Voy, Señores, á hacer una reflexion decisiva: esos doctores de la Iglesia cristiana eran sin duda cristianos, conocian y profesaban los elementos del cristianismo, y todos creian, como nadie lo niega, en la existencia de la vida futura; ?y qué importa que el alma fuese corpórea, si no obstante era inmortal, y estaba destinada á recibir en la otra vida el castigo de sus vicios, ó la recompensa de sus virtudes? Solo en nuestros dias ha podido ocurrirsele á alguien el poner á San Agustin en el número de los materialistas. Tenemos una obra suya en forma de diálogo, cuyo objeto es hacer ver que el alma, no obstante que es una cosa grande por su accion y poderío, no tiene magnitud como los cuerpos,

y ni es una cantidad divisible como las cantidades corporales; de lo que se deriva su título *De quantitate animæ*. En ella expone San Agustin unos principios, que mas adelante debia Descartes tener la gloria de explicar perfectamente; y ¡cosa bien singular! de este mismo escrito, en que combate la doctrina de los materialistas, es de donde estos, acaso sin haberle leido, toman ocasion para invocar á San Agustin por uno de sus abogados.

Pero ¿á qué se dirige todo ese empeño en defender la materialidad del alma? No tiene otro objeto que probar que es mortal, que acaba con el cuerpo, y que de este modo nada hay que esperar ni que temer mas allá del sepulcro. Pero yo quiero por un momento que la idea mal reflexionada y muy imprudente de Locke pudiese realizarse, que fuese absolutamente posible que por la omnipotencia de Dios la materia llegase á pensar: ¿habria por esto seguridad alguna contra lo venidero? Ciertamente que no; pero examinemos en su totalidad el pensamiento de Locke. El mismo establece que es imposible concebir que la materia pueda sacar de sí misma el sentimiento, la percepcion y el conocimiento; pero aparentando un falso respeto á la omnipotencia divina, no se atreve á decir que Dios no pueda hacer que la materia piense (1). Mas

(1) *De l'Entendement humain*, lib. IV, cap. III, § 6; y cap. X, § 10, 15, etc.

si, como quiere Locke, Dios es bastante poderoso para dar á la materia la facultad de pensar, para hacerla un ser inteligente y libre, capaz del bien y del mal, y de merecer ó desmerecer, ¿porqué no podrá tambien conservar de algun modo este ser material, trasladarle á otro órden de cosas, y hacerle allí capaz, por medio del sentimiento, de recibir recompensas, ó castigos? Esta reflexion ha sido hecha por célebres metafísicos, entre otros por Carlos Bonnet (1). Los escritos de Locke, su vida y últimos momentos prueban que creia en la inmortalidad del alma; y hé aquí como el incrédulo, aun en su misma hipótesis, no está convencido de esa nada á que aspira, y ni aun ese miserable recurso le será concedido, como dice Bossuet (2).

Paso á la segunda dificultad tomada de la influencia del cuerpo sobre el alma, y de las relaciones continuas entre ámbos, que parece suponen que son una sola y única sustancia. Procuremos, Señores, analizar bien las cosas. Al mismo tiempo que creemos en la distincion del alma y del cuerpo, confesamos que, segun las leyes establecidas por el Criador para su union, existe entre ámbos una correspondencia perpétua. El alma está hecha para el cuerpo, y el cuerpo para el alma; esta es como una reina,

(1) Véanse *Pensées de Leibnitz*, t. I, p. 165.
(2) *Oraison funèbre de la princesse Palatine.*

cuyos ministros y servidores mas ó menos fieles son los órganos. No decimos que las impresiones hechas en los sentidos no exciten en el alma sensaciones é ideas; ni que las voluntades y afecciones del alma no causen movimientos en los órganos; tampoco suponemos que el alma no tenga sobre todo necesidad del ministerio del celebro para las operaciones de su inteligencia; que no sea mas á propósito una configuracion determinada para el desarrollo de ciertos sentimientos y de ciertas ideas, ni que la constitucion física, la edad, el clima y el régimen no influyan en el estado del alma: no es esto lo que ahora se disputa, y es por consiguiente inúti hacer una pomposa narracion de todas las relaciones que existen entre el alma y el cuerpo, observadas y reconocidas en todas las edades. Todo esto es consecuencia de la union del alma con el cuerpo, y todo prueba su mútua relacion, pero no su identidad. No es por la union y dependencia de dos sustancias por lo que se debe decidir de la identidad de su naturaleza, sino por sus ideas, propiedades y efectos, segun hemos establecido al principio de la discusion. Esta es la regla fija, única é infalible para juzgar bien, y que nos ha obligado á confesar que el alma se distingue del cuerpo. Si observais que un centinela deja con regularidad su puesto en el momento que se le avisa por medio de cierta señal dada de antemano, ¿os ocurriria

por esto la idea de confundir al centinela con la señal?

Ve un materialista que el estado del alma se modifica por el del cuerpo, y se empeña en inferir que el alma es corpórea. Llegará un espiritualista que observará que el estado del cuerpo se modifica frecuentemente por el del alma, que los sentimientos de placer ó de dolor, de odio ó de amistad, afectan y conmueven los órganos y la fisonomía hasta el punto de manifestarse en ella visiblemente; y concluirá que lo que creemos que es un cuerpo no es mas que una apariencia de tal, y una imaginacion de nuestra alma semejante á las visiones de un sueño. Para evitar estos extravios reconozcamos la influencia recíproca del alma y del cuerpo; veamos en el hombre una inteligencia unida á los órganos, y digamos que el cuerpo es como un instrumento de que necesita el alma para el ejercicio y desarrollo de sus facultades intelectuales. El alma tiene sin duda cualidades que de ningun modo convienen á los órganos; pero como, en general, solo por el ministerio de estos despliega sus facultades, ¿deberá admirarnos que los defectos, las imperfecciones y la alteracion de estos órganos puedan notarse en las operaciones del entendimiento? Cuando un músico, por ejemplo, toca una arpa, la perfeccion del instrumento, su afinacion, y el número de cuerdas sonoras influyen en la hermosura y armonía de

los sonidos, en tales términos que si el instrumento es defectuoso, es muy posible que el artista mas consumado no saque de él mas que sonidos desagradables; ¿y por esto confundiremos al músico con el arpa?

Observareis que parece sigue el alma las vicisitudes del cuerpo, y como que crece y envejece con él. No negaré lo que pueda haber de verdad en esta observacion tomada en general; pero es preciso no llevarla demasiado adelante, ni excedernos en sus consecuencias. Porque los pensamientos de un niño sean débiles, ¿creereis que la debilidad de su entendimiento procede únicamente de la de sus órganos? No: tambien procede de su falta de experiencia y de conocimientos adquiridos, de la ignorancia de la lengua que se le habla, y de no aplicar á ella ideas bien precisas. Figuraos dos niños de una organizacion del todo igual; pero que el entendimiento del uno haya sido cultivado desde su mas tierna edad por una educacion esmerada, y que el del otro haya sido del todo descuidado: el primero puede manifestar á los diez años una inteligencia, que el segundo no tendrá ni aun á los veinte.

Os admirais de la concordancia que creeis notar entre el desarrollo del alma y el del cuerpo; pero guardémonos de formar de esta conformidad una regla general é invariable. ¡Cuántas excepciones no admite! Cuántas almas

se manifiestan superiores á los ataques que sufre el cuerpo! ¡Qué vigor y qué elevacion de pensamientos no se advierte muchas veces en cuerpos débiles; y qué debilidad al contrario en cuerpos vigorosos! ¡Qué magnanimidad en algunos ancianos, y qué abatimiento en otros hombres aun en su edad viril! Y esos niños delicados, esas mujeres tímidas, esos ancianos decrépitos á quienes tantas veces se ha visto desafiar los tormentos y la muerte, y presentarse tranquilos á pesar de tener sus miembros y órganos mutilados, rotos y destruidos por el hierro y por el fuego, ¿de dónde han sacado tanto heroismo? ¿No se manifestaba su alma independiente de sus órganos? No, no siempre la degradacion del cuerpo trae consigo la del alma; y son tantas las excepciones, que ellas solas nos suministrarian una nueva prueba de la diferencia que hay entre el alma y el cuerpo.

En lugar de ver en el desarrollo sucesivo y proporcional de uno y otro una prueba de la materialidad del alma, veamos lo que es realmente un rasgo admirable de la sabiduría del Criador, y un medio por el que conserva la armonía de este mundo. Por tanto diremos tomando el pensamiento y aun las expresiones de un apologista moderno: «Si un niño tuviese su « razon completa, le seria insufrible la debilidad « de su cuerpo; y léjos de sonreirse en los bra« zos de su madre, se le veria triste, inquieto y

« celoso aspirar con impaciencia á todo el vigor « de su padre; tendria, aun envuelto en sus « pañales, las pasiones y los proyectos de un « hombre, y enfureciéndose porque no puede « satisfacer sus deseos, el mismo conocimiento « de su libertad le haria mirar como una horri- « ble prision la cuna donde descansa tranquila- « mente. Los padres no tendrian mas autoridad « que la de la fuerza, y los ancianos carecerian « de aquel derecho legitimo que les da la madu- « rez de sus juicios al respeto de la juventud. « Todo se trastornaria en el órden de las cosas « humanas (1). » Diré en dos palabras, Señores, valiéndome de las mismas del escritor que ha refutado el *Sistema de la naturaleza* con una lógica invencible : « Es cierto que hay una depen- « dencia mútua entre el cuerpo y el alma; pero « es un delirio inferir que dos cosas son idénti- « cas, porque entre ellas haya una mútua de- « pendencia (2). »

Estamos en la última dificultad tomada de la semejanza entre el hombre y los animales. Se conviene en que los animales sienten y piensan, y sin embargo se niega que tengan una alma espiritual; de lo que se quiere inferir que puede tal vez suceder lo mismo respecto del alma humana. Por de contado, Señores, yo no puedo

(1) Helvienne, *Observations* à la suite de la lettre XLIII.
(2) Holland, *Réflexions philos.*, etc., cap. VII, p. 64.

menos de extrañar la conducta de los materialistas, que quieren que juzguemos del hombre por los animales; porque al cabo yo conozco con el sentimiento mas vivo y mas claro todo cuanto pasa en mi, los pensamientos y las operaciones de mi entendimiento; pero carezco de toda nocion respectiva al principio interior que hace obrar á los animales. Si sus acciones son visibles, su causa se oculta á nuestra sagacidad; y para juzgar con acierto, seria preciso haber vivido en el animal, y haber experimentado y sentido lo que pasa en él cuando ejecuta sus operaciones. « El verdadero filósofo, dice con « este motivo el inmortal autor del *Anti-Lucre-* « *cio*, camina de lo que conoce á lo que ignora. « ¿ Por que rareza quereis juzgar de lo que cono- « ceis por aquello que ignorais? ¡ Extravagante « dialéctica! ¿Deberemos acaso buscar la luz en « el centro de las tinieblas (1)? »

Dejo á los anatómicos el comparar la organizacion de los animales con la del hombre para establecer sus relaciones y su diferencia. Mirando las cosas bajo de otro punto de vista, consideremos aquello en que se parecen, y aquello en que vemos resaltar maravillosamente la superioridad del hombre.

En el animal se echa de ver el instinto que le dirige; aquella fuerza desconocida, pero cuyos

(1) Lib. VI, v. 379 et suiv.

efectos vemos, y que le domina de tal modo que, en todos tiempos y lugares, hace uniformemente las mismas cosas. Hay tambien en el hombre, en ciertos casos, una especie de instinto ó causa indeterminada y ciega de lo que hace. Por él comprime un niño recien nacido el pecho de su madre para sacar su alimento, y los ojos heridos por una luz demasiado fuerte se cierran con rapidez; por este instinto presentamos las manos en una caida para libertar la cabeza; por él, cuando sostenemos un peso por un lado, inclinamos el cuerpo hácia el opuesto para hacer el equilibrio, y ejecutamos todos estos movimientos y otros muchos semejantes de un modo puramente maquinal é indeliberado y sin premeditacion; siendo de notar que el mas estúpido aldeano sabe y ejecuta todo esto con tanta perfeccion como el hombre mas sabio y el maquinista mas consumado: y hé aquí como por el instinto se asemeja el hombre algunas veces al bruto.

¿Que otra cosa veis ademas en el hombre? Que por sus órganos, sea interiores ó exteriores, recibe impresiones involuntarias, sensaciones de frio ó de calor, de alegria ó de placer, de hambre y de sed, las cuales se refieren á su bien estar, á su conservacion y á su salud; en una palabra, que tiene una alma sensible. Nada nos impide conceder alguna cosa semejante á los animales, como creer que el fiel compañero del pastor es sensible á la mano que le acaricia y le castiga;

que el caballo es dócil por sentimiento á la mano que le guia; que los animales en general experimentan sensaciones relativas á sus necesidades físicas, y á la conservacion de su especie : bajo de este aspecto pueden tener una alma no semejante á la nuestra, pero sí de una naturaleza inferior y capaz de sentir. ¿Y en donde se encuentra que la religion condene semejante sentimiento? ¿Desde cuando ha impuesto la obligacion de creer que los animales son como las plantas, que vegetan y crecen sin experimentar la sensacion del calor que las vivifica, ó de las lluvias que las riegan? Cuando nuestros libros santos nos hacen la pintura, tan magnífica por su sencillez, de las obras de la creacion, se contentan con decir que Dios cubrió la tierra de plantas, colocando en cada especie la semilla que debia reproducirlas; pero hablando de los animales los llama hasta tres veces *una alma viviente;* por lo que nada nos prohibe conceder á los animales una alma sensible como la del hombre, hasta cierto punto.

¿En que consiste pues la diferencia? Vedla aquí, Señores. Observad los animales; vereis que caminan siempre de un mismo modo, y que sus acciones son constante y generalmente las mismas : incapaces de nuevas combinaciones, ni inventan ni perfeccionan ; los hijos no saben mas que sus padres, y lo que saben es sin haberlo aprendido. ¿Que animal ha descubierto un modo

nuevo de defenderse, de ponerse á cubierto de las asechanzas del hombre, de construir su morada y de vivir en sociedad? La golondrina del Mogol trabaja su nido del mismo modo que la de Europa; al otro lado del Vistula, como mas allá del Ebro, la abeja fabrica sus panales con la regularidad mas uniforme, y el castor no es hoy mas ni menos hábil que lo era hace dos mil años. Esta rigurosa é invencible uniformidad parece suponer que los animales son mas bien movidos por una fuerza, cuya direccion no está á su arbitrio, que por una razon que medite, combine y se determine eligiendo. Sobre todo, ¿quien se atreverá á decir que el animal puede elevarse hasta el autor de su ser, que admire sus divinas perfecciones en la belleza de este mundo, que conozca el órden y la virtud, que siga las leyes por impulsos de la conciencia, y rinda al Criador homenajes voluntarios? Ved, por el contrario, ¡que admirable variedad en las obras del hombre! Cada dia hace nuevos descubrimientos, manda á la materia por medio de las artes y de las ciencias, y cambia la faz de la tierra. Abraza en su comprension todas las obras del Criador, para admirar en ellas la suprema Sabiduría, unas veces patente y otras oculta, pero siempre adorable; y se eleva por último al conocimiento del bien, de la verdad y de la eternidad.

Ahora, Señores, nos es ya fácil responder á las

dificultades de los materialistas, y podemos decirles: ¿quereis, como Descartes, que los animales sean puras máquinas sin pensamientos ni sensaciones? Pues bien, entónces no es extraño que carezcan de alma, y no puede hacerse el menor paralelo entre ellos y nosotros, que pensamos y sentimos sin que nos sea posible dudarlo. ¿Quereis al contrario concederles sensaciones y pensamientos? En este caso se os puede desafiar altamente á que probeis que no tienen alma, no diré como la del hombre y tan perfecta en sus facultades, sino una alma cuya existencia esté limitada á la del animal, y cuyas funciones se dirijan á la conservacion y necesidades físicas del mismo (1).

¡Cosa singular! ¡El hombre, Señores, soberbio hasta el punto de abrogarse lo que procede del Criador, y de mirar con zelos el bien de su semejante, hace hoy esfuerzos prodigiosos de ciencia y de ingenio para persuadirse que las bestias valen tanto como él, y que se diferencia muy poco de ellas! Pero al mismo tiempo que se degrada al hombre hasta nivelarle con las bestias y aun con las plantas, se quiere ennoblecer á estas concediéndoles las facultades é inteligencia del hombre; se ponderan las inclinaciones y sentimiento de las plantas, se mira con

(1) Bossuet, *Connaissance de Dieu et de soi-méme*, cap. v, n. 13. — Hallviennes, *Observ.* à la suite de la Lettre LI.

enajenamiento la resignacion y discrecion de un pájaro enfermo. Así se envilece la dignidad de la especie humana, y así una filosofía, aun mas abyecta que atrevida, procura despojar al hombre en cierto modo de sus derechos, y sublevar contra él las demás criaturas : falsos sabios intentan introducir la democracia en la naturaleza, así como falsos políticos la habian introducido en la sociedad; y para servirme de la expresion original de un grande escritor : « Parece que el pueblo de la creacion conspira « á destronar á su Rey. » Pero no : la soberanía del hombre no perecerá, y, á pesar de los sofistas, siempre conocerá la excelencia de su destino. Su preeminencia sobresale por todas partes, se descubre en le majestad de su porte, en la dignidad de su frente, en la sublimidad de sus miradas, y en la postura de su brazo levantado y extendido sobre su imperio; pero sobre todo la elevacion de su clase brilla en ese pensamiento que esparce al rededor de sí por medio de la palabra, y va á todas partes por medio de la escritura; y en esa alma de que los libros sagrados dan una idea tan magnífica diciendo, que está hecha á la imágen de Dios. Sí, el alma, por su imperio sobre esta porcion de materia que está unida á ella y á la que gobierna, representa alguna parte de la accion poderosa del motor del universo; y por la rapidez de sus pensamientos, la memoria de lo pasado, el conoci-

miento de lo presente y la prevision de lo futuro, se asemeja á la inteligencia infinita que de una ojeada abraza todos los tiempos y todos los lugares. La impetuosidad de sus deseos insaciables, y la extension de sus esperanzas ilimitadas, la advierten que está destinada por gracia á aquella eternidad que Dios posee por naturaleza. ¡Oh Dios, criador del universo! Vos sois el único Rey inmortal de los siglos; pero vos os habeis dignado constituir al hombre rey del globo que habita, y seria menospreciar vuestros dones no conocer el valor de una dignidad que tenemos de vuestra divina munificencia. ¡Cuan apreciable debe sernos esta soberanía que viene de vos, y que es el preludio de la soberanía sin fin de que un dia participaremos con vos en las mansiones de la inmortalidad!

LEY NATURAL.

El primero de los filósofos y oradores de la antigua Roma tenia ideas bien sublimes y claras sobre la ley natural cuando decia: «La verdadera ley es la recta razon y la voz de la naturaleza comun á todos los hombres; ley invariable y eterna, que nos prescribe nuestros deberes y nos prohibe la injusticia; de cuyo imperio no pueden sustraernos ni el pueblo ni los magistrados; que no necesita de otro órgano ni de otro intérprete que nosotros mismos; que no es diferente en Roma y en Aténas, ni fué diversa en otro tiempo de lo que es hoy: por ella enseña y gobierna Dios soberanamente á todos los hombres, y él solo es su autor, su árbitro y su vengador. El que no la sigue es enemigo de sí mismo, rebelde á la naturaleza, y halla en su propio corazon el castigo de su crimen aun cuando le fuese posible eludir las penas que pueden imponerle los hombres.» Así se explicaba Ciceron en otro tiempo, en el tercer libro de su *Republica*. Lactancio que nos

ha conservado este fragmento (1), le hallaba tan bello que le calificó de casi divino. ¡Que lenguaje en efecto, y que rasgo tan luminoso en el centro mismo del paganismo! Pero ¡que borron de ignominia no echa al mismo tiempo sobre todos esos sistemas detestables que confunden el bien y el mal, y hacen de las reglas de las costumbres una cosa puramente arbitraria! Ha sido preciso que hasta en medio de las mas brillantes luces del Cristianismo se hayan visto renovar los monstruosos sistemas, que aun entre los mismos paganos excitaron la indignacion y el desprecio, y que no llegaron á acreditarse entre los Griegos y los Romanos sino para corromperlo y destruirlo todo. ¡Que misterios de perversidad podria descubriros si quisiese exponer todo lo que ha salido de la pluma de nuestros impíos y desenfrenados escritores acerca de la virtud y de las pasiones, y sobre las reglas de las acciones humanas y los motivos que deben dirigirlas! Baste saber que segun estas doctrinas el vicio y la virtud no tienen fundamento alguno en la naturaleza de las cosas, sino que varian como los usos y los climas; que la moral procede de la política, como las leyes y los verdugos; que las pasiones son las que únicamente producen las grandes acciones; que el que se abandona á ellas tiene la prudencia de

(1) *Divin. Instit.* lib. VIII, cap. VIII.

ahorrarse el inútil trabajo de combatirlas; que si uno es bueno por la mañana y vicioso por la noche, es preciso atribuirlo á la circulacion mas ó menos rápida de la sangre, y que el moralista que dice al disoluto : *sed moderado,* se parece al médico que dijese al enfermo : *no tengais calentura.* Tales son los excesos de los reformadores modernos. ¡Que de sofismas y de equívocos para defigurar su perversidad, disfrazar sus horribles consecuencias, y hacer odiosas ó ridículas las máximas eternas, que son la salvaguardia del órden y de la justicia sobre la tierra! Nadie ignora con que ansia han sido oidas por todas las clases de la sociedad estas falaces doctrinas, y cuales han sido sus funestos estragos. Nuestra idea, Señores, en el dia, es presentaros la verdad desnuda de todos los celajes de los sofismas y de engañosas pasiones, y establecer la distincion esencial y primitiva del bien y del mal, sin la cual no hay ni moral, ni leyes, ni sociedad. Al efecto propondré los tres puntos siguientes : primero, hay una ley anterior á todas las convenciones humanas; segundo, esta ley se llama justamente *natural;* tercero, el primer deber que esta ley nos impone, es arreglar nuestras inclinaciones. Tal será el asunto de esta conferencia sobre la ley natural.

Sin embargo de que en las cosas religiosas y morales la razon, la conciencia y el sentimiento se confunden con frecuencia entre sí, ó no se

distinguen sino muy ligeramente, vamos á diferenciarlos aquí para dar mas órden y claridad al desenlace de nuestras ideas.

Llamo razon á esa luz que nos descubre los principios de las cosas, y las reglas de las costumbres; llamo conciencia al juicio interior por medio del cual el hombre se aprueba ó condena á sí mismo despues de una accion; y designo con el nombre de sentimiento á aquellas impresiones é inclinaciones comunes á todos, que se anticipan á la reflexion, y son inherentes á nuestra naturaleza. Así, pues, recurriré al triple testimonio de la conciencia, de la razon y del sentimiento para establecer la diferencia real del bien y del mal, la existencia de una regla primitiva de nuestras acciones, y la de una ley anterior á todo convenio humano.

Empecemos por la razon: hay una luz que ilumina todos los entendimientos, y que no es invencion del hombre, así como tampoco lo es la que ilumina los cuerpos: mas débil en unos, mas viva en otros, pero comun á todos, les descubre verdades primitivas que hacen que todos los hombres de todos los paises y de todos los tiempos, sin haberse conocido jamás, ni estar ligados por la menor relacion de amistad ó de educacion, se entiendan sobre determinados puntos, y se hallen tan conformes, que tendrian por insensato al que no pensase sobre ellos como el resto del género humano. Los hom-

bres de diferentes siglos y de diferentes regiones del mundo pueden muy bien estar discordes en una multitud de cosas menos claras; pero existe siempre una luz superior é inevitable que los domina, los subyuga y tiene como encadenados á cierto centro fijo, y unidos por ciertas reglas invariables que se llaman *primeros principios*, aun á pesar de la infinita variedad de sentimientos que excitan en ellos sus pasiones, sus intereses y sus caprichos. Esta luz, dice Fenelon (1), es la que hace que un salvaje del Canadá, por mas idiota que sea, piense acerca de muchas cosas, como pueden haber pensado los filósofos, griegos y romanos, con toda su ciencia y sus conocimientos. Ella hace que en el Japon, así como en Francia, se crea que el todo es mayor que su parte; y por ella han hallado sobre ciertos puntos los geómetras de la China las mismas verdades que los de Europa, miéntras que los pueblos de ámbas regiones no se conocian unos á otros. Léjos de haberse sujetado esta luz á los caprichos de los hombres, es al contrario su regla y su guia; es nuestra soberana, y no nuestra esclava; y si es posible sublevarse contra su imperio, jamás lo es destruirle. El hombre compara, discierne y juzga por medio de ella; por consiguiente esta luz es lo que llamamos razon: este es nuestro maestro

(1) *Traité de l'Existence de Dieu*, 1ª parte, n. 36.

interior; nuestro destino es ser dóciles á su voz; y en escucharla y seguirla consiste nuestro bien, así como nuestro mal en despreciarla. Es sin duda el hombre un ser racional por su misma naturaleza, é independientemente de todo convenio; siéndonos tan imposible constituir la naturaleza humana á nuestro capricho, como la naturaleza del círculo; porque tan esencial es al hombre ser racional como al círculo tener sus radios iguales, y por esto él es lo que es : luego la razon es con anterioridad á todo convenio su ley suprema; de modo que solo es bueno siguiéndola, y malo violándola ; porque decir que somos buenos ó malos por puro convenio, es decir que solamente por igual motivo somos racionales, ó en otros términos, que por convenio es hombre el hombre, lo que es el último extremo de la ridiculez.

Profundicemos mas las cosas : ¿que es lo que me dice la recta razon? Que Dios, este ser soberanamente sabio, no obra al acaso ni por capricho; que en todas sus obras se propone designios dignos de él, y que al criar al hombre y dotarle de ciertas facultades, le destinó á un fin, hácia el cual debe caminar sin intermision. Hay ciertamente leyes para el alma, como las hay para el cuerpo, para el mundo intelectual y para el material. Y cuando en la naturaleza corpórea todo se liga, todo se encadena y camina por reglas admirables, concurriendo todo al órden y

á la armonía universal; cuando la tierra y los cielos, los animales y las plantas, todos los seres en fin tienen sus puestos señalados, y su destino particular al que se dirijen bajo la mano poderosa de aquel que gobierna al universo; ¿el hombre solo, abandonado á sí mismo y á sus raros caprichos, habrá sido criado sin objeto ni designio; y la mas noble, la mas perfecta de todas las criaturas del globo, dejará de estar sometida á reglas tomadas del fondo mismo de su naturaleza? ¡Que monstruosidad! Pero si el hombre ha sido criado para un fin, no está á su arbitrio abandonarle impunemente; su deber es dirigirse á él, y en esto consiste la virtud; así como separarse voluntariamente de él es un desórden en que consiste el vicio. Tan imposible es al hombre dispensarse de seguir el camino que le traza la recta razon, como dispensar al sol de aparecer por el oriente, y ocultarse por el occidente; y así por su misma naturaleza y no por convenio alguno, es el hombre sensible, libre é inteligente. Como sensible, se ama á sí mismo, desea su felicidad, y está en el órden natural que procure hacerse dichoso; como libre, no es arrastrado por el temor ni por la necesidad, y puede pesar en una balanza fiel los inconvenientes y ventajas de las cosas; es capaz de una eleccion meditada, y el órden exige que no se precipite ni sea temerario en su conducta; como inteligente, puede ver y abrazar la ver-

dad, y está en el órden que no sea indiferente á ella, y que la prefiera á la mentira. Ved aquí unos deberes que nacen de nuestras facultades, que son la consecuencia inevitable, y no por convenio, de nuestra cualidad de seres racionales. Ved unas obligaciones que tienen su orígen independiente de toda convencion humana, y de las que nace la distincion primordial del órden y del desórden moral, del vicio y de la virtud.

¿Que mas me dice la recta razon? Me dice que hay verdades especulativas, independientes de los hombres, de las que se derivan consecuencias prácticas tan inmutables como sus principios; me dice que existen entre los seres relaciones que no son arbitrarias, sino esenciales, y á las cuales se ligan las reglas de nuestros deberes. Esto necesita explicacion, y procuraré dárosla tal que ilustre vuestros entendimientos.

Dios, feliz por sí mismo, podia sin duda alguna no haber criado el mundo presente; pudo ciertamente haber dado á luz de una vez todo el género humano por solo un acto de su suprema voluntad, y por último hubiera podido escoger un mundo donde el hombre no estuviese destinado á la vida doméstica y social. Pero suponiendo que el Criador ha realizado lo que es posible, que ha criado al hombre, que ha establecido leyes para la perpetuidad de la especie

humana, y que le ha llamado á la sociedad, resultan de este plan de la creacion relaciones entre Dios y el hombre, entre el padre y los hijos, y entre una y otra familia; existen, digo, relaciones que no han sido establecidas por el hombre, sino que lo estaban ya, y que no arregla él segun sus caprichos, sino que al contrario deben ser la norma de sus sentimientos y de sus acciones. Da Dios al hombre el ser y la vida; ved ya una relacion de dependencia del hombre criatura con Dios su criador, y de reconocimiento del hombre que recibe el beneficio con Dios su bienhechor. Este es un lazo y una relacion que el hombre no puede impedir ni destruir, porque no está en su poder variar la naturaleza de las cosas, dejar de ser criatura, ni hacer que Dios no sea su criador; y si es cierto en teoría que Dios le ha dado el ser, es tambien verdad en la práctica que el hombre le debe sentimientos de adoracion y de amor. Establece Dios el poder paternal; he aqui una relacion fundada en la naturaleza entre el padre y los hijos; y si los padres prodigan á los hijos los cuidados mas tiernos, y muchas veces las mas penosas atenciones, ¿será permitido á los hijos corresponderles con ingratitud? ¿Provendrá acaso de un convenio la obligacion de amar y honrar los hijos á los autores de sus dias? Del mismo modo desde que Dios coloca a los hombres en sociedad, es preciso que existan rela-

ciones entre el señor y sus criados, entre el magistrado y sus gobernados; es preciso, ante todas cosas, que un principio de justicia prescriba la obediencia á la autoridad, y el respeto á las leyes, y debe exigir el órden que unos manden y otros obedezcan.

Yo bien sé que sin la creacion del órden actual del mundo no hubieran sido estas relaciones y deberes mas que posibles, y conocidos solamente por el divino entendimiento. La creacion nos los ha manifestado y dado á conocer : el hombre los ve, pero no los crea; así como si trazais un círculo haceis palpable la igualdad de sus radios, pero no sois vosotros los que creais esta igualdad, sino que estaba fundada en su naturaleza; por lo que es imposible hacer un círculo cuyos radios sean desiguales. Tambien sé que los hombres pueden ligarse entre sí por leyes que sean obra suya, y variarlas segun los tiempos, los climas y las personas; que infinitas cosas indiferentes por su naturaleza pueden dejar de serlo en virtud de una ley que las prohiba; que en lo respectivo á la forma de los gobiernos, á la policía exterior de los Estados, legislacion y comercio ordinario de la vida, hay sin duda muchas cosas de institucion humana y de puro convenio; pero es claro que todas estas convenciones que se llaman arbitrarias suponen ellas mismas principios anteriores de órden y de justicia que les sirven de base y las hacen

obligatorias. Asi los que quieren que la ley humana sea la única regla del bien y del mal, son los hombres mas ciegos; pues no conocen que no tendria fuerza ni autoridad si no estuviese apoyada en un principio anterior. Porque al fin, si yo les pregunto porque debo obedecer las leyes, me diran que por haber pactado obedecerlas, y que, por mi cualidad de miembro de la sociedad, debo respetar el órden establecido. Pero si pregunto ademas, porque debo ser fiel á mis compromisos, y de donde les viene á estos la fuerza de obligarme y ligar mi conciencia, se verán precisados á remontar á un principio anterior á las leyes humanas, si no quieren rodar por un círculo pueril. Los contratos no son obligatorios en efecto, sino porque existe ántes que ellos un principio de eterna verdad, que dice: serás fiel á tus promesas.

Si las leyes humanas fuesen la única regla del bien y del mal, como se pretende, podrian los hombres trastornar todas las nociones de la moral recibidas universalmente; podrian llamar virtudes lo que han aborrecido siempre como vicios, y denigrar con el nombre de vicios lo que siempre se ha proclamado como virtud; podrian por último variar las ideas, el lenguaje y la conducta, asi como se varian las cláusulas de los contratos, las expresiones de política, y la forma de los vestidos. Pero ¿acaso pueden los legisladores hacer que el asesinato, el perjurio,

la traicion, la cobardía, y la blasfemia, la ingratitud y la avaricia sean conformes á la razon, y se conviertan en virtudes? Esto seria lo mismo que decir que pueden estipular los pueblos, por un convenio solemne, que la calentura y la peste dejen de ser males nocivos á la humanidad; y si esto os parece absurdo y reprobado por la razon, confesad que hay acciones malas y criminales por sí mismas, independientemente de los convenios humanos. Ahora conocereis fácilmente porque Montesquieu ha dicho al principio de su *Espíritu de las Leyes* (1), «los seres « particulares, inteligentes, pueden tener leyes « hechas por ellos; pero tambien las tienen que « no son obra suya. Antes que existiesen seres « inteligentes, eran posibles: tenian pues rela- « ciones posibles, y por consecuencia leyes tam- « bien posibles; ántes que se hiciesen leyes, ha- « bia relaciones de justicia posibles: la existencia « de estos seres inteligentes realiza estas leyes, « así como la existencia del círculo realiza la « igualdad de sus radios; pero decir que no hay « nada justo ó injusto, sino lo que mandan ó pro- « hiben las leyes positivas, es decir que ántes « que se hubiese hallado el círculo, todos los « radios no eran iguales.»

Consultemos ahora la conciencia. Es tal el imperio de la virtud, que no podemos sustraernos

(1) Lib. I, cap. I.

de él impunemente; ella encuentra en nosotros mismos su vengador. La conciencia es un tribunal donde la virtud no presenta en vano sus quejas; su poderosa voz puede muy bien confundirse por algun tiempo en el tumulto de las pasiones que quisieran oprimirla; pero firme en sus pretensiones, alcanza tarde ó temprano la justicia que reclama. Si hay seres tan depravados que la sofoquen enteramente, como los hay á quienes la avaricia hace sordos á los gritos de la humanidad doliente, es preciso llorar esta excepcion tan extravagante como horrible, en vez de tomar de ella ocasion para no considerar la conciencia mas que como una quimera. Los hombres sin conciencia dejan de pertenecer á la naturaleza humana; así como los cadáveres dejan de ser hombres. ¡Que consolador y tambien que temible es este juez interior que nos aprueba ó nos acusa, nos absuelve ó nos condena! Consolador para el hombre de bien, le hace hallar en una alegría pura y dulce el premio de sus esfuerzos; y terrible para los malos, los entrega á toda la amargura de los remordimientos. Mas si todo es indiferente, si efectivamente no hay bien ni mal, ¿en que consiste que el malo se acusa á si mismo, y es su propio verdugo? ¿Porque se condena con tanto rigor? ¿Porque le hace temblar la idea de un Dios vengador, y vuelve contra si mismo su furor para hacerse infeliz? Los remordimientos suponen un crímen, y el

crímen una obligacion y un deber que cumplir.

Examinad, Señores, que es lo que caracteriza lo que llamamos remordimientos. ¿Que cosa es pues ese incómodo sentimiento? No es ni el dolor que acompaña á la enfermedad, ni la pena que puede causar el infortunio: es una reconvencion que el hombre se hace á sí mismo, porque conoce que debia obedecer á la ley, y que la ha violado libremente. No procede del temor del descredito ó de una pena, sino de la confesion que el delincuente se ve forzado á hacer de la voluntaria infraccion de su deber. Si por el contrario habeis hecho un acto de justicia ó de humanidad, nunca podreis arrepentiros de él, aunque hayais sido correspondidos con ingratitud, y os haya atraido odio ó menosprecio. Sí, aunque vuestra virtud os condujese al suplicio, seriais ciertamente víctimas, pero no os reconoceríais culpables; podríais lamentaros de la injusticia de los hombres, y de la desgracia de vuestra suerte; pero los remordimientos no entrarian jamás en vuestro corazon. Apláudame por el contrario todo el mundo; yo me condenaré á mí mismo si me reconozco culpable; y aunque el vicio me eleve á la cumbre de la gloria, allí subirán conmigo mis remordimientos para despedazar mi corazon. Tal es el imperio de la conciencia sobre la opinion y las convenciones de los hombres. Sean enhorabuena la con-

ciencia y los remordimientos un sentimiento mas ó menos vivo, mas ó menos desarrollado, segun el grado de ilustracion ó de conocimiento mas ó menos exacto de nuestras obligaciones; pero siempre será un error enorme no reconocer en ellos un sentimiento natural al hombre, independiente de las variaciones del clima, de la educacion y del nacimiento. Ni el secreto, ni la oscuridad, ni el silencio de las leyes, ni el brillo del poder pueden libertar al culpable del aguijon vengador de su conciencia; y aunque á veces el crédito haya asegurado la impunidad, jamás ha podido mitigar el sobresalto de aquella. Tiberio y Neron experimentaron remordimientos, y temblaron algunas veces horrorizados con el recuerdo de sus maldades. La conciencia podrá estar adormecida, pero no muerta; y acaso sus punzadas sean tanto mas agudas y dolorosas, cuanto mas profundo haya sido su letargo. Es el despertar del leon que sale del reposo con nuevo vigor para despedazar su presa. En una palabra, haced desaparecer la diferencia primitiva del bien y del mal; haced que todo sea arbitrario, todo resultado de convenios, y desde entónces esa reconvencion interior que el hombre se hace á sí mismo aun en aquellos casos en que nada tiene que temer de los demás, en una palabra los remordimientos no serán mas que una absurda quimera de que deberá libertar á su imaginacion vanamente sobresaltada.

Veamos ahora que nos dice lo que yo llamo sentimiento. Se habla sin cesar de naturaleza; ¿pero donde la hallareis sino en esas impresiones é inclinaciones universales y uniformes de que los hombres no pueden despojarse, y que mas veloces que el raciocinio se adelantan á toda reflexion, y dominan á toda la especie humana? Esta es una fuerza oculta por la que nos vemos como forzados á aborrecer ó á amar, á estimar ó á menospreciar ciertas cosas. De ella nace el sentimiento de adoracion á la Divinidad, la piedad filial, el amor á la patria, la compasion para con los desgraciados, y la admiracion de las acciones generosas. Si en medio de la diversidad de sus leyes, usos y costumbres, han conocido todos los pueblos del mundo que se debe honrar á los padres, que la ingratitud es un vicio, que es preciso ser fiel á sus palabras, que es admirable sufrir con valor la desgracia, que es laudable socorrer al desgraciado, y que nadie debe hacer á otro lo que no quisiera que le hiciesen; ¿quien se atreverá á decir que estas son máximas de puro convenio, y no tomadas de nuestra misma naturaleza? Nunca los hombres, á pesar de su depravacion, han podido dar á las claras al vicio el nombre de virtud; y siempre el vicio, aun en medio de su triunfo, se ha visto obligado á cubrirse con la máscara de una falsa probidad, desesperanzado de adquirirse el aprecio manifestándose á cara descubierta. Nadie

hasta ahora ha podido persuadirse á sí mismo, ni persuadir á los demás, que es mejor ser embustero que ingénuo, malhechor que benéfico, exaltado que moderado : ¡tan cierto es que hay cosas que repugnan por sí mismas á la naturaleza!

Supongo que fuese posible reunir en un mismo sitio habitantes de todas las partes del mundo, de todas edades y de todas condiciones; que fuese posible hablarles en una lengua que todos entendiesen, y que un sofista levantase el grito en medio de esta asamblea general del universo, y dijese : «El género humano ha estado equivo- «cado hasta ahora con respecto al vicio y á la «virtud, y ha llegado en fin el tiempo de des- «cubrirle las verdaderas reglas de su conducta. «Escuchad, y ved lo que solemnemente debe «tenerse entendido en todo el mundo. Ningun «sentimiento de adoracion se debe á la Divini- «dad; los hijos estan dispensados de amar á sus «padres; nadie está obligado á cumplir su pala- «bra; todo ciudadano podrá inocentemente ser «traidor á su patria; cada uno deseando que «los demás le favorezcan podrá á su arbitrio ha- «cerles mal.» Pregunto yo: ¿semejante doctrina no seria rechazada al punto por un grito universal de indignacion, y no se enviaria al tal charlatan á predicar su doctrina á los osos y á las panteras? Sí, el corazon se ha hecho para la virtud, como el entendimiento para la verdad,

y en cada uno de nosotros existe un amor secreto al bien, lo mismo que un secreto horror al mal: instinto sublime que nos señala nuestras obligaciones, del mismo modo que ciertas sensaciones nos recuerdan nuestras necesidades físicas. Esta aficion á la virtud es la que nos hace admirar ciertas acciones, así como la inclinacion á la verdad nos hace amar los caractéres ingénuos, y las almas rectas y sinceras. ¿Que corazon hay que no se conmueva al recordar un rasgo heróico, que no se interese por la virtud oprimida, y no se llene de indignacion contra su opresor? Cuando se nos refiere que Focion caminando al suplicio mandó á sus hijos olvidar el crímen de su ingrata patria, se apodera de nuestras almas un sentimiento de veneracion que las enajena. Y cuando la antigua Roma aplaudia con entusiasmo esta máxima: «Soy hombre, y todo lo que interesa á la humanidad me es propio (1),» ¿era acaso un grito de convencion ó dictado por la cábala? No ciertamente: era el grito de la naturaleza humana, la cual hacia hablar al pueblo romano.

Es indudable que este sentido moral, que precediendo á la reflexion nos hace distinguir el bien del mal, puede debilitarse, viciarse, y casi extinguirse alguna vez por la ignorancia, las pasiones inveteradas, y por las impresiones opues-

(1) Terenc., *Heaut.* act. I, esc. 1ª, v. 25.

tas de antiguos hábitos. Al darnos el Criador ciertas facultades que son como el dote de nuestra naturaleza, nos ha dejado el cuidado de cultivarlas; y del mismo modo que el cuerpo crece y se fortifica con el alimento y el ejercicio, el alma se desarrolla por medio de la reflexion, de la educacion y de la experiencia. Nacemos con la aptitud necesaria para ilustrarnos y perfeccionarnos, aunque puede acontecer que falta de cultivo se queden nuestras facultades en una especie de estupor y de muerte: por tanto el salvaje está mas bien en un estado de degradacion que en un estado conforme á nuestra naturaleza, y es como un árbol naturalmente fecundo, pero que necesita otro cielo y otro temperamento. De este modo se descifra el porque los pueblos, conformes en ciertos principios, discuerdan sobre sus consecuencias. Y no se alegue, para debilitar la autoridad del género humano, que lo que es criminal en un pueblo es inocente en otro; que se han visto algunas naciones autorizar el robo, el abandono de los hijos, la muerte de los padres en su vejez, los sacrificios de víctimas humanas, y otras muchas crueldades é infamias de todas clases; y que por lo tanto la moral es arbitraria. ¿Desde cuando acá, Señores, deben buscarse los verdaderos sentimientos de la naturaleza racional en sus mismos extravios, y en los excesos que la deshonran? ¿Acaso deberemos juzgar del aire que

respiramos y nos da la vida por la insalubridad del de algunos climas donde reina el contagio? ¿Calcularemos las fuerzas del cuerpo humano por los vicios de sus órganos? No cabe duda, Señores, hay esparcidos por todos los pueblos sentimientos de religion, de justicia y de humanidad; hay ciertas reglas invariables que los unen á todos; mas sea por pasion, sea por ignorancia, hanse extraviado muchos en la aplicacion de estos principios comunes. Es horroroso á la verdad que el salvaje apresure la muerte del anciano enfermo ó imposibilitado de seguirle en sus correrías, y que el chino se deshaga de una poblacion excesiva con la muerte de los niños; pero aquel lo hace por un sentimiento de conmiseracion falsamente aplicado, y este por el temor de no poder atender á la subsistencia de sus hijos, que en la realidad le seria mucho mas grato alimentar. Por el mismo error el Arabe del desierto y el Tártaro conceptuan mas noble y bello vivir del botin, que es conquista suya, que del trabajo, sin que fuera de este caso dejen de ser justos, humanos y benéficos. Haz homenaje á Dios de lo que tienes: he aquí un principio incontestable; pero si decimos que para aplacarle es necesario sacrificarle todo, hasta víctimas humanas, vendremos á parar de un principio verdadero á una consecuencia falsa y horrorosa. Con semejante modo de raciocinar contra la ley natural, y tal manía de querer que

la moral no se funde en la naturaleza, porque los hombres estan discordes en ciertos puntos, ¿sabeis, Señores, á donde iriamos á parar? A un pirronismo universal. No habria verdad alguna, porque no hay una sola que no haya sido combatida hasta con la mayor sutileza, ni habria verdadera belleza en las artes ni en las obras del ingenio humano, porque las naciones y los siglos no estan acordes sobre el mérito de estas producciones. La corrupcion humana no destruye la moral, así como la falsa metafísica tampoco destruye el sentido comun: hay pues una ley anterior á todo convenio humano, que es lo que acabo de probar. Pero ¿porque se llama ley natural? He aquí lo que vamos á examinar.

Léjos de nosotros la pueril idea de que hubo un tiempo en que el género humano vivia sin Dios, sin ningun sentimiento religioso ni principio de moral, como si hubiese principiado á existir siendo ateo y enteramente bruto; de que progresivamente y de un modo insensible haya pasado de este estado de ateismo y estupidez al de alguna creencia religiosa, y que por último haya descubierto á Dios, la vida futura, la Providencia y la moral; así como por repetidos esfuerzos y experiencias multiplicadas ha descubierto la álgebra y la química. El hombre es por naturaleza un ser racional, moral y religioso; y mas bien le hallareis destituido de todo

talento, que falto de toda nocion de justicia y de virtud. Por mas que os remonteis á la antigüedad, siempre hallareis á los hombres en posesion de creer algunas máximas de religion y de moral. En este punto la naturaleza ha excedido á la industria : miéntras que la débil razon se ha extraviado en fútiles indagaciones sobre esto, ó solamente ha abortado sistemas ridículos, nuestros libros santos nos hacen estar como presentes á la obra de la creacion, nos enseñan como han sucedido todas estas cosas, y hasta los niños saben entre nosotros lo que ignoraron los sabios de la antigüedad. El primer hombre salió de las manos del Criador en estado de madurez; no nació niño, ni con la debilidad y la ignorancia de la primera edad ; apareció en el mundo hombre formado ya, y gozando desde el primer instante de su existencia de todas las facultades del cuerpo y del alma; empezó á vivir con conocimientos ya formados en su entendimiento, con sentimientos religiosos en su corazon, y con un idioma á propósito para expresar sus ideas; halló en sí mismo el conocimiento de Dios su criador, nociones de órden y de virtud, amor al bien, una inteligencia que se elevaba hasta el autor de su ser, una voluntad inflamada del deseo de agradarle; y sus primeros afectos fueron sin duda el reconocimiento y el amor. Cuanto habia recibido del mismo Dios, y cuanto sabia, lo transmitió á sus hijos, y estos

lo dejaron á su tiempo como en herencia á las generaciones sucesivas; la tradicion se conservó y se extendió con la especie humana; y ved aquí como de familia en familia, de edad en edad y de comarca en comarca, se han conservado mas ó menos puras entre el género humano estas nociones primitivas. De este modo han tenido todas las creencias religiosas y morales un origen comun, aunque despues hayan sido como arroyos de los cuales unos han conservado la pureza de sus aguas, y otros las han enturbiado mas ó menos entre la corrupcion de los siglos. De aquí han procedido esos principios que la ignorancia ó las pasiones debilitan, pero no destruyen; esa luz que para bastantes pueblos se ha oscurecido con las nubes del error, pero de la que siempre se vislumbran algunos rayos. Estas reglas universales é invariables cuyo conocimiento es géneral, esas nociones universales del bien y del mal que rigen á la especie humana, son como la legislacion secreta del mundo moral, y forman lo que se llama *ley natural*: título á la verdad muy legítimo. Es natural, porque está fundada en la naturaleza de las cosas, en las primitivas relaciones del hombre con Dios y del hombre con sus semejantes, y porque sus fundamentos son de tal suerte conformes á nuestra naturaleza racional, que se siente su verdad con solo exponerlos. Es natural, porque se hallan vestigios suyos en cuantas partes existe

la naturaleza humana; por lo cual se ha dicho que está grabada en el corazon del hombre; y en fin se llama natural, porque era necesario diferenciarla de cualquiera otra ley dada al hombre despues de su creacion, y que se llama *positiva*. Así pues el título de *ley natural* está autorizado por los libros santos, y singularmente por San Pablo; por todos los doctores de la Iglesia, por todos los moralistas de todas las naciones y de todos los siglos, y por el lenguaje adoptado universalmente por todos los hombres; de tal modo que el desterrar la palabra *ley natural*, sería rebelarse contra todo género humano.

Veamos por último que deberes dicta al hombre la ley natural con respecto á sus inclinaciones y á sus pasiones.

Si damos oidos á muchos filósofos sabios del último siglo, nos dirán que es un proyecto loco querer combatir las pasiones; que sin ellas sería el hombre un estúpido; que las que forman el carácter de un individuo son incorregibles; que de ellas trae su origen todo cuanto es bello y sublime; y que por último los vicios son tan útiles á la humanidad como las virtudes. Sea aquí, Señores, la recta razon el árbitro que falle entre la escuela cristiana y la de los novadores. ¿Que pensariais de la lógica y profundidad de ingenio de todos esos inventores de una nueva moral, si descubriésemos que toda su doctrina

estriba en equívocos, en abusos de palabras y miserables sofismas; que todo lo que puede tener de razonable era conocido ántes que ellos existiesen, é insensato cuanto puedan añadirle de nuevo? Procuremos sobre todo desenvolver bien las cosas, y ponernos á cubierto de esa confusion de voces en que está toda la fuerza de la incredulidad.

Con el objeto de que procuremos nuestra propia conservacion, y que nos interesemos en el bien de nuestros semejantes, nos ha dado el Autor de la naturaleza gustos é inclinaciones de que no podemos desentendernos, y que nos advierten rápidamente nuestras necesidades, nuestros deberes, y los riesgos que nos amenazan. Como muchas veces la razon obra con lentitud, y sus consejos podrian llegar tarde, no es un sistema meditado ó un largo círculo de raciocinios lo que advierte al hombre de sus necesidades corporales, sino mas bien una impresion involuntaria, el sentimiento. Por él ama el padre á sus hijos; por él miramos con interés al desgraciado, y nos inclinamos á nuestros semejantes, y por él una tierna memoria nos hace mirar con aficion aquellos lugares donde hemos pasado nuestra infancia; y es tan natural al hombre amarse á sí mismo, amar á sus parientes, á su patria y á sus bienhechores y evitar el dolor, como dar á su cuerpo el alimento que le mantiene y el descanso que le repone. En todo esto

no se debe ver mas que la voz de la naturaleza atenta á nuestras necesidades, é impresiones útiles que se refieren á nuestra dicha ó á la de nuestros semejantes; lo cual llamaremos *inclinaciones naturales,* las que nosotros mismos debemos arreglar. Si estas mismas inclinaciones no estan contenidas en sus justos límites; si llegan á ser vehementes é imperiosas; si se llevan hasta el exceso, ó mas bien si nos arrastran á cosas ilícitas; en una palabra, si son desarregladas, de cualquier modo que sea, las llamaremos *pasiones*; y nuestra obligacion entónces es combatirlas. Entremos pues en una explicacion indispensable sobre todo esto.

Por poco que queramos consultar nuestro corazon y propia experiencia ó la de nuestros semejantes, no dejaremos de conocer que es preciso estar siempre alerta aun contra las mas legítimas inclinaciones de la naturaleza; que estos procuran traspasar sus límites, y que si no acude la razon á contener su ímpetu y moderar su fuego, adquieren tal fuerza y violencia que nos arrastran, y concluyen por dominar de cierto modo la voluntad, si ella no las doma. Así la madre por una inclinacion tan legítima como dulce se complace con sus hijos; pero por poco que se exceda en su ternura, llega á amar hasta sus defectos y vicios; y entónces su amor degenera en una indigna flaqueza. Nada es mas inocente y consolador al mismo tiempo que el sentimiento

de la amistad, pero si se le abandona á si mismo puede fácilmente hacerse vicioso, y degenerar en un comercio de adulaciones y condescendencias criminales. El amor propio es el primero que se siente; pero si se desarregla, se transforma en egoismo, inspira el odio é incita á la venganza. Dejad á la naturaleza seguir su propension ordinaria; y en vez de amor propio hallareis un orgullo que solamente se alimenta de distinciones y preferencias, y que parece hallar sus delicias en las humillaciones ajenas. En vez de una emulacion laudable, encontrareis aquella ambicion desenfrenada que quiere siempre subir mas y mas, y elevarse sobre las ruinas de sus rivales abatidos; en vez de una sabia y activa industria, no tendreis mas que nada podia satisfacer; y los placeres mas honestos se convertirán en una torpe sensualidad que enerve á un mismo tiempo el cuerpo y el alma, y á la que por lo comun, se siguen el oprobio y la discordia.

Se acusa al moralista religioso de que hace del hombre un ser insensible, una estátua sin alma y sin movimiento, porque le excita á arreglar sus inclinaciones; ¿pero dónde se ha visto una acusacion mas extravagante? ¿Qué moralista ha prohibido nunca al hombre sentir, desear, amar ni obrar? ¿Quién ha vituperado nunca los afectos legítimos, ni se ha acordado de hacer del hombre un ser pasivo, indiferente y sumergido en el letargo de la apatia? El mismo Evan-

gelio, ese código de moral tan perfecto, no hace mas que depurarlos y hacerlos mas útiles. Amar á Dios y amar á los hombres, esta es toda la ley; pues de este doble amor se derivan, como de su orígen, todos los afectos y todas las obligaciones naturales, domésticas y civiles que perfeccionan á los hombres y los hacen mas felices. ¿Que ley ha habido jamás mas severa contra el criado inútil, contra el rico indolente, contra la pereza y ociosidad? No basta no profanar los dones que el cielo os ha concedido, es preciso hacerlos útiles; no es bastante que no oprimais al pobre ni retengais lo ajeno; es preciso, si os hallais dotados de bienes de fortuna, saberlos derramar en el seno de la indigencia. ¿Y quien os impide seguir estos impulsos nobles y generosos? Si os sentís inclinados á las letras y á las artes, únicamente se exige de vosotros que no les sacrifiqueis deberes mas sagrados, ni abuseis de ellas para dar encantos á vicios ya demasiado funestos por sí solos. Si os sentís arrebatados del amor á la patria, ¿quien os estorba entregaros á trabajos y empresas útiles á la prosperidad pública? Y en fin si los males de la humanidad conmueven vuestra alma, ¿quien os prohibe dedicaros al alivio de los desgraciados, y merecer el título de padre de los desvalidos? En una palabra, sean regidas las pasiones por la razon, y todo estará en órden; entónces serán útiles, y jamás será funesta su actividad. Guarne-

cer un rio de fuertes diques no es destruir su curso.

¿Es acaso proceder de buena fe acusar el moralista de imprudente vocinglero, porque clama contra las pasiones? ¿Deberemos hacer la apología de esas inclinaciones viciosas y desarregladas, orígen de todos los males que afligen á las familias y á la sociedad? ¿Deberán las cátedras de la austera verdad convertirse en tribunas destinadas á la defensa de aquellas inclinaciones que no conocen freno ni medida? Que! ¿aun no estan contentos los novadores con tanto orgullo é insolencia como hay ya sobre la tierra, con tanta codicia y bajeza, tanta envidia y perversidad, tanta ferocidad y venganza, tanto libertinaje y escándalo? Para aumentar el influjo de estas pasiones, ¿será preciso, en lugar de combatirlas, decir al poeta que se limite á celebrar en sus cantos la molicie y la impiedad, al pintor que solo trace la imágen de la desenvoltura, al jóven que se aficione al juego hasta el frenesí, á la madre de familia que sepulte en la locura de sus gastos las esperanzas de sus hijos, al negociante que exponga su fortuna y la ajena en insensatas especulaciones, consultando únicamente su avaricia y no la prevision, y á los padres que hagan de las artes mas frívolas la ocupacion mas sagrada de sus hijos? ¿No son estos unos verdaderos excesos? ¡Y si queremos efrenarlos se nos acusará de que intentamos

aniquilar al hombre y sus facultades! ¿Se habrá oido jamás tan extraña acusacion?

¿Que significa todo ese pomposo elogio de las pasiones violentas, que las presenta como orígen de todo lo grande y bello que hay entre los hombres? Quien habla un lenguaje semejante, ¿podrá lisonjearse de entenderse á si mismo? Una aficion vehemente y como exclusiva á determinados objetos; un corazon susceptible de impresiones vivas y durables; un entendimiento capaz de profundas meditaciones y de una pronta penetracion, y una alma firme é imperturbable en sus pensamientos y designios, esto es á mi parecer lo que distingue á los que se suponen animados de pasiones fuertes. ¿Pero quien no advierte que si estas disposiciones naturales no son bien dirigidas, si no se emplean en cosas laudables y útiles, pueden acarrear desórdenes monstruosos y que pueden hacer al hombre ó grande por sus crímenes, ó grande por sus virtudes? Con estas extraordinarias cualidades de alma y de corazon podeis tener un Aristides, un Trajano, Luis IX, Enrique IV, Turena, Bossuet y Fenelon; pero si el amor de una falsa gloria, si los malos ejemplos, la adulacion y circunstancias desgraciadas dan á estas inclinaciones una direccion funesta, tendreis los Catilinas, los Nerones, Mahomas y Cromweles, novadores atrevidos, poetas infames y sofistas peligrosos. Mirad ese rio que pasea sus aguas mansamente,

como esparce en sus riberas la vida y la frescura, y puede por mil canales extender de todos lados su saludable influencia; pero si llega á desbordarse, lleva hasta muy léjos la desolacion y el estrago.

¿Que significa tambien ese consejo que nos da uno de los jefes de la escuela moderna cuando nos dice: «Poned todas vuestras pasiones en «un mismo tono; estableced entre ellas una «perfecta armonía, y no temais sus desórdenes?» Decis que pongamos nuestras pasiones en un mismo tono; ¿pero no tendreis la bondad de descubrirnos ese infalible secreto de ejecutar tan admirable proyecto? ¿No seria esto decir que se pueden poner acordes las pasiones del alma como las cuerdas de un instrumento, y que son tan dóciles á nuestra voluntad como una arpa á la mano del músico? Si las pasiones que se contraponen tuviesen una fuerza igual, resultaria un estado de equilibrio y de inaccion; y el hombre igualmente combatido por el odio que por el amor, por el fausto que por la avaricia, por la audacia que por la pusilanimidad, y por el deseo de gloria que por el interés personal, seria el mas irresoluto y nulo de todos los seres. ¿Quereis que una de estas pasiones sea la mas fuerte, la predominante, y la que dé actividad á todas las otras? ¿Adonde iria entónces á parar esa pretendida armonía? Y si las pasiones son violentas, ¿no es de temer entónces que sean desarregladas? Todas desde

luego se disputarán á porfía el dominio del hombre, y el corazon no será mas que la arena de los gladiadores, ó en el lenguaje de los libros santos (1), una mar borrascosa, cuyas olas se embisten y se rompen con furor. ¡Cuanto mas prudente es advertir al hombre que vele sobre sus inclinaciones y las combata con valor, para evitar ó contener sus excesos! Las pasiones son las enfermedades del alma, y tratar de ponerlas en armonía para contener sus perniciosos efectos, seria imitar á un empírico que, para conservar la salud, nos aconsejase poner acordes todas las enfermedades del cuerpo.

Volvamos, Señores, á la sana doctrina que la razon nos dicta, y que la religion enseña á todos, á saber, que tenemos en Dios un Señor cuya voluntad debe ser la regla de la nuestra; que el bien consiste en seguirla, y el mal en resistirla. Léjos de nosotros todos esos doctores del error que colocan el bien supremo en la satisfaccion de las pasiones, y que nos incitan á entregarnos á ellas, mas bien que á combatirlas para someterlas á la razon. Bien podria interesaros en la causa que defiendo, por el mismo temor de que las pasiones lleguen á ser el azote de la sociedad y la ruina del cuerpo; deciros y confirmaros con la experiencia que los excesos de la intemperancia, las inquietudes de la am-

(1) Isaias. LVII, 20.

bicion, los arrebatos de la cólera y el gusano roedor de la envidia alteran y destruyen los temperamentos mas robustos, los conducen á una languidez funesta y apresuran las enfermedades y la muerte; pero he preferido mirar las cosas bajo de un punto de vista mas elevado y digno de la criatura racional. Hay ciertamente mucho menos grandeza y heroismo en seguir nuestras inclinaciones que en sacrificarlas al deber. Consiento en no valerme ahora de las máximas del cristianismo que tantas ventajas me darian, y recurro solamente á esos sentimientos de órden y de virtud esparcidos entre todos los hombres : todos han confesado que el mas hermoso triunfo del hombre es el que consigue sobre sí mismo, sobre el amor á los placeres, sobre sus resentimientos, sobre la concupiscencia. ¿Es acaso el feroz Mario, sin resolucion para despojarse del mando supremo, mas grande que el modesto Dictador que sufoca su ambicion para volverse al arado? Coriolano, caminando hácia Roma al frente de los enemigos de su patria, ¿es acaso tan grande como ese Arístides, que, al marchar á su destierro, implora el favor del cielo por la ciudad ingrata que le condena? ¿Y vale acaso tanto el guerrero que se entrega á una fogosa intemperancia como el héroe que respeta la virtud de su cautiva? En efecto, todos sentimos cuan hermoso es anteponer el deber á todo, aun en aquel

mismo momento en que tenemos la debilidad de sacrificarle á la pasion. El gran Condé « Tenia « por máxima, dice Bossuet, (escuchad, porque « es la máxima que forma los grandes hombres), « que en las grandes acciones se debe pensar úni- « camente en obrar bien, y dejar venir la gloria « despues de la virtud. »

LIBRE ALBEDRIO.

Tal es el destino de la virtud sobre la tierra : si ella tiene amigos sinceros que la defienden con valor, tambien tiene enemigos furiosos que la combaten con encarnizamiento ; su luz, al mismo tiempo que encanta á los espíritus dóciles, irrita á las almas soberbias. La índole de la verdad es hacer frente á todos los vicios y á todos los errores. Bajo de este supuesto, ¿que extraño es que se armen contra ella todas las pasiones y todas las preocupaciones? Todos tenemos mas ó menos el deplorable talento de oscurecer las cosas mas claras, de embrollarnos con nuestras propias sutilezas, y de conseguir mas de una vez dar un vislumbre de verosimilitud á las paradojas mas repugnantes. Hace mucho tiempo que Ciceron dijo que no ha habido absurdo que no haya tenido defensores aun entre ingenios nada vulgares. Estas reflexiones, Señores, nos han ocurrido naturalmente con motivo de la discusion que vamos á entablar sóbre el libre albedrio. Ciertamente si hay alguna doctrina luminosa y sencilla, cuyo sen-

timiento esté universal y profundamente grabado en el corazon humano, es la de que existe en nosotros un principio activo, capaz de deliberar, elegir y decidirse, y la de no ser máquinas sometidas á impulsos puramente mecánicos, ni plantas que vegetan por leyes puramente físicas, ni animales guiados por un ciego instinto que los domina y arrastra. Mas sin embargo yo no sé si el estudio de la filosofía presenta una cuestion mas envuelta en las nubes del sofisma, que la de la libertad del alma humana, combatida por todo lo mas sutil é intrincado que ha podido inventar la dialéctica. En este punto la corrupcion del corazon se ha unido á los extravios del entendimiento; y por odioso y funesto que sea el fatalismo, no ha dejado de tener sectarios en todos los siglos. ¡Tan cómodo es persuadirse que las pasiones nos arrastran con una fuerza irresistible, que nuestras acciones dependen únicamente de nuestros órganos, y que un invencible destino forma nuestros vicios y nuestras virtudes! Bien se puede con semejante doctrina ostentar en los discursos la moral mas rígida; porque al mismo tiempo se adormece por ella la conciencia en el vicio, la sensualidad no es turbada en sus placeres, y hasta el mismo crímen puede vivir en la calma de la inocencia.

Al tratar hoy, Señores, de vindicar la libertad de nuestras almas de los ataques de los sofistas

antiguos y modernos, es preciso no equivocarnos sobre el verdadero objeto de la discusion, y entendernos bien para no enredarnos en disputas interminables. No pretendo que en todas sus ideas. sus deseos é impulsos, esté el hombre á cubierto de toda necesidad. ¡Cuantos movimientos de que no es dueño tienen sus órganos! ¡Cuantas impresiones en los sentidos, cuantas sensaciones consiguientes á ellas, y cuantos pensamientos indeliberados no experimentamos á pesar de nosotros mismos! Nadie ignora tampoco que hay cosas agradables por sí mismas, á las que nos entregamos sin fuerza ni violencia, y en las que sin embargo no somos libres. El amor de nosotros mismos, el deseo de nuestra felicidad es ciertamente el mas conforme á nuestra voluntad, y es sin embargo el en que el hombre es menos libre. Bossuet al principio de su *Tratado sobre el libre albedrío* fija el sentido de la cuestion con las siguientes palabras: « La cuestion se reduce á saber si hay cosas que « estan de tal modo en nuestro poder y á nuestra « eleccion, que podamos elegirlas ó no elegir- « las. » De este modo la libertad consiste en la facultad de determinarse por su propia eleccion.

De esto tenemos pruebas de todas clases, pruebas directas tomadas del sentimiento de la razon y de la fe del género humano, y pruebas indirectas sacadas de los mismos absurdos del

sentimiento contrario. Nuestro objeto es exponerlas, procurando al mismo tiempo rebatir las dificultades á medida que se vayan presentando. Si entre vosotros hubiese algunos que hayan entrado en este recinto prevenidos contra la libertad del alma, confio que harán un noble uso de ella rindiéndose por un convencimiento profundo á las pruebas que la establecen.

Todo en efecto me dice que nuestra alma tiene la facultad de deliberar y obrar por eleccion; que es señora de sus determinaciones, y en una palabra, que es libre. Consultemos desde luego el sentimiento, ese testimonio interior que nos advierte de todo cuanto pasa en nosotros. Si queremos por un momento recogernos dentro de nosotros mismos, descubriremos que nuestra alma se conoce, se ve, se siente á si misma; que tiene un conocimiento seguro de sus pensamientos, de sus facultades y de sus operaciones; y que un sentimiento vivo y profundo, que no puede evitar, la advierte de su estado, de lo que experimenta, y en fin de lo que es : por consiguiente á poco que cada uno de nosotros se escuche y se consulte á si mismo, siente que piensa y que existe. Si, cada uno de nosotros siente clara y distintamente, á lo menos en una infinidad de circunstancias, que puede hablar ó callar, andar ó estar quieto, guardar un secreto ó revelarle, socorrer á un indigente ó desatenderle, obrar ó no obrar; y,

si esta libertad fuese una ilusion, ¿como podria yo sentirla de este modo? ¿Podemos sentir lo que no existe, la nada, tan positivamente como lo que es real y efectivo?

Si queremos conocer á fondo esta libertad, hagamos la experiencia en una de las cosas indiferentes por sí mismas, y en la que ninguna razon ó motivo nos incline mas á una que á otra parte: por ejemplo, si yo me determino á levantar el brazo y á moverle, me es indiferente llevarle á derecha ó á izquierda, y puedo ejecutar ámbos movimientos con igual facilidad. Moviéndole de este modo á mi arbitrio, puedo muy bien experimentar el placer de usar de mi libertad; pero este es siempre el mismo, ya lleve mi brazo á un lado, ya le dirija al opuesto; y cuanto mas profunda y sériamente considero porque le llevo, por ejemplo, á la derecha, tanto mas palpablemente conozco que es tan solo porque mi voluntad me ha determinado á ello por su propia actividad, y por esa facultad de elegir que constituye su esencia. Soy ciertamente y de tal manera dueño de mis movimientos, que puedo anunciar los que haré, y comprometerme tambien á confirmar ó desmentir cuantas conjeturas se quieran hacer sobre ellos; y es tan positivo el poder que tengo de elegir, que, si se conjeturase que en cierto momento debo levantar un brazo, no temeria comprometerme á tenerle inmóvil; y acaso bastaria que se me creyese

obligado á hacer un movimiento determinado para que ejecutase el contrario. Sin duda es libre el hombre en cosas mucho mas importantes que en el movimiento de sus brazos; pero yo no necesito por ahora de mas ejemplo que este para hacer ver que el hombre no es una máquina, y para echar de este modo por tierra el fatalismo.

Tal vez se nos objetará que este sentimiento intimo de nuestra libertad puede muy bien ser una ilusion, y que acaso somos determinados necesariamente por impulsos reales, aunque insensibles, y afectados como si fuésemos libres, aun cuando no lo seamos. Esto seria querer impugnar un hecho con una posibilidad, una realidad con una suposicion del todo imaginaria, y el sentimiento positivo de la libertad con una negacion arbitraria de este mismo sentimiento. Y cuando yo siento que tengo el poder de hablar ó callar; cuando tengo un sentimiento tan profundo y luminoso de mi libertad, como el de mi pensamiento y existencia, ¿se ha de querer mirar como una ilusion lo que yo siento de un modo tan claro y positivo? ¿Porqué no llamais igualmente quimérico el sentimiento de vuestra existencia? Con semejantes raciocinios todo se trastorna, y no queda medio alguno de distinguir el juicio de la locura, ni la mentira de la verdad. Por mas que me hableis de sentimiento interior, de conciencia, de conocimientos y de impresiones de verdad, yo os diré que todo eso

puede ser ilusion. Si un dia quisiéseis referirme, por ejemplo, que, estando á las orillas del Sena, en las inmediaciones de esta capital, os sorprendió una tempestad furiosa, yo os hária observar que acaso todo eso no pasó mas que en vuestro celebro y en vuestra imaginacion, y que no seria aquella la primera vez que los fantasmas han sido tenidos por realidades. Me replicaríais que estábais en vuestro sano juicio, y con todas vuestras facultades expeditas, y que habiais visto y sentido perfectamente la lluvia que os mojaba por todas partes; mas yo os contestaria que os habiais figurado sentirla, pero que no la sentiais realmente, y que estábais afectados como si el cielo estuviese lluvioso, no obstante que estaba sereno. Con tal mania de oponerse á todos nuestros sentimientos interiores mas claros y mas vivos, se nos conduciria á dudar hasta de nuestros pensamientos y existencia, porque al cabo nosotros no sabemos que pensamos y existimos, sino porque nosotros mismos sentimos nuestro pensamiento y nuestra existencia.

Yo convengo en que hay algunos actos en los cuales somos arrastrados por una secreta necesidad; pero tambien lo sentimos perfectamente. Asi el hombre se ama á si mismo con un amor que sin duda le es en extremo grato, pero necesario, porque no nos es posible dejar de amarnos. Podemos muy bien experimentar alguna vez deseo de viajar para instruirnos, asi como expe-

rimentamos el de ser felices; pero con la diferencia de que ni aun se nos ocurrirá la idea de que podamos dejar de querer nuestra felicidad, cuando por el contrario sentimos claramente que podemos dejar de emprender un viaje : para este meditamos y nos consultamos á nosotros mismos, miéntras que jamás sujetamos á deliberacion si queremos ser felices ó no; lo cual demuestra, dice Bossuet con este motivo, que si nos sentimos necesariamente impelidos por nuestra naturaleza á desear ser felices, tambien nos sentimos libres en escoger los medios para serlo.

Haré algunas reflexiones bien sencillas, y sin embargo muy embarazosas para esos metafísicos ingeniosos que quieren combatir con sus sofismas el sentimiento de nuestra libertad. Llamais ilusion, les diré, al sentimiento de mi libertad, y quereis combatirla con los argumentos de no sé qué metafísica; pero advertid que todas vuestras razones serán inútiles para mí, si no llego á conocer su verdad. No puedo conocerla sino por el sentimiento de una luz interior que me anuncie su presencia; porque la verdad no lo es para mí sino por el sentimiento que tengo de ella. Y si no debo creer el sentimiento de mi conciencia que me dice que soy libre, ¿por qué razon quereis que crea el sentimiento de esa misma conciencia cuando me diga que teneis razon? Si no debo dar crédito al sen-

timiento de mi libertad, ¿porqué he de darlo al de la verdad de vuestros raciocinios? ¿Creeis que he de sentir mas claramente la fuerza de vuestras razones que mi misma libertad? Ya estais enredados en vuestros propios lazos; pero aun hay mas : me acusais de que cedo con demasiada facilidad á las apariencias, y de que soy muy crédulo; quereis despreocuparme, y en consecuencia desplegais todo vuestro sistema del fatalismo; me lo explicais en todas sus partes queriendo convencerme de la solidez de vuestras ideas y de la debilidad de las mias; ¿pero no es esto mismo creerme capaz de examinar, de meditar mis ideas y las vuestras, de deliberar, de elegir; y en fin, de decidirme á favor ó en contra de vuestra doctrina? ¿Y este poder es acaso otra cosa que el uso mismo de mi libertad? Ved pues como para probarme y convencerme de que no soy libre, os veis forzados á suponer que lo soy.

Esta última consideracion nos conduce á la segunda prueba tomada de la evidencia del raciocinio.

Es incontestable que la libertad es posible : todos los hombres tienen idea de ella, y todas las lenguas tienen voces y modos de hablar muy claros y precisos para explicarla. Todos distinguen lo que nos es posible, y lo que está sujeto á nuestra eleccion de lo que no lo está; y aun los que niegan la libertad no dicen que no en-

tienden esta palabra, sino que no existe lo que se quiere significar por ella (1). ¿Pero por qué razon no ha de haber podido Dios dar al hombre la facultad de elegir entre diferentes objetos y determinarse por un impulso propio, personal é inherente á su naturaleza? Si Dios ha podido comunicarnos algo de su ser dándonos la existencia, alguna parte de su infinita inteligencia dándonos la razon, y algun tanto de su poder creador concediéndonos la facultad de crear en cierto modo tantas formas nuevas en la materia, y de inventar tantos modos de hermosear y perfeccionar la naturaleza misma; ¿porqué no ha de haberle sido posible hacernos participantes de su soberana libertad en el grado de subordinacion y de imperfeccion que conviene á la criatura? La razon misma ilustrada por la experiencia nos dice, que no hay ningun motivo determinante, ningun bien particular ni inclinacion alguna natural que nos arrastre irresistiblemente; y que asi podemos elegir por la accion misma de nuestro libre albedrío.

No hay duda que el hombre obra determinado por algun motivo, y por eso es inteligente y racional; pero ¿es irresistible este motivo? Hé aquí el punto decisivo de la cuestion. Si lo es, ¿porqué, antes de ceder á él, reflexionamos y deliberamos? A nadie le ocurre sujetar á una

(1) Bossuet, *Traité du libre arbitre*, cap. II.

deliberacion si ha de morir algun dia, ó si al abrir los ojos ha de ver la luz: en esto nos dejamos llevar del curso inevitable de las cosas; pero cuando se presentan razones para obrar ó no obrar, conocemos que debemos pesarlas, porque queremos obrar por eleccion.

¡Qué ceguedad hacer al hombre un ser puramente pasivo bajo el imperio de la necesidad, y querer explicar sus determinaciones, sus voluntades y elecciones por medio de impresiones mecánicas! ¿Qué relacion hay entre el acto de mi voluntad cuando escoge, y el choque de un cuerpo impelido por otro? No depende de las facultades del que ha sido impelido deliberar sobre el movimiento ó empuje que recibió, modificarle ó tomar una direccion opuesta á la que le ha sido dada; el alma por el contrario se recoge en sí misma, medita sobre las impresiones que experimenta, y despliega segun la acomoda su fuerza y actividad. Pónganse los dos platos de una balanza en un perfecto equilibrio, el peso que se eche en uno de ellos le hará bajar, sin que pueda resistirse á la fuerza que le arrastra, pues no está en su poder permanecer fijo como ántes, porque es meramente pasivo; pero no así nuestra alma que es activa, y obedece ó resiste segun su voluntad. Guardémonos de formar falsas ideas de los motivos que obran en nuestra alma, y no nos figuremos, engañados por nuestra imaginacion, que un *motivo* es como

un cuerpo que carga con todo su peso sobre otro cuerpo. Un motivo es una idea, un sentimiento, una consideracion que se excita en el alma; es cierta cosa espiritual. Una razon para obrar no es la accion misma, y hay mucha distancia entre las luces del entendimiento y las decisiones de la voluntad. ¿Y cuántas veces por una contradiccion que patentiza nuestra libertad, seguimos en la práctica lo que desaprobamos en teoría?

Ahora conocereis cuan fútil es la objecion de que, proviniendo nuestras ideas de los sentidos y nuestras determinaciones de nuestras ideas, todo viene á depender de la organizacion física. Yo responderé que no sucede lo mismo con respecto al alma, que es una sustancia activa y que delibera, que con respecto á un instrumento al tocar sus cuerdas; que, despues que la accion de los nervios, músculos y fibras ha excitado en el alma las sensaciones y por medio de ellas las ideas, tiene esta la facultad de compararlas, combinarlas y valuarlas; y que, si bien por una parte es pasiva como un instrumento músico, si se quiere, es tambien activa por otra por su mismo naturaleza. Lo que en este punto nos alucina es, que en muchas cosas se encuentra la necesidad al lado de la libertad; de lo que resulta que la confundimos por falta de reflexion: me explicaré. Los colores que veo, los sonidos que oigo, los olores que percibo, y las impresiones exteriores que reciben los órganos, excitan

en mi alma ciertas sensaciones que no puedo evitar : en esto me siento forzado. Tampoco soy libre en no sentirme acosado de la hambre ó de la sed, penetrado de alegría ó de dolor, y agitado de deseos; ni en dejar de experimentar ciertos movimientos indeliberados y pasajeros; pero pasa el momento de la necesidad, y empieza luego la libertad : la voluntad ejerce su imperio sobre estas mismas impresiones; es su soberana y no su esclava, así como los órganos son sus ministros y no sus señores; pues aunque pueden ser rebeldes, jamás su rebelion destruye la autoridad de aquella, sino que al contrario la supone. Sabemos distinguir debidamente las impresiones necesarias, de todo aquello en que somos libres; y tambien ciertos actos indeliberados, de aquellos que estan á nuestra eleccion. Así, el guerrero mas intrépido puede temblar involuntariamente al principio de una batalla; pero penetrado de lo que le mandan el honor y el deber, marcha hácia el enemigo con un valor premeditado. Así, tambien á la mitad de un concierto agradable formais la intencion de oirle hasta el fin; pero si os acordais de alguna obligacion que teneis que cumplir, reflexionais, y al momento os decidís por eleccion á sacrificar el placer al deber. ¿Y quién no sabe discernir estas diversas afecciones, y distinguir en qué es libre, y en qué no lo es?

Todos indudablemente amamos el bien en ge-

neral, y todos lo deseamos y buscamos como término único de nuestras esperanzas, y objeto de nuestra felicidad. Es indudable tambien que si Dios, el bien supremo, se nos apareciese, nos arrastraria irresistiblemente hácia sí, é iríamos á perdernos en un océano de grandeza y de gloria. Entónces y con la vista de Dios, que es la verdad misma, quedaria plenamente satisfecho el deseo de conocer; y el deseo de amar se saciaria con la posesion de este Dios, que es la hermosura soberana. Colocados entónces en un estado fijo de conocimiento pleno y de felicidad perfecta, dejaríamos ya de ser libres. No sucede lo mismo sobre la tierra, en la que solo vemos por entre nubes. Aunque la razon nos descubra que la virtud es el único bien verdadero, no por eso sentimos siempre un placer actual en seguirla; pues muchas veces exige sacrificios penosos á la naturaleza; aunque los deleites sean falsos ó engañosos, tienen sin embargo atractivos y encantos que nos cautivan; y aunque en muchas cosas se nos muestre la verdad de un modo muy luminoso, no por eso deja de estar frecuentemente envuelta entre algunas sombras. De este modo queda siempre algo que desear á nuestra inteligencia y voluntad, sin que bien alguno particular nos arrastre necesariamente; razon por la cual dejamos de consultar, de deliberar y de escoger, que es lo que constituye la esencia de la libertad.

Es indudable que el temperamento, las inclinaciones naturales y la costumbre ejercen cierto imperio sobre nosotros; pero guardémonos de creerle absoluto, y sepamos hasta donde se extiende su influencia. Yo convendré en que por su organizacion sean unos mas inclinados que otros al deleite, á la pereza ó á la cólera; en que nazcamos con cierta disposicion y cualidades particulares que hacen como el fondo de nuestra alma y de nuestro carácter personal; y en que los hábitos envejecidos dejan en nosotros impresiones muy difíciles de borrar; lo cual ha dado lugar al proverbio comun de qu *la costumbre es segunda naturaleza.* Que haya personas, llenas por otra parte de talento, que se vean atormentadas en ciertos puntos de ideas extravagantes que no pueden dominar, como se refiere de Malebranche y de Pascal; que haya tambien algunos hombres tocados de la manía de creerse animales en ciertos intervalos, y arrastrados maquinalmente á remedar el grito de aquellos, ó á participar de sus alimentos; pero nada de esto hace al caso, porque no pretendo hallar la libertad del hombre en los maniáticos ni en los insensatos: aquí solo hablamos del hombre racional que disfruta de todas sus facultades. Desechemos bajo de este supuesto la idea de que el temperamento, la inclinacion y la costumbre son irresistibles: podrán debilitar la libertad, pero no destruirla. Pronto os manifestaré las terribles

consecuencias del fatalismo. Reconozcamos por ahora que la educacion, el buen ejemplo, la razon, y sobre todo la Religion, pueden hacer al hombre superior á la violencia de las inclinaciones y de la costumbre. No es esta la ocasion de decir todos los prodigios que puede obrar en este caso la Religion con sus promesas y sus amenazas, y con todos los auxilios divinos que dispensa; me contento con recordaros la multitud de ejemplos que, tanto entre los antiguos como entre los modernos, atestiguan altamente el imperio que sobre sí misma conserva el alma en medio de las impresiones que la pueden inducir al mal. No es el hombre como un árbol que si se inclina á un lado no vuelve á enderezarse por sí mismo; no como una piedra caida de lo alto de los aires que tampoco puede remontarse á la atmósfera, ni como un rio que nunca vuelve á su nacimiento; todo esto está sujeto á leyes mecánicas. Si el hombre no es independiente de las causas físicas, tampoco es arrastrado por ellas; está animado de un principio de actividad, de una fuerza de razon y de voluntad superiores á todo atractivo y á todos los obstáculos, ¡Cuántas veces hemos visto á los voluptuosos, á pesar de la impresion de los mas envejecidos hábitos, salir por fin de su molicie y hacerse laboriosos y templados! ¡Cuánto no hace brillar este prodigioso cambio de conducta la libertad del hombre y el imperio de su alma sobre sus órganos! Nace

Agustin con un entendimiento vivo y un corazon naturalmente tierno; entrégase por largo tiempo á monstruosos errores, y se encenaga en los placeres sensuales; pero por último pensamientos mas graves principian á hacerle avergonzarse de sus desórdenes; combate, triunfa del hábito del orgullo y de la sensualidad, vuelve á la virtud, y por ella á la libertad verdadera. ¿Quereis todavía otro ejemplo memorable de lo que pueden la Religion y la reflexion sobre la naturaleza mas rebelde? Acordaos del inmortal discípulo del inmortal Fenelon; colérico, impetuoso, desenfrenado en todos sus deseos; lleno de caprichos y de arrebatos extravagantes hubiera podido ser el duque de Borgoña, entregado á sí mismo ó dirigido por manos inexpertas, un mónstruo de vicios y de crueldad; pero dulces insinuaciones, ejemplos aun mas persuasivos que las lecciones, y sobre todo el imperio que la Religion ejerce insensiblemente en su corazon, templan y suavizan aquel carácter casi feroz, y desenvuelven en el jóven príncipe cualidades que pronosticaban á la Francia dilatados dias de prosperidad y de gloria. Así pues, Señores, nos dice la razon que no hay ningun motivo, ni bien particular, ni inclinacion natural que tenga una fuerza irresistible, por lo cual el hombre es libre ántes de obrar, respecto á que puede elegir; y libre en sus acciones, pues dependen de su eleccion.

Consultemos por último la fe del género humano. Si se tratase de los secretos de la naturaleza, de las ciencias llamadas exactas, del conocimiento físico del globo y del mundo planetario; en una palabra, de todo lo que supone grande capacidad ó sabias investigaciones, no deberíamos ciertamente tomar la opinion general de los pueblos por árbitro y regla de la nuestra; pero en las cosas que todos sienten, que estan unidas á la conducta regular de la vida y son la regla universal de las acciones y de los juicios de todos los hombres, no puede menos de llamar nuestra atencion el convencimiento universal, constante é imperturbable de las naciones y de los siglos. ¿Y cómo seria posible dejar de ver en él uno de los sentimientos que inspira la naturaleza, y que estan arraigados en el fondo mismo del ser racional? Si en algunas cosas los mismos sabios son pueblo á causa de sus preocupaciones, tambien el pueblo es verdadero filósofo sobre varios objetos. Entre los ingenios mas sublimes y nosotros hay muchas cosas comunes; y es necesario tambien que entre sus ideas y las nuestras haya un punto de comunicacion sin el cual no podríamos entendernos. Este punto de comunicacion es el sentido comun; y en lo que pertenece al sentimiento y al sentido comun, confieso que respeto mucho la autoridad del género humano. ¿Y cuál ha sido su creencia sobre el libre albedrío? No es difícil

saberlo. Si los hombres son libres, es natural que deliberen ántes de obrar; que dirijan sus pensamientos á lo futuro; que su prevision les reserve recursos, y se decidan siempre por el partido que crean mas prudente. Esto es precisamente lo que han hecho en todos tiempos; de tal modo que los que han obrado sin reflexion han sido mirados como almas superficiales, ó se los ha tenido por temerarios ó locos. Si somos libres, es natural aconsejar á los hombres que huyan del vicio, que practiquen la virtud, que sacrifiquen las pasiones á la obligacion, y merezcan por una conducta sin tacha la consideracion pública. Todo esto en la doctrina de la libertad está á nuestro alcance; y asi vemos á los sabios, á los hombres virtuosos, á los legisladores de todos tiempos, y á cuantos han sido amigos de la humanidad, consagrar sus trabajos y desvelos á hacer á los hombres mejores y mas felices. Por último, si somos libres es natural que la sociedad nos imponga leyes; que nos obligue á seguirlas; que premie á los que se mantienen fieles á ellas, y castigue á sus infractores; y esto mismo es lo que la historia nos refiere de todas las sociedades civiles. Se han visto ademas filósofos sistemáticos alzarse contra la libertad y combatirla en sus escritos; pero en la práctica desmentian su teoría, obrando y conduciéndose como si fuesen libres. De este modo en todos tiempos y lugares han presentado

los hombres todos los fenómenos y las señales características de la libertad; han pensado, han hablado y han obrado como deben hacerlo los seres libres : de donde se infiere que la libertad es uno de los atributos de la naturaleza humana.

Ah! Señores, no tendria la doctrina de la libertad de nuestras almas tantos enemigos, si las pasiones no estuviesen tan interesadas en desconocerla, para satisfacerse impunemente y sin remordimientos. Se podrá disputar contra esta verdad del modo que los Pirrónicos han disputado ridículamente la verdad de su propia existencia; podrán oscurecerla los sofismas, pero no destruirla; y arrastrado siempre el género humano por una conviccion profunda, se le verá hablar, discurrir y obrar como debe hacerlo si goza de libertad.

Paso ahora á las pruebas indirectas del libre albedrio, sacadas de los mismos absurdos y de las horribles consecuencias del sistema contrario, ó sea del fatalismo.

Muchas veces, Señores, el medio mas corto y fácil de juzgar un sistema es examinarle por sus consecuencias inmediatas. Puede el sofista, á fuerza de sutilezas y de los ardides ingeniosos de la dialéctica, dar un vislumbre de verdad á los errores mas monstruosos; de modo que llegue á ser difícil seguirle en sus complicados argumentos, ó hacer ver su falsedad, aun cuando se conozca perfectamente. Entónces es

preciso examinar las consecuencias necesarias de su doctrina; pues el árbol se conoce por sus frutos; y cuando las consecuencias son absurdas, ¿podrán ser verdaderos los principios? Apliquemos esto al fatalismo: si os dijese terminantemente que no hay en realidad vicio ni virtud en este mundo; que los remordimientos no son mas que una quimera y el vano tormento de los ilusos, os escandalizaríais de tales proposiciones; y en efecto ya hemos hecho ver en otro discurso cuan abominables son. Si añadiese por último que tampoco hay Dios, ¿no os irritaríais aun mas? Pues veamos ahora si no son estas las tres consecuencias inmediatas é inevitables del fatalismo; y de este modo seremos conducidos por la fuerza misma de las cosas á la doctrina opuesta, la del libre albedrío.

Yo sostengo desde luego que en el sistema del fatalismo no hay realmente bien ni mal; en este concepto me dirijo á sus defensores, y les pregunto: ¿os parecen desórdenes y crímenes los asesinatos, los parricidios, los envenenamientos, la calumnia, la crueldad en los padres, la ingratitud en los hijos, la perfidia en los amigos, y la mala fe en el comercio de la vida? ¿Por el contrario, os parecen cosas arregladas, y teneis por virtudes la probidad, el agradecimiento, la justicia en el magistrado, el valor en el guerrero, y la beneficencia en el rico? ¿Es malo lo uno y bueno lo otro? Hablad: si todo es igual

à vuestros ojos; si no advertis otra diferencia entre el bueno y el malo, que la que se nota entre el voraz gavilan y la tímida paloma; si el parricidio y el amor filial son para vosotros lo mismo que una furiosa tempestad ó un dulce rocio, ¿qué sentimientos son entónces los vuestros? ¿Y no os parece semejante doctrina tan horrible que no os atreveríais á profesarla públicamente? Mas si á un lado veis crímenes, y á otro virtudes, sois inconsecuentes; porque al fin si, segun vosotros los fatalistas, todo existe necesariamente; si todo lo que es, debe ser y no puede ser de otro modo, y si todo está encadenado por las leyes del destino irresistible; todo entónces está en su lugar, y todo está ordenado; entónces no se ha quebrantado regla alguna, ni hay desórden, porque este no es otra cosa que la infraccion de una regla que debe seguirse y no se ha seguido. Así, Neron cantando el incendio de Troya á la vista de Roma ardiendo, y San Luis administrando justicia debajo de la encina de Vincennes, no hacian mas que cumplir con sus inevitables destinos; el uno fué justo por la misma razon que el otro fué cruel; es decir, por el curso de una invariable necesidad. Del mismo modo Tito y Calígula, siendo el primero las delicias del género humano, y su espanto el segundo, son dos anillos igualmente necesarios de la cadena de los seres, el uno de hierro, si se quiere, y de oro el otro, pero nada

mas; pues la diferencia de su conducta no dependia de su eleccion, así como la diferencia entre aquellos dos metales no consiste en ellos; así, por último, puede llamarse inocente un asesino, citado ante los tribunales, y teñidas aun sus manos en la sangre de su semejante. Y en efecto, en el sistema del fatalismo tendria derecho para decir al magistrado: « Me he visto « tan precisado á cometer este homicidio, como « vos lo podeis estar á vengarle; el tempera- « mento obra en mí, como en vos, por un « impulso irresistible de la naturaleza; yo he « debido ser el tigre que devora su presa, y vos « debeis ser el cazador que le persiga; sois mas « feliz que yo, pero no soy culpable mas que « vos.» En verdad, Señores, que si el magistrado fuese fatalista, podria, sí, condenar el asesino, pero no replicar á su arenga.

¿Nos contestará el fatalista que él llama virtud á lo útil, y vicio á lo perjudicial, aunque tanto lo uno como lo otro sea necesario, y no efecto de una libre eleccion? Pero yo lo diré: si así es, si esta es la balanza en que vosotros pesais lo justo y lo injusto, el vicio y la virtud; echad por tierra todas las nociones de la recta razon, y todas las reglas del lenguaje adoptadas entre los hombres; llamad virtuoso á un campo fértil que se cubre de ricas mieses, porque es utilísimo; y llamad criminal á un torrente desbordado que devasta los campos, porque es perjudi-

cial. Advertid, Señores, cuan inseparable es en el hombre la idea del crímen de la idea de libertad : si un enfermo en el delirio de la calentura, y el demente en un acceso de furor cometen un homicidio, veríamos en esto una desgracia, pero no un crímen. Será muy justo, muy conveniente poner á uno y á otro en estado de no poder dañar á sus semejantes ; ¿pero qué código condenó jamás á muerte al que tiene el celebro perturbado, por mas daños que haya hecho? ¿Porqué los delitos premeditados, combinados y preparados de antemano excitan mayor indignacion, son mas odiosos y tienen en los tribunales otra calificacion que aquellos que se cometen en un arrebato de cólera ó de furor, sino porque en los primeros hay mas reflexion y mas libertad? Quitad pues al hombre la libertad, admitid el fatalismo, y desaparecieron el vicio y la virtud.

La segunda consecuencia es que los remordimientos son una quimera, y que el único partido prudente es sufocarlos. El remordimiento consiste en la conviccion íntima que tenemos de haber debido y podido dejar de hacer la accion ejecutada, de cuya conviccion resulta en el hombre un combate aflictivo entre la conciencia que le acusa; y el entendimiento que se ve obligado á condenarle. Pero si quitais al hombre la libertad, si el culpable no pudiese evitar el mal, ¿habria cosa mas necia que reprochársele? Que

el hombre responsable de un hurto, de una muerte, ó de una calumnia voluntaria, y penetrado de que tenia libertad para no cometer estos delitos, se reconvenga á si mismo, es una cosa muy natural; pero si ha sido arrastrado á ellos irresistiblemente, y le han sido tan inevitables cómo una enfermedad y la muerte, seria tan ridículo echárselos en cara como lo seria que un moribundo se acusase de su agonia. Observad, Señores, que se sabe distinguir muy bien entre los remordimientos y los demás sentimientos penosos que pueden afectarnos. Nos aflige un suceso inopinado que trastorna nuestros proyectos ó nuestra fortuna, y nos causa pesadumbre la muerte de un pariente ó de un amigo; pero el alma no siente remordimientos sino por faltas cometidas libremente. Así, cuando un enfermo en el delirio de una calentura ardiente insulta ó maltrata á los que le cuidan con el mas tierno esmero, obra maquinalmente; y aunque le cause afliccion, si llega á saberlo, no tendrá remordimientos, porque la conciencia nunca se turba ni se inquieta sino por faltas que han podido evitarse. De todo lo dicho se infiere, que quitarnos la libertad y predicarnos el fatalismo es enseñar á los malvados á dormir tranquilos en el seno de sus crímenes, y quitarles el único recurso que les queda, el de los remordimientos.

La tercera consecuencia del fatalismo es que

no hay Dios. En efecto la primera idea que despierta en el alma el recuerdo de Dios es la de un ser santo por esencia, que no puede aprobar ni cometer delitos; y despojarle de su santidad es lo mismo que aniquilarle. Por consiguiente el fatalista se ve precisado ó á no reconocer á Dios, ó á hacerle autor de todos los males que infestan la tierra. Segun su sistema, el mundo moral, así como el físico, se dirigiria por impulsos y movimientos inevitables, y todas las acciones humanas, así como los fenómenos de la naturaleza, no serian mas que el desarrollo necesario de la direccion primitiva, impresa en las almas como en los cuerpos. Entónces no solo permitiria Dios el mal como procedente del abuso de la libertad, sino que él mismo seria la verdadera causa de él; entónces el crímen del asesino, así como la erupcion de un volcan que abrasa los lugares inmediatos con su lava encendida, seria efecto de la voluntad divina, y el mal procederia de Dios, y no del hombre. ¡Ah! ántes diré, no solo sin temor de blasfemar, sino penetrado de un profundo respeto á la santidad del Dios que adoro, que si fuese preciso admitir el fatalismo, y creer que el hombre no es libre, convendria predicar al instante el ateismo como la primera de todas las verdades. Pero si todas estas consecuencias nos espantan, volvamos á la doctrina enseñada por la sana razon y por la Religion; volvamos

á la doctrina de la libertad de nuestras almas.

Mas se dirá todavía, Dios lo ha previsto todo; lo que él ha previsto que habia de suceder es preciso que suceda; su ciencia es infalible y no podemos hacerla faltar ejecutando lo contrario de lo que ella ha previsto, y por consiguiente no se puede conciliar la libertad del hombre con la presciencia divina. Esta dificultad, Señores, es ya bien antigua, y se ha hecho muy trivial á fuerza de repetirse: tiene una aparencia que deslumbra, pero en el fondo carece de toda solidez; voy á responder á ella brevemente. El conocimiento que Dios tiene de los sucesos futuros no hace que estos cambien de naturaleza; conoce lo que debe ser libre como libre, y lo que debe ser necesario como necesario. Dios sabia de antemano que hoy nos habiamos de reunir en este templo, pero libremente; de modo que si no hubiéramos sido libres en ello, su ciencia se hubiera engañado. Nuestra determinacion de reunirnos no ha sido un efecto de la presciencia divina, sino solamente el objeto de ella. Cuando yo me determino á hablar no es precisamente porque Dios lo ha previsto, sino que lo ha previsto porque yo debia determinarme á ello; así como yo os veo en este recinto porque estais en él, pero no estais en él porque yo os veo; pues aunque tuviese yo mis ojos cerrados estariais en él igualmente. Parece que se

cree que el conocimiento anticipado de un suceso es causa de él; pero esto es un error manifiesto. Yo preveo que en concluyendo esta conferencia, vosotros y yo saldremos de esta reunion; pero esta prevision no nos pondrá seguramente en la necesidad de separarnos. ¿Es acaso la prediccion del astrónomo la causa de un eclipse? Ciertamente que no, pues el eclipse no se verifica porque esté anunciado en nuestros almanaques; sino que está anunciado en ellos, porque, segun las leyes físicas, debe haberle. Es infalible que la accion prevista se ejecutará, pero lo es tambien que se ejecutará libremente; así pues, si es cierto que muy pronto saldremos de este sitio, es cierto tambien que saldremos con toda libertad. En una palabra, nosotros hacemos libremente á los ojos de Dios lo que ha previsto que haríamos libremente, y por consiguiente su presciencia no solo no nos quita nada de nuestra libertad, sino que la supone. Si estas explicaciones no disipan completamente todas las nubes que oscurecen esta materia, si aun quedan sombras en la conciliacion de la libertad del hombre con la presciencia divina y su imperio sobre la criatura, estamos en el caso de decir con Bossuet: «cuando nos ponemos á racioci-«nar, debemos sentar como indudable que po-«demos conocer perfectamente muchas cosas, «sin embargo de que no comprendamos todas «sus dependencias y resultas. Por esta razon

«la primera regla de nuestra lógica es no aban-
«donar nunca las verdades una vez conocidas,
«aunque ocurra alguna dificultad al querer
«conciliarlas; sino al contrario, es necesario,
«digámoslo así, tener fuertemente asidos los
«dos extremos de la cadena, aunque no siem-
«pre se vea el centro por donde se continua su
«union.»

Léjos pues de nosotros el fatalismo, no menos temible por sus consecuencias que falso en sus principios. No se nos ponderen para tranquilizarnos sobre sus resultas las virtudes de algunos Estóicos, las costumbres dulces y apacibles de Espinosa, ni los actos de beneficencia de algunos materialistas modernos: yo responderé á esto que por una feliz inconsecuencia se han manifestado estos hombres mejores que sus sistemas; que no han debido sus virtudes á su fatalismo; que en su conducta han olvidado sus principios para obrar como libres; que su sentimiento ha prevalecido sobre su metafísica; y que su opinion era tan evidentemente mala, que se vieron obligados en la práctica á abandonar sus teorías; añadiré que no tratamos de saber si ha habido fatalistas virtuosos, sino si lo han sido por efecto de su fatalismo; que un sistema, que por una reunion feliz de circunstancias produce en algunos de sus partidarios resultas menos funestas, puede no obstante llegar á destruir toda moral; y que se hace culpable para con

toda la sociedad en general el que se atreve á predicarle. ¡Ah! la incredulidad moderna recoge con complacencia todos los excesos de los cristianos para hacerlos recaer sobre la Religion; y con una lógica tan absurda como injusta acusa al cristianismo de los vicios que el mismo condena, y de los furores que alguna vez ha sido pretexto; por esto solo sus acusaciones no son mas que calumnias. Pero lo que es una verdad horrible, es que el fatalismo conduce al crimen á sangre fria; que enseña á los malvados á burlarse de los remordimientos, enseñándoles que no son mas culpables por sus delitos que la planta venenosa por el veneno que encierra. Esta es, Señores, la ocasion de repetir aquellas palabras de un escritor muy célebre (1), y que hubiera podido muchas veces aplicárselas á sí mismo : « Huid de esos hombres que á pretexto « de explicar la naturaleza siembran en los co- « razones doctrinas destructoras.... Derribando, « destruyendo y hollando cuanto los hombres « respetan, quitan á los desgraciados el último « consuelo en su miseria; á los poderosos y á « los ricos el único freno que contiene sus pa- « siones; arrancan del fondo del corazon los re- « mordimientos del crímen, las esperanzas de « la virtud, y aun se precian de ser los bien- « hechores del género humano. Dicen que la

(1) J.-J. Rousseau.

« verdad nunca daña á los hombres : yo lo « creo como ellos; y esta es á mi parecer una « prueba de que no es la verdad lo que ellos « enseñan. »

INMORTALIDAD

DEL ALMA.

Si fijamos nuestra vista en el teatro de este mundo, no podremos menos de admirarnos de dos cosas; de los afanes innumerables con que el hombre se fatiga debajo del sol, como dice el sabio, y de la brevedad de su frágil destino. ¡Cuántas agitaciones, cuántas inquietudes en este mundo que habitamos! Aquí se ven políticos entregados á vastos proyectos cuya gloria esperan recoger algun dia; allí sabios sumergidos en penosas investigaciones para adquirirse fama; allá atrevidos especuladores que quisieran sujetar con sus combinaciones los caprichos de la fortuna, esperando disfrutar algun dia del reposo en el seno de la abundancia : por todas partes se ven pueblos enteros dedicados á perpétuas tareas, al comercio y á las artes, y cifrando en no sé qué bienes que se les escapan el colmo de su felicidad. Todo gira de este modo en un continuo torbellino de proyectos, de negocios y placeres. ¡Pero cuántas esperanzas frustradas! Todo lo que aparece en la escena del mundo no

brilla en ella mas que un instante; lo que hoy vive mañana dejará de existir; la generacion presente irá á confundirse con las generaciones pasadas; los imperios, los hombres, todo perece, y nosotros mismos hollamos todos los dias la tierra que nos ha de servir de sepulcro. Y enmedio de estas perpétuas vicisitudes de generaciones que pasan y de generaciones que empiezan, ¿no seria juicioso preguntarnos á nosotros mismos si todo acaba con el cuerpo? Esos personajes que se han hecho ilustres por sus virtudes, esos hombres célebres cuya memoria vive en los anales de los pueblos, nuestros padres en fin cuyos huesos reposan entre nosotros, ¿no serán ya mas que un vil polvo? ¿Se encerrará todo mi ser bajo la losa del sepulcro? ¿Habrá por ventura mas allá de la vida presente otra vida enteramente nueva, en que deberé hallar mi felicidad ó mi desgracia? ¿Se ha presentado nunca, Señores, una cuestion mas digna de los hombres sensatos? ¿Y quién será el que en todo tiempo y en todas ocasiones habrá podido desterrarla de su pensamiento?

Pascal dijo : « La inmortalidad del alma es « una cosa que nos importa tanto, y nos interesa « tan profundamente, que, para no desear saber « lo cierto en este punto, seria necesario haber « perdido todo sentimiento. El rumbo que deben « tomar todas nuestras acciones y todos nuestros « pensamientos es tan diferente, segun que haya

« ó no bienes eternos que esperar, que es impo-
« sible dar un paso con juicio y con tino sin ar-
« reglarse á esta perspectiva que debe ser nuestro
« primer objeto. » Recordaros pues la inmortalidad de vuestras almas es presentar á vuestro espíritu el objeto mas grande y mas digno de sus pensamientos. Veamos primero lo que podemos descubrir con solas las luces naturales acerca de la existencia de una vida futura, en que haya recompensas para la virtud y castigos para el vicio. Las poderosas reflexiones que expondremos en su favor serán tomadas del conocimiento profundo y combinado del hombre y de Dios : tal es el asunto de esta conferencia.

Si queremos descender al fondo de nuestra alma para estudiarla y conocerla, hallaremos en su misma naturaleza, en sus sentimientos, en sus deseos y en sus creencias las reflexiones mas decisivas á favor de su inmortalidad.

La primera reflexion será tomada desde luego de la misma naturaleza del alma, quiero decir, de su espiritualidad. Nosotros vemos el cuerpo del hombre morir, descomponerse, y, sin ser aniquilado, convertirse en no sé que cosa que no tiene nombre. El aire, el fuego, el agua, todos los agentes de la naturaleza ejercen su imperio sobre él, como sobre una planta ó sobre el cuerpo de un animal. Pero el alma está fuera de la esfera de las cosas sensibles : pura y sin mezcla no encierra en sí ningun principio de

corrupcion; y, simple é indivisible como el pensamiento, no puede ser herida por elemento alguno, por activo y sutil que se le suponga. Lo que se llama muerte no es mas que una descomposicion de las partes materiales; pero el alma carece de partes, de figura y de situacion respectiva de partes entre sí; y si el cuerpo puede perder esta composicion de partes distintas, desarreglarse y morir, el alma que nada tiene parecido á esto en su modo de existir no debe experimentar por su naturaleza semejante destruccion. Establecida ya la diferencia real entre el cuerpo y el alma, y manisfestada la distincion de sus sustancias por su naturaleza y propriedades, se concibe porque la ruina de la una no lleva consigo la de la otra.

No se diga que habiendo sido hecha el alma para el cuerpo debe cesar de existir cuando él, y que sin duda volverá entónces á la nada por la voluntad divina. ¿De dónde se saca la extravagante idea de que la duracion del alma está en los designios del Criador á solo el tiempo de su sociedad con el cuerpo? Me atrevo á decir que todo clama contra esta suposicion : el cuerpo es ciertamente menos perfecto que el alma, y sin embargo aun despues que la muerte ha roto la union entre ámbos, quedan existentes todas sus particulas; muda de figura, pasa por trasformaciones, pero al fin no se aniquila ; ¿y quereis que el alma, la mas noble porcion de nosotros

y tan superior al cuerpo por sus facultades, vuelva solamente á la nada? Yo tengo sin duda algun derecho de suponer que el alma del hombre no es de peor condicion que un átomo de materia; y si desde la creacion no hay un solo ejemplar del aniquilamiento del menor de los átomos, ¿no podré creer que el alma no está expuesta á ser aniquilada? Esta es, dijo Fenelon (1), la preocupacion mas razonable, la mas constante y decisiva : á nuestros adversarios toca arrancárnosla por medio de pruebas claras y convincentes. Es una ley general desde la creacion, que ningun ser se aniquile; y si Dios ha hecho contra el alma una excepcion de esta ley, corresponde al materialista darnos la prueba de esta voluntad particular del Criador.

Tampoco se nos diga que el alma separada del cuerpo estaria sin vida, privada de sentimiento, y en un estado de estupor y de muerte; ¿pues en qué se funda semejante idea? Es cierto que en el actual órden de cosas el alma depende del auxilio y accion de los órganos para el ejercicio de sus facultades, y que por ellos recibe mil sensaciones diversas que son para ella ricos materiales de una multitud de conocimientos; pero no es el ojo el que tiene la sensacion de la luz, ni la oreja la del sonido : estos órganos son el vehículo y no el centro de las sensaciones; son el

(1) *Lettres sur la Religion*, lib. II, cap. xi, n. 6, t. I, éd. de Versailles.

instrumento y no el principio de nuestros conocimientos. ¿Y quién nos ha dicho que el alma no podrá algun dia dejar de necesitar de su ministerio, y que Dios no sea bastante poderoso para hacer sin ellos lo que ha querido que se haga en este mundo por su medio? Advertid como aun en este mundo se desprende el alma en ciertas ocasiones de las impresiones de los sentidos y de la imaginacion, y sale del limitado círculo de las sensaciones y experiencias particulares, para remontarse hasta las nociones generales de órden, de justicia, de belleza y de verdad; notad como por su propia actividad es capaz de las mas profundas especulaciones; como se recoge de tiempo en tiempo en sí misma, como en una especie de santuario inaccesible al tumulto de las cosas sensibles, para alimentarse solo de la contemplacion de la verdad; y ¿quién sabe si este imperio y esta independencia se aumentarán mas, luego que esté desembarazada de los lazos del cuerpo? El alma y el cuerpo se resisten naturalmente por sus cualidades opuestas, y lo que mas debe admirar es que dos seres tan diferentes, y que solo el poder de Dios ha sido capaz de reunir, esten de concierto en sus operaciones y en mútua dependencia. Despues de la muerte queda sujeto el cuerpo á movimientos del todo ajenos á la accion del alma que ya no le gobierna, y el alma vive de ideas, de pensamientos, y de conocimientos independientes de

la impresion de los órganos. Los mismos paganos conocieron que así debia ser; y que rotas por la muerte las cadenas de la prision del alma, volaria mas ilustrada y mas perfecta hácia las moradas celestes. Ciceron en su *Tratado de la vejez*, despues de haber referido la doctrina de Pitágoras, de Sócrates, de Platon y de Ciro moribundo, observa que la naturaleza nos ha colocado mas bien bajo una tienda de campaña que en una morada fija, y pone en boca de Caton estas palabras : « ¡ Oh dia feliz aquel en que sa- « liendo del fango de esta tierra me eleve hácia « la asamblea divina de los espíritus que me han « precedido! »

Así pues, para resumir esta primera consideracion, diré que, por el mismo hecho de ser el alma un ser simple, no puede la muerte del cuerpo, que es un compuesto, causar la del alma, y que todo nos induce á creer que la voluntad positiva del Criador es la de no aniquilarla; y ved como su espiritualidad nos suministra una poderosa reflexion á favor de su duracion despues de la muerte del cuerpo.

La segunda reflexion nace de ciertos sentimientos íntimos del alma que son comunes á todos los hombres. Todos tenemos dentro de nosotros mismos cierto presagio y cierto presentimiento de una vida futura. Porque si no, ¿á qué fin ese secreto deseo de sobrevivirnos á nosotros mismos, y de eternizar nuestro nombre en la

memoria de nuestros semejantes, deseo que experimenta el aldeano igualmente que el sabio y el guerrero? El sabio quiere inmortalizarse por sus obras, el guerrero por sus hazañas, y el aldeano quisiera vivir al menos en la memoria de sus hijos; afligese con la idea de poder ser olvidado de ellos, y quisiera unir su nombre al edificio que ha levantado, al árbol que ha plantado y al terreno ingrato que ha sabido fertilizar. Pero sobre todo parad la atencion en ese deseo inmenso de celebridad que domina á los hombres famosos, y que, extendiéndose hasta la posteridad mas remota, se alimenta con la idea de que sus grandes y bellas acciones llamarán la atencion de todas las edades. ¿A qué todo esto, si no estuvieran poseidos de una especie de esperanza de gozar ellos mismos de su gloria en los siglos futuros?

En todos tiempos se ha ensalzado, y con razon, el heroismo de aquellos que han sabido morir por su patria. Este sacrificio de la vida presente puede muy bien explicarse supuesta la inmortalidad del alma; pero si todo se limitase al sepulcro, la actual existencia seria el supremo bien; y, siendo la vida de un valor infinito comparada con la nada, la ley suprema seria vivir, y una verdadera inconsecuencia morir por sus semejantes. En efecto, Señores, el hombre no arrostra la muerte, sino porque ve en ella un tránsito á otra segunda vida; en lo cual el sen-

timiento domina á la razon, aun en el materialista por sistema, á quien yo diria : al morir por vuestra patria aspirais á la gloria; pero si despues de la muerte no existis ya mas que en la estátua ó en el lienzo que os pueda representar, ¿qué os importan los canticos del poeta, los elogios del orador ó las relaciones de la historia? Caton, que no estaba animado de estos sentimientos puros que inspira el cristianismo, procedia de buena fe cuando dijo : « Yo no hubiera « emprendido nunca tantos trabajos civiles y « militares, si hubiera creido que mi gloria de- « biese acabarse con mi vida.... Pero no sé cómo « mi alma, elevándose sobre sí misma, parecia « creer que saliendo de esta vida empezaria á « vivir » (1). Ved pues, Señores, como ese amor de la gloria, de que estaban poseidos los hombres célebres, tenia su principio en la esperanza secreta de una vida que debia empezar despues de la muerte.

La tercera reflexion á favor de la inmortalidad del alma tiene su orígen en sus mismos deseos : me explicaré. Naciendo el hombre sensible, desea la felicidad y se dirige á ella como á su último fin; y no encontrándola sobre la tierra, ¿no es preciso que la busque en otra mejor vida? Demos á estas ideas la extension conveniente. Descended, Señores, al fondo de vuestros cora-

(1) Cic., *de Senect.* n. 23.

zones; escuchad allí en el silencio de los sentidos y de la imaginacion la voz de la verdad, y cada uno de vosotros dirá ingénuamente conmigo: mi alma experimenta no sé qué deseo de ser feliz, que nada de lo terrestre puede satisfacer; busco con ansia cierta cosa que no pueden darme las criaturas; corro tras una sombra que siempre huye de mí; mas de una vez suspiro á pesar mio de disgusto y de tedio, y quisiera un placer puro, fijo y permanente, pues comprendo que la felicidad solo se halla en un corazon cuyos deseos esten todos satisfechos. Pero ¿en donde se encuentra toda esta satisfaccion? ¿Hay un solo mortal que la haya disfrutado sobre la tierra? Que venga, si le hay, y revélenos este secreto. En medio de sus palacios soberbios, de sus jardines deliciosos, de la riqueza de sus tesoros, del esplendor de su gloria, y de la abundancia de los placeres, confiesa Salomon que no es feliz; ¿y porqué? Porque sus oidos no se sacian jamás de oir, sus ojos de ver, ni su corazon de desear (1). Conquista Alejandro el universo, y la tierra enmudece ante él; pero fatigado, mas bien que saciado de gloria, suspira y llora enmedio de los trofeos del mundo vencido (2). Tiberio disgustado del poder corre á encerrarse en la isla de Capri, y busca en el refinamiento del libertinaje lo que no pudo hallar en la grandeza; pero Tiberio se

(1) *Eccles.*, I, 8; II, 10, etc.
(2) Quinto Curc., lib. X, cap. IV.

engaña, la felicidad no habitará con él en la morada de sus torpezas, sentirá su miseria, y se verá precisado á confesarla á la faz del mundo entero (1). ¡Qué ejemplos tan memorables de la nada de las cosas humanas, y de su insuficiencia para hacernos felices! Los he recordado para haceros conocer cuanta es el ansia del corazon humano y como se ven frustradas sobre la tierra todas sus esperanzas.

Entrando ahora dentro de mi mismo, me digo: yo deseo ser feliz, esta es la necesidad mas imperiosa de mi alma, y la inclinacion necesaria de mi naturaleza; yo no me he dado á mi mismo este deseo, ni está en mi arbitrio despojarme de él; le he recibido de Dios con el ser y la vida; y siendo el término á que me hace caminar sin cesar, ¿no será necesario que tarde ó temprano me haga llegar á él? ¿Seria un Dios de verdad si me engañase en los deseos que él mismo me inspira, señalándome un término, y dejándome en la imposibilidad de alcanzarle? Y si esta dicha, para la que yo siento íntimamente que me ha destinado, no existe para mí sobre la tierra, ¿no será necesario que la haya puesto mas allá del sepulcro? Todo marcha en la naturaleza á su fin particular; el sol y los demás astros con sus movimientos regulares llenan todo su destino; los animales cumplen el suyo obedeciendo á su maravilloso instinto;

(1) Tac., *Ann.* lib. VI, cap. VI.

¿y será el hombre el único en la inmensa cadena de los seres que no cumpla el suyo, y á quien haya condenado la Providencia á correr incesantemente hácia el fin de su naturaleza sin conseguirle jamás? Tengamos, Señores, ideas mas justas y mas consoladoras de los designios del Criador y de la excelencia de la naturaleza humana.

La creencia universal del género humano me suministra la última reflexion. Los anales de los pueblos, antiguos y modernos, atestiguan que el mundo entero ha creido siempre en la vida futura. La supersticion, los vicios y la ignorancia han podido degradar esta creencia, y los sofistas combatirla; pero siempre ha dominado entre todas las naciones de la tierra. Serian inútiles largos pormenores sobre un hecho tan comprobado, y por esto nos limitaremos á algunos testimonios. Era tan universal en la antigüedad esta doctrina, que Ciceron no temió hacer decir á Lelio en su *Tratado de la amistad*: «No «puedo sufrir esos novadores que aseguran en «nuestros dias que todo concluye en el sepulcro; «y para mi tiene mas valor la autoridad de los «antiguos, la de nuestros antepasados, la de los «ilustres personajes que han sido la gloria y el «ornamento de la Grecia, y sobre todo la de «aquel que fué declarado el mas sabio de «todos (1). » Séneca, en una de sus epístolas,

(1) *De Amicit.*, n. 4.

hace observar que, cuando se trata de la inmortalidad de nuestras almas, es de mucha autoridad para nuestro entendimiento el asenso universal de los hombres (1). Yo no pretendo que Ciceron y Séneca hayan sido tan ilustrados ni tan firmes en su creencia como lo son los cristianos; y mi objeto ha sido solamente citarlos como testigos irrecusables de la fe de la antigüedad. En los autores que han tratado de esta materia hallareis reunidos los pasajes mas positivos sobre la fe de los pueblos antiguos, de los Egipcios, Caldeos, Indios, Griegos, Romanos, Galos y Germanos; y para citar solo un ejemplo, hablemos de los Galos cuya antigua creencia puede interesarnos mas como Franceses. César nos dice que los Druidas excitaban el valor de sus guerreros, y los exhortaban a desafiar los peligros con la esperanza de la inmortalidad (2); y esta, dice tambien Lucano (3), les daba aquel ardor impetuoso que los hacia correr á la muerte; pues no habia para ellos mayor cobardía que economizar una vida que no se pierde para siempre. Por último, esta creencia de los pueblos se descubre hasta en sus mismas supersticiones y mas ridículas ceremonias, y se deja ver en efecto en las apoteósis, en las visiones de la metempsícosis, en el Elíseo y el Tártaro de la mitología,

(1) Ep. CXVII.
(2) *De Bello Gallico*, lib. VI.
(3) *Pharsaliæ* lib , v. 460.

en el juicio de Minos y de Radamanto, en la evocacion de las sombras y en el temor pueril de los muertos.

En cuanto á los pueblos modernos, bastan las relaciones de los viajeros que han recorrido las diferentes partes del globo. La fe de la inmortalidad del alma se hallaba ya en el nuevo mundo ántes que Cristóval Colon abordase á él. El ilustre Robertson dice (1) : «Nosotros la hallamos «establecida de un extremo al otro de la Amé«rica, mas vaga en unas regiones, mas clara y «perfecta en otras, pero desconocida en ninguna.»

¿Y á quién no admira, Señores, esta conformidad general de las naciones y de los siglos? ¡Cosa singular! Cuando los sentidos nada nos dicen acerca de nuestra existencia futura, ni de la duracion de nuestras almas despues de la muerte del cuerpo, y cuando por el contrario vemos que el hombre muere al parecer todo entero como las bestias sin que nada nos indique exteriormente la menor diferencia; cuando la experiencia de todos los tiempos y la observacion de todos los dias no nos presentan mas que materia y decomposicion de partes, y que el hombre nace, vive y muere como los demás animales; y cuando en fin por todo lo que se presenta á nuestra vista parece que el género humano deberia propender al materialismo mas completo,

(1) *Hist. de la América*, lib. IV.

¿de dónde ha podido venirle un pensamiento tan extraordinario como el de la inmortalidad del alma? ¿Cómo en medio de las ruinas y de los estragos del tiempo y de la muerte ha podido resonar en todo el universo ese grito de inmortalidad? No lo dudeis, Señores, el autor de la naturaleza es el que ha impreso este sentimiento en nuestras almas, así como las ha dotado de inteligencia y de humanidad; y es tan imposible despojarnos de él, como privarnos de la razon y del pensamiento.

Hay en fin, Señores, un testimonio constante, universal é irrefragable de los sentimientos, de la esperanza y de la creencia del género humano, que corrobora singularmente las reflexiones que acabo de exponer : hablo del culto religioso de los muertos, conocido en toda la tierra, así en la antigüedad como en los tiempos presentes. ¿A qué fin ese respeto á sus despojos? ¿Esos sepulcros erigidos en su honor, y esos cánticos lúgubres consagrados á su memoria se dirigen á un polvo insensible y vil, ó nacen por el contrario del pensamiento secreto de no ser indiferentes los muertos á los testimonios de nuestro afecto, de ser como testigos de nuestras lágrimas y de nuestra afliccion, y de poder nosotros conservar una especie de sociedad afectuosa con aquella parte de ellos mismos que vive todavía?

Hay un pueblo en las extremidades del Oriente

que pone sobre los sepulcros diferentes manjares para alimento de los muertos; y, entre los idólatras Peruanos, las mujeres y los hijos de los Incas se ofrecian à la muerte para honrar los funerales de estos y acompañarlos en el otro mundo. Osian, ó el que ha cantado bajo su nombre, hace vagar en las nubes las sombras de sus guerreros cazadores, y los supone sensibles á los cánticos que los Bardos consagran á su gloria. ¿No tiene todo esto una manifiesta conexion con la doctrina de la vida futura? ¿Pero por qué encanto irresistible colocamos de este modo la vida hasta en la morada de la muerte? « En esto es, dice un escritor cele-« bre (1), en lo que la naturaleza humana se « muestra superior al resto de la creacion, y de-« nota sus altos destinos. ¿Conocen las bestias el « féretro, ni las conmueven sus cenizas? ¿Qué « les importan los huesos de sus padres? ó por « mejor decir, ¿conocen estas á sus padres des-« pues que han pasado las necesidades de la in-« fancia? Solo el hombre, entre todos los seres « creados, recoge las cenizas de sus semejantes, « y les tributa un respeto religioso, y á nuestros « ojos el dominio de la muerte tiene algo de sa-« grado. ¿De dónde nace la grandiosa idea que « tenemos de la muerte? ¿Merecerá un poco de « polvo nuestros homenajes? Ciertamente que

(1) Chateaubriand, *Génie du Christianisme*, lib. VI, cap. III.

« no, y si respetamos las cenizas de nuestros an-
« tepasados es porque una voz secreta nos dice
« que no todo ha muerto en ellos; esta es la voz
« que consagra el culto fúnebre entre todos los
« pueblos de la tierra. Todos estan igualmente
« persuadidos de que el sueño no es durable ni
« aun en el sepulcro, y que la muerte no es mas
« que una trasfiguracion gloriosa. »

Sí, la religion de los sepulcros está unida al sentimiento de la inmortalidad, y en este punto la experiencia confirma la razon. Jamás en efecto se han visto las cenizas de los muertos mas indignamente profanadas que en aquella época en que el materialismo mas brutal prevaleció entre nosotros. Cuando en el hombre que muere no se ve mas que una máquina que se descompone, ó una planta que se deshace, y cuando se cree que nada queda de él mas que un asqueroso despojo, ¿qué veneracion podremos tributarle? ¿No nos sentimos por el contrario inclinados á tratarle como el cadáver del animal mas inmundo? Si catorce siglos de una piadosa veneracion no pudieron salvar de ultrajes los restos mortales de la patrona de esta capital; si se vieron por algun tiempo los huesos mismos de Turena descansar al lado de los del elefante y del cocodrilo, y si tantos ilustres difuntos fueron arrojados de su última morada, fué porque la Religion misma carecia de asilo, y porque las doctrinas perversas habian casi borrado el sen-

timiento de la inmortalidad. El sacrílego materialismo ha sido el profanador de los sepulcros, y la creencia en la vida futura es la que los hace venerables.

He aquí, Señores, como reflexionando sobre la espiritualidad de nuestra alma, sobre sus mas íntimos sentimientos, sus mas ardientes deseos y sus mas arraigadas creencias, descubrimos en nosotros mismos el gérmen y las prendas de la inmortalidad; veamos si del conocimiento de Dios y de sus perfecciones no nacen reflexiones aun mas convincentes.

Atreverse á decir que no hay Dios, es un extremo monstruoso al que el entendimiento del hombre no se entrega jamás sin zozobra y sin inquietud; ¿y cuál es el ateo que está íntimamente convencido de su ateismo? Sus mismas blasfemias publican la fe oculta en el fondo de su corazon, y sus frecuentes discursos contra la Divinidad descubren el terror que le inspira. Montesquieu ha dicho (1): « El hombre piadoso « y el ateo hablan continuamente de la Reli- « gion: el uno habla de lo que ama, y el otro « de lo que teme. » No: el ateismo, Señores, no es una opinion; es si un delirio, un furor.

Reconocer un Dios sin providencia es una inconsecuencia grosera; es hacer de Dios un Rey sin vasallos, un señor sin autoridad, un padre sin bondad, y un legislador sin plan ni sabidu-

(1) *Espíritu de las Leyes*, lib. XXV, cap. 1.

ría, que abandona su obra y sus leyes á los caprichos del acaso; luego hay un Dios que gobierna el género humano y que preside á sus destinos con tanta sabiduría como justicia. ¿Y cómo podríamos sin embargo reconocer en este mundo al Dios justo y sabio, si este mundo no estuviese enlazado con otro mundo futuro?

¿Y qué exige primeramente la justicia divina? La razon nos dice que Dios, justo apreciador de todas las cosas, no puede mirar del mismo modo al parricida que al hijo sumiso; al amigo fiel que al pérfido; al desapiadado avaro que al corazon generoso; al horrible homicida que al libertador de su semejante: pensar de otra manera seria suponer á Dios menos perfecto que el hombre, pues este, á pesar de los defectos de su naturaleza, no puede menos de sentir un secreto horror al vicio, aun en el momento mismo en que tiene la debilidad de entregarse á él, y un amor oculto á la virtud, aun cuando no tenga valor para practicarla. Sí, mi conciencia misma me dice que la virtud es apreciable, digna de elogios y de recompensas, y el vicio despreciable y digno de oprobio y de castigo; este es el grito de la naturaleza y esta es la idea de justicia impresa en nuestras almas. De este modo, y por una serie de ideas encadenadas unas con otras vengo á parar en que no hay Dios sin justicia, ni justicia sin recompensas para la virtud y castigo para el vicio.

Pero en vano buscamos sobre la tierra este órden de cosas, el único conforme á la rigurosa equidad. Es cierto que Dios para animar á los buenos y aterrar á los malos, para advertir mas palpablemente á los hombres que su providencia vela sobre ellos, y hacerles presentir lo que les espera, hace alguna vez brillar su justicia en el hombre de bien colmándole de prosperidades, y en el culpable descargando sobre él golpes tan espantosos y visibles, que es imposible desconocerla. Mas de una vez enfermedades vergonzosas y crueles, disgustos mortales, pesares roedores y una ruina total y repentina hacen sentir á los culpables la mano vengadora que pesa sobre su cabeza. Pero á pesar de todos los ejemplos de esta clase, es preciso convenir en que, si la vida presente no estuviese enlazada con otro órden de cosas, este mundo no seria mas que un caos, un enigma inconcebible y un perpétuo desórden que clamaria contra la Providencia y contra su justicia. ¿Qué nos presenta la historia de todos los tiempos y de todos los pueblos? Bien frecuentemente desconocidas las virtudes, honrados los vicios, delitos sustraidos á la cuchilla de la justicia humana, familias arruinadas por la mala fe, víctimas desgraciadas de la envidia y del odio, la inocencia gimiendo en las prisiones, y la virtud pereciendo en los cadalsos. Son tan repugnantes estos desórdenes, que las almas débiles é impacientes han tomado

de ellos ocasion para blasfemar contra la Providencia, y mirarla como indiferente al gobierno de las cosas humanas, para creer perdidos los esfuerzos del hombre de bien, y exclamar como aquel Romano vencido en los campos de Filipo: *¡O virtud, no eres mas que un fantasma!* Jamás, Señores, es cierto, saldrá de nuestra boca semejante impiedad, y menos aun se abrigará en nuestro corazon. Esos desórdenes, que resaltan por todas partes á nuestra vista, deben recordarnos el órden eterno de que Dios es el orígen; yo sé que existen en los tesoros de su omnipotencia medios de reparar cuanto hay desarreglado en este mundo; me arrojo al seno de la eternidad, y, dirigiendo desde allí mis miradas sobre la tierra, la veo en su verdadero punto de visto; desde allí reconozco que lo que parece en ella mas discorde, forma parte de la armonía universal por su enlace con los designios infinitos de aquel que vive y reina por los siglos de los siglos. Los trabajos del hombre virtuoso no son á mi vista injusticias, sino pruebas y combates que conducen á la gloria; y cuando comparo lo que padece con la corona que le está preparada, solo veo en sus aflicciones las angustias de una alma que se labra su inmortalidad. Esto es lo que ha querido decirnos el sabio en aquellas graves palabras (1): « He visto bajo el sol la

(1) *Eccles.*; III, 17.

« impiedad en lugar del juicio, la iniquidad en « el puesto de la justicia, y he dicho luego en « mi corazon : Dios juzgará al justo y al injusto, « y entónces será el tiempo de ordenar todas las « cosas. »

Pero se dirá tal vez : ¿porqué recurrir á la otra vida para justificar á la Providencia? Si buscais recompensas para la virtud, las hallareis en la paz y en el testimonio de una buena conciencia; y si castigos para el vicio, los encontrareis en los remordimientos inseparables de él. Pero esto no es mas que un vano sistema por el cual es imposible salvar la justicia divina, y cuya futilidad voy á haceros conocer. No es la justicia de Dios como la de los hombres, pues es infinita como su poder. Es digno del que todo lo conoce y lo puede, premiar todo lo bueno y castigar todo lo malo; destinar recompensas á la virtud, y al vicio castigos indefectibles, suficientes y asignados con medida y proporcion; lo que no sucederia si todo se redujese á la paz del alma en los justos, y á los remordimientos en los culpables.

Quereis primeramente que la paz del alma sea el único premio de la virtud; pero esta paz no es siempre inseparable de ella, pues hay corazones virtuosos que viven sobresaltados, y que, tímidos hasta el extremo, temen en donde nada hay que temer; la delicadeza de su conciencia hace su tormento; la imaginacion los asusta con

fantasmas, y les pinta los mas ligeros defectos con los colores de los vicios mas feos, convirtiendo de este modo en mal lo que es un bien; así la paz se desvanece entre las borrascas de una alma agitada, y con ella tambien lo que creeis ser la única recompensa de la virtud Es preciso ademas que la recompensa sea proporcionada al mérito; y sin embargo esta regla de equidad se encuentra violada á cada paso en este mundo. En efecto, esa paz de la conciencia acompaña tambien virtudes que aunque sólidas son menos penosas á la naturaleza; ¿y cuál será en este caso la recompensa de las virtudes mas sublimes y mas difíciles? Voy á explicarme: nace un hombre con felices inclinaciones; apacible, moderado y dueño de sí mismo por temperamento, practica natural y fácilmente la virtud; miéntras que agitado otro de pasiones violentas, tiene necesidad de ser pacífico á pesar de los arrebatos de un carácter fogoso, y modesto en medio de los aplausos que acompañan á un renombre esclarecido. Si uno y otro son virtuosos, gozarán ambos igualmente de la paz del alma sobre la tierra, pero el uno tiene mas obstáculos que vencer, mas triunfos que conseguir sobre sí mismo; su fidelidad es mucho mas difícil, y mucho mas meritoria por consiguiente su virtud y digna de mayor recompensa: sin embargo esta seria la misma si solo consistiese en la paz del corazon. Pero todavía hay otra reflexion de

mayor fuerza : cuando el hombre de bien muere por su deber, cuando hace el sacrificio de sus dias mas bien que el de su conciencia, entónces es cuando se hace mas agradable á su Criador, y mas digno de sus favores; mas si estos no tuviesen otro precio mas que el reposo de su conciencia, ¿en dónde estará el premio de su heroismo? ¿Bajará con él al sepulcro la paz de su alma? Suponeos colocados entre la prevaricacion y la muerte, y que en este caso os manda Dios morir por complacerle : ¿será preciso que ejecuteis sin esperanza de recompensa alguna este último acto de vuestra vida, que corona todos los demás y es el mas meritorio de todos? ¿Habria cosa mas injusta? No : ó Dios no os manda morir por vuestro deber, ó es preciso que premie una obediencia que le habeis manifestado muriendo; ¿y en dónde, repito, estará la recompensa, si todo acaba con la muerte?

No está mejor fundado el limitar el castigo del vicio á los remordimientos. Convengo en que el delincuente halla su primer castigo en la acusacion de su propia conciencia; pero si los remordimientos fuesen su única pena, entónces los mas delincuentes serian por lo comun los menos castigados, porque sabrian mejor que los otros sufocar los gritos de su conciencia bajo el peso de la multitud de sus crímenes. La primera falta es á la que se sigue el remordimiento mas agudo; despues es demasiado frecuente familiarizarse

con el vicio, y debilitarse los remordimientos á medida que el hombre se entrega á él, acabando, segun el lenguaje de los Libros sagrados (1) por tragar la iniquidad como el agua; de manera que si los remordimientos fuesen la única pena del vicio, faltaria toda proporcion entre el delito y el castigo; y para decirlo de una vez, los remordimientos no serian mas que una preocupacion ridícula, de la que seria preciso libertarse, si no hubiera nada que temer mas allá del sepulcro. Yo bien concibo porque un alma puede tener remordimientos miéntras esté penetrada del temor de un Dios vengador; pero si este temor se debilita ó se apaga, es preciso que con él se debilite y apague tambien el remordimiento. Por esto tienen los grandes criminales una secreta inclinacion á las doctrinas del fatalismo, igualmente que á las del materialismo; pues presentándoles las unas sus crímenes como necesarios, se dirigen á libertarlos de los remordimientos; al paso que las otras les ofrecen la impunidad, haciendo morir juntos el alma y el cuerpo. Libres así de todos los terrores de una vida futura, podrán muy bien temer el suplicio ó el oprobio, pero no sentirán los remordimientos. Por otra parte ¿no sabemos que el culpable se disfraza mas de una vez á sí mismo la injusticia y la enormidad de sus acciones, que los

(1) Job, xv, 16

crímenes afortunados dejan de serlo á sus ojos, y que los excesos mas escandalosos no parecen tales cuando se los ve al traves del prestigio de la gloria? ¿ Y creeremos de buena fe que algunos ligeros remordimientos sean suficiente castigo de acciones que pueden causar la ruina de las familias, de las generaciones y de las naciones enteras?

Hay en fin un delito particular que quedaria impune en el sistema que combatimos: hablo, Señores, de ese crímen raro en otro tiempo y demasiado comun en nuestros dias, espanto de la sociedad y escándalo de las costumbres, del *suicidio*. Si no hay mas castigo para el crímen que los remordimientos, ¿ cuál será el de ese hombre que debiéndose á la sociedad que le ha alimentado en su seno y ha velado por la conservacion de sus dias, á su familia con la que ha contraido obligaciones, y sobre todo á Dios que le ha dado la vida y es el único que tiene derecho de quitársela, se la arranca sin embargo á sí mismo con desprecio de todas las obligaciones, divinas y humanas, echando acaso con este último atentado el sello á una vida del todo criminal, á menos que no le cometa estando demente ó privado de su libre albedrío? Si su alma ya no vive, segun pretendeis, ¿cómo podrán obrar los remordimientos en lo que está reducido á la nada? Concluyamos pues, Señores, diciendo que la paz que consuela al justo,

y los remordimientos que atormentan al malvado, empiezan en este mundo la diferencia que debe hacerse un dia con mas esplendor y exactitud, y son el preludio, no la medida de la justicia divina; de este modo los consuelos de la virtud y las amarguras del vicio en esta vida establecen mas bien que destruyen la doctrina de la vida futura.

No se alegue tampoco que la justicia divina quedaria satisfecha con el aniquilamiento del culpable; ¡ vano subterfugio ! La justicia divina debe ejercerse de un modo capaz de intimidar al hombre, de contenerle en su deber ó atraerle á el; y los malvados no tendrian ciertamente temor alguno si contasen con seguridad con el recurso, aunque miserable, de su aniquilamiento. Por otra parte, ¿no deben las penas aplicarse con equidad, y graduarse por el número, la naturaleza y la gravedad de las faltas, de modo que haya desigualdad en los castigos, cuando la hay en los delitos? ¿ Podrá la soberana justicia confundir un simple robo con un parricidio? Sin embargo los delitos serian igualmente castigados si la aniquilacion fuese la pena comun á todos.

Descendamos aun por un momento al fondo del corazon humano, y profundicemos las ideas que debemos formarnos de la Providencia en el gobierno de este mundo. El temor y la esperanza son como los dos polos del mundo moral;

todo camina y gira sobre estos dos sentimientos; ellos son los que establecen y perpetuan la subordinacion y el órden en la sociedad lo mismo que en las familias, y en los ejércitos como en las ciudades. El corazon del hombre está lleno á un mismo tiempo de deseos y de debilidades, y necesita ser estimulado por la esperanza y contenido por el temor. Manifestadle el premio de la virtud si quereis que la practique, y el castigo del vicio si quereis que le evite. ¿Qué se pensaria de un capitan que tratase al soldado cobarde del mismo modo que al esforzado? ¿Qué, de un legislador que, despues de haber publicado un código de leyes, las abandonase al capricho de cada uno, y no ofreciese ningun motivo poderoso para ser fiel á ellas, ni supiese animar con promesas á los obedientes, é intimidar con amenazas á los infractores? Destituidas entónces las leyes de su necesaria sancion, ¿no quedarian sin fuerza y sin autoridad? ¡Y se quiere que Dios, supremo legislador, abandone sus leyes á la voluntad de cada uno, que no vea ni la fidelidad ni la rebelion, y que los unos las observen sin utilidad, y los otros las violen impunemente! Si esto fuese así, nada habria hecho para asegurar el imperio de ellas, y su obra seria tan indigna de su sabiduría como de su justicia.

Yo bien sé que un amor desenfrenado de independencia nos hace enemigos de toda regla, y

que quisiéramos sacudir su yugo. Sometiendo la Providencia á nuestros deseos, la permitimos que pueda preparar recompensas á la virtud; pero nos irritamos con la idea del castigo, y queremos esperarlo todo de su bondad, sin temer nada de su justicia. Pero su justicia y su sabiduría nunca la abandonan; ambas tienen sus derechos como los tiene su bondad, y es preciso que brillen en sus obras, y aseguren la ejecucion de las leyes y de las obligaciones que Dios nos impone; mas una y otra quedarian violadas, como dejo probado, si la nada fuese la única pena de los malvados.

Es pues cierto, Señores, que el sepulcro no es el término de la vida humana; que lo que vive y piensa en nosotros no muere; que este corazon que suspira por la felicidad, y esta inteligencia que anhela por la verdad, serán en fin satisfechos. Sí, lejos de nosotros ese materialismo que mantiene al hombre encorvado hácia la tierra, hácia esa tierra que solo tocamos con la extremidad del cuerpo, como para enseñarnos á despreciarla. ¡Cuán consolador y sublime es el destino del hombre llamado á vivir mas allá de los tiempos! No hablo de esa inmortalidad concedida en el mundo á la memoria de aquellos que se han hecho ilustres por su ingenio y sus tareas, y que solo es una vana imágen de la verdadera inmortalidad que debe ser el patrimonio de la virtud. Arrebatado el poeta ro-

mano de la belleza de sus obras se atrevia á exclamar en su entusiasmo lírico (1) : « Acabo de « erigir un monumento mas duradero que el « bronce ; yo no moriré todo entero » *non omnis moriar*. Tenia razon , Señores : su nombre vive aun en la memoria de los hombres ; ¿pero qué influyen en su dicha los elogios de la posteridad? Él se prometia una gloria de que no debia gozar, y nosotros anunciamos una gloria inmortal que ha de disfrutar el que observe la virtud. ¡ Qué nueva luz derrama este pensamiento sobre todas las cosas humanas! Ella en efecto me descubre que este mundo no es un espectáculo de máquinas organizadas por cierto tiempo, que se romperán un dia para siempre, y con las que el Criador juega y se divierte ; veo por el contrario que el Ser infinito se ha propuesto fines dignos de su infinidad, que no se arrepiente de los dones que ha concedido á nuestra alma, y que, despues de haberle dado el poder de conocerle y glorificarle, quiere realmente ser conocido y glorificado por ella para siempre. La antigüedad profana imaginó un sabio á quien nunca vió, que permaneciese inmóvil en medio de las ruinas del universo (2); pero esta idea se verifica en el justo á quien sostiene y anima la esperanza de una dichosa inmortalidad. Agiten entónces la tierra mil sacudimien-

(1) Horat., *Carmin.* lib. III, oda xxx.
(2) Horat., *Carmin.* lib. III, oda iii.

tos diferentes, conmuévase y caiga todo á su rededor: elevado él sobre las cosas creadas, solo contempla las cosas eternas; la última desgracia que puede sucederle es morir; ¿pero qué le importa la muerte si su alma es inmortal? De este modo el dogma de la inmortalidad del alma consuela la desgracia, reanima la virtud, reprime el vicio, justifica á la Providencia, explica el hombre y el mundo moral, y es como una cadena misteriosa, que baja desde el trono del Criador hasta nosotros para unir la tierra al cielo, el hombre á su Dios, y el tiempo á la eternidad.

DEL CULTO EN GENERAL.

Nada hay mas comun en el dia que hombres que viven sin Religion y sin Dios, ya porque ostenten ser incrédulos por sistema, ya porque se abandonen á una indolencia dulce en la apariencia, aunque funesta en la realidad. Ateos en su conducta, contemplan las maravillas de la naturaleza sin elevarse jamás hasta su autor; disfrutan de todos los beneficios de la creacion, sin subir nunca hasta su origen por medio del reconocimiento, y como si estuviesen fuera del imperio del árbitro soberano de todas las cosas, no siguen mas regla en sus sentimientos y en sus acciones que la inclinacion que los domina; miran como una cosa inútil los homenajes del entendimiento y del corazon, ó sea el culto interno rendido á la Divinidad, y tienen por prácticas pueriles y supersticiones populares las demostraciones exteriores y públicas, como los ritos sagrados y las fiestas religiosas.

Por desgracia la impiedad encontrará siempre un secreto y poderoso apoyo en la soberbia del

entendimiento y en la perversidad del corazon. El hombre quiere siempre ser independiente y satisfacer todos sus apetitos; por esto resiste la idea de un Dios que le representa un ser que manda y quiere ser obedecido, y se irrita contra las doctrinas religiosas porque reprimen sus inclinaciones. Las pasiones murmuran siempre contra el freno de la autoridad divina, é impacientes é indóciles procuran romperle. El orgullo no reconoce superiores, ni aun iguales, y el mismo espíritu de rebelion que subleva algunas veces al vasallo contra el Monarca, al hijo contra el padre, y al criado contra el señor, subleva tambien al hombre contra Dios; de modo que hay hombres irreligiosos por la misma razon que hay súbditos rebeldes é hijos ingratos. Dominado el hombre por su orgullo se contempla á sí mismo con una secreta complacencia, solo se ve á sí propio en el universo, y á todo se antepone, hasta al mismo Dios; y he aquí porqué el orgullo es una especie de ateismo incoado. ¡Cuán arraigadas deben estar en el corazon del hombre las doctrinas religiosas y morales cuando han resistido á las pasiones siempre coligadas para destruirlas! Nada acaso prueba mas victoriosamente el imperio y necesidad de estas doctrinas, que el corto número de impios que de tarde en tarde se han atrevido á impugnarlas.

Parecia natural á primera vista que la impiedad estuviese confinada en las últimas clases del

pueblo, y que solo los que sufren el peso del dia y del calor, y comen únicamente un pan regado con su sudor y sus lágrimas, pudiesen sentirse inclinados á desconocer á un Dios, padre comun de los hombres, y á negarle los homenajes del reconocimiento. No ha nacido sin embargo la incredulidad en el seno de la indigencia; si por desgracia no le es hoy desconocida, es indudable que ha descendido á ella desde mas alto. Las mas veces es el último de los excesos de un talento corrompido por la altanería de la ciencia, y extraviado por la sutileza de sus pensamientos. Si, Señores, el primer grito de impiedad salió de la boca de los afortunados del mundo, de los grandes, de los ricos, de los sabios, de los mas brillantes ingenios; y de este modo los mas favorecidos fueron los mas ingratos. Mi objeto pues en este dia será sacarlos de este fatal olvido de la Divinidad, excitar en sus almas los sentimientos religiosos amortiguados, pero no extinguidos, y combatir esos sofismas dirigidos á justificar el hábito verdaderamente monstruoso de vivir sin tributar ninguna clase de homenaje á la suprema Majestad. Para ello sentaré las dos siguientes proposiciones: primera, el hombre debe un culto á la Divinidad; segunda, este culto debe ser exterior y público. Segun vaya fijando por medio del raciocinio la sana doctrina sobre esta materia, os haré ver cómo el cristianismo la confirma y perfecciona; este

será todo el asunto de la presente conferencia sobre el culto religioso.

Es indudable, Señores, que tenemos deberes para con la Divinidad, y que uno de ellos es rendirle homenajes, en una palabra, un culto. De esta obligacion nos persuaden ya las primeras nociones de Dios y del hombre que hemos explicado en nuestros discursos precedentes, ya la consideracion de los intereses mas importantes y sagrados de la humanidad. Si consultamos la razon, nos dirá que hay un Dios criador, el cual, poseyendo la plenitud del ser y siendo el orígen de la vida, ha comunicado la existencia á cuanto compone este universo; un Dios conservador que todo lo gobierna por medio de su sabiduría, despues de haberlo criado todo por su poder, extendiendo su providencia universal á todos los seres, desde los cielos estrellados hasta la flor de los campos, sin ser mas grande en las cosas mas pequeñas, ni mas pequeño en las mas grandes; un Dios legislador supremo, que, mandando cuanto es bueno y prohibiendo todo lo malo, manifiesta á los hombres su voluntad santa por el ministerio de la conciencia; un Dios, en fin, juez soberano de todos los hombres, que tratará á cada uno en la vida futura segun sus obras, señalando castigos al vicio y premios á la virtud. Esta es una doctrina reconocida por la razon mas sana, cuyo conocimiento, aunque en diferentes grados, es

tan universal como el género humano; que existia ya pura entre los Hebreos, se halla mucho mas clara entre los cristianos, y aunque las supersticiones paganas pudieron oscurecerla, jamás ha llegado *à aniquilarse* en ningun pueblo de la tierra. Estos son puntos de creencia independientes de las vanas opiniones de los hombres y de los argumentos de los sofistas, y que tenemos tanto mayor derecho á dar por supuestos ahora, cuanto hemos consagrado muchos discursos para establecerlos.

¿Y cómo dejaremos de ver que de estas mismas nociones de la Divinidad se derivan deberes religiosos para con ella? ¿Quién no conoce que al descubrirnos la razon lo que Dios es respecto de nosotros, nos descubre en esto mismo lo que nosotros debemos ser con respecto á él? Si es nuestro Criador, ¿no deberemos hacerle homenaje del ser que hemos recibido de su bondad omnipotente? Si nos conserva una vida de que es árbitro, y de que á cada momento podria privarnos, ¿no es cada instante que gozamos de ella un nuevo beneficio que exige de nuestra parte un nuevo sentimiento de gratitud? Si es nuestro legislador, ¿no deberemos obedecer sus leyes, y tomarlas por regla de nuestros afectos y de nuestra conducta? Y si en fin ha de ser un dia nuestro juez, ¿no será preciso que procuremos comparecer sin mancha ante su tribunal, y no caer culpables en las manos de su justicia?

Supongamos por un momento que fuésemos hijos del acaso, un resultado de combinaciones fortuitas de la materia, y que hubiésemos sido echados á la tierra sin objeto ni designio; entónces estaríamos indubitablemente en esa independencia absoluta de la Divinidad que el ateismo predica; todo vínculo religioso seria una cadena vergonzosa y humillante que deberíamos apresurarnos á romper; entónces, no siendo Dios nada para nosotros, yo concibo como nosotros deberíamos ser nada con relacion á él. Pero en la doctrina contraria de un Dios criador y conservador nuestro, debe ser muy diferente la conducta del hombre: nuestros deberes no pueden ser los mismos en estas dos creencias opuestas, pues cuando los principios estan en contradiccion deben estarlo igualmente las consecuencias; y por la misma razon que en la absurda y quimérica suposicion del ateismo no debe el hombre tener Religion, es preciso que sea religioso en la creencia de un Dios.

Supongamos tambien que semejantes á los animales, fuésemos como ellos incapaces de conocer á Dios, de admirarle en sus obras y de penetrarnos de la idea y del sentimiento de sus beneficios; entónces, como los animales, no podríamos rendir ningun homenaje al Criador. Pero si estamos dotados de esta razon sublime que nos eleva hasta él, que nos enseña que hemos salido de su mano poderosa, que le debemos

cuanto somos, y en particular esa preeminencia que hace al hombre rey de los animales, asi como del resto de las criaturas, ¿no será una cosa indigna el querer que seamos tan indiferentes hácia la Divinidad como el animal que rumia y la planta que vegeta? Esto es querer que juntemos á la insensibilidad que muestra el bruto á los beneficios del Criador, la vergüenza y el crímen de la ingratitud de que solo es capaz el ser inteligente.

Sin duda, Señores, que siendo Dios feliz en si mismo, no tiene necesidad de sus criaturas: no mas feliz por nuestros homenajes, ni mas desgraciado por nuestra rebelion, es muy distinto de los príncipes de la tierra que experimentan sensaciones intimas de placer ó de pena por la fidelidad ó desobediencia de sus súbditos, y cuyo destino depende siempre mas ó menos de las pasiones y de los caprichos de los pueblos. Por mas firmes y elevadas que esten las potestades de la tierra, pueden caer y perecer; pues cuanto ha hecho la mano del hombre está sujeto al imperio del tiempo. No sucede lo mismo respecto de Dios que es eterno. Nuestra indiferencia no puede alterar su felicidad; las blasfemias y la rebelion de todas las naciones coligadas no podrian oscurecer su gloria, ni conmover el trono de su grandeza. No, no quiere Dios ser honrado por sus criaturas para ser mas feliz; pero Dios es la sabiduria y la equidad misma, y es por

esencia el Dios del órden; quiere, aprueba y manda cuanto es conforme á la soberana razon, y ciertamente que condena cuanto se separa de ella; por lo tanto está en la naturaleza de las cosas que la criatura dependa del Criador, que Dios sea el fin de todo, como es su principio; y si no puede despojarse á sí mismo de su cualidad de Señor supremo, tampoco puede despojarnos de nuestra cualidad de súbditos. Somos la obra de sus manos; su dominio sobre nosotros es inagenable, y él se debe á sí mismo el no desprenderse de su imperio, porque no puede dejar de ser Dios. No es pues un sentimiento de orgullo exaltado, sino un sentimiento verdadero y profundo, ya de sus perfecciones divinas, ya de nuestra dependencia, el que nos persuade que Dios quiere ser honrado por su criatura. Así está escrito, que el Señor ha hecho para sí cuanto ha hecho. *Universa propter semetipsum operatus est Dominus* (1).

Es indudable tambien que Dios es infinitamente grande; pero no por eso creamos que no se digne dirigirnos sus miradas, ó que nuestros votos, nuestras súplicas y nuestros homenajes no puedan llegar hasta él, atravesando el espacio inmenso que nos separa del trono de su eternidad. Estas serian ideas groseras nacidas de la limitacion de nuestro entendimiento, de las ilu-

(1) *Proverb.*, XVI, v. 4.

siones de los sentidos, y de nuestra propension á extender al ser infinito y Rey inmortal de los siglos, ideas aplicables únicamente á los hombres y á las potestades de la tierra. Pero, ¿porqué han de ser indiferentes á Dios nuestros homenajes? Si á pesar de su grandeza infinita no se ha desdeñado de criarnos, ¿porqué se ha de desdeñar de ocuparse de nosotros, cuando este beneficio es una consecuencia natural del primero? Comunicándonos alguna parte de su vida, de su inteligencia y de su libertad, nos ha hecho á su imágen, y le somos tan queridos como lo es la obra al obrero que se complace en ver en ella la expresion sensible de su pensamiento. Sí, Señores, el Criador ama en nosotros los dones que él mismo nos ha repartido; y, habiéndonos dado un entendimiento capaz de conocerle y un corazon capaz de amarle, es imposible que no acepte el homenaje de estas mismas facultades que hemos recibido de su bondad infinita.

Tampoco creamos que la multitud y prodigiosa variedad de nuestros votos y ofrendas fatiguen ó importunen á la Divinidad. Estas ideas son bien aplicables aun á cuanto hay de mas grande sobre la tierra por el ingenio y el poder, porque tambien se encuentra allí la debilidad humana, pero no á Dios que, de una sola ojeada y con un solo pensamiento, abraza el universo con la inmensidad de sus pormenores. Dios, dicen, es infinitamente grande, pero por eso mismo nada fatiga

su ilimitado poder; su fuerza está en su voluntad, y por eso : *dijo, y todo fué hecho.* Los mas grandes monarcas del mundo serán siempre limitados en sus acciones como en sus luces, y nunca podrán conocer las súplicas y las necesidades de todos los individuos de un imperio inmenso : no así Dios ante quien el género humano es todo como un solo hombre, y á cuyos ojos el Universo es como si no fuese.

Yo bien sé que el hombre comparado con su Dios es menos que un átomo; pero para evitar toda exageracion, no olvidemos que hemos sido criados á la imágen misma del Criador; que ha estampado en nosotros la marca de sus perfecciones, y que por medio de sus comunicaciones inefables ha aproximado á sí lo que distaba de él tanto como la nada. Léjos de nosotros esa pueril idea de que Dios aprecia los objetos por sus masas y sus dimensiones : ¿qué son el sol y todos los astros con su brillo y su magnificencia? ¿qué son ante un ser inteligente que los conoce y mide sus órbitas y sus distancias, que se conoce á sí mismo, y puede conocer al autor de tantas maravillas? ! Y qué ! cuando el mismo Dios me ha dotado del poder sublime de elevarme hasta él y de presentarme ante el trono de su Majestad, de ser á su lado como el embajador é intérprete de las criaturas inanimadas, ¿será posible que si guiado por el instinto de mi naturaleza llevo á sus piés el tributo de mi de-

pendencia y del resto de la creacion, le deseche y vea en él tan solo una loca audacia digna de su desprecio y de su enojo? No ciertamente, este no es un insulto de un temerario, es el homenaje de un hijo reconocido y de un súbdito fiel para con el padre mas tierno y el Monarca soberano cuyo trono es la justicia y la bondad. Así es como consultando á la razon se descubren relaciones esenciales entre la criatura y el Criador; relaciones que nos imponen deberes, de manera que es imposible que el hombre sea racional sin que sea religioso.

Pero para conocer aun mejor cuan esencial es á la naturaleza racional el culto religioso, consultemos un momento el mas importante y mas sagrado interés de la humanidad. Es una cosa verdaderamente admirable, cómo la creencia en un Dios y en una providencia que gobierna este Universo, se extiende al mundo moral lo mismo que al mundo físico, y no es indiferente á los negocios humanos, haya sido mirada en todos tiempos y entre todos los pueblos como la mas saludable y la mas íntimamente enlazada con la civilizacion, la conservacion y la felicidad de las sociedades. Todos los legisladores la han puesto por base de sus instituciones, y todos han levantado sobre ella el edificio social. ¿Y cómo la fe en un Dios y en una providencia, que todo lo gobierna y es árbitro de nuestro destino, es tan eminentemente útil,

sino porque se enlaza con los sentimientos, con las acciones y la conducta de los hombres; porque está destinada á ser la regla de nuestros deberes, y porque, inspirándonos alternativamente sentimientos de temor y de esperanza, es el motivo mas poderoso para excitarnos á cumplir con nuestras obligaciones, y á hacer los sacrificios que exijan de nosotros?

¿Qué importa en verdad colocar en lo alto de los Cielos una Divinidad ociosa, tan insensible á los homenajes del que la adora, como á las blasfemias del que la ultraja; á la cual yo no debo temer ni amar, adorar ni invocar, y que es para mi como si no existiese? ¿Qué importa un conocimiento especulativo de la Divinidad si estamos dispensados de todo deber para con ella, y si es tan indiferente á nuestros afectos y á nuestra conducta, como aquellos personajes históricos cuya existencia es cierto que confesamos, pero á quienes nada absolutamente debemos? Entónces sí que seria Dios una abstraccion, un ser metafísico del que no necesitaria el género humano. Separad en efecto la creencia en Dios de toda obligacion para con él, y de todo homenaje religioso, y resultará un ateismo práctico, es decir, el azote mas destructor de toda moral y de toda sociedad; y ved como los que, sin impugnar abiertamente el dogma de la existencia de la Divinidad, rompen sin embargo los vínculos que nos unen á ella, son mas incon-

secuentes y no menos enemigos de los hombres que los ateos sistemáticos. Nuestro interés pues, así como nuestra razon, nos induce á rendir á la Divinidad homenajes de amor y de adoracion. ¿Y no deberemos pagarle continuamente este tributo? Su poder, su sabiduría y su bondad nos rodean por todas partes; en él tenemos el ser y la vida, y aquí es donde podemos exclamar con un Profeta: « Adónde iré, Señor, para « huir de vuestras miradas? Si subo á los cielos « os encuentro en ellos; si bajo á los abismos allí « tambien estais; si por la mañana tomo alas « para volar á la extremidad de los mares, vues- « tra misma mano es la que me sostiene. Entón- « ces dije, acaso las tinieblas me ocultarán; pero « no, la noche se vuelve luminosa para descu- « brirme; las tinieblas son para vos como la luz « del dia. Yo os alabaré pues, Señor, porque « vuestra inmensidad brilla de un modo mara- « villoso; vuestras obras son admirables, y mi « alma está toda penetrada de vuestra presen- « cia (1). »

Nos resta examinar, si ademas del culto interno debemos á la Divinidad un culto externo y público.

Yo bien sé, Señores, que la sustancia de todo culto legítimo consiste en los homenajes interiores del espíritu y del corazon; que las exte-

(1) Ps. CXXXVIII, v. 7 y sig.

rioridades mas pomposas, las fiestas mas brillantes, y el mas magnífico aparato del culto exterior y público no son mas que un vano simulacro sin los sentimientos y las intenciones puras que le dan todo su valor y su mérito; que la Divinidad quiere principalmente reinar en el corazon, y que cuanto no contribuye á establecer en él su imperio es solo una ilusion. Los sabios del paganismo conocieron estas verdades: así decia Zaleuco en el famoso prefacio de sus leyes, que se debe presentar á la Divinidad una alma exenta de manchas, y persuadirse que se la honra mas con la virtud que con pomposas ceremonias; y Plinio, el jóven, en su célebre *Panegírico de Trajano*, decia que vale mas llegar al templo con una alma santa y pura que con cánticos compuestos con arte. Esta doctrina se enseñaba bien claramente entre los Judíos, entre aquel pueblo inclinado sin embargo á poner una confianza excesiva en su templo y en sus ceremonias. No ignorais con cuanta vehemencia clamaba el profeta Isaías contra estas falsas y engañosas apariencias. « Escuchad, decia con « este motivo, prestad oido á la palabra de « vuestro Dios. ¿Qué necesidad tengo yo, os « dice por mi boca, de la multitud de vuestras « víctimas? ¿Qué me importa la sangre de los « machos cabríos y de los toros? Abomino vues- « tro incienso, y aborrezco vuestras fiestas y « vuestras solemnidades: cuando extendais há-

« cia mi vuestras manos suplicantes, yo retiraré « mis miradas. Purificad ante todo vuestros co- « razones, quitad de delante de mis ojos la ma- « licia de vuestros pensamientos, auxiliad al « oprimido, haced justicia al huérfano, y pre- « sentaos despues con confianza ante el Señor, « vuestro Dios (1). » Es bien sabido, Señores, que el cristianismo vino á perfeccionar cuanto la razon y la ley de Moises tenian en esta materia de mas puro y mas sabio, y que su fin esencial es formar en medio de todos los pueblos de la tierra un pueblo de adoradores en espíritu y verdad. Pero por evitar un exceso, no caigamos en otro que no seria menos condenable ni menos funesto. En vano nos dirán algunos falsos sabios que no quieren mas culto que el del pensamiento, mas concierto religioso que el de una vida consagrada á hacer bien á los hombres, ni otr otemplo que la naturaleza. Todo esto es una vana hinchazon de palabras, y una orgullosa exageracion desmentida por la experiencia, la razon y el sentimiento.

Primeramente, la experiencia nos enseña que todos los pueblos, antiguos y modernos, han sido mas ó menos religiosos, y que se han visto como arrastrados por la fuerza de las cosas á rendir algun culto exterior á la Divinidad. Templos erigidos en honor de ella, victimas in-

(1) Isaias, cap. 1, v. 10 y sig.

moladas al pié de sus altares, himnos para celebrar sus alabanzas, oraciones para solicitar sus beneficios, fiestas solemnes en accion de gracias, y en fin sacrificios expiatorios, he aquí lo que se encuentra en general entre todas las naciones, tanto del antiguo como del nuevo mundo. ¿Y no supone todo esto la creencia en un Dios del que debemos adorar la grandeza, bendecir la bondad, implorar la clemencia y desarmar la justicia? ¿Y este conjunto de exterioridades no compone precisamente el culto externo y público cuya necesidad intentamos establecer? ¿Cuál es el pueblo civilizado que se haya limitado á solo el culto del pensamiento, y á esos homenajes invisibles del espíritu y del corazon? Tenemos por supérfluas mas pruebas y reflexiones sobre una materia que se refunde en las que han sido objeto de nuestras precedentes discusiones.

¿Qué nos dice en esta parte la razon? Que el hombre debe hacer á Dios el homenaje de su ser todo entero, es decir, de su cuerpo igualmente que de su espíritu. No somos nosotros unas puras inteligencias independientes de las cosas sensibles, ni vivimos solo de pensamientos y de ideas; tenemos un cuerpo y órganos de que nos servimos hasta para el ejercicio de nuestras facultades intelectuales. ¿Y nos desentenderemos de nuestro cuerpo tan solamente cuando se trata de la Divinidad y de los homenajes que le son

debidos? ¿ó no será mas justo hacerle servir al culto de su Criador por los actos exteriores y sensibles, de que únicamente es capaz? No nos engañemos, Señores; para ensalzar la dignidad del hombre no le atribuyamos una perfeccion quimérica, ni le creamos de tal modo desprendido de los sentidos y de la imaginacion que pueda pasarse facilmente sin su influencia. ¿Qué resultaria si se limitase el culto de la Divinidad á los homenajes puramente interiores? Que bien pronto se debilitarian los sentimientos de piedad hasta llegar á apagarse enteramente. En efecto, sin las prácticas exteriores que los excitan, los conservan y los fortifican, estos sentimientos tendrán un no sé qué de lánguido, de vago y de superficial. En vano la falsa delicadeza y una desdeñosa presuncion de ingenio afectan no mirar mas que unas prácticas pueriles y ridículas en los ritos sagrados, en la pompa de las ceremonias, las posturas deprecatorias, los cánticos sagrados y las decoraciones de los altares: la experiencia nos enseñará siempre que si todo esto no es la Religion misma, es á lo menos lo que la alimenta y sostiene; que sin las exterioridades y prácticas santas de la Religion se borraria su espíritu y se perderia su gusto entre los pueblos; que la piedad sincera reside ciertamente en el corazon como en un santuario impenetrable, y solo conocido de Dios; pero que ella llegaria á no ser mas que un vano fantasma, si el

culto público no la fijase, la recordase, la inculcase y, digámoslo así, la realizase. Todo ese supuesto culto del pensamiento se reduciria á algunas ideas metafísicas sobre la Divinidad, que no arreglarian los afectos, ni la conducta. Por esto los filósofos religiosos, que quieren una religion sin culto, son parecidos á aquellos filántropos que predican el amor de los hombres sin practicar ningun acto de humanidad, ó á los políticos que quisieran un cuerpo social, pero sin ninguno de los vínculos exteriores que deben unir y estrechar entre sí á todos sus diferentes miembros. Es preciso tratar al hombre tal como es: su entendimiento es tan débil, su imaginacion tan ligera y su corazon tan fácil á extraviarse, que no se debe despreciar ninguno de los medios que pueden fijar su inconstancia, excitar su atencion y alimentar su alma con sentimientos de piedad.

No es esta la ocasion de desenvolver toda la excelencia y las ventajas del culto cristiano en particular, lo que será materia de otro discurso. Ahora me limito á hacer algunas reflexiones generales. Figuraos unos templos y asambleas religiosas en las que cuanto se ve y se oye, debe naturalmente excitar impresiones saludables: allí los cánticos graves y puros, las ceremonias tiernas, un aparato augusto, el recogimiento y el silencio penetran las almas y las convidan á la meditacion; allí se apaciguan las pasiones, y

la idea de la Divinidad mucho mas viva, hace avergonzarse al vicio, reanima la virtud, consuela la desgracia, prepara á los afectos dulces, al olvido de las injurias y al cumplimiento de los deberes ordinarios de la vida. Si la Religion conserva la moral, puede decirse tambien que el culto conserva la Religion, le da un cuerpo, y la hace sensible y popular. El culto es la expresion visible de la creencia y de las reglas de las costumbres; es como una serie de cuadros expuestos á la vista de todos, en dónde todos sin esfuerzo ni trabajo pueden ver trazada la doctrina que deben creer y los preceptos que deben observar. ¿Y porqué ha de censurar el deista en la Religion lo que aprueba en las cosas humanas? Me explicaré. ¿Se han contentado acaso en la sociedad civil con dictar leyes, dar á conocer sus ventajas, y recomendar su fiel observancia? Ciertamente que no: se ha conocido que para darles mas fuerza y mas imperio, era preciso rodear á aquellos, que son sus depositarios y sus órganos, de cuanto puede atraerles las miradas y los homenajes de la muchedumbre. ¿Qué sucederia si se despojasen las leyes y la autoridad pública de esas exterioridades imponentes que tanto ocupan la imaginacion de los pueblos, que parecen añadir alguna cosa á la realidad de los objetos, é infunden de este modo mayor respeto en las almas? Muy luego veríamos relajarse los vínculos de la dependencia y

de la subordinacion, caer las leyes en desprecio y estallar por todas partes el espíritu de audacia y de rebelion : del mismo modo si la Religion estuviese despojada de todo culto exterior y abandonada al capricho de cada individuo, la veríamos debilitarse por grados, perder su ascendiente sobre las almas, y, desterrándose de los hábitos y conducta de los hombres, borrarse casi de su memoria. Veamos ademas lo que sucede en las ciencias, en las letras y las artes. ¿Qué esfuerzos no se han hecho en nuestros dias para facilitar los medios de instruccion, y hacer como palpables las investigaciones y conocimientos del entendimiento humano? No solamente ha grabado el buril la figura de las plantas y la de los animales con una minuciosidad y perfeccion maravillosas, sino ¡cuánto no se ha ideado para dar una figura visible á los conocimientos históricos, geográficos y gramaticales! ¡Qué de cuadros para hacer perceptible á la vista lo que parece que solo debia ser comprendido por el entendimiento! ¡Y tan solo al tratarse de la Religion se la querrá despojar de cuanto habla á los sentidos y á la imaginacion, y de cuanto puede hacerla penetrar mas fácil y profundamente en los corazones! ¡Qué inconsecuencia!

¿Y quién por otra parte no advierte que limitar el culto de la Divinidad á los homenajes interiores, es desconocer la naturaleza del hombre,

y exigir de él lo que resistirá siempre este instinto, este sentimiento mas fuerte que todos los sofismas, y que domina á toda la especie humana? En efecto, ¿quién de nosotros no percibe perfectamente que hay un íntimo enlace entre los afectos del alma y su manifestacion, y que es imposible al hombre estar penetrado vivamente de un sentimiento sin expresarle exteriormente? ¿Quién es el hombre compasivo que no da pruebas de su piedad hácia los desgraciados? ¿Quién el hijo respetuoso y tierno que no hace brillar la piedad filial; y qué pueblo ha honrado nunca á sus magistrados sin darles testimonios visibles de consideracion y de respeto? ¿Y se querrá que sean sinceros los sentimientos religiosos de nuestros corazones, sin que nada de ellos aparezca exteriormente? Esto no es natural. ¡Como! ¿podré yo adorar interiormente á Dios como á mi Criador y árbitro de mi destino, y no me he de complacer en pagarle públicamente el tributo de mi dependencia? De tal modo han reconocido los pueblos la legitimidad de este homenaje, que todos se han apresurado á ofrecerle las producciones de la tierra, las primicias de las mieses y cuanto servia para su uso, llegando extraviados por un falso zelo hasta inmolarle víctimas humanas. ¡Zelo bárbaro de que solo el cristianismo ha libertado las diversas regiones de la tierra, á medida que ha penetrado en ellas; pero zelo que atestigua cuan

intimamente convencido ha estado el hombre del supremo dominio que Dios tiene sobre él como sobre los demás seres! Que! en el fondo de mi corazon me es imposible no reconocer á Dios como un bienhechor; las maravillas de la naturaleza que tanto nos arrebatan, esos frutos de la tierra que proveen á nuestras necesidades, los animales que nos ayudan en nuestros trabajos, el dia que nos ilumina, el pan que nos alimenta, el vestido que nos cubre, este cuerpo con órganos tan bien adaptados á todas las funciones de la vida, y en fin este entendimiento que puede elevarme hasta su Criador, son dones recibidos todos de su liberalidad; su amor me rodea por todas partes, y me hallo como sumergido en el océano de su bondad : yo creo todo esto, y lo siento interiormente; ¿y no quereis que celebre sus beneficios, ni convide a mis semejantes á participar de mi admiracion y de mi reconocimiento? Esto seria condenarme á ser ingrato. El Rey Profeta no hacia mas que seguir las impresiones de la naturaleza cuando exclamaba enajenado : « Oh, alma mia, da gracias « á la bondad de tu Dios : celebren á porfía « todas tus potencias su nombre y sus favores. » *Benedic, anima mea, Domino : et omnia quæ intra me sunt nomini sancto ejus* (1).

Una parte esencial del culto religioso ha sido

(1) Ps. CII, v. 1.

violentamente atacada por un sofista moderno (1), imitador en esto de algunos sofistas antiguos; por lo cual es preciso justificarla en particular: hablo de la oracion. « Yo adoro á Dios, ha « dicho el incrédulo, le admiro en sus obras, y « me enternecen sus beneficios; pero nada le « pido ni le ruego, porque seria dudar de su « providencia y de su bondad. » ¡Hombre orgulloso á la par que miserable! ¿has olvidado tu dependencia y tu nada? Si Dios es nuestro padre, ¿no es tambien nuestro Señor? Y si debemos contar con su ternura, ¿no deberemos reconocer tambien su soberanía sobre nosotros como sobre el resto de la creacion? Un soberbio indigente colocado en las plazas públicas, que creyéndose con derecho á la generosidad del pasajero se desdeñase de alargar la mano para implorar su socorro, y viniese á morir de inanicion, ¿no deberia culpar mas bien su orgullo que la indiferencia de sus semejantes? He ahí una fiel imágen del que rehusa rogar á su Criador. La dificultad propuesta por el incrédulo ha sido discutida por dos de los mas bellos ingenios de la antigüedad cristiana, S. Gerónimo y S. Agustin. « Si exponemos á Dios nuestras ne- « cesidades, ha dicho el primero (2), no es para « referirle una cosa que ignore, sino para im- « plorar su asistencia como suplicantes. » A esta

(1) J.-J. Rousseau.
(2) *Comment. in Matth.*, lib. 1, cap. VI.

razon añade S. Agustin otra bien digna de su corazon. « Rogamos, dice (1), para que nues-« tros deseos se exciten y se inflamen con la « oracion, y dilatado por ella nuestro corazon, « reciba con mayor plenitud los bienes que Dios « nos prepara. » Sí, Señores; la primera necesidad de nuestra debilidad es rogar; este es el primer grito del dolor y del infortunio. Tenemos, es cierto, la razon para conducirnos; pero ¿cuantas veces no la ofuscan las preocupaciones y la extravia la pasion? Tenemos la conciencia; pero ¿no puede ser el juguete de las ilusiones mas funestas? ¿Y no hemos tenido que lamentarnos mas de una vez de nuestra errónea conciencia que llama bien al mal y mal al bien? Estamos dotados de libertad; pero por esta misma razon tenemos el desgraciado poder de apartarnos del camino de la virtud. ¿Y porqué, si esto es así, no ha de dirigirse el hombre en sus oscuridades al Dios de las luces, y en su debilidad al Dios de las virtudes, para ser iluminado y fortificado por aquel que puede enviar la fuerza al débil y la luz al ignorante?

Tambien cuando le pedimos algun beneficio en el órden temporal, como la cesacion de una calamidad, la salud, la paz ó la abundancia, nuestra súplica es uno de los mas hermosos homenajes que podemos rendir á sus adorables

(1) Epist. CXXX, *ad Probam*, n. 16 y 17.

perfecciones. Orar á Dios, es reconocerle por dueño soberano de todas las cosas, que extiende á todos los seres su providencia, y que puede disponer á su gusto de las causas segundas, y de todos los secretos resortes de la naturaleza, para hacerlos servir por medios invisibles al objeto mismo de nuestras súplicas. Es muy grato pensar que Dios ha enlazado en los designios de su providencia el mundo moral al mundo físico, y ha querido hacer depender aun sus favores temporales de nuestra fidelidad en pedírselos. Sí, Señores, desde el seno de su eternidad Dios ha previsto y dispuesto todo; todavía no existíamos, y ya nos veia en su ciencia infinita: nuestras súplicas estaban ya delante de su trono; y cuando en el tiempo las atiende, cuando hace concurrir con ellas ciertos sucesos, no hace mas que desplegar el órden de sus designios eternos, y nosotros no hacemos mas que cumplir la condicion á que habia sujetado sus dones. No hay cosa alguna que no pueda oscurecerse á fuerza de sutilezas; pero felizmente el Autor de la naturaleza ha puesto en nosotros un no sé qué mas fuerte que todos los sofismas, que tiene el género humano inviolablemente adherido á ciertas verdades necesarias á su felicidad. Sí, Señores, á pesar de los falsos sabios y de sus libros, siempre la naturaleza hablará al hombre en un lenguaje que el hombre entenderá; siempre el sentimiento de la Divinidad grabado en nuestras

almas las arrastrará á adorarla, á temerla, á amarla é invocarla; siempre veremos familias desconsoladas al rededor de un padre que temen perder, pedir la conservacion de sus dias al que es Señor de la vdia y de la muerte; siempre los habitantes de los campos pedirán al cielo fecundice sus sembrados y liberte de la tempestad el fruto de sus trabajos; siempre los amigos harán votos por sus amigos ausentes. ¿Y quién es el impio que aun á pesar suyo no habrá hecho ruegos semejantes, y que sin pensar en ello no haya rendido de este modo un homenaje involuntario, un culto á la Divinidad? ¿No sabemos que mas de una vez se vió á Santiago Rousseau olvidar en nuestros templos sus frios argumentos contra la oracion, y siempre inconsecuente orar él mismo con la efusion de una alma enternecida?

Ya es tiempo, Señores, de terminar el presente discurso sobre el culto religioso. Esta es nuestra duodécima conferencia, y hasta ahora tan solo os hemos hablado de aquellas primeras verdades que seria vergonzoso no saber, y todavia mas vergonzoso impugnar. Parece que hemos olvidado que nuestra palabra se dirige á una asamblea cristiana; pero las tinieblas de la incredulidad son para los entendimientos de nuestros dias lo que fueron en otro tiempo para los pueblos las tinieblas del paganismo. La razon se ha corrompido, toda verdad se ha alterado, y es preciso que en la capital del cristianismo

se exprese el ministro de Jesucristo en un lenguaje que hubiera podido usar, hace diez y ocho siglos, un filósofo sensato en Atenas ó en Roma pagana. En lugar de recordar y de desenvolver los sublimes y tiernos misterios del cristianismo, nos vemos reducidos á la deplorable necesidad de exponer y de defender los principios sagrados que son el fundamento de toda moral y de toda virtud. La Iglesia cristiana acostumbra cubrir en estos dias santos (1) las imágenes piadosas que decoran sus templos y sus altares, en señal de luto y de dolor, para inspirar en las almas una religiosa tristeza; y nosotros, nosotros nos vemos tambien como obligados á echar un velo sobre el Evangelio, y sobre esa cruz que ha llegado á ser una locura para ciertos cristianos como lo fué en otro tiempo para el gentil, y en cierto modo nos vemos precisados á avergonzarnos de nuestra fe. Pero ¿qué digo, Señores? ¡no permita Dios que nos avergoncemos del Evangelio, *non erubesco Evangelium!* y desgraciado el pueblo que de tal modo haya abusado de él, que no sea ya digno de oirle! No es ciertamente avergonzarnos de él abrirle el camino y disponer los corazones á dejarse penetrar mejor de sus doctrinas, disipando primeramente las preocupaciones que podrian ofuscarlos.

(1) Este discurso se pronunció el domingo de Pasion.

Mas adelante, y en otro tiempo oportuno, mostraremos á este auditorio esa cruz que ha subyugado á los sabios lo mismo que al pueblo, y la veremos rodeada de todos los trofeos de su gloria, y de las victorias que ha alcanzado por espacio de diez y ocho siglos. Entre tanto tenemos presente que el Apóstol mas zeloso de los misterios de la Cruz, San Pablo, sabia usar de un prudente temperamento, y que no habló ante el areopago, como hubiera podido hacerlo en la asamblea de los perfectos. Cuando las conmociones mas violentas han estremecido hasta los cimientos del edificio, ? no deberemos trabajar ante todo en afirmarlos, para no reedificar en vano sobre ruinas y cenizas?

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE

DEL TOMO PRIMERO.

DISCURSO DE INTRODUCCION..... 1

1°. Motivo y objeto de estas Conferencias..... 24
2°. Su formar y carácter particular..... 38

DE LA VERDAD..... 53

1°. ¿Es preciso admitir primeras verdades, y cuál es su carácter?..... 56
2°. ¿Es preciso admitir verdades de deduccion, y qué medios tenemos para conocerlas?..... 70

DE LAS CAUSAS DE NUESTROS ERRORES..... 84

1°. La debilidad de la razon..... 87
2°. La ignorancia..... 89
3°. Los conocimientos imperfectos..... 90
4°. La ciencia misma..... 92
5°. La falsa aplicacion de los principios de verdad.. 93
6°. La preocupacion..... 95
7°. El espíritu de curiosidad..... 100
8°. Las pasiones..... 102

LA EXISTENCIA DE DIOS PROBADA POR LA FE DEL GÉNERO HUMANO..... 112

1°. La fe del género humano es que hay un Dios.... 113
2°. Esta creencia dimana de la naturaleza y de la sana razon..... 128
3°. Nada hay mas frívolo que cuanto los ateos imaginan para explicarla..... 134

La existencia de Dios probada por el órden y las bellezas de la naturaleza 142

1°. Hay nociones de órden y de belleza esparcidas aun en los entendimientos mas vulgares 145
2°. Segun estas nociones es fácil á todos conocer que hay órden y belleza en este mundo visible 149
3°. Este órden y belleza no pueden explicarse sino por la accion de una causa inteligente que es Dios. 155

Examen de los principales argumentos del ateismo 168

1ro argumento. No se comprende á Dios 171
2°. No se ve á Dios 179
3°. Todo se explica sin Dios 182

La Providencia en el órden moral 197

Argumentos contra la Providencia, sacados:

1°. De la desigualdad de los destinos humanos 202
2°. De los males y padecimientos del hombre 209
3°. De los vicios y desórdenes que infestan la tierra .. 212

Espiritualidad del alma 227

I°. Nada hay mas luminoso que las pruebas de la espiritualidad del alma, sacadas:

1°. De la facultad que el hombre tiene de sentir ... 230
2°. De la facultad que tiene de pensar 234
3°. De la facultad que tiene de juzgar 243

II°. Nada mas fútil que los argumentos que combaten la doctrina de la espiritualidad del alma, y que los materialistas pretenden sacar:

1°. De la autoridad 245
2°. De la influencia del cuerpo sobre el alma 249
3°. De la semejanza entre el hombre y los animales .. 254

Ley natural 262

1°. Hay una anterior á todas las convenciones humanas 265
2°. Se llama *natural* con justo título 282
3°. El primer deber que nos impone es arreglar nuestras inclinaciones 285

Libre albedrío..... 296

I°. Pruebas directas sacadas:

1°. Del sentimiento interior..... 299
2°. Del raciocinio..... 304
3°. De la fe del género humano..... 313

II°. Pruebas indirectas sacadas de los absurdos y de las horribles consecuencias del sistema contrario.

1ª. consecuencia: No hay vicio ni virtud..... 315
2ª. Los remordimientos son una quimera..... 319
3ª. No hay Dios..... 320

Inmortalidad del alma..... 327

Sus pruebas se toman del conocimiento profundo y combinado del hombre y de Dios.

I°. Del conocimiento del hombre fundado en las consideraciones:

1ª. De la naturaleza de su alma..... 329
2ª. De sus sentimientos..... 333
3ª. De sus deseos..... 335
4ª. De sus creencias..... 338

II°. Del conocimiento de Dios, que sin la inmortalidad del alma, ni seria justo ni sabio..... 348

Culto en general..... 357

I°. El hombre debe á la Divinidad un culto interior. Para conocer esta obligacion basta consultar:

1°. Las primeras nociones de Dios y del hombre... 360
2°. Los intereses mas importantes y sagrados de la humanidad..... 367

II°. El hombre debe á la Divinidad un culto exterior y público. Esta obligacion se demuestra:

1°. Por la experiencia..... 371
2°. Por la razon..... 372
3°. Por el sentimiento..... 376

239
B16 Vol. 1
Barbagero, Justo.
AUTHOR
Defensa Del Cristianismo